George Thompson

La Guerra del Paraguay

SEPVI LIBRO

GEORGE THOMPSON

LA GUERRA DEL PARAGUAY

© **SERVILIBRO**
Pabellón "Serafina Dávalos"
25 de Mayo y México – Plaza Uruguaya
Telefax: (595 21) 444-770
E-mail: *servilibro@gmail.com.*
Página web: *www.servilibro.com.py*
Asunción, Paraguay
Dirección Editorial: Vidalia Sánchez

Diagramación: Gilberto Riveros Arce

Asunción, Paraguay 2020

Hecho el depósito que marca la Ley N° 1328/98

ISBN: 978-99953-0-173-6

PRÓLOGO

A pesar del interés que todavía despierta en el Paraguay el tema de la guerra de 1870, existen (sobre el mismo) muy pocos testimonios escritos por personas que hicieron la guerra del lado paraguayo. *Del lado paraguayo*, existen solamente cinco obras sobre el tema: las de Isidoro Resquín, Silvestre Aveiro, Juan Crisóstomo Centurión (paraguayos), George Mastermann y George Thompson (ingleses). No incluyo los testimonios del padre Maíz, más autobiográficos que históricos, ni la historia del Paraguay del cónsul norteamericano Washburn, ni las del observador prusiano, von Versen, ni las del supuesto conspirador norteamericano J. Bliss. Los testimonios más completos sobre los aspectos militares de la guerra escritos por personas que pertenecieron al campo paraguayo son las **Memorias** de Juan C. Centurión y la **Guerra del Paraguay** de George Thompson. Esto no significa que los dos libros sean plenamente satisfactorios desde el punto de vista de una historia científica pero no por eso dejan de ser testimonios indispensables para quien se proponga escribir, alguna vez, la verdadera historia o "la historia filosófica", como dijo, un día, el mismo Juan C. Centurión, consciente de sus limitaciones.

Si alguien quiere escribir, algún día, "la historia filosófica", debe recurrir al testimonio del ingeniero civil George Thompson (1839-1876), súbdito británico llegado al Paraguay en 1858 y que sirvió al gobierno paraguayo hasta el 30 de diciembre de 1868, fecha en que fue tomado prisionero por los aliados en Angostura, después de la calamitosa batalla de Ita Ybaté (21 al 27 de diciembre de 1868), en que se destruyó al ejército paraguayo.

Debe recordarse que, a partir de 1848, Carlos A. López contrató a una

serie de técnicos y trabajadores especializados ingleses -188, según la información dada por Josefina Plá en su importante libro **Los británicos en el Paraguay (1850-1870)** (Asunción: Arte Nuevo, 1984). Estos ingleses trabajaron en los arsenales, altos hornos, vapores, ferrocarriles, construcciones civiles, ejército y sanidad militar. No es exagerado decir que, sin ellos, no se hubieran alcanzado los objetivos más altos del proyecto de desarrollo técnico y militar propuestos por el gobierno paraguayo. Los ingleses dirigieron la fabricación de barcos y cañones, hicieron andar los trenes, organizaron los hospitales, fabricaron minas y torpedos y tomaron parte activísima en la organización de las trincheras y fortificaciones. La victoria de Curupayty se asocia a las trincheras construidas por George Thompson, el que secundó y completó la obra del oficial Wisner von Morgenstern. Esta activa participación inglesa en la industria y el ejército paraguayos de la época nos debiera hacer cuestionar la teoría "dependentista" según la cual la política inglesa determinó el estallido de la guerra de 1870. También debiera hacernos pensar en un hecho a menudo ignorado: las tratativas de paz de Inglaterra, hechas por intermedio de su ministro Gould, en 1867. Esto aparece en la **Guerra del Paraguay**, que nos transcribe el texto de las ventajosas condiciones de la paz propuesta por Gould: reconocimiento de la independencia del Paraguay, arbitraje de naciones neutrales en las cuestiones de límites, evacuación de los territorios militarmente ocupados, renuncia a las indemnizaciones de guerra, retiro honroso de López, dejando al vicepresidente en el gobierno. La propuesta se rechazó por parte del Mariscal Presidente, sobre cuyo valor Thompson arroja dudas, al comentar la batalla de Curupayty: "Durante este combate, López estaba en su casa de Paso-Pucú, pero distrayéndose un momento salió un poco más allá de su terraplén; repentinamente se oyó el silbido de una bala y el mariscal ganó su casa corriendo como un gamo". También relata Thompson la huida de López del campo de batalla de Itá Ybaté y el pavor que le ganó al acercarse al enemigo en Yatayty Corá...

¿Resentimiento?

Algunos han pretendido impugnar el testimonio de Thompson acusándolo de traidor y siguiendo, en esto, el parecer de López, quien lo declaró traidor por entregarse a los aliados en Angostura el 30 de diciembre de 1868. Pero, ¿cuál era la situación real? Thompson (teniente coronel del ejército paraguayo y condecorado por el mismo López) se encontraba en An-

gostura con 600 hombres hábiles frente a 20.000 soldados enemigos y toda la flota imperial. El 27 de diciembre, López había huido precipitadamente de Itá Ybaté (o Lomas Valentinas), sin dar ninguna instrucción a sus jefes. Thompson se rindió tres días después de la fuga de su comandante, y después de haber constatado que el ejército paraguayo estaba "concluido" (ver descripción del combate en este libro). Por otra parte, el mérito de Thompson ha sido reconocido por Josefina Plá, que lo considera "un notable estratega y táctico" (**Los británicos en el Paraguay**, p. 225). También reconoce Josefina Plá el valor testimonial de la **Guerra del Paraguay**; "Thompson nos ha dejado en su libro un relato objetivo, completo y de primera mano de los incidentes de la guerra, desde la acción de Riachuelo hasta su propia rendición en Angostura" (**Los británicos en el Paraguay**, p. 227). De cualquier manera, se trata de un testimonio de primera **mano y que no se puede ignorar. La evaluación crítica de la** Guerra del Paraguay, obviamente, no dispensa de la obligación de leer el libro, poco mencionado por la ideología nacionalista local y agotado desde hace muchos años...

Para concluir con los datos biográficos de Thompson, digamos que su libro se escribió en poco tiempo; en 1869 ya estaba lista la traducción española del mismo (lo escribió en inglés). Hacia 1871, volvió al Paraguay y el presidente Jovellanos le encomendó la dirección de los ferrocarriles (Thompson había llegado al Paraguay como ingeniero civil y se transformó en ingeniero militar durante la guerra). Murió en 1876, a los 73 años, dejando hijos en el país.

Volviendo al libro, los primeros capítulos dan una idea general de la situación económica, política y social del Paraguay. El sistema imperante, según Thompson, se caracterizaba por el completo control de la economía por parte del gobernante o de la familia gobernante. Los López compraban (obligando a vender) ganado a precio irrisorio y lo revendían a un precio mucho más alto. Compraban papel moneda en metálico por un precio inferior al valor nominal y lo cambiaban al Fisco por la totalidad del valor nominal. Compraban yerba a un precio de 25 centavos por arroba y la revendían "a razón de 5 a 8 pesos fuertes por arroba".

Por debajo del presidente y su familia estaban los oficiales del ejército, superiores en dignidad y en poder a cualquier juez o funcionario público. El pueblo, sumiso, tenía prohibido por los López criticar la dictadura de Fran-

cia y comentar los sucesos revolucionarios de las provincias del Río de la Plata.

Thompson da interesante información acerca de la organización del ejército paraguayo; sin embargo, no maneja cifras globales (probablemente, porque los registros estadísticos eran pobres y reservados, aún para los mismos oficiales). Hace interesantes observaciones sobre la conducción militar de la guerra y critica severamente al ejército brasilero. Así, por ejemplo, dice que, si en los primeros meses de 1866, los acorazados hubieran remontado el río Paraguay, hubieran llegado a Asunción sin dificultades, porque la defensa paraguaya se había concentrado sobre la desembocadura del Paraná (Paso de Patria). Esta opinión de Thompson se vio después confirmada documentalmente por historiadores "del otro bando".

Lo que todavía no ha sido suficientemente estudiado es la afirmación de Thompson: *en setiembre de 1866, los aliados pudieron haber terminado la guerra....*

Efectivamente, en setiembre de 1866, la posición paraguaya no tenía suficientes defensas sobre el lado derecho, el que tocaba el río Paraguay. Por eso fue que, el 2 de setiembre, los brasileros desembarcaron a pocos kilómetros del suroeste de Paso Pucú y tomaron la trinchera de Curuzú, sin dificultad. Si hubieran continuado su marcha hacia el norte, hubieran llegado al cuartel general de Paso Pucú y lo hubieran conquistado sin mucha dificultad. Se demoraron, sin embargo, y eso permitió que los paraguayos comenzaran a cavar, a partir del 9 de setiembre, las trincheras de Curupayty. Para ganar tiempo, según Thompson, López solicitó una entrevista a Mitre. La entrevista, que tuvo lugar el día 12, fue la de Yatayty Corá. Esta y otras dilaciones permitieron que los paraguayos completaran una formidable línea de trincheras el día 21 de setiembre por la tarde; al mediodía del 22, atacaron los aliados, permitiendo al Paraguay rechazarlos con éxito.

La impericia con que se ganó y perdió en Curupayty, así como otros incidentes de la guerra, permiten aceptar la opinión del mariscal Montgomery: los ejércitos latinoamericanos del siglo pasado no eran ejércitos en el sentido propio de la palabra, aunque hubiera entre sus soldados hombres de gran valor.

La desorganización militar, podríamos agregar, era un aspecto de la organización política en general. En el caso de la guerra del Paraguay, es difícil desligar lo militar de lo político –de las particularidades de un sistema político despótico. La guerra es la piedra de toque para medir la irracionalidad del sistema. Y esta irracionalidad alcanza niveles increíbles a fines de diciembre de 1868, en Lomas Valentinas. López aniquila su ejército y se fuga con unos pocos hombres.

Thompson, como otros historiadores que tocaron el tema, considera inexplicable la huida de López al final del combate, el día 27 de diciembre de 1868. El enemigo lo tenía cercado y había destruido su ejército; inexplicablemente, huye.

Comentando el punto, Thompson dice:

"En la orden del día, Caxías declara que López, en su retirada, "sólo iba acompañado por 90 hombres y que de éstos únicamente 25 llegaron con él a Cerro León". Si esto no es enteramente exacto, poco le falta para serlo; y sabiéndolo, ¿por qué razón Caxías, general en jefe del ejército aliado en guerra, no con la nación paraguaya sino con su gobierno, y teniendo 8.000 hombres de caballería admirablemente montados y enteramente desocupados, no persiguió a López, a quien podía haber tomado sin perder un solo hombre? ¿Fue por imbecilidad o por el deseo de sacar más dinero de la proveeduría del ejército? ¿Fue un pretexto para mantener permanentemente un ejército brasilero en el Paraguay, o existía una inteligencia secreta entre Caxías y López? ¿O lo hizo para dar a López el tiempo necesario para reunir hasta el último paraguayo con el objeto de exterminarlos en guerra civilizada?"-

Las preguntas de Thompson quedan abiertas, como quedan abiertas muchas cuestiones esbozadas por él, carente de los medios para escribir una historia documentada. Es de esperar que la publicación de la **Guerra del Paraguay**, completando el trabajo del libro, ayude a contestarlas debidamente. Es hora de que, en el Paraguay, se escriba seriamente sobre la guerra y que se termine, de una vez por todas, con toda la mitología fascista tejida en torno a la guerra. Es hora de terminar con el culto de la dictadura, cuya funcionalidad comprendía muy bien Thompson al decir: *Ni el primero ni el segundo de los López permitieron jamás que se criticara a Francia. Si lo hubieran permitido les habría llegado su turno.*

Guido Rodríguez Alcalá

ACLARACIÓN

La presente obra se basa en la edición hecha en Buenos Aires en 1869, la cual fue traducida al español por D. Lewis y A. Estrada.

Se ha respetado la ortografía de la época, y salvo algunos errores y falencias en la composición muy evidentes, esta edición es una trascripción casi literal de la edición arriba citada.

Finalmente, se ha cambiado la diagramación y se han eliminado las notas "en que se refutan algunas apreciaciones del autor" y los partes oficiales de los generales aliados, las que no formaban parte del libro original de Thompson, sino que fueron agregados por los editores de 1869.

El encargado de la edición

PREFACIO

Las opiniones contradictorias sobre la conducta y carácter del presidente López sostenidas por los que han tenido interés en la lucha entre los paraguayos y los poderes aliados, me han inducido á creer de alguna utilidad escribir esta pequeña obra, autorizado por once años de residencia en aquel país. Habiendo tomado parte en su defensa, me encuentro en posición de poder dar informes auténticos sobre la guerra.

Como se verá por la siguiente narración, considero á López un monstruo sin paralelo; pero declaro que no descubrí su carácter hasta fines de 1868. Al principio de la guerra solo oí rumores vagos sobre sus iniquidades. Sin embargo, sus apariencias eran tales como para hacer dudar, y aún desvanecer todo lo que en voz baja se murmuraba contra él. Pero últimamente he recibido pruebas abrumantes de todo cuanto digo en la primera parte de este libro.

La manera con que el presidente López inició la guerra contra la República Argentina, fue verdaderamente brutal; pero en cuanto al Brasil, la guerra era al parecer inevitable, pues á no haberla hecho en esos momentos el Brasil lo hubiera hallado en una posición desventajosa.

Con todo, los motivos que me indujeron á tomar parte en la guerra fueron más físicos que políticos. Necesitaba cambiar de aire, y aproveché la ocasión tomando parte en lo que entonces prometía ser solamente un paseo militar, á través de una zona de muchos centenares de millas. No tenía ningún motivo de interés particular, pues no recibí aumento alguno en mis sueldos; pero cuando se publicó el tratado secreto abracé la guerra con mayor entusiasmo, porque los términos del protocolo me hicieron creer que el Paraguay debía combatir ó sucumbir.

Mi intención era no escribir la presente relación de la guerra hasta que el presidente López hubiera sido depuesto por los aliados. Parece, sin embargo, que estos no estubieran dispuestos á poner término al horroroso sacrificio de vidas de que es teatro aquel país hace cuatro años y medio: y considerando que la presente narración pudiera influir en el animo de los aliados para apresurar la terminación de la lucha, salvando así las vidas de las mujeres y niños que deben estar pereciendo de hambre en el Paraguay, he procurado dar una sencilla narración de los hechos.

Aunque hablaré con el mayor horror y aversión del déspota, que ha sacrificado á sus conciudadanos con el sólo objeto de satisfacer su egoísmo y ambición personal, profeso á los paraguayos los sentimientos más amistosos, y me complazco en decir que he cumplido con mi deber para con ellos, aliviando en cuanto me era posible las penurias de la vida militar de los que estaban bajo mis órdenes, y salvando á muchos de la muerte.

En cuanto á los datos respecto á los aliados, debo aclarar que me he servido de la *Tribuna, Nación Argentina* y *Standard*, diarios de Buenos Aires.

Londres, junio 18 de 1869.

CAPÍTULO I

OBSERVACIONES GENERALES SOBRE LOS PODERES BELIJERANTES Y BOSQUEJO DE LA HISTORIA DEL PARAGUAY HASTA EL PRINCIPIO DE LA GUERRA.

El Paraguay, la República Arjentina, la República Oriental y el Brasil, son cuatro Estados sud-americanos que por su posición topográfica están obligados á mantener ciertas relaciones comerciales, de las cuales cada uno prescindiría de buena gana, pues sus habitantes se odian cordialmente. Los tres primeros Estados están habitados por una raza mestiza de españoles é indíjenas, y el cuarto por una mezcla de portugueses, indíjenas y negros.

El Brasil, desde su colonización por los portugueses, se ha ocupado principalmente en el tráfico de esclavos y en el cultivo, por medio de los mismos, de productos de exportación para la Europa. No ha tenido guerras exteriores, si se esceptúan algunas escaramuzas con sus vecinos, sostenidas siempre fuera de su territorio, y una que otra revolución insignificante sofocada fácilmente por un gobierno constitucional, y también por el soborno, pero nunca por la guerra.

La gran importación de negros y la influencia degradante de la esclavitud, ha puesto á los brasileros muy abajo (como raza) en la escala de la humanidad.

Los arjentinos y los orientales son razas muy parecidas –hermosos hombres y mujeres– acusando muy poco la sangre indíjena, si se esceptúa á los gauchos y á los correntinos, que tienen más de indio que de español. Estas dos naciones han estado durante largo tiempo en constante guerra; y cuando no lo están son presa de las guerras civiles, en las que despliegan gran crueldad de carácter.

El Paraguay desde su conquista por los españoles ha gozado de una profunda paz, si se esceptúa la espedición de algunos centenares de hombres bajo las órdenes del jeneral Belgrano, lanzada desde Buenos Ayres á principios de este siglo. En esta espedición tuvieron lugar dos tituladas batallas, cuyo triunfo se atribuyen los paraguayos. Sin embargo, la primera en el Tacuarí, debe haber sido indecisa, ó más probablemente una derrota para los paraguayos, puesto que los arjentinos se internaron hasta la llanura de Paraguari, 260 millas desde el Paraná, en donde fueron derrotados por los paraguayos, quienes no tenían sino palos y piedras para resistir á las armas de Belgrano. Esta es la única vez que el Paraguay haya sido invadido por un enemigo exterior antes de esta guerra.

En las guerras de Rosas, el Paraguay envió algunos hombres á Corrientes bajo las órdenes de López, que en esa época era un joven de 18 años y ya "jeneral en gefe de los ejércitos paraguayos", pero no hubo combate; de manera que puede decirse que ántes de la presente campaña, los paraguayos ignoraban enteramente la ciencia militar.

La raza paraguaya era físicamente superior á la de los estados antes mencionados, y se dividía en cuatro clases, a saber: blancos, mulatos, indios y negros, siendo los segundos una mezcla de los terceros y los cuartos con los primeros. Los blancos que constituían la aristocracia del Paraguay descendían de los conquistadores españoles, casados con indíjenas. Los descendientes de estos matrimonios se han casado entre sí, ó con nuevos inmigrantes europeos, alejándose cada vez más de los indios. Los mulatos no podían ser ordenados sacerdotes. Los indios sí.

Poco después del descubrimiento del Paraguay, los jesuitas se establecieron allí, y edificaron una iglesia (1588). En este tiempo los españoles que gobernaban el país, trataban muy mal á los indios, haciéndolos servir como esclavos. Los jesuitas escribieron al monarca quejándose de este procedimiento y el gobierno del Paraguay fue amonestado, ordenando á los jesuitas se esforzaran en civilizar á los indios, empleando los recursos que creyeran convenientes y tratándolos bondadosamente.

De esta manera adquirieron los jesuitas una influencia permanente en el país, y se sirvieron de ella para adelantar sus propios intereses. Levantaron aldeas, llamadas misiones, bastante apartadas del gobierno central, para no tener el temor de ser incomodados por aquel en sus trabajos. Estas aldeas se hallaban separadas por distancias de diez á veinte millas, de manera que

la comunicación entre unas y otras era fácil. En ellas reunieron á los indios y les enseñaron á leer y escribir. Agruparon los elementos de la lengua guaraní, haciendo de ella un cuerpo de idioma escrito y arreglado, é imprimieron gramáticas, diccionarios y libros de misa, arreglando para la escritura un sistema de acentuación especial no conocido en los demás idiomas. Enseñaron á los indios todos los oficios, y edificaron iglesias, enriquecidas con hermosas esculturas en madera, dorados, tapices, etc., obra toda de sus discípulos. Redujeron á los indios á un estado de obediencia y disciplina más que militar, bajo el cual abdicaron gradualmente la razón y el pensamiento, haciendo lo que se les ordenaba, sin preguntarse si sus señores tenían ó no derecho para dominarlos.

En 1767, el gobierno español decretó la espulsión de los jesuitas. Estos merecen un verdadero aplauso, porque evitaron el derramamiento de sangre, pues era tal su influencia sobre aquel pueblo, que fácilmente habrían podido resistir las órdenes del gobierno y haberse hecho dueños del país. Habían realizado grandes bienes en el Paraguay civilizando á los indios y protegiéndolos contra los españoles; pero aunque indudablemente tenían miras ambiciosas, no estaban dispuestos á ponerlas en práctica a costa de tantas vidas como habría sido necesario sacrificar, si se hubieran opuesto á las órdenes del gobierno.

Después de la espedición del jeneral Belgrano, y en el mismo año (1811) tuvo lugar una revolución tan pacífica, que no costó una solo gota de sangre; su resultado fue el nombramiento de dos consejeros para acompañar en el nuevo gobierno al Sr. Velazco, gobernador español. Uno de ellos fue el famoso dictador, Doctor D. José G. Francia. Su gobierno fue benigno hasta 1813, en que Francia y Yegros fueron nombrados cónsules. Yegros murió poco después (asesinado por Francia según se dice), y Francia entonces convocó un congreso por el cual se hizo nombrar dictador –primero por dos años y luego vitalicio.

Entonces comenzó su terrible sistema de tiranía. Primero instituyó un sistema tan perfecto de espionage, que nadie ni aún de sus más próximos parientes, estaba seguro contra una delación. Todo hombre que se suponía ser enemigo del gobierno, aunque fuera en lo íntimo de su conciencia, era arrojado á las prisiones, confiscadas sus propiedades, y aún fusilados, sobre todo los hombres de algún prestigio ó influencia. Francia vivía en continua

alarma por el temor de ser asesinado, y cuando recorría las calles á caballo, todo el mundo tenía que ocultarse inclusive las mujeres, porque su escolta apaleaba a todos cuantos encontraba en el camino que debía transitar S.E.

Cerró el Paraguay á toda comunicación exterior, colocando guardias y piquetes sobre todas las fronteras. Prohibió la entrada y salida de personas y haberes, y era fusilado todo individuo que trataba de abandonar el país ó exportar su dinero. Solía de vez en cuanto permitirse á algún buque subir á la Asunción, con efectos que Francia compraba en cambio de yerba mate del país, pero cualquier otro estrangero que caía en sus garras era detenido por la fuerza.

Promulgó una ley prohibiendo el casamiento entre blancos, negros, indios y mulatos; y declaró mulatos á varias de las primeras familias del país, á quienes odiaba, de manera que no pudieran casarse, porque ningún paraguayo blanco, hombre ó mujer, se rebajaría hasta el punto de casarse con una persona de casta inferior. Se proponía con esto esterminar á aquellas familias; pero la ley española de lejitimación, les facilitó después de su muerte el casamiento, lejitimando así á sus hijos. El matrimonio era mal mirado por Francia, y de esto proviene la inmoralidad á que se entregó la clase inferior, salvándose en general la parte escojida de la sociedad. Sin embargo, la moralidad del pueblo no era tan mala como podría suponerse, porque aunque los casamientos no eran celebrados en la iglesia, las mujeres eran casi tan fieles como se hubiesen sido casadas regularmente. Con la diferencia, que como el vínculo no era irrevocable cuando dos individuos no se entendían bien se separaban.

Francia murió en 1840 á la edad de 85 años. Fue enterrado bajo el altar mayor de la iglesia de la Encarnación en la Asunción; pero sus restos fueron más tarde desenterrados y arrojados al río por personas cuyas familias habían sido perseguidas. Tres de los principales hombres del Paraguay debieron ser fusilados en la mañana en que murió; pero la órden de su ejecución no se llevó á cabo.

Entonces se convocó un congreso, el que elijió cónsules á D. Carlos A. López y D. Roque Alonso. El segundo era un buen hombre, y todos cuantos le conocían le apreciaban; pero no tenía suficiente energía para mantenerse al lado de López, que pronto supo deshacerse de él, quedándose solo en el gobierno. Al principio ambos firmaban en la misma línea, para denotar igualdad de poder, pero poco después López firmaba primero y bajo su firma

colocaba Alonso la suya, para demostrar inferioridad de rango, hasta que finalmente López, un día que estaba de mal humor dijo á Alonso –"Vete animal"–, y se hizo elejir presidente por diez años por un congreso que convocó en 1844. En este congreso y en otros se dictaron leyes de las que tomamos como modelo los siguientes fragmentos:

Estatutos para la Administración de Justicia.

Noviembre 24 de 1842.

Art. 71. Quedan abolidas la pena de tormentos y la confiscación de bienes.

Decreto sobre la libertad de vientres.

Noviembre 24 de 1842.

El Supremo Gobierno de la República del Paraguay acuerda y decreta:

Art. 1°. Desde el 1° de Enero del entrante año de 1843, serán libres los vientres de las esclavas, y sus hijos que nacieren en adelante serán llamados "Libertos de la República del Paraguay".

Art. 2°. Quedan en la obligación los libertos de servir á sus señores, como patronos de los libertos hasta la edad de veinte y cinco años los varones, y las mujeres hasta los veinte y cuatro años.

Aprobación del Mensaje del Congreso.

Art. 29. Desde el 1° del mes entrante la dieta del primer Señor Cónsul será de 4.000 pesos fuertes por año y la del Señor segundo Cónsul la de tres mil pesos fuertes.

Acta de la Independencia del Paraguay.

Noviembre 25 de 1842.

Art. 2°. La República del Paraguay *nunca jamás* será el patrimonio de una persona ó de una familia.

Instrucciones á la Policía.

Junio 15 de 1843.

Art. 37. Es absolutamente prohibido hablar de partidos y de la guerra civil que dolorosamente hace pedazos á las provincias vecinas, y no se permitirá insultos ni amenazas con los emigrados de uno ú otro partido; siendo de prevención al que quiera vivir en esta República, que ha de guardar un profundo silencio sobre los sucesos y partidos del otro lado de Corrientes, y esto ha de advertir el Comisario á todos los extranjeros y emigrados, que aquí nada queremos saber de sus ódios y funestos rencores, y el que no se conforme, que se retire del país inmediatamente.

Ley que establece la Administración Política de la República del Paraguay.

Marzo 16 de 1844.

CAPÍTULO VII

De las atribuciones del Presidente de la República.

Art. 1°. La autoridad del Presidente de la República es estraordinaria en los casos de invasión, de conmoción interior y cuantas veces fuere precisa para conservar el órden y la tranquilidad pública de la República.

Art. 9. Publica la guerra y la paz y toma por sí mismo cuantas medidas puedan contribuir á prepararlas.

Art. 17. Puede celebrar concordatos con la Santa Sede Apostólica; conceder ó negar su beneplácito á los decretos de los concilios y cualesquiera

otras constituciones eclesiásticas; dar ó negar el exequatur á las bulas ó breves Pontificios, sin cuyo requisito nadie los pondrá en cumplimiento.

Art. 18. Es el juez privativo de las causas reservadas en el estatuto de la administración de justicia.

CAPÍTULO VIII

Art. 3. El ministro ó ministros de Estado, no tendrán otro tratamiento que el de Usted, y no podrán dar órden alguna sin acuerdo y aprobación del Presidente de la República.

Art. 4. Gozarán de una compensación que les asigne el Presidente de la República.

Reformas de algunos usos y atribuciones de los Reverendos Obispos.

Noviembre 30 de 1845.

El Presidente de la República del Paraguay, considerando que á la par del zelo que tiene acreditado por el culto relijioso, debe cuidar que ningún empleado de la iglesia aparezca en ella ni en las calles, sobreponiéndose al Supremo Gobierno Nacional, decreta:

Art. 1°. Queda prohibido todo y cualquier repique al entrar el Obispo á la iglesia y al salir de ella.

Art. 2°. Asi mismo queda privado arrodillarse en las calles ó en cualquier otro lugar por donde pasare el Obispo.

Art. 3°. No usará dosel, ni capa magna en la iglesia, ni fuera de ella.

Art. 4°. No se hará novedad en la órden de Gobierno que permite decir misa desde el último toque de diana.

Habiendo así legalmente concentrado en sus manos la suma del poder, empezó á formar un ejército para sostenerlo. De este punto nos ocuparemos oportunamente.

Cuando se apoderó del poder, su familia era pobre, y él mismo durante la época de Francia, era un oscuro abogado que se consideraba muy dichoso cuando ganaba un patacón por día. Carlos Antonio López era casa con Da.

Juana Carrillo. Ambos eran blancos y estremadamente corpulentos. Tuvieron cinco hijos: tres varones –Francisco Solano, Venancio y Benigno– y dos hijas: Inocencia y Rafaela, todos tan corpulentos como sus padres. López I empezó su reinado favoreciendo la fortuna de sus hijos de una manera escandalosa. Nombró a su hijo mayor (que fue después López II) jeneral en gefe del ejército y ministro de la guerra. Muy joven todavía le confiaba su padre una gran parte del poder ejecutivo, haciéndole á veces visitas oficiales, en las que se le presentaba de rondón, abriendo las puertas con violencia como para sorprenderlo. Venancio, su segundo hijo, fue nombrado coronel y gefe de la guarnición de la Asunción. Benigno, el menor de los tres, fue nombrado sargento mayor en el ejército; pero no habiendo quedado satisfecho, se le convirtió en almirante de la escuadra. A pesar de esto, renunció al empleo, prefiriendo llevar una vida vagabunda. Este hijo era el gran favorito del viejo. Cada uno de ellos tenía una casa y un establecimiento separado y todos eran notables por su libertinaje, especialmente el mayor y el menor.

Esta autoridad ilimitada de López, que ejercían también sus hijos bajo sus auspicios, hacia á los ciudadanos sumamente cautelosos, para decir ó hacer las más mínimas cosas que pudiera desagradarles. Todos ellos se enriquecieron muy rápidamente, sirviéndose para este fin de cuantos medios les proporcionaba el poder. Solían ofrecer por los ganados un precio infinitamente inferior al del mercado, y los vendedores temían rehusarlo. Compraban de este modo para revender en seguida al precio que querían, pues á nadie le era permitido vender ganados en el mercado mientras hubiera alguno perteneciente á la familia del presidente. Compraban también propiedades, siempre á precios bajos, á los particulares y al gobierno. Las señoras de la familia, establecieron una bolsa en donde se compraba con 8 por ciento de descuento el papel moneda inutilizado por el uso, y que ellas por sus relaciones con el gobierno cambiaban en la tesorería por papel que representaba su valor íntegro. Prestaban también dinero sobre prendas con interés usuario, quedándose con todo cuanto querían, sin ningún miramiento por los derechos de sus dueños.

López I continuaba siempre, aunque en menor escala, el sistema de espionage establecido por Francia, así como el de encarcelar á todo individuo sospechoso.

No obstante todo el egoísmo de López I, su gobierno era comparativamente bueno para el Paraguay. Probablemente en ningún país del mundo la

vida y la propiedad han estado tan garantidas como en el Paraguay durante su reinado. El crimen era casi desconocido y cuando se cometía alguno era inmediatamente descubierto y castigado. La masa del pueblo era tal vez la más feliz del mundo. Apénas tenían que trabajar para ganar su vida. Cada familia tenía su casa ó choza en terreno propio. Plantaban en pocos días el tabaco, maíz y mandioca necesarios para su propio consumo y aún esto mismo no exigía cuidado hasta la época de la cosecha. Todas las chozas tenían su naranjal cuya fruta forma un artículo importante de consumo en el Paraguay, y también algunas vacas, lo que les evitaba en gran parte la necesidad de trabajar. Las clases superiores vivían por supuesto más á la europea, y muchas familias poseían fortunas considerables y lo pasaban confortablemente.

Todo el mundo se hallaba espuesto á ver tomada su persona ó arrebatada su propiedad por razon de servicio público sin recompensa ni esplicación, por órden del primer juez de paz; pero generalmente no se abusó de este despotismo en el tiempo del viejo López, que no permitía sino á su familia el ejercicio de la tiranía sobre el pueblo. Para la generalidad, la suma de la felicidad humana consistía en pasar el día á la sombra, tendidos sobre un poncho, fumando y tocando la guitarra. Puede creerse pues que aquellos tiempos eran sumamente felices, por cuanto era todo cuanto tenían que hacer.

Los paraguayos son muy hospitalarios. Recibían á todo el que llegaba á sus puertas, conocido ó desconocido con la mayor cordialidad, ofreciéndole cuanto tenían, proporcionándole su mejor hamaca y la mejor habitación de la casa, generalmente, obsequiaban á sus huéspedes con un baile por la tarde. Nunca esperaban recompensa, y las clases superiores se habrían creído insultadas si se les hubiera ofrecido.

El traje del paraguayo consistía en un sombrero alto, como el que hoy se usa, camisa con pechera y mangas bordadas, calzoncillos blancos con flecos largos y anchos cribos. Sobre este calzoncillo un chiripá asegurado con una faja de seda punzó; no usaban calzado y completaban su traje con un poncho. El traje de las mujeres consistía en una larga camisa blanca, de mangas cortas, bordadas y adornadas con randas y los escotes bordados con seda negra. Hasta la cintura no llevaban otra cosa que la camisa, completando el trage una enagua blanca, asegurada con una ancha cinta colora-

da. Andaban descalzas. Estos trajes lo llevaban solamente las campesinas y la clase baja. Estas camisas, llamadas *tupoi*, son un traje gracioso y tentador. Las señoras y caballeros de la ciudad vestían á la europea, mostrando las primeras muy buen gusto en sus trajes; son muy decorosas y graciosas, y el que asistía á un baile en la Asunción podría creerse en París.

En 1845, López I abrió el país al comercio é inmigración estrangera. Sin embargo, no se permitía al estrangero adquirir bienes raíces en el Paraguay, ni casarse con las hijas del país sin permiso especial del gobierno, el cual no se obtenía con facilidad. La forma general de estas peticiones era pedir al gobierno el permiso de contraer matrimonio, citando dos personas que atestiguaran el estado del demandante. López, por lo general, detenía la respuesta varios meses, la que á menudo era negativa, y á veces se aprovechaba de la ocasión para insultar al demandante. Una vez presentó un español (de muy pequeña estatura) la petición, y después de tres meses de espera recibió la siguiente respuesta al pie de la solicitud: - "A pesar de que el insolvente galleguito N.N. vino á este país como los demás estrangeros en busca de fortuna, todavía se le hace especial favor de dejarlo casarse con la distinguida señorita M.M.".

En 1849 se envió una espedición paraguaya á Corrientes, bajo las órdenes del jeneral López, la que volvió poco después sin haber abierto operaciones.

Las primeras dificultades con el Brasil surgieron en 1850, por una cuestión sobre la frontera norte del país; el Brasil reclamaba por límite el Río Apa, y el Paraguay el Río Blanco. El Brasil ocupaba el Pan de Azúcar, colina situada en el territorio disputado, de donde fue desalojado por los paraguayos. Este asunto quedó pendiente y se concluyó un tratado dejando aplazada la cuestión de límites. Desde aquel tiempo el Paraguay ocupó siempre este territorio.

López I estubo siempre en reyerta con todos los poderes que tuvieron con él alguna relación diplomática. Era de un carácter petulante, y en general odiaba á los estrangeros, aunque los trataba bien, sin duda por la sola razón de que sus gobiernos eran más fuertes que él. Generalmente salía de la dificultad pagando cuanto le pedían los ministros. Cuando subió al poder existían en la tesorería una inmensa cantidad de doblones y pesos fuertes, y muchas vasijas de oro y plata. La mayor parte de estas riquezas provenían de las confiscaciones hechas por Francia á los jesuitas y á los particulares.

En 1854, López envió á Europa á su hijo mayor como ministro cerca de las diferentes cortes. Pasó diez y ocho meses en Europa, viajando por Inglaterra, Francia, España, Alemania é Italia. En este viaje adquirió muchos conocimientos superficiales y cierto barniz de buena crianza. Probablemente el espectáculo de los grandes ejércitos europeos le sugirió la idea de imitarlos, y de representar en Sud América el papel de Napoleón.

Su misión no tenía otro objeto que el de hacer conocer al Paraguay.

En 1858, López I encarceló una veintena de personas, bajo pretesto de una supuesta conspiración para asesinarlo en el teatro. Una de estas era un súbdito inglés llamado Canstatt, que escapó gracias á la intervención de M. Henderson, cónsul inglés y á las enérgicas medidas tomadas por el almirante en el Río de la Plata, que detuvo en Buenos Ayres al vapor de guerra paraguayo *Tacuarí*, en momentos de salir del puerto, llevando á su bordo al jeneral López, que acababa de servir de mediador en la lucha civil de la República Arjentina.

El jeneral López desembarcó y marchó por tierra á Santa Fe, embarcándose allí con dirección á la Asunción. Tan luego como López I supo la detención del *Tacuarí*, puso en libertad á Canstatt y se vengó en dos caballeros llamados Decoud, pertenecientes á una de las primeras familias del Paraguay, que fueron fusilados por su órden. Esta fue quizá la única gran atrocidad cometida durante el reinado de López I, si se esceptúa su proceder con los indios del Chaco, que fueron invitado á pasar el río para celebrar un tratado con el gefe de Villa Oliva, el cual después de haber reunido un gran número en un cuarto, los asesinó bárbara y premeditadamente. Sin embargo, es probable que este acto fuese ejecutado por el gefe bajo su sola responsabilidad.

En conjunto, la administración de López fue ventajosa para el país; lo abrió al comercio, construyó arsenales, vapores y caminos de fierro. El pueblo no fue jamás recargado con contribuciones, pagándose todas estas obras con los tesoros amontonados por su predecesor.

La única renta del Paraguay era la yerba, monopolizada por el gobierno, que la compraba á los productores á razón de 25 centavos de peso fuerte la arroba, para venderla á razón de 5 á 8 pesos fuertes.

El Paraguay ni tuvo ni tiene deuda nacional.

López I murió en el mes de setiembre de 1852, después de una larga y penosa enfermedad. Luego que murió, el jeneral López, que estaba presen-

te, se apoderó de todos los documentos, duplicó las guardias y redobló el número de patrullas en las calles. Convocó al consejo de Estado y le leyó el testamento de su padre, nombrándole vice-presidente hasta que pudiera reunirse un congreso para elejir un nuevo presidente. Entonces hizo embalsamar al anciano, y celebró un gran funeral en la catedral de Asunción, en seguida fue llevado en un gran carro fúnebre á la francesa hasta la iglesia de Trinidad, edificada por él mismo á tres millas de la Asunción, siendo enterrado frente al altar mayor, con todos los honores de costumbre, en presencia del jeneral López y de todos los miembros de la familia; allí estaba también toda la población de la Asunción.

El pueblo en general creyó que el jeneral López establecería un gobierno libre, fundándose en que sus viajes á Europa debían haberle ilustrado, y que el cambio sería decididamente ventajoso. Sin embargo, la gente más sensata, movía la cabeza y lamentaba la muerte del anciano.

El jeneral López convocó inmediatamente un Congreso que lo eligió presidente en octubre 16 de 1862. Algunos desgraciados miembros de este Congreso expusieron respetuosamente, que el gobierno no debía ser hereditario y otros se opusieron á que fuese militar. Estos diputados fueron encarcelados y engrillados, muriendo casi todos víctimas de sus sufrimientos. Benigno López, su hermano que fue uno de los mal avisados, fue desterrado á su estancia del Norte. El padre Maíz que había sido confesor del viejo López, fue también de los desgraciados, pero sobrevivió lo bastante, para verse en libertad y constituirse en un abyecto instrumento de López.

Se abrió una suscrición para levantar un monumento á la memoria de López I. Esta idea fue al parecer espontánea de los ciudadanos, aunque en realidad fue una órden de López. Se dispuso que las suscriciones no pasasen de 5 fuertes y se hicieron listas de todos los individuos que podían disponer de esa cantidad, enviando á recojer el dinero sin recabar previamente el consentimiento de los donantes. Esto tuvo lugar lo mismo con los estrangeros que con los hijos del país. En el mes de junio se habían reunido, solamente entre los paraguayos, 55,000 pesos fuertes. La cantidad recojida, desapareció totalmente; como es natural nunca se averiguó la causa de su desaparición ni se realizó la amenaza del monumento.

El obispo del Paraguay, llamado Urbieta, era bastante anciano pero todavía montaba á caballo. López II habló en el Congreso de su vejes, y propuso pedir una bula al papa, para tener listo el reemplazante del viejo. Efectivamente obtuvo la bula para un sacerdote de la campaña, llamado Palacios, hombre de cerca de 35 años de edad y con quien podía contar para todo.

El nuevo majistrado fue festejado con banquetes y discursos, porque no se creía decente dar bailes tan recientemente muerto el viejo presidente.

Ni el primero ni el segundo de los López permitieron nunca que se criticara á Francia. Si lo hubieran permitido les habría llegado su turno.

CAPÍTULO II

Causas que produjeron la guerra del Paraguay. – Principio de la misma por López II contra el Brasil.

López tenía cerca de la embocadura del río Paraguay una curva fortificada con unas cuantas baterías, que lenta pero continuamente eran aumentadas, y cuya retaguardia era defendida por una trinchera. Estas baterías dominaban toda la curva del río, y todos los buques eran obligados á detenerse y pedir permiso antes de pasar. Como esta era la única vía practicable de comunicación entre el Brasil y su provincia de Matto-Grosso, el gabinete de San Cristóbal desaprobaba, como era natural, este obstáculo á la libre navegación, y acumulaba gradualmente grandes depósitos militares en Matto-Grosso, indudablemente con la intención de destruir á Humaitá alguna vez. El Brasil tenía más arriba del río un fuerte de la misma naturaleza llamado Coimbra por el cual pasaban necesariamente todos los buques que se dirijían á Matto-Grosso. Esta fortaleza, sin embargo en nada incomodaba al Paraguay, pues su comercio se hacía río abajo. Esta batería y la cuestión de límites era causa de constantes desintelijencias entre los gobiernos, lo que hacía evidente que tarde ó temprano estallaría una guerra, pues ni uno ni otro quería ceder un ápice en lo que consideraban su derecho. La lucha con el Brasil y con la República Arjentina, fue iniciada por López sin previa declaración de guerra. Buscaba pretestos para declarar la guerra según las leyes de la civilización, pero no pudo resistir á la tentación de aprovecharse

del descuido de sus adversarios y se apoderó de sus vapores en tiempos de paz. El verdadero principio de la guerra, y sus causas ostensibles fueron las siguientes: -El 17 de abril de 1863, el jeneral Flores, gaucho desterrado y gefe de un partido político en la Banda Oriental, partió de Buenos Ayres en un bote acompañado por cuatro individuos y desembarcó en su país con objeto de revolucionarlo. Su intención no era otra que apoderarse del gobierno. Como los gauchos habían permanecido en quietud durante algún tiempo, solo necesitaban de un gefe para volver á su incesante lucha. No tardó en reunir á sus partidarios, siendo auxiliado por el departamento de guerra de Buenos Ayres, entonces en paz con Montevideo, con los pertrechos necesarios.

La revolución ganó terreno lentamente, y el gobierno no era bastante fuerte para contenerlo.

El Brasil se aprovechó del estado de la Banda Oriental para reclamar del gobierno daños y perjuicios, a favor de varios súbditos brasileños, que habitaban el país, y que se pretendía habían sido estaqueados, ó asesinados, sin que el gobierno hubiera tomado medidas para castigar á los criminales.

El Paraguay empezó a prepararse activamente para la guerra á principios de 1864, y en marzo del mismo año, López estableció en Cerro León, un campamento militar, en que adiestraba para la guerra un ejército de 30,000 hombres de 16 á 50 años de edad. Al mismo tiempo se disciplinaban en la Encarnación 17,000 reclutas, 10,000 en Humaitá, 4,000 en la Asunción y 3,000 en la Concepción. El total de hombres que se disciplinaron en los seis meses que corrieron de marzo á agosto de 1864 se eleva á 64,000, sin contar unos seis mil que murieron en este período. Antes de dar principio á estos preparativos, el ejército constaba de 28,000 mil veteranos, con un solo jeneral: López.

El ejército paraguayo estaba organizado según el sistema y la ordenanza española. El sueldo nominal de cada soldado era de 7 patacones al mes, pero solo lo recibía cada dos meses. La tercera parte se le pagaba en moneda metálica, otra en papel y la última en efectos, que los soldados podían sacar de los depósitos del gobierno, establecidos para este objeto. Después de comenzada la guerra, el ejército dejó de percibir sus sueldos, durante toda ella López decretó dos recompensas, cada una de las cuales no pasó del equivalente de un mes de sueldo.

El Brasil por su parte continuaba preparándose á la guerra, y en marzo de 1864 recibió sus primeros diez cañones Whitworth.

El reclutamiento de Sierra León alarmó mucho á la prensa de Buenos Ayres, a cuando sabía que esos preparativos eran contra el Brasil, y consideraba al Paraguay por sus tradiciones y posición como un aliado natural de la República Arjentina.

Los preparativos que se hacían en el Paraguay eran demasiado grandes para sus recursos. Se colocó una línea telegráfica de 270 millas, desde la Asunción al Paso de la Patria, trabajo que duró diez meses. Se estableció una gran fábrica de equipos militares, en que se fabricaban sillas, cinturones, cartucheras, etc., que se remitían á Cerro León por el ferro-carril.

En este mismo año el gobierno paraguayo envió al argentino una nota quejándose del auxilio y protección moral dada por este al rebelde Flores, y pidiendo esplicación sobre la fortificación de Martín García. Este punto es una isla situada en la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay, que domina su embocadura y por consiguiente la del Paraguay. Martín García en poder de López hubiera sido para el Paraguay lo que era Humaitá para Matto-Grosso. Por su posición jeográfica pertenece á la Banda Oriental, pero ha estado y está en poder de la República Arjentina. El gobierno argentino prometió esplicaciones, pero habiendo esperado diez semanas la contestación, el gobierno paraguayo insistió nuevamente. A pesar de esto el gobierno argentino eludió la cuestión. Estas emergencias no concurrían por cierto á mejorar las relaciones entre ambos gobiernos, que habían sido siempre tirantes.

En el mes de julio, el Brasil para hacer más eficaces sus reclamos, invadió la Banda Oriental, pero se contuvo cerca de las fronteras; nadie sabía si su intención era unirse á la revolución ó solamente precipitar sus reclamos.

Sin embargo, á fines del mes se adhirió á Flores, pero apoyándolo solo con su influencia moral. Buenos Ayres envió á Flores por este mismo tiempo unos 2,000 hombres, pero aparentemente sin la intervención del Gobierno.

Por último, el 4 de agosto, Saraiva, plenipotenciario brasilero en el Río de la Plata, envió un ultimátum al gobierno de Montevideo, exijiendo el pago de los reclamos, y el castigo de las autoridades de que se quejaban los súbditos brasileros, amenazándole al mismo tiempo con la represalia.

Antes de esto, el gobierno paraguayo había sostenido una correspon-

dencia con el ministro oriental, residente en la Asunción, haciéndole creer que el Paraguay ayudaría á su gobierno.

Cuando llegaron á la Asunción las noticias del ultimátum brasilero, el ministro oriental propuso al gobierno del Paraguay interviniera en el Río de la Plata con su escuadra y su ejército. La nota paraguaya en que se contesta esta solicitud es un documento sumamente singular, que por su estensión no insertamos íntegro. Con pretesto de establecer los antecedentes para mayor claridad del asunto, revela todas las confidencias diplomáticas del ministro oriental. Entre otras cosas declara, que el ministro oriental en su capacidad oficial, le había propuesto una alianza ofensiva y defensiva contra el gobierno argentino, que el mismo ministro había declarado que la isla de Martín García pertenecía de derecho á la Banda Oriental, ofreciendo mantenerla neutral dado el caso que su gobierno se apoderara de ella; que el ministro había propuesto irse á Montevideo y desde allí, enviar un emisario para ligar una intriga con Urquiza, gefe de la provincia de Entre Ríos y tratar de decidirlo á declararse contra el gobierno de la República Arjentina, pronunciándose a favor de Montevideo.

El ministro Berges concluye su despacho diciendo que su gobierno no cree conveniente intervenir con escuadra y ejército en el Río de la Plata como lo proponía el gobierno oriental; pero que siendo esencialmente necesario el bienestar del Paraguay, el equilibrio del Río de la Plata, su gobierno se reservaba el derecho de asegurar este resultado por su acción independiente y propia.

Al mismo tiempo que contestaba á sus aliados de esta manera, el ministro Berjes se dirijía el mismo día al Sr. Vianna de Lima, ministro brasilero residente en la Asunción, protestando contra la amenaza de represalias hechas por el Brasil á la Banda Oriental.

Vianna de Lima contestó el 1° de setiembre, que su gobierno no sería detenido por consideración alguna, en el cumplimiento del sagrado deber de protejer las vidas é intereses de sus súbditos. Berges replicó el 3 del mismo mes, que si el Brasil llegase á tomar las medidas contra las cuales protestaba su gobierno, se vería en la penosa necesidad de hacer efectiva su protesta.

Con este motivo se hicieron grandes demostraciones (naturalmente por órden del gobierno) a favor de la protesta. Una comisión de las principales

personas de la Asunción se presentó en el palacio para manifestar su adhesión á la política del gobierno. En seguida marcharon en procesión desde el palacio hasta la plaza principal, acompañados por una compañía de soldados. Allí izaron la bandera nacional, que fue saludada con 21 cañonazos; poniéndose en seguida el pueblo entero á bailar, beber y recorrer las calles dando serenatas –siempre por orden superior–. Todo el mundo, sin escepción, estaba obligado á tomar parte en estas calaveradas, bajo pena de hacerse sospechoso de traición, lo que era equivalente para las señoras á ser deportadas á las selvas, y para los hombres á ser encarcelados.

Ni aún los grandes pesares de familia eran bastante causa para faltar á estas manifestaciones.

Se redactaron manifiestos, que fueron firmados por todo el mundo, sin escepción alguna, ofreciendo al gobierno sus vidas y sus bienes para defender su causa. Hasta las señoras y los niños fueron obligados á firmar estos documentos; igual cosa sucedió en todos los pueblos y aldeas del Paraguay, de manera que no quedaba un solo individuo que no hubiera puesto en manos del gobierno su vida y su propiedad, sin sospechar siquiera la causa.

La manifestación firmada por todos los habitantes de la Asunción, fue presentada á López por ellos mismos, y terminada su lectura, este les dirijió las siguientes palabras:

"A nombre de la patria os doy gracias ciudadanos, por la solemne manifestación que me hacéis, y cuya principal importancia consiste en la sinceridad y espontaneidad de que venís haciendo justo alarde.

"Como majistrado y paraguayo, me felicito recibir aquí consignada vuestra elocuente adhesión á la política del Gobierno, por una esplosión de patriotismo, como la que representa esta populosa reunión.

"La actitud que la República asume en estos momentos solemnes puede recurrir á vuestro patriotismo para oír la voz de la patria. Es tiempo ya de hacerlo. El Paraguay no debe aceptar ya por más tiempo la prescindencia que se ha hecho de su concurso, al agitarse en los estados vecinos cuestiones internacionales que han influido más o menos directamente en el menoscabo de sus más caros derechos.

"Al asumir la situación que ha provocado vuestra generosa adhesión y ofrecimiento, no me he hecho ilusiones sobre la gravedad de esa misma situación; pero vuestra unión y patriotismo, y el virtuoso ejército de la Re-

pública, han de sostenerme en todas las emerjencias para obrar cual corresponde á una nación celosa de sus derechos y llena de un grandioso porvenir.

"En el desempeño de mis primeros deberes es que he llamado la atención del emperador del Brasil, sobre su política en el Río de la Plata, y todavía quiero esperar que apreciando la nueva prueba de moderación y amistad que le profeso, mi voz no será desoída; pero si desgraciadamente no fuera así, y mis esperanzas fuesen fallidas, apelaré á vuestro concurso, cierto de que, la patriótica decisión de que estáis animados no ha de faltarme para el triunfo de la causa nacional, por grandes que puedan ser los sacrificios, que la patria demande de sus hijos.

"Entretanto, permaneced tranquilos en la imponente actitud que habéis asumido, mientras no me vea en la necesidad de apelar directamente á vosotros".

Estas demostraciones fueron incesantes durante toda la guerra. Se promovían bailes y se improvisaban en las plazas salones rústicos; después que la concurrencia acompañada por las bandas de música, visitaba la casa del presidente, de madama Linch, del obispo y de los ministros, volvía á los salones y bailaba hasta la madrugada. Estos bailes tenían lugar noche á noche y eran costeados por diferentes individuos, que recibían para ello órden de la policía. La prensa bonaerense, burlándose de estas fiestas, las llamaba el baile de San Vito.

La prensa de Buenos Ayres se había alarmado desde que empezó el primer reclutamiento en el Paraguay, y cuando llegaron á su noticia los rumores de los procedimientos del gobierno paraguayo, empezó á discutir qué partido tomaría la República Arjentina, en esta emerjencia.

Corría la voz que Corrientes había sido invadida por los paraguayos, y se decía que 10,000 soldados debían desembarcar en la Paz, pueblecito de Entre Ríos. En Buenos Ayres se creía que el ejército paraguayo consistía en 50,000 hombres, y como la República carecía de ejército y López continuaba sus aprestos bélicos, tenían mucha razón para alarmarse.

En octubre, el almirante Tamandaré, gefe de la escuadra brasilera en el Plata, dirijió una pomposa circular á los ministros estranjeros, manifestando que iba á ejercer represalias contra el gobierno oriental y que visitaría todos los buques neutrales que navegasen en las aguas del río Uruguay para evi-

tar todo contrabando de guerra. M. Lettsom, ministro inglés en la Banda Oriental, contestó que las aguas del Plata y del Uruguay eran libres para todas las naciones, y que los brasileros no tenían jurisdicción en ellas; que aquello no era cuestión de neutralidad, pues Flores era simplemente un rebelde; que el Brasil no había declarado la guerra y que por esta misma razón no podía haber contrabando de guerra; y finalmente que las cañoneras británicas protejerían de todo insulto en aquellas aguas á todos los buques que llevarán la bandera inglesa.

La prensa bonaerense, siempre enemiga de López, se ocupó en burlarse del protector del equilibrio del Río de la Plata, y en ridiculizar la talabartería paraguaya, que el "Semanario", diario oficial del Paraguay, había mencionado como uno de los preparativos de la guerra. Estas burlas, por mucho que divirtieran á sus autores hirieron profundamente á López, y le causaron mayor impresión que ninguno de sus grandes reveces durante la guerra, llegando hasta mencionarlas en su correspondencia de la prensa arjentina; y no puede dudarse que esos artículos fueron la principal causa de la declaración de guerra á la República Arjentina.

El Brasil se puso decididamente de parte de Flores, sin declaración de guerra contra el gobierno oriental, y Tamandaré en una de sus circulares oficiales, declara incidentalmente que todas sus operaciones serán llevadas en combinación con Flores.

El Brasil entero creía que el Paraguay haría efectiva su protesta; y aún se decía en un diario de Río Janeiro, en el mes de octubre, que 7,000 paraguayos habían marchado ya contra el Brasil.

A principios del mes de noviembre de 1864, los brasileros ocupaban todos los pueblos del Norte del Río Negro, en la Banda Oriental; y el jeneral Flores, en combinación con ellos, operaba al Sud del mismo río. Tamandaré bloqueaba todos los puertos de la República Oriental sobre el Uruguay. El Brasil exijía como una condición *sine qua non*, la caída del gobierno existente. Dos de los ministros de aquel gobierno tenían una reputación malísima, por haber sido los que ordenaron la premeditada *massacre* de centenares de prisioneros de guerra, tomados en una revolución; y la prensa bonaerense se demostraba en esos momentos sumamente severa con el doctor Carreras, que era uno de ellos, á consecuencia de algunas frases enérgicas que había empleado en su correspondencia diplomática. Se hablaba de una alianza

brasilero-arjentina, y en fecha 1° de noviembre, el órgano del gobierno indicaba cual sería la política que seguiría el gobierno arjentino.

El jeneral Urquiza, gefe de Entre Ríos, aunque aparentemente es solo el gobernador de una provincia Arjentina, subordinado por lo tanto al presidente de la República, es sin embargo un monarca independiente. Se creía generalmente que Urquiza enviaría un ejército en defensa del gobierno de Montevideo, y daban pábulo á esta creencia las declaraciones de la prensa entreriana, que aseguraba que 5,000 paraguayos estaban listos para desembarcar en Entre Ríos, donde tenían preparados ya carros y bueyes para marchar sobre la Banda Oriental. Urquiza es el gefe de un fuerte partido político en la República, y sobre todo en Buenos Ayres. Es indudable que secretamente alentaba al gobierno oriental, con la promesa de auxiliarlo, como lo hizo después con el Paraguay durante toda la guerra, aunque públicamente profesaba su adhesión á la República Arjentina y prometía enviar tropas al ejército. Sin embargo supo aprovecharse de la ocasión, salvando á su provincia del envío de grandes continjentes, y logrando enriquecerse y enriquecer á su comarca con la proveduría de ganados y caballos para el ejército aliado, durante toda la guerra.

Los sarcasmos de la prensa arjentina contra López continuaban, y no habiendo tomado el Paraguay determinación alguna, después de saber la ocupación de la Banda Oriental por los brasileros, decía que el Paraguay no saldría de la crisálida.

Existía una compañía brasilera, que hacía la carrera entre Curumbá y Montevideo con escala en la Asunción. Uno de sus vapores se llamaba el "Marqués de Olinda". Este buque, de viage para Matto-Grosso, llegó á la Asunción el 10 de noviembre de 1864, llevando á su bordo al señor Carneiro Campos, recientemente nombrado presidente ó gobernador de la provincia brasilera de Matto-Grosso. López se hallaba en Cerro León en esos momentos, y vaciló durante el día fluctuando entre la guerra y la paz. Tenía la idea de que el Paraguay, solo podría hacerse conocer por la guerra, y su ambición personal lo precipitaba en este sendero, pues abrigaba la convicción de poder reunir inmediatamente toda la población del Paraguay, formando así un inmenso ejército; sabía también que los brasileros emplearían mucho tiempo para reunir fuerzas de consideración, y creía que no estarían dispuestos á sostener una guerra tenaz y prolongada. Se decía á sí mismo, que

si no aprovechaba de aquel momento para emprender la guerra con el Brasil, este podía hacérsela en ocasión más desventajosa para él. Tomada su resolución despachó con un espreso á uno de sus ayudantes, con órden de que el "Tacuarí" (el vapor más lijero del Río de la Plata) alcanzara al "Marqués de Olinda" que había seguido su viaje y lo trajera á la Asunción. Esta órden fue cumplido, siendo alcanzado el vapor 200 millas río arriba, apresado y conducido á la Asunción, donde fondeó custodiado por una guardia, quedando prisioneros é incomunicados todos los pasajeros, entre los cuales se encontraba el presidente de Matto-Grosso.

En el mismo día (12 de noviembre de 1864) Berjes escribió al Sr. Vianna de Lima, diciéndole que á consecuencia de la invasión de la Banda Oriental por los brasileros, quedaban rotas las relaciones con el Brasil, y solo sería permitido el pasaje para Matto-Grosso á los buques neutrales.

Vianna contestó protestando contra la detención del "Marqués de Olinda" sin previa declaración de guerra y pidiendo sus pasaportes para partir aguas abajo en dicho paquete. Se le enviaron los pasaportes, pero no se permitió la salida del vapor. No habiendo vapores disponibles en el río Paraguay, el ministro brasilero no sabía cómo hacer para dejar el país, y se dirijió á M. Washburn, ministro americano, como al decano del cuerpo diplomático en el Paraguay, pidiéndole medios de transporte para él y su familia. Después de una larga correspondencia con Berjes, M. Washburn consiguió una órden en que se ponía el vapor "Paraná" á disposición del Sr. Vianna de Lima, dando aquel una garantía oficial de que el vapor no sería molestado en su regreso. En esta correspondencia, M. Washburn hace referencia á un ofrecimiento de Berjes para facilitar y proteger al señor Lima el viage por tierra, á la cual respondió M. Washburn, que ese ofrecimiento era innecesario por cuanto el Sr. Lima y su familia no podían esponerse á los terribles sufrimientos del calor y de los pésimos caminos. Berjes contestó diciendo: "el infrascrito no había prometido proveer á la seguridad del señor Vianna de Lima, dado caso que viajara por tierra, como parece haberlo comprendido V.E. pues esa seguridad está plenamente garantida por las leyes de la República y por la moralidad de sus habitantes, como V.E. habrá tenido ocasión de observarlo en sus frecuentes viajes al interior".

La energía de M. Washburn, en esta ocasión, salvó al Sr. Lima y su familia de las miserias y horrores que causaron la muerte al presidente de Matto-Grosso y á la mayor parte de la tripulación del "Marqués de Olinda".

El día en que fue apresado el "Marqués de Olinda", M. Washburn mostró al gobierno del Paraguay una nota de M. Seward en que aplaudía la actitud del Paraguay, y condenaba la del Brasil, considerándola como una amenaza á la tranquilidad de los Estados del Río de la Plata. En enero del año siguiente, M. Washburn partió con licencia para los Estados Unidos.

Unos cuantos días después del apresamiento del "Olinda" sus pasajeros y tripulación fueron desembarcados y encerrados en un galpón como prisioneros de guerra. En esta prisión fueron malísimamente tratados, viéndose obligado el presidente Campos á comer en el mismo plato con los marineros, y permaneciendo en completa incomunicación. Más tarde se concedió permiso á 42 de los tripulantes para bajar á Buenos Ayres. El resto de los prisioneros fue poco después enviado al interior sin que nadie supiera por el momento cual era su destino; estos infelices sufrieron horribles privaciones, muriendo la mayor parte de hambre, aunque López aseguraba en su diario oficial que recibían medio sueldo y raciones completas. El presidente de Matto-Grosso y seis de sus compañeros sobrevivieron á estos horrores, y á mediados de 1867 fueron llevados bajo la custodia de una guardia al campamento paraguayo de Paso Pucú, en donde todos murieron. El presidente murió el día que, presenciando el incendio del campamento brasilero en Tuyuty, perdió toda esperanza de ser salvado por sus compatriotas. Dejó una carta para su mujer, escrita con lápiz, realmente conmovedora, que fue encontrada por los aliados entre los papeles tomados á López el 27 de diciembre de 1868.

El cargamento y provisiones del buque fueron puestos en remate, y el producido de la venta entró en las cajas del gobierno. Se encontraron en el buque 2,000 fusiles y 400,000 fuertes en papel moneda. Estos últimos, como es consiguiente, no tenían utilidad alguna para el Paraguay. Poco después, el cónsul del Brasil en Buenos Ayres, publicó un aviso, diciendo que sabía se trataba de hacer circular ese papel y que prevenía que no sería reconocido por el Gobierno imperial.

El "Marqués de Olinda" fue armado por cuatro cañones, entrando á formar parte de la escuadrilla paraguaya.

El gobierno pasó á los ajentes estranjeros en la Asunción la siguiente circular:

Ministerio de Relaciones Esteriores

Asunción, 17 de noviembre de 1868.

El abajo firmado, ministro y secretario de Estado en el departamento de Relaciones Esteriores, ha recibido órden del Exmo. Presidente de la República para poner en conocimiento de V.E. que, habiéndose verificado la invasión y ocupación del territorio Oriental del Uruguay y por la vanguardia del ejército imperial del Brasil al mando del brigadier Menna Barretto y librándose así el caso previsto en la solemne protesta, consecuente en aquella declaración y la de 3 de setiembre, el abajo firmado ha dirijido á S.E. el señor César Sauban Vianna de Lima, ministro residente de S.M. el emperador en esta capital, la resolución que V.E. hallará en la copia adjunta bajo número 1 y su contestación bajo el número 2.

El abajo firmado se lisonjea de que los principios de libre navegación y comercio lícito para la provincia de Matto-Grosso a favor de las banderas amigas, querrá V.E. ver una manifestación del vivo conato que su gobierno tiene de circunscribir en cuando de él dependa los males de la guerra á las prácticas de las naciones más civilizadas, evitando perjuicios á los nacionales de los gobiernos amigos que tengan intereses en aquella provincia brasilera.

El infrascrito aprovecha esta ocasión, etc.

José Berjes.

Fácil es comprender por esta nota, el deseo que tenía López de ser considerado por los poderes europeos como un gobernante esclarecido y civilizado. Desde el principio hasta el fin de la guerra, ha sostenido con insistencia que fue el Brasil quien inició la guerra contra el Paraguay y no éste contra aquel.

Es verdaderamente estraordinario que los diarios de Buenos Ayres, durante toda la guerra hayan dado noticia de muchos acontecimientos, largo tiempo antes de que sucedieran. La espedición de Matto-Grosso fue anunciada mucho antes de saberse en el Paraguay, y en noviembre se hablaba ya de que López había pedido licencia al gobierno argentino para que su ejército pasara por el territorio de Corrientes, cosa que no sucedió hasta el mes de febrero del año siguiente.

El siguiente párrafo traducido de un diario de Buenos Ayres, da una idea clara de cual era el sentimiento general de sus habitantes respecto al Paraguay:

"Los paraguayos –estos caballeros acaban de salir de su crisálida, contra el sentido común y la opinión de todo el mundo. Han tardado cuatro meses para salir y cuando menos pasará un año antes de que hagan algo, porque el Paraguay ha sido siempre muy precavido y muy prudente –demasiado prudente.

"Vamos á ver mis queridos paraguayos, que tal os portáis en una guerra esterior. Tened cuidado de no asustaros de las dificultades que podáis encontrar al salir al mundo, transformados de paraguayos en conquistadores de las libertades de otros pueblos.

"En cuanto á mi país, no le importa un bledo que ustedes se hayan movido, y en cuanto á mi me gustan los alborotos y declaro que la cosa más rara que veré en mi vida será una batalla entre tortugas y otros animales más ájiles.

"¡Bendito sea Dios!".

Sin embargo, algunos diarios eran subvencionados por el Paraguay. El cónsul paraguayo en el Rosario ofreció á un periódico de esa ciudad diez doblones al mes y el papel necesario para su impresión, si se comprometía á escribir a favor del Paraguay. La oferta fue rechazada esta vez.

Cuando llegaron al Brasil las noticias de la toma del "Olinda" y la prisión del presidente de Matto-Grosso, produjeron un estallido de indignación. Sin embargo, el gobierno tomó el asunto con sangre fría y declaró en el diario oficial que contaba con el patriotismo de todos los brasileros para lavar esta afrenta. Que el Paraguay se hallaba enervado por un gobierno despótico, y que esta era una razón más para no inquietarse por el resultado, que el asunto de la Banda Oriental estaría pronto terminado, y que entonces todas las fuerzas del imperio se encontrarían disponibles y prontas á operar contra el Paraguay.

Los asuntos de la Banda Oriental se acercaban á su fin, desde la intervención brasilera.

El Brasil se había aliado con Flores y habían llevado todo por delante, hasta que fueron momentáneamente detenidos en Paisandú, sitiaron este pueblo por agua y tierra con todas sus fuerzas. La plaza era mandada por el

coronel Leandro Gómez, que la defendió con un heroísmo que le valió el aplauso aún de sus propios enemigos. Contaba solamente con un puñado de hombres para contrarestar á Flores y á todo el poder brasilero, y carecía de víveres. Pasó por las armas 24 brasileros que había tomado prisioneros, lo que arrancó un juramento de venganza de sus compañeros. Sin embargo, propiamente hablando, estaba en su perfecto derecho, porque el Brasil no había hecho declaración de guerra y el ejército era por consiguiente una horda de asesinos. Después de varios ataques infructuosos, Paisandú fue bombardeado por los brasileros durante dos días, enviando en seguida una intimación de rendición con bandera de parlamento. Mientras Gómez escribía una contestación, los brasileros entraron traidoramente en el pueblo bajo la protección del armisticio. Algunos oficiales brasileros fueron directamente al sitio en que Gómez escribía, y tomándolo por el pescuezo, lo remitieron preso con algunos de sus principales oficiales, á una casa vecina. Algunos momentos después todos ellos fueron sacados al jardín y fusilados en el acto. Hicieron una verdadera carnicería con las mujeres y niños de la población. La toma de Paisandú y sus atrocidades son una pájina vergonzosa de la historia del Brasil.

El gobierno de Montevideo comprendió entonces que no le era posible resistir y determinó entrar en tratados. La situación era muy complicada. Sin embargo, se llegó a un arreglo; Flores entró al gobierno con una gran influencia desligándose pronto de los que lo acompañaban y quedándose solo con el título de Gobernador Provisorio de la Banda Oriental.

CAPÍTULO III

Espedición a Matto-Grosso.

El 24 de diciembre de 1862, toda la población de la Asunción corría á las barrancas, pues se sabía que ese día debía zarpar una espedición para invadir á Matto-Grosso.

Tres mil hombres y dos baterías de campaña se embarcaron en cinco vapores y tres goletas. Dos chatas, armadas cada una con un cañón de 8

pulgadas, iban á remolque de los vapores. Todos los soldados llevaban uniformes nuevos, y sus camisetas coloradas presentaban un aspecto muy pintoresco.

Entre las tropas embarcadas se encontraban los batallones 6° y 7°, los cuales se habían ocupado durante muchos años en la construcción de terraplenes para las obras del ferro-carril, suspendidas ahora como era consiguiente. Estos eran los dos mejores batallones del ejército, compuestos de antiguos soldados, todos ellos mulatos, conocidos por el apodo de *orejas chicas*. El batallón núm. 7 era mandado por el Sargento Mayor (después Coronel) D. Luis González, que ha figurado mucho en esta guerra, y presenciado casi todos sus más sangrientos combates.

Antes de zarpar la espedición, le fue distribuida la siguiente proclama:

"Soldados: mis esfuerzos para el mantenimiento de la paz han sido estériles. El imperio del Brasil poco conocedor de vuestro valor y entusiasmo os provoca á la guerra: la honra, la dignidad nacional y la conservación de los más caros derechos nos mandan aceptarla.

"En recompensa de vuestra lealtad y largos servicios, he fijado mi atención sobre vosotros, eligiéndolos entre las numerosas lejiones que forman el ejército de la República para que seáis los primeros en dar una prueba de la pujanza de nuestras armas, recojiendo el primer laurel que debemos añadir á aquellos que nuestros mayores pusieron en la corona de la patria en las memorables jornadas de Paraguari y Tacuarí.

"Vuestra subordinación y disciplina, y vuestra constancia en las fatigas me responden de vuestra bravura, y del lustre de las armas que á vuestro valor confío.

"Soldados y marinos: Llevad este mismo voto de confianza á vuestros compañeros que de nuestras fronteras del Norte, han de unirse á vosotros, y marchad serenos al campo del honor, y recojiendo gloria para la patria y honra para vosotros y nuestros compañeros de armas, mostrad al mundo entero cuanto vale el soldado paraguayo".

Coimbra es una fortaleza, situada sobre el río Paraguay, en la frontera de Matto-Grosso, lindando con el aquel. Domina la entrada por el río á aquella provincia, que en realidad es la única practicable, porque son tan malos los caminos por tierra desde Río Janeiro, que los carros emplean tres meses, y los viajeros á caballo uno, en hacer la travesía. De manera que toda la comu-

nicación con aquella provincia se hacía por el Río de la Plata. Coimbra está situada al pie de una montaña, que va gradualmente descendiendo hasta perderse en el río. Construida en piedra y con murallas de 14 pies de altura, es una posición muy fuerte, atacable solamente por un lado, y defendible por una guarnición pequeña. Estaba artillada con treinta y siete piezas de bronce, casi todas de calibre de á 8 y algunas de 32, y defendida por una guarnición de 400 hombres. Su elevación sobre el nivel del río era de 40 pies.

En la noche del 26 de diciembre los vapores anclaron á una legua de Coimbra, en donde se efectuó el desembarque de las tropas y de la artillería. El jeneral (entonces coronel) Barrios, cuñado de López II, era el gefe de la espedición. La artillería estaba colocada en una colina frente á Coimbra al otro lado del río. Las cañoneras tomaron posición para bombardear el fuerte, y todo quedó dispuesto para el ataque.

En la mañana del 27 Barrios envió una nota á Porto-Carreiro, gefe de Coimbra, bajo bandera de parlamento, intimándole rendición en el término de una hora, amenazándole con tomar la posición por asalto sino accedía á la demanda, y diciendo que en este caso la guarnición quedaba sujeta á la ley marcial.

Porto-Carreiro contestó que el ejército brasilero no acostumbraba rendirse sin órdenes superiores, que había enviado copia de su nota á su superior y esperaba su resolución.

Después de esta respuesta, los paraguayos rompieron el fuego sobre la fortaleza, continuando el bombardeo hasta el día siguiente, en que una parte de las fuerzas paraguayas intentó tomar la posición por asalto, siendo rechazada.

La fortaleza solo era atacable por una lado á causa de las colinas inaccesibles que la rodeaban y hacia ese lado estaba muy defendida por cercos de tunas, que los asaltantes tenían que atravesar bajo los fuegos de las baterías. Vencido este inconveniente todavía era difícil avanzar á causa de las piedras y troncos que obstruían el camino. A pesar de sufrir un terrible fuego de metralla y de fusilería, llegaron hasta las murallas; pero no pudieron treparlas porque carecían de escaleras; sin embargo, siete hombres lo consiguieron y penetraron en la fortaleza, algunos fueron inmediatamente muertos y los demás se retiraron. El coronel Luis González llevaba el ataque en persona con el batallón número 6, fuerte de 750 hombres, perdió en él 200 entre

muertos y heridos, contándose él entre estos. Esta operación fue más bien un reconocimiento que un ataque, pues solo se espuso una parte de la fuerza.

Durante la noche se hicieron preparativos para llevar un ataque general al día siguiente. A medio día, cuando se llevó el asalto á la fortaleza, solo se encontraron en ella dos heridos. Comprendiendo la guarnición que los paraguayos tenían la decidida intención de posesionarse de la plaza, la evacuaron silenciosamente en la noche, embarcándose en dos vapores, sin ser sentida ni aún sospechada la operación.

Los paraguayos encontraron en Coimbra grandes depósitos de armas y de pólvora. La guarnición lo había abandonado todo.

Los brasileros efectuaron su retirada de una manera verdaderamente maestra, pero si se tiene en cuenta las muchas municiones que tenían en la fortaleza, que sus comunicaciones no estaban cortadas y que poseían buques á vapor, es indudable que debieron sostenerse en aquella posición.

Cuando Porto-Carreiro se presentó á su superior, fue inmediatamente arrestado y enviado preso á Cuyabá.

Tomado Coimbra, Barrios avanzó inmediatamente sobre Alburquerque y Curumbá, encontrando á ambas plazas abandonadas; pro en esta última halló veinte y tres cañones de bronce y en ambas cantidades de municiones.

Curumbá era el principal puerto comercial de la provincia de Matto-Grosso, y se tomó en ella un botín de inmenso valor. Los habitantes se habían refujiado en las selvas vecinas; Barrios envió á buscarlos y los hizo volver á sus hogares. Sus casas habían sido ya del todo saqueadas, y se habían enviado á López algunos de los artículos más codiciados del botín, que éste no rehusó aceptar. Las mujeres fueron muy mal tratadas, dando el ejemplo el mismo jeneral Barrios. Un caballero brasilero y su hija fueron llevados á bordo de su buque, y rehusándose el anciano á dejar á su hija en poder de Barrios, fue arrojado de allí, amenazándolo con fusilarlo y quedando su hija en poder del jeneral. Barrios tomó declaraciones á todos los hombres que hicieron prisioneros, y los que no pudieron responder á las preguntas que se les hacían, fueron apaleados por su órden y algunos muertos á lanza, con el pretesto de que eran espías.

Cuando los paraguayos ocuparon á Curumbá, el jeneral Barrios envió dos vapores al alcance de los buques en que habían escapado los brasileros.

Uno de los vapores paraguayos, el *Ypora*, pequeño buque construido en el Paraguay, armado con cuatro cañoncitos, marchaba más rápidamente que su compañero, y en el río San Lorenzo avistó al *Añabay*. Este buque era una pequeña cañonera de construcción inglesa, armada con seis cañones, siendo el de la popa una hermosa pieza de bronce de 32. El teniente Herreros, gefe de la espedición, iba á bordo del *Ypora*, é inmediatamente dio caza al enemigo. El *Añabay*, mandado por el capitán inglés Baker, sostuvo un vivo fuego en retirada, con su coliza de popa, sobre el *Ypora*, matando con una de sus balas á un oficial paraguayo que se hallaba sobre el puente. El *Ypora* no contestó al fuego; pero teniendo á bordo alguna tropa de infantería además de su tripulación, continuaba la caza, consiguiendo al fin alcanzar y abordar al *Añabay*. Los brasileros se aterrorizaron; muchos se tiraron al río, donde fueron muertos á balazos; el resto fue completamente pasado á cuchillo. El capitán Baker, que se había visto obligado á cargar y disparar su cañón personalmente, viendo que sus hombres no querían batirse de ningún modo, se echó al agua y se rufujió en las selvas.

Se desprendieron botes para dar caza a los fujitivos, y todos los que tomaron fueron asesinados. Los paraguayos cortaron las orejas á los muertos y las ensartaron en cuerdas, que amarraron en los obenques del *Ypora*. Cuando algún tiempo después llegó el *Ypora* a la Asunción, las orejas fueron retiradas inmediatamente por "órden suprema"; y cuando este hecho atroz llegó á conocimiento de la prensa bonaerense, el *Semanario*, diario oficial del Paraguay, rechazó la calumnia con indignación.

Bajando el río con sus vapores, Herreros se detuvo en dorados, arsenal de Matto-Grosso, que había encontrado abandonado en su viaje río arriba. Allí encontró otros dos vapores paraguayos, y entre todos cargaron la enorme cantidad de munición y sobre todo de pólvora que existía en aquel punto. Había también un depósito de máquinas. A media día hacía un calor intenso y la pólvora estaba tan mal acondicionada y almacenada, que los pisos de los depósitos estaban regados de con ella, lo mismo que el camino que de ellos conducía á los vapores. El oficial encargado del transporte de la pólvora manifestó á Herreros el peligro de continuar la operación con aquel calor.

Herreros sostuvo que no había tal peligro y él en persona relevó al oficial. El depósito voló poco después, matando á Herreros, á otro oficial y á

veintitrés soldados. Esto tuvo lugar el diez de enero de 1865. Al llegar estas noticias á la Asunción se le decretó un monumento y grandes exequias fúnebres. Era apreciado por todo el mundo y muy bien relacionado.

Al mismo tiempo que se llevaba á cabo esta operación por el río, el jeneral (entonces coronel) Resquín, invadía por tierra la misma provincia de Matto-Grosso, partiendo desde la Concepción con 2,500 hombres de caballería y un batallón de infantería. Encontraron todo el país abandonado, porque dos meses antes el gobierno había prevenido á aquellas poblaciones que estuviesen dispuestas á retirarse para el caso en que los paraguayos se presentasen. En los lugares que recorrieron solo hallaron una que otra anciana, que no había querido abandonar su hogar. Pero siempre encontraban papeles, documentos y armas generalmente enterradas de prisa por las autoridades que habían huido.

En muchos lugares hallaron á las mujeres escondidas en los bosques con toda su propiedad. Estas desgraciadas fueron sin escepción alguna escandalosamente tratadas y robadas.

Las casas todas fueron saqueadas por los paraguayos, encontrando en ellas muchísimo botín. Asolaron la propiedad del barón de Villa maría, que apenas tuvo tiempo para escapar, logrando echarse al bolsillo una botella de diamantes. Era el hombre más rico de la provincia y tenía una hermosa casa magníficamente amueblada, adornada con cuadros, etc. Tenía también 80,000 cabezas de ganado vacuno. Todo esto junto con su título de nobleza recién comprado al Emperador, fue tomado por los paraguayos. El título con el sello del Emperador estaba colocado en un cuadro dorado, que algún tiempo después adornaba las antesalas de madama Linch, señora irlandesa, educada en Francia, que había seguido á López desde Europa.

Las noticias de la invasión de los paraguayos á Matto-Grosso fue llevada á Río Janeiro pro el barón de Villa María, que hizo el viaje en un mes.

Muchas de las mujeres tomadas en Matto-Grosso fueron enviadas á la Asunción, á fin de ser repartidas entre las familias para servirles en cambio de los alimentos. Sin embargo, muchas tenían que mendigar por las calles y daba lástima ver cuan desgraciadas parecían.

Resquín estaba bajo las órdenes de Barrios y mantenían libres sus comunicaciones. Aquel no había encontrado casi ninguna resistencia. El país estaba muy inundado por el río en la época de la invasión, y los paraguayos tenían á veces que marchar días enteros en el agua.

Por esta razón no se internaron más al Norte que Barrios, y enviaron á este todas las armas y documentos que tomaron, dejando pequeñas guarniciones en las aldeas por donde pasaban.

Se mandó inmediatamente á la Asunción una primera remesa de cañones de todo calibre (desde 4 á 32) donde fueron montados con toda actividad, construyendo al mismo tiempo los correspondientes armones de munición. Cincuenta carpinteros trabajaban día y noche en esta obra. En Matto-Grosso estos cañones estaban malísimamente montados, la mayor parte en pobres cureñas de guarnición.

Muchos cargamentos de pólvora y algunos de munición, fueron enviados al Paraguay, que puede decirse se surtió en aquellos depósitos brasileros de casi todo cuanto ha consumido en esta guerra.

Solo dejaron el número de artillería necesaria para defender las plazas guarnecidas por los paraguayos. En una sola aldea de las tomadas, se encontraron 4 cañones, 500 fusiles, 67 carabinas, 131 pistolas, 468 sables, 1090 lanzas y 9447 balas de cañón.

Hacía largo tiempo que el Brasil se había estado preparando para la guerra en esta provincia. Entre los documentos tomados se hallaban despachos del gobierno imperial de julio y octubre de 1861 y de enero de 1862, ordenando al gobierno provincial vijilar al Paraguay y dar parte de sus movimientos.

La conducta de los brasileros que abandonaban á Matto-Grosso, y se tiraban al río en vez de asaltar ó echar á pique al *Ypora* dio lugar á que los paraguayos adquirieran un profundo desprecio por su enemigo.

Como los vapores paraguayos no pudieran subir el río más allá de la embocadura del Cuyabá por falta de agua, y siendo casi imposible marchar por tierra hasta la población del mismo nombre, dejaron una guarnición de mil y pico de hombres repartida en Curumbá, Coimbra, etc., mientras las demás tropas volvieron á la Asunción.

CAPÍTULO IV

Principio de la guerra contra la República Arjentina por López II. – Tratado Secreto de la Triple Alianza.

A mediados de enero de 1865 murió, como había sido previsto por López, el anciano obispo de la Asunción (Urvieta), quedando de gefe de la iglesia el nuevo obispo Palacios. Este era un hombre de 35 años de edad, de semblante benigno, pero que nunca miraba á nadie de frente. Desde que fue hecho obispo, comía casi siempre en la mesa de López, y llegó á ser un famoso glotón, circunstancia que sin duda contribuyó á empeorar su carácter naturalmente perverso. Se prostituía personalmente y prostituía el clero entero, llevando las iniquidades hasta el punto de servirse de la Confesión, que es uno de los sacramentos de la Iglesia Católica Romana con el objeto de delatar á López el último pensamiento del pueblo. Este malvado no perdió jamás la ocasión de hablar á López contra todo el mundo, y sin duda muchas de las atrocidades de este último eran inspiradas por él. López le despreciaba tanto que solía ridiculizarlo públicamente en su mesa. Este hombre instigaba á López á vengarse de los insultos que le dirijía la prensa de Buenos Ayres que continuaba hiriendo á López en su cuerda sensible, llamándole cacique y clasificando a la Asunción de toldería. La prensa de Buenos Ayres pretendía que la retirada de los brasileros en Matto-Grosso era un gran movimiento estratégico y profetizaba que el Brasil no tendría gran dificultad en dar cuenta del Paraguay. El 26 de enero el señor Paranhos, plenipotenciario brasilero en el Río de la Plata, dirigió una circular al gobierno Arjentino y á los ministros estrangeros residentes en aquellos países detallando la manera cómo el Paraguay había comenzado la guerra, concebida en los siguientes términos:

Misión especial del Brasil,

Buenos Ayres, 26 de enero de 1865.

El abajo firmado, Enviado Estraordinario y Ministro Plenipotenciario de S.M. el Emperador del Brasil, acreditado en misión especial cerca de la

República Arjentina, recibió órden para dirijir á S.E. el Sr. Dr. D. Rufino de Elizalde, Ministro de Relaciones Esteriores de la República Arjentina, el manifiesto que hace objeto de la presente nota.

El Gobierno de la República del Paraguay, sorprendiendo la buena fe y la moderación del Brasil, le declaró la guerra, en alianza con el Gobierno de Montevideo, y ya llevó sus armas á poblaciones casi indefensas de la Provincia de Matto-Grosso.

El gobierno imperial desea que las potencias amigas puedan apreciar en su imparcial é ilustrado juicio cuanto hay de injusto é inaudito en ese temerario procedimiento de un gobierno con quien el Brasil se esforzaba por cultivar las más benévolas relaciones de vecindad.

La República del Paraguay, Sr. Ministro, vivía secuestrada del comercio de las otras naciones y amenazadas en su existencia por el ex Gobernador Rosas, cuando entre ella y el Brasil se establecieron relaciones de amistad y recíproca confianza. El interés que el gobierno de S.M. tomó por la independencia del pueblo paraguayo, fue reconocido por el propio Gobierno de la Asunción, y de ello pueden dar testimonio varios gabinetes de Europa y América.

En 1852, aliándose el Brasil al Estado Oriental del Uruguay y á una importante fracción de la República Arjentina, contra sus opresores y enemigos del Imperio, los jenerales Rosas y Oribe, el gobierno imperial convidó luego al del Paraguay para esa cruzada de honor y de interés común, no por la necesidad de su cooperación, sino como garantía del futuro reconocimiento de su independencia por la Nación Argentina. El gobierno paraguayo, sin embargo, obligado por pactos pre-existentes entre él y el del Brasil, á tomar parte activa en aquella triple alianza, apenas le prestó una adhesión nominal: se le sustrajo á todas las cargas, reservándose sin embargo, el derecho de participar de los beneficios que resultasen, y efectivamente resultaron, de los esfuerzos del Imperio y de sus aliados.

Abiertos los afluentes del Río de la Plata á la navegación de los ribereños y de todo el mundo civilizado, el Gobierno Paraguayo fue el primero á utilizarse de la concesión de los aliados, pero por su parte conservó el alto Paraguay cerrado á todas las banderas, hasta las del Brasil, de la República Arjentina y del Estado Oriental, á las cuales no permitía pasar más allá de la Asunción. Esta denegación del Paraguay no era una simple falta de recipro-

cidad, era la postergación de principios estipulados entre el Brasil y la República por un tratado solemne, el de 25 de diciembre de 1850.

La provincia brasilera de Matto-Grosso, que encierra en sí elementos de gran prosperidad, continuó privada de la navegación exterior como antes estuviera la República del Paraguay, no ya por el ominoso poder del gobernador Rosas, sino por la voluntad arbitraria del gobierno de la Asunción. Así permaneció aquella provincia desde 1852 hasta 1856, cuatro largos años después de franqueada la navegación del Plata y de sus afluentes por todos los otros ribereños.

Tan injusto é irritante procedimiento del gobierno paraguayo estuvo á punto de provocar una guerra con el Brasil; éste, sin embargo, la supo evitar por su moderación, no obstante los costosos preparativos que había hecho ya para sostener por las armas su derecho. En 1856 se firmaron en la Corte de Río Janeiro dos convenciones que pusieron término á aquel conflicto.

Una de estas convenciones aplazaba la cuestión de límites, causa principal de la contienda, porque el gobierno paraguayo ya no admitía ninguna de las soluciones que antes propusiera, ni otra más ventajosa á la República, que entonces le ofrecía el gobierno imperial. La segunda aseguraba á la bandera brasilera el libre tránsito por el río común, con esta restricción, á que el Imperio accedió por amor á la paz, que solo dos buques de guerra podrían pasar las aguas de la República para el territorio brasilero del Alto Paraguay.

Apenas promulgado el referido amigable acuerdo, el gobierno paraguayo lo anuló de hecho, sujetando la navegación común á reglamentos que eran la negación de lo estipulado y harían imposible todo comercio esterior con la provincia de Matto-Grosso.

Fácil es conjeturar el efecto que debía producir la nueva provocación en el ánimo del pueblo y del gobierno brasilero. La guerra se hizo una vez más inminente: el Brasil fue obligado á nuevos armamentos; pro todavía en esta emergencia, el Brasil prefirió la paz, y pudo, por su prudencia, evitar decorosamente aquel recurso estremo.

El gobierno imperial propuso y firmó con entera buena fe el acuerdo que se contiene en la convención fluvial de 20 de febrero de 1858. Esta convención no fue para el Brasil una tregua, á cuya sombra pudiese prepararse con más ventajas para romperla luego que así le conviniese.

No, el gobierno imperial con la conciencia de sus derechos y cierto del civismo del pueblo brasilero, nunca quiso ver en los escesivos armamentos paraguayos más que el triste resultado de la política meticulosa de ese gobierno y del régimen anormal en que aún permanece la República.

Esperó sinceramente que el tiempo y sus benévolas intenciones determinasen por fin la conversión de aquel gobierno á los dictados de la razón y de la justicia internacional.

En estas disposiciones confiaba el gobierno imperial, cuando le sobrevino el conflicto con el de Montevideo, y se vio con espanto en el Río de la Plata presentarse el gobierno de la Asunción como el más celoso defensor de la independencia de la República Oriental del Uruguay, que nadie seriamente podía juzgar amenazada por el Brasil, por el Brasil que la defendiera contra el poder de Rosas y sin el concurso á que el gobierno paraguayo se obligara en el citado pacto de 25 de diciembre de 1850.

Después de numerosos actos, por los cuales el gobierno imperial ha dado pruebas inequívocas de su respeto á la independencia de aquel estado limítrofe, cuando el gobierno arjentino, que tiene con el Brasil estipulaciones especiales á ese respecto, hacia justicia á las intenciones de éste, la simple duda por parte del gobierno paraguayo era por sí sola una ofensa inmerecida; pero ese gobierno fue más lejos. Erijiéndose en árbitro supremo entre el gobierno imperial y el de la República Oriental, dirijió al primero una notificación amenazadora, que nada menos importaba que coartar al Brasil una parte de sus derechos de soberanía en el conflicto en que se encontraba con el gobierno de Montevideo.

El abajo firmado se refiere aquí á la nota paraguaya, que corre impresa con la fecha 30 de agosto último, por la cual pretendió el presidente de aquella República injerirse en la cuestión á que era del todo estraño, so pretesto de peligro para la independencia del Estado Oriental.

El gobierno de la Asunción no definía la naturaleza y alcance de su amenaza, la envolvió en misteriosa reserva y la hizo dependiente de una cláusula –la ocupación del territorio oriental por fuerzas del Brasil– que no se verificó, y que el gobierno imperial había declarado estar fuera de su intento de medidas coercitivas contra el gobierno de Montevideo.

La respuesta á semejante pretensión y amenaza, no podía ser otra sino la que le dio la legación imperial en la Asunción, haciendo sentir al gobierno

paraguayo que el Brasil ejercía un derecho inherente á todas las soberanías, y que ninguna consideración podría detenerlo en el justo y honroso empeño de defender su dignidad y protejer las personas y propiedades de los numerosos súbditos brasileros residentes en el Estado Oriental.

La entrada de un ejército brasilero en el territorio de la República del Uruguay, sin que practicase acto alguno de usurpación, sirvió no obstante, de fundamento para que el presidente de la República del Paraguay rompiese sus relaciones de paz con el Brasil. La amenaza del 30 de agosto último fue alegada como previa y solemne declaración de guerra, para justificar un abuso incalificable de la buena fe internacional con que ese gobierno inició sus hostilidades de guerra contra el Brasil.

El señor Ministro tiene conocimiento de la captura insidiosa del paquete brasilero "Marqués de Olinda", que navegaba como de costumbre, pacíficamente por el Río Paraguay con destino á la Provincia de Matto-Grosso, y de la prisión aflictiva á que han sido reducidos algunos de los inermes pasageros de ese vapor, entre los cuales se encuentra un alto funcionario brasilero, que iba á ponerse al frente de la administración de aquella Provincia.

El gobierno de la Asunción consideró como prisioneros de guerra, y trató con estrema severidad á pasageros que simplemente transitaban por las aguas de la República, confiados en el estado de paz en que se encontraban ambos países, y á la sombra de un derecho incontestable.

Los tiempos modernos no ofrecen ejemplo de atentado semejante.

El conflicto del Brasil con el gobierno de Montevideo fue, como se ve, un pretesto y una ocasión, que el gobierno paraguayo aprovechó para llevar á efecto sus proyectos de guerra. Los hechos referidos ponen en toda luz el plan de ha mucho tiempo premeditado por ese gobierno y el fin á que se dirije; pero hay otra prueba no menos significativa de sus maléficos intentos. Esta prueba es la espedición militar que envió al territorio de Matto-Grosso contando con las ventajas de la sorpresa en aquella remota provincia brasilera, víctima á esta hora de la devastación y atrocidades que van practicando sus invasores.

En vista de tantos y tales actos de provocación, la responsabilidad de la guerra entre el Brasil y la República del Paraguay pesará esclusivamente sobre el gobierno de la Asunción. El gobierno imperial repelerá con la fuerza á su agresor, pero salvando con la dignidad del imperio sus legítimos

derechos, no confundirá la nación paraguaya con el gobierno que así la espone á los azares de una guerra injusta y sabrá mantenerse, como belijerante, dentro de los límites que le marcan su propia civilización y sus compromisos internacionales.

El abajo firmado tiene el honor de renovar al Sr. Dr. D. Rufino de Elizalde, las protestas de su más alta consideración.

José María Da Silva Paranhos.

El 5 de febrero de 1865 llegaron á Buenos Aires despachos del jeneral López para el jeneral Mitre, presidente de la República, pidiendo permiso para que un ejército paraguayo cruzara el territorio de Corrientes. Mitre negó este permiso, y pidió esplicaciones sobre la aglomeración de numerosas fuerzas paraguayas en las fronteras de la República Arjentina.

La prensa de Buenos Ayres dejó entonces de ridiculizar á López para llamarle el Atila americano. Pedía á gritos el derrocamiento de López y la abertura del Paraguay al libre comercio, considerando bien empleadas las vidas que pudieran sacrificarse en esta empresa. Los arjentinos siempre habían tenido celos de los ferro-carriles, arsenales, astilleros y telégrafos del paraguay que estaban entonces más adelantados que en la República Arjentina. En el Paraguay estos establecimientos pertenecían esclusivamente al gobierno, que por su poder despótico sobre las personas y propiedades de sus habitantes, podía construir grandes obras sin más gastos que la compra del material traído de Inglaterra.

La escuadra brasilera en el Río de la Plata, bajo las órdenes del almirante Tamandaré, no daba señales de vida, ni para libertar al presidente de Matto-Grosso, ni siquiera para bloquear el río Paraguay.

El 15 de febrero, López decretó la reunión de un congreso estraordinario para el mes de marzo. Todos los paraguayos que estaban en Buenos Ayres fuera de las garras de López firmaron y publicaron una protesta contra el propósito de legalizar sus actos, obligando al congreso á sancionarlos. López se vengó en seis de las principales personas, forzando á sus parientes en el Paraguay á escribir y publicar cartas, desconociéndolos como parientes á causa de su traición. El siguiente es un estracto de una de esas largas cartas, que López obligó á una madre á escribir contra su hijo, publicándola

en seguida en el *Semanario* –"Digo más que si mi hijo Benigno, persiste en su mala conducta y si no se vindica públicamente, recaerá sobre él la maldición de todos sus conciudadanos, con la de su aflijida madre, quien contra su deseo, se verá obligada á maldecirlo…".

Más adelante, cuando los asuntos de la guerra empeoraban, López hacía escribir cartas más degradantes aún para la humanidad. Los amigos de todos los que eran tomados prisioneros, se rendían, ó desertaban al enemigo, eran obligados á escribir cartas idénticas en el *Semanario*.

El 5 de marzo se reunió el Congreso en la Asunción. Se componía de los hombres más influyentes del Paraguay, los que al llegar á la capital tenían que aproximarse á algunos de los empleados del gobierno para adquirir una idea de lo que habían de decir en el congreso, y recibían instrucciones sobre todo cuanto tenían que hacer.

En el mensaje del presidente al Congreso se aludía, en términos violentos, á los sentimientos poco simpáticos del gobierno arjentino, y en apoyo de esto se hizo distribuir entre los congresales copias de algunas de las farsas con que la prensa de Buenos Ayres obsequiaba a López.

Las sesiones del Congreso duraron cuatro días, en los cuales se discutieron y sancionaron los siguientes proyectos:

Uno autorizando al Gobierno á realizar un empréstito de 5.000,000 de libras esterlinas; otro autorizando á López para nombrar seis brigadieres jenerales y tres jenerales de división. Fueron denunciados en el seno del Congreso los insultos de la prensa de Buenos Ayres, y se propuso que los diarios que los contenían fueran quemados por la mano del verdugo público. Se votó una ley autorizando á López para emitir el papel moneda que creyera conveniente. Se le confirió el rango de Mariscal de Campo con un sueldo de 60,000 duros anuales (su padre solo había recibido 4,000). López aceptó el de Mariscal de Campo, "por el honor que importaba", pero no podía *resignarse* á recibir el dinero. Sin embargo, los diputados insistieron, y rehusó por segunda vez. Esto se repitió durante todas las sesiones (escusado es decir que todo se hacía por órden suprema) hasta que por fin aceptó. Durante la discusión, un miembro propuso presentarle una espada y una joya de honor, en vez de los 60,000 duros; pero López aceptó ambas cosas.

La idea vertida por el obispo de que la fortuna privada de López y la del Estado eran una misma cosa, fue calurosamente aplaudida. Se propuso

una ley prohibiéndole esponer en la guerra su preciosa vida. López objetó, que no aceptaría, porque si sufría algún contraste sin estar él presente, se creería responsable de la desgracia; pero como no se insistió mucho en este punto, prometió espontáneamente esponerse lo menos posible. El obispo manifestó que el valor y decisión personal de López eran la causa de sus temores.

Se sostuvo en el Congreso, que la República Arjentina había declarado tácitamente la guerra, negando al Paraguay el permiso de que sus tropas cruzasen el territorio de Corrientes, mientras había permitido que la escuadra brasilera subiera el río y amenazara al Paraguay. López fue autorizado para hacer pasar sus tropas cuando lo creyera conveniente.

Los banquetes y los bailes estaban á la órden del día en la Asunción.

López daba bailes todas las noches en salones improvisados en las plazas públicas. Estos salones se dividían en tres compartimientos para tres diversas clases de la población. La jente de buen tono, "las peinetas doradas" y la jente ordinaria. Las "peinetas doradas" era el nombre dado á una clase inventada al principio de esta verdadera epidemia de bailes, y se componía de todas las muchachas de última clase, con pretenciones de hermosas, y maneras pasablemente licenciosas. Todas ellas usaban una gran peineta dorada para sostener sus negros cabellos. Fueron introducidas á la vida pública por el superior gobierno, para mortificar los sentimientos de las señoras, que aún con peligro de su vida, se rehusaban por lo jeneral á tomar parte en estos bailes. Sin embargo, eran obligadas á asistir y presenciarlos aunque fuera por poco tiempo.

Las personas que López encarceló el día de su elección morían en las prisiones, una tras otra, y el mal trato que les daba infundió un gran terror en la población. A una de ellas, el juez Lezcano, que era un escelente anciano, se le tuvo á la intemperie y metido en el barro hasta que la muerte lo libró de aquel martirio. Su cuerpo fue enviado en seguida al hospital para practicarle la autopsia. (Esta operación se ejecutó con todas las personas distinguidas que murieron, para demostrar que no habían sido envenenadas). El gefe de policía llamó á la esposa de Lezcano, y le dijo *sonriendo* que su marido estaba en libertad y que podía ir á cuidarlo al hospital. La señora, enajenada de placer, corrió al hospital, ¡pero cual sería su horror al encontrar el cuerpo de su esposo en la sala de disección!

Sus restos fueron llevados por la tarde en una carreta conducida por ajentes de la autoridad, no teniendo su infeliz familia ni aún el triste consuelo de enterrarlo.

Un señor Jovellanos fue devuelto á su familia en el momento de morir. Cuando murió, López envió como en el primer caso una carreta de bueyes conducida por vijilantes, los que penetrando brutalmente en la casa, arrastraron el cadáver por los pies y arrojándole en la carreta se lo llevaron. La población no respiraba de miedo.

El 25 de marzo López decretó la emisión de 2.900,000 pesos papel, lo que elevaba la emisión total á 5.000,00; y el 10 de abril abolió la ley que mandaba pagar la mitad de los sueldos en metálico.

Por esta época se infirió un ultraje escandaloso al cónsul brasilero en la Asunción, que había permanecido en el país por hallarse casado con una paraguaya.

Una tarde que caminaba tranquilamente por la calle, recibió un botellazo que le partió el cráneo, dejándole sin sentido y peligrosamente herido. La creencia jeneral era que los perpetradores de estos hechos obraban por órden superior.

El 16 de abril varios ajentes paraguayos realizaron en la Bolsa de Buenos Ayres grandes operaciones; este incidente causó mucha sensación é indujo á los curiosos á procurarse noticias. Estos descubrieron que el jeneral Robles, por órden de López, había escrito una carta á los ajentes paraguayos en el Río de la Plata, avisándoles secretamente que se había declarado la guerra á la República Arjentina; que tenía órdenes de marchar sobre Corrientes; que estaba á punto de practicar la operación; y que les enviaba las noticias de antemano para que pudieran tomar las medidas que creyesen convenientes. La declaración á que se refería era un despacho de Berjes al Sr. Elizalde, ministro de relaciones esteriores. Esta nota llevaba fecha de 29 de marzo, pero la primera noticia que de ella tuvo el gobierno arjentino fue su publicación en los diarios de Corrientes, después de la ocupación de esa ciudad por los paraguayos. La nota no fue oficialmente recibida por el gobierno arjentino hasta el 3 de mayo, y estaba concebida en los siguientes términos:

Asunción, marzo 29 de 1865.

A S.E. el Dr. D. Rufino de Elizalde, Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Esteriores de la República Arjentina.

El abajo firmado, Ministro Secretario de Estado de Relaciones Esteriores de la República del Paraguay, tiene el honor de acusar á V.E. recibo de las dos notas que con fecha 9 de febrero de este año se sirvió dirijirle.

Una de estas notas contesta á la que el abajo firmado tuvo el honor de dirijir á V.E. el 14 de enero último, solicitando el permiso de tránsito inocente por la Provincia de Corrientes, para el ejército que debía operar contra el Imperio del Brasil en su Provincia de San Pedro de Río Grande del Sud, en la guerra que infelizmente ha estallado entre ambos, y en la cual el gobierno imperial ha obligado al de la República.

Tan justa y atenciosa solicitud con las seguridades ofrecidas, hizo esperar al gobierno del abajo firmado que el de la República Arjentina se prestaría á ello, tanto más, que nada tenía en sí, que no sea autorizado por el derecho de jentes, aconsejado por la equidad y las relaciones entre ambos gobiernos, así como por la indeclinable necesidad en que se halla la República del Paraguay de combatir al Gobierno Imperial en su propio territorio para obtener resultados que dispongan al gabinete de San Cristóval, á oír la voz de la justicia y dar las seguridades necesarias sobre su política futura con respecto á los intereses de esta República, á los de la Oriental del Uruguay, y en jeneral á los de todos los Estados del Plata.

Pero es con el mayor sentimiento que este Gobierno se impuso de la negativa dada á una solicitud agravada con los inconsistentes raciocinios con que el Gobierno Arjentino ha procurado motivar la repulsa de tan justa é indispensable solicitud, y considera este Gobierno de tal gravedad este procedimiento, que no puede ya negarse á la convicción y á la evidencia, de que el Gobierno Arjentino al favorecer así al Brasil, patentiza una hostilidad contra el Paraguay, que ni aún tiene el mérito de la franqueza y la lealtad.

Si esto no fuera suficiente para fijar el juicio del Gobierno del abajo firmado, el contenido de las dos notas, objeto de esta contestación, y hechos positivos que prueban la injustificable animosidad que el Gobierno Arjentino desde años atrás nutre hacia esta República y su Gobierno, ya no le per-

mite hacerse la menor ilusión sobre las tendencias de la política del Gobierno Arjentino á su respecto.

Las ponderadas seguridades de neutralidad que el Gobierno de V.E. manifiesta en una de sus notas de 9 de febrero último, con motivo de su negativa de tránsito al ejército paraguayo para la provincia brasilera de San Pedro de Río Grande del Sud, no alucinan ya á nadie, y menos al gobierno del abajo firmado, para merecer la consideración y el crédito que se tributa á las seguridades oficiales de todo gobierno, que respetando la opinión pública, se respete á si mismo. El Gobierno de V.E. por antecedentes desgraciados, y su política con el Estado Oriental, no estrañará que el del Paraguay no las considere como manifestación leal de su política hacia esta República.

Nadie ignora que un jeneral arjentino, se introdujo en la República Oriental sin causa ni motivo, ni aún llamado por el partido político á quien decía pertenecer para revolucionar el país y combatir el gobierno legal y la población oriental con elementos brasileros y porteños, reclutados y suministrados por un comité revolucionario oriental que funcionaba con escándalo públicamente en la hoy capital de la Confederación Arjentina, bajo la vista y connivencia del Gobierno Nacional, proceder sobre el que el Gobierno de V.E. debe hasta hoy las esplicaciones amistosas que le han sido solicitadas por el gobierno del abajo firmado, y que aunque ofrecidas con las más amplias seguridades de una estricta neutralidad en los asuntos orientales por el Gobierno de S.E. el Jeneral Mitre, no han sido recibidas.

Tan desastroso procedimiento, valieron á la dilacerada República Oriental tantas desgracias y manifiestas traiciones; la pérdida de su independencia, y hasta su autonomía, de que no posee ya sino un simulacro. Y esto se debe, señor Ministro, únicamente á la política inclasificable del gobierno arjentino, que ni tiene la disculpa del provecho é interés propio, reduciéndose á la representación de un agente brasilero que preparaba al Imperio la víctima de su política de deslealtad y absorción.

Tan funestos resultados pudieron haber esclarecido al Gobierno Arjentino sobre los graves yerros de una política que no tiene nombre, y no podía tener objeto compatible con la política nacional arjentina, ni con su lealtad, honor é intereses verdaderos.

Mas, lejos de esto, el Gobierno de S.E. el Sr. Jeneral Mitre, no titubeó un instante de proseguir en esa política antiarjentina, y ofensiva á la existencia,

intereses y honor de la República del Paraguay, no tomándose ni aún el trabajo de recurrir á otros medios, que los empleados para hacer la desgracia de la República Oriental del Uruguay.

Y no es con menor escándalo de la opinión pública y del descrédito de su propia administración que el Gobierno del Sr. Jeneral Mitre, consintió y animó la repetición de una farsa inmoral, tolerando que se constituya un nuevo comité revolucionario de traidores paraguayos en número tan diminuto, y tan insignificante por sus luces y posición social, que el ridículo de esta inicua representación no podía sino recaer sobre el actual Gobierno Arjentino, que cargará con las graves consecuencias de este acto desleal, comprobado por el consentimiento de reclutar en Buenos Ayres y en territorio arjentino, nacionales y estrangeros para la formación de una lejión, que unida al Ejército del Brasil, deba traer la guerra al Paraguay, franqueándole además los órganos de su prensa oficial para sus elucubraciones criminosas.

Actos tan hostiles contra la paz interna de gobiernos amigos, sin precedente en la historia de los pueblos cultos, constituyen á todos los gobiernos en el deber de usar de medios que los pongan al abrigo de tentativas anárquicas, de un gobierno que desconoce lo que debe á los derechos de naciones soberanas é independientes, que tanto ha descendido de la posición elevada que es inherente á todo gobierno, hasta servir de foco á los demagogos y revolucionarios que quieran conflagrar y perturbar el órden legal y la tranquilidad interna de su patria.

Empero el Gobierno de V.E. no juzgó todavía suficiente este proceder hostil é ilegal para realizar los fines de su política con el Paraguay: la calumnia y los insultos á la nación y gobierno paraguayo no le detuvieron y los órganos oficiales de la prensa porteña abundan en producciones tan soeces é insultantes que en ningún tiempo, la más desenfrenada licencia y abuso en ningún país supo producir.

No se puede dar mayor escarnio, que el pasaje que V.E. ofrece, como dice en virtud de tratados existentes por el tratado fluvial de la República Arjentina, que permite al Brasil llevar sus fuerzas navales y terrestres al Paraguay, porque al final del territorio arjentino se halla el de esta, lo que le dá la ventaja de atacar la República en la frontera del Norte por la provincia de Matto-Grosso, y por las fluviales en el Sud, que es por dos puntos. El Para-

guay al fin de la navegación por el territorio fluvial arjentino, no encuentra nada sino el mar, y no el Brasil, y no puede atacar el Imperio sino en el Norte por la provincia de Matto-Grosso que es por un solo lado.

Nadie ignora esto y menos el Gobierno de V.E., que por equidad y en observancia de una estricta neutralidad y reciprocidad, debía ó conceder el solicitado tránsito inocente por la provincia de Corrientes, al Paraguay y al Brasil, ó negar á éste el uso de su territorio fluvial; visto que dice en su nota: que no hay motivo que haga forzoso é indispensable la concesión de pasaje por territorio arjentino, teniendo los belijerantes una estensa y dilatada frontera por donde puedan ejercer sus hostilidades.

¿Qué mayor escarnio que pedir esplicaciones en su otra nota de la misma fecha sobre la reunión de las fuerzas paraguayas en la izquierda del Paraná en territorio paraguayo que se permite llamar contestado, moviendo cuestiones de límites, habiendo sido perfectamente instruido de ello por la nota del abajo firmado en que solicitó el pasaje inocente, por la provincia de Corrientes?

¿Y qué mayor escarnio que las protestas de evitar todo motivo que pueda alterar las relaciones amistosas que pone el más decidido empeño de cultivar y estrechar, como concluye V.E. la nota de esta contestación, y los insultos y calumnias que lanza su prensa oficial á la faz del mundo contra la Nación Paraguaya y su Gobierno?

El conjunto de actos hostiles injustificables, para los cuales el Paraguay y su gobierno, en ningún tiempo dieron el más leve motivo: después de tantas pruebas del más decidido empeño para conservar las más amistosas relaciones con la República Arjentina y su Gobierno y de la abnegación con que el Paraguay ha soportado las continuas provocaciones para no alterarlas, lo convencen que la política del actual Gobierno Arjentino amenaza los más vitales intereses de Paraguay y de su Gobierno.

S.E. el Sr. Presidente de la República ha ordenado al abajo firmado, de decir á V.E. que en la convicción de que la política del actual Gobierno Arjentino, como lo justifican los hechos consignados en esta nota, es atentatoria á los derechos, intereses, el honor y la dignidad de la Nación Paraguaya y de su Gobierno, le impuso el deber de hacer presente tan grave situación á la Nación y que adjunte á V.E. copia legalizada de la resolución del H.C.N.E. que atendiendo y considerando los hechos, declara la guerra al actual Gobierno Arjentino para salvar el honor, la dignidad y los derechos de la República.

Declarada así la guerra, S.E. el Sr. Presidente de la República, protesta solemnemente, que no habiendo el Paraguay jamás dado el más mínimo motivo de agravio á la República Arjentina ni á ninguno de sus Gobiernos, incluso al actual, responsabiliza á este último esclusivamente, de las consecuencias desgraciadas de una situación contraria á los sentimientos de consideración y de amistoso interés que la Nación Arjentina siempre ha merecido á la República del Paraguay y su Gobierno.

Aprovecho, etc.

José Berjes.

El Soberano Congreso Nacional

DECLARA:

Art. 1°. – Apruébase la conducta del P.E. de la Nación para con el Imperio del Brasil, en la emergencia traída por su política amenazadora del equilibrio de los Estados del Plata, y por la ofensa directa, inferida al honor de la dignidad de la Nación, y usando las atribuciones del artículo 3°, título 3°, de la ley de 13 de marzo de 1864, autorízaseles para continuar en la guerra.

Art. 2°. – Declárase la guerra al actual Gobierno Arjentino, hasta que de las seguridades y satisfacciones debidas á los derechos, á la honra y la dignidad de la Nación Paraguaya y su Gobierno.

Art. 3°. – S.E. el Señor Presidente de la República hará la paz con uno y otro belijerante, cuando juzgue oportuno, dando cuenta á la Representación Nacional conforme á la ley.

Art. 4°. – Comuníquese al P.E. de la Nación.

José Falcón.
Vice-Presidente del H.C.N.

El 17 de abril llegó a Buenos Ayres la noticia del ultraje que pasamos á referir.

El 13 de abril á las 7 de la mañana, cinco vapores bajaron el río, pasando por Corrientes, en cuyo puerto estaban anclados dos vapores arjentinos, el "25 de Mayo" y el "Gualeguay". Los paraguayos pasaron de largo por frente á Corrientes, luego dieron vuelta dirijiéndose aguas arriba y al pasar al costado de los vapores arjentinos los ametrallaron, abordándolos en seguida y posesionándose de ellos.

Los arjentinos apenas hicieron resistencia, pues no tenían la más remota idea de semejante ataque. Los que no se echaron al río fueron pasados á cuchillo. Los que se ocultaron durante la carnicería, fueron tomados prisioneros, llegando su número á 49, incluso un capitán, un gefe y cuatro tenientes. Los que se echaban al agua eran fusilados por los paraguayos, que permanecieron en el puerto durante tres ó cuatro horas, partiendo en seguida con sus presas á remolque. En estos vapores se encontraron 800 machetes, que fueron distribuidos al batallón No. 6. Los vapores eran dos buques mercantes viejos é inútiles, pero después de algunas composturas, fueron habilitados y agregados á la flotilla paraguaya. Estas noticias fueron recibidas en la Asunción como si hubiera sido un gran triunfo, y los bailes redoblaron. Buenos Ayres casi voló al recibir la nueva de ultraje. Los ciudadanos se reunieron y fueron en masa á la casa del Presidente. Habiendo espresado sus sentimientos tan bien como pudieron, Mitre contestó:

"Señores:

"Después de la provocación lanzada, del insulto hecho á nuestra bandera por el tirano del paraguay, vuestro gobernante no os puede deciros otra cosa, sino que las proclamas y las manifestaciones van á ser traducidas en hechos, que dentro de veinte y cuatro horas estaremos en los cuarteles, dentro de quince días en campaña, y á los tres meses en la Asunción".

Este discurso arrancó entusiastas aplausos. La efervescencia popular era intensa. Las funciones de los teatros se interrumpieron, mientras los ciudadanos pronunciaban discursos belicosos, y el telón cayó, mostrando estas palabras en transparente: "En tres meses á la Asunción".

Mitre declaró á la República en estado de sitio. Decretó la formación de 19 batallones de 500 hombres cada uno, que debían agregarse al ejército en campaña, y que Corrientes y Entre Ríos concurrieran á la guerra con cinco mil hombres de caballería cada uno. Nombró a Urquiza gefe superior de la

caballería de Entre Ríos. Esta medida fue impolítica, porque Urquiza era capitán jeneral del ejército arjentino, y verdadero Czar, en su provincia de Entre Ríos. Era tan poderoso que el gobierno no podía obligarlo á hacer nada contra su voluntad. Si Mitre le hubiera ofrecido el puesto de jeneral en gefe del ejército, Urquiza habría tal vez aceptado, y entonces la República habría contado quizá con 15,000 buenos soldados entrerianos, además de la pericia militar del jeneral Urquiza, y probablemente la guerra hubiera terminado en unos cuantos meses. Este desaire fue tal vez la razón porque Urquiza no tomó parte en la guerra, y no envió soldados al ejército.

El jeneral Mitre por su parte dirijió al país la siguiente proclama:

Compatriotas: En medio de plena paz y con violación de la fe de las naciones, el gobierno del Paraguay nos declara la guerra de hecho, apresando traidoramente á mano armada, en nuestro territorio, dos vapores de la Escuadra Argentina, y haciendo fuego sobre nuestras poblaciones indefensas.

Provocado á la lucha sin haberla buscado, después de haber hecho cuanto decorosamente podía y debía hacer para evitarla, guardando la neutralidad que era la regla de nuestra política, contestaremos la guerra con la guerra, y la haremos con toda la energía y con todo el poder que corresponde á los gloriosos antecedentes de la Nación Arjentina, deslealmente vulnerada en su honor y atacada en su seguridad.

Conciudadanos: Contando, como cuento, con la virilidad del pueblo Arjentino y con vuestra incontrastable decisión, el país se ha mantenido hasta hoy en estricto pie de paz, cumpliendo lealmente con sus deberes de neutral, porque estaba seguro que llegado el momento del peligro, todos acudirían sin distinción alguna á ocupar sus puestos en torno de la bandera nacional, resueltos á cumplir con sus deberes sagrados.

Arjentinos: Ha llegado el momento. En nombre de la Patria y con la autoridad de la Ley, os llamo á ocupar vuestros puestos de ciudadanos y de soldados de un pueblo libre, cuyas banderas siempre fueron acompañadas por la justicia y la victoria.

Compatriotas: Puedo ofreceros tranquilamente el triunfo, porque él está en la conciencia de todos los arjentinos, y lo aseguran de antemano los poderosos elementos de que la Nación puede disponer con el auxilio de la Providencia y de vuestro valor y patriotismo.

Después de este noble esfuerzo, la paz será más sólida, más gloriosa y más fecunda, y podréis continuar con mayor energía la tarea del progreso en que habéis sido interrumpidos por una agresión tan vandálica como traidora.

Por mi parte, no necesito deciros que cumpliré con los altos deberes que la Patria y la Constitución me imponen en estas circunstancias; y que confiando en el cielo que proteje la justicia de nuestra causa, y en vuestro generoso patriotismo, no descansaré hasta restituiros la paz que os ha sido traidoramente arrebatada, y dejar vindicado como corresponde el honor de la Nación Arjentina.

Vuestro compatriota y amigo,

Bartolomé Mitre.

Buenos Ayres, abril 18 de 1865.

El presidente Mitre convocó al Congreso, pasó una circular á los Ministros estrangeros, informándoles que la República se hallaba en estado de sitio y declarando bloqueados todos los puertos del Paraguay.

Casó el exequatur de los cónsules paraguayos en la República, y Egusquiza (cónsul de en Buenos Ayres) fue puesto en prisión. Poco después de lo dejó libre bajo fianza, pero al día siguiente fue de nuevo arrestado.

El jeneral Paunero fue nombrado gefe de la primera división del ejército arjentino. Se mandó remontar á quinientos hombres todos los batallones de Infantería.

Lagraña, gobernador de Corrientes, llegó á tiempo para hacer detener el vapor "Esmeralda", que llevaba al Paraguay una partida de rifles y machetes, que fueron embargados por el gobierno arjentino.

Urquiza por su parte reunió un ejército de 10,000 hombres, que sin embargo no movió de su provincia.

El primero de mayo de 1865 llegaron á Buenos Ayres y fueron recibidos en el muelle por el jeneral Mitre, los jenerales Flores, Urquiza y Osorio, el señor Octaviano plenipotenciario brasilero, y el almirante Tamandaré. El mismo día se firmó un tratado secreto de alianza entre el Brasil, la República Arjentina y la Banda Oriental. Sin embargo, se traslució que los aliados habían determinado acabar con el último de sus hombres, y el último peso de su tesoro, para humillar al déspota del Paraguay.

Algunos días después, los diaristas consiguieron sonsacar á los ministros que habían firmado el tratado las principales estipulaciones, y fueron publicadas aunque sin autorización oficial.

Los banquetes se pusieron á la orden del día, asistiendo á ellos la mayor parte de los ministros estrangeros, demostrando de esta manera sus simpatías por los aliados.

El tratado secreto fue publicado en Buenos Ayres el mes de abril de 1866, por un diario, que lo tradujo del Libro Azul de la Inglaterra. Su texto había sido comunicado confidencialmente por el señor Castro, ministro oriental; la publicación de este documento causó un verdadero disgusto á los contratantes, y á consecuencia de ella el ministro oriental en Londres pidió sus pasaportes.

El tratado se encuentra íntegro en el apéndice; sus puntos principales son los siguientes: - Los aliados se comprometen á no deponer las armas hasta dar en tierra con el poder de López, y á no tratar con él sino de común acuerdo. La independencia del Paraguay quedaba garantida. El Paraguay pagaría los gastos de la guerra. Las fortificaciones de Humaitá serían destruidas, no debiendo permitirse su reconstrucción. El Paraguay sería desarmado.

La firma del gobierno arjentino en este documento es hasta cierto punto disculpable, porque el ultraje inferido por López estaba fresco todavía; pero el Brasil no había recibido igual afrenta y su proceder era imperdonable.

CAPÍTULO V

El ejército paraguayo y sus recursos generales. –Las fuerzas de los aliados.

Las fuerzas del Paraguay en esta época consistían en un ejército de cerca de 80,000 hombres; la tercera parte de estos formaban la caballería, las otras dos la infantería y la artillería. Los mejores soldados se escojían para la artillería y la caballería. La caballería estaba dividida en rejimientos, y la infantería en batallones; la artillería en escuadrones de artillería lijera y de

artillería de plaza. Cada rejimiento de caballería se dividía en cuatro escuadrones, compuesto de 100 hombres cada uno; debían ser mandados por un coronel, un teniente coronel y dos sargentos mayores, etc.; pero en realidad muchos rejimientos solo eran mandados por un teniente y raras veces por un oficial de mayor graduación que un capitán. La causa de esto era la escasez de oficiales superiores, pues López era muy parco en sus promociones. A manera que la guerra se prolongaba, la fuerza de los rejimientos disminuía, y no era posible remontarlos del todo. Las dos últimas observaciones son igualmente aplicables á la infantería. Los rejimientos de caballería estaban armados con sables, lanzas y carabinas de chispa.

Las lanzas paraguayas tenían tres yardas de largo y las de los aliados doce pies. La escolta del presidente se componía de doscientos cincuenta hombres armados con carabinas rayadas, de cargar por la recámara, sistema Turner, el rejimiento de dragones de la escolta con carabinas comunes rayadas.

Como los primeros no se batieron hasta los últimos días de la guerra no pudieron ensayar sus armas. La caballería montada en recado, que es la silla del país, y constituye una buena cama. No usaban freno y para suplirlo, pasaban una fuerte guasca ó cuerda, que les servía de rienda por dentro de la boca del caballo asegurándola con un nudo. En esta época había en el Paraguay unos cien mil caballos, de los cuales la mitad no habrían podido galopar más de tres millas. Los caballos paraguayos nunca habían sido buenos, á lo que se agrega que últimamente habían sido diezmados por una terrible enfermedad en el espinazo, que jeneralmente había atacado á los mejores.

Cada batallón de infantería se dividía en seis compañías de cien hombres cada una, llamadas de granaderos, 1ª, 2ª, 3ª, 4ª y de cazadores. La compañía de granaderos era compuesta de los hombres más fornidos y altos del batallón y la de cazadores por los más débiles y bajos. Sin embargo, al principio de la guerra la mayor parte de los batallones constaban de 800 á 1,000 hombres, conteniendo á veces más de seis compañías, compuesta cada una de 120 hombres. Tres batallones estaban armados con rifles Witton. Uno de estos, formado por López I, había permanecido constantemente en Humaitá, donde en lugar de raciones se le entregaban tres tiros para que cazaran en los bosques el alimento necesario. En vez de balas usaban cortados para

tirar á los patos, esta circunstancia destruyó las rayas de los rifles quedando por consiguiente inutilizados.

Tres ó cuatro batallones estaban armados con fusiles fulminantes y los demás con fusiles de chispa, que tenían la marca de las armas de la Torre de Londres. No llevaban más arma blanca que la bayoneta, para la cual no usaban vaina porque la conservaban siempre armada.

Solamente el batallón 6 tenía los machetes encontrados en los vapores tomados en Corrientes, porque después de su vuelta de Matto-Grosso hacía el papel de infantería de marina.

Había tres rejimientos de artillería volante, que constaban de cuatro baterías de seis cañones cada una, otra batería de cañones rayados de acero de á 12, el resto era de todos los tamaños, forma, peso y metal imajinables, variando su calibre entre 2 y 32. La mayor parte de ellos acababan de ser montados en la Asunción.

La artillería de plaza (toda lisa) constaba de 24 cañones de 8 pulgadas de diámetro y 251 arrobas 5 libras de peso, dos de 56 muy pesados y como cien más cuyos calibres variaban entre 24 y 32. De estos 18 de 8 pulgadas de diámetro, 2 de calibre de 56 y 70 de menor calibre, entre los que había muchos de 12 y de 8, constituían el armamento de las tan temidas baterías de Humaitá. Las chatas estaban armadas con 6 cañones de 8 pulgadas. La mayor parte de la artillería consistía en cañones de hierros viejos y carcomidos, probablemente llevados como lastre por algunos buques y comprados por el Paraguay, parecidos á los que sirven de postes en Woolrich.

Los soldados de artillería lijera además de su propio ejercicio eran adiestrados en el de caballería, y los de laza en las maniobras de batallón. El Paraguay contaba con un total de 300 á 400 cañones de todo tamaño. Su marina consistía en 17 vapores pequeños, todos ellos mercantes, escepto el "Añabay" y el "Tacuarí" que eran verdaderamente buques de guerra. Estos buques estaban armados con cañones lisos de 4 á 32. El "Jejuí" montaba un cañón rayado de cargar por la culata (calibre 12). Los marinos usaban rifles Witton con bayonetas-sables. Ni los rifleros ni los artilleros usaron nunca el punto graduado de sus armas, sino que levantaban sus punterías algunas yardas sobre la altura del blanco según la distancia.

Sin embargo, tiraban mejor que sus enemigos que conocían el uso del punto graduado.

Los medios de transporte eran lentos, consistiendo en carretas de bueyes. No había para el transporte convoyes especiales, sino que se entregaban á cada gefe las carretas y bueyes que pedía y éste sacaba de su tropa los hombres necesarios para su manejo.

El cuerpo médico consistía en un cirujano mayor, tres cirujanos con el rango de capitanes, y un farmacéutico con el de teniente, todos ellos eran ingleses. Estos tenían bajo sus órdenes muchos practicantes paraguayos, todos enseñados por ellos y por el farmacéutico. El convoy del hospital era idéntico al que hemos descrito. Las drogas eran ya muy escasas.

Había en los depósitos paraguayos como quinientas toneladas de pólvora y grandes cantidades de balas, bombas, etc.

El traje del soldado consistía en una camisa, calzoncillos y pantalones blancos, camiseta de bayeta grana con vivos blancos y azules, sobre esta camiseta llevaban un cinturón blanco y no usaban calzado. El gorro paraguayo era el segundo distintivo de su uniforme, el de la infantería era parecido al gorro de cuartel de infantería de la guardia imperial francesa, pero con pico, y eran ó colorados con vivos negros, ó negro con vivos colorados.

Cuando ya no quedaba paño en el país, este gorro fue sustituido por un kepi de baqueta, que fue una buena invención. La caballería y artillería usaba un alto morrión negro con un penacho, los de caballería tenían una flor de lis y los de artillería una escarapela tricolor.

Al rejimiento de la escolta armado con rifles Turner, le llamaban "Acá-Carayá" ó *cabezas de monos*, porque llevaban un yelmo de cordoban con guarniciones de bronce, en cuya estremidad superior estaba cosida una cola de mono negro. Una larga cola negra de caballo caía desde el yelmo sobre la espalda del soldado. Estos soldados llevaban una túnica punzó y pantalones blancos, y cuando estaban de servicio, botas granaderas. Los dragones de la escolta usaban altos morriones cuadrados, como el resto de la caballería, pero tenían una ancha faja de bronce alrededor de la estremidad superior, por lo cual eran llamados "Acá-verá" ó *cabezas relucientes*. El soldado paraguayo llevaba en el morrión, peine, dinero, cigarros, fósforos, aguja, hilo, botones, tabaco de mascar y el pañuelo.

Los uniformes de los oficiales y de los marinos eran parecidos á los franceses, pero el petit-uniforme consistía en una camiseta negra con vivos colorados, la que fue reemplazada cuando el paño se hizo escaso por la de

los soldados, que tubieron que pasarse sin ella. Al fin ya no tenían ni esto y el único distintivo del oficial era el kepi y la espada, que nunca abandonaba.

Los paraguayos eran los hombres más respetuosos y obedientes que se pueda imajinar. Desde el soldado hasta el jeneral todo el mundo se descubría en presencia de su superior, que nunca contestaba al saludo.

Todo el que llevaba traje militar en el Paraguay era de hecho gefe superior de todo particular, y todos los jueces, etc., tenían que descubrirse en presencia de un alférez. López se resentía de todo insulto hecho á sus oficiales, y durante el reinado de su padre, una señorita dejó de ser invitada por dos años á los bailes, por órden suya, á consecuencia de no haber querido bailar con un oficial.

El paraguayo no se quejaba nunca de una injusticia, y se hallaba enteramente satisfecho con todo lo que determinaba su superior. Si le azotaban, se consolaba diciendo: *si mi padre no me azota, ¿quién me haría este favor?* Todos llamaban á su oficial superior "su padre" y á su inferior "su hijo". A López le llamaban *taita-guazú* ó el padre grande, le decían también *mita-morotí*, ó el niño blanco, y *caraí ó caraí-guazú*, que significa gran-señor.

El cabo tenía la obligación de no abandonar su vara cuando estaba de servicio. Era el verdugo apaleador y podía dar á cualquier soldado tres palos bajo su propia responsabilidad. A un sargento le era permitido ordenar que un soldado recibiera doce palos, y á un oficial tantos cuantos quisiera.

Por faltas muy graves y por las más insignificantes cometidas en la vanguardia, el jefe de campo no podía castigar al culpable, sino que tenía que ponerlo en el cepo, y dar parte á López de su falta, el cual sentenciaba. Si era oficial, se le quitaba la espada y se le arrestaba, hasta que López dispusiera. Los cepos en campaña consistían en atar al individuo por las manos con un lazo, asegurándolo en una estaca, y haciendo esta misma operación con los pies, de manera que el paciente se hallara igualmente distante de ambas estacas.

Como en el ejército francés, todos los oficiales salían de la tropa. Los jóvenes de buena familia que servían, tenían que dejar su calzado porque no era permitido á ningún soldado llevar zapatos.

Al principio los castigos eran impuestos con arreglo á la ordenanza española, pero últimamente eran del todo arbitrarios. Un artículo de las ordenanzas condena á muerte á todo el que acepte cualquier cosa que pertenezca al enemigo.

Las raciones eran una vaca diaria para 80 hombres y cuando escaseaba la carne, para 200. Sin embargo, esto sucedía raras veces; recibían mensualmente una libra de yerba, un poco de tabaco, sal y maíz cuando había para hacer con él una sopa. Durante la guerra la sal era escasísima, y su falta era la que más se sentía, y ha costado al Paraguay millares de vidas; millares han perecido igualmente por la falta de alimentos vejetales, que habían sido la base de su alimentación hasta que entraron al ejército, donde no se comía sino carne cansada y flaca. Los soldados recibían una ración, los oficiales dos, los gefes de campo cuatro y los jenerales ocho.

Los brasileros tenían en este tiempo una escuadra de veintiocho cañoneras, armadas con ocho cañones cada una en término medio, que podían navegar el río; su ejército constaba de cerca de veinticinco mil hombres y lo reconcentraban en la Banda Oriental. Flores había declarado su intención de hacer una cruzada contra López, y que la población se levantaría como un solo hombre. Sin embargo, solo pudo reunir tres batallones. Carecía de artillería y de vapores. La República Argentina apenas tenía ejército y su marina consistía en dos viejos y carcomidos buques mercantes, que apenas podían moverse de su fondeadero. Uno de ellos era el ex paquete inglés "Camila".

Los aliados, pues, tenían que prepararlo todo antes de entrar en campaña.

CAPÍTULO VI

Principio de la Campaña en Corrientes. – El Jeneral Urquiza.

El 14 de abril de 1865 (viernes santo), al día siguiente de la toma de los dos vapores arjentinos, el jeneral Robles á la cabeza de tres mil soldados conducidos en cinco vapores desembarcó en la ciudad de Corrientes. Formó su tropa en la plaza y permaneció allí durante algún tiempo, esperando que se le acercara alguna persona de la ciudad á quien poder comunicar sus miras para aquietar los temores de la población. Por fin, algunos individuos se atrevieron á acercarse y Barrios les dijo entonces, que los paraguayos venían como hermanos para librar á los correntinos del despotismo de Buenos Ayres; y que la ciudad y sus habitantes serían respetados. En el mismo día penetró en la ciudad una columna de caballería paraguaya de cerca de 800 hombres. Estos habían hecho la marcha por tierra atravesando el Paraná por el Paso de la Patria, camino que servía para la activa y fácil comunicación entre el Paraguay y su ejército en Corrientes.

Robles dejó una guarnición en Corrientes, y como recibía diariamente recursos por el río, marchó lentamente hacia el Sud, á lo largo de la costa. Un poco más abajo de la ciudad de Corrientes, las barrancas tienen una elevación de 50 pies sobre el nivel del río; esta altura no desaparece hasta una larga distancia; de manera que aún cuando la escuadra brasilera se hubiera presentado repentinamente, no habría podido hacer daño de consideración en las filas paraguayas.

Tres vapores paraguayos permanecían cerca de Corrientes con sus fuegos encendidos, con el objeto de observar los movimientos de la escuadra brasilera.

La ciudad de Corrientes fue respetada, en la campaña y en los caminos todo fue saqueado, arrebatando á los pobladores, sus vacas, caballos, efectos, etc. Pero en general, al principio de la campaña, las personas no fueron molestadas.

Un año antes de estos acontecimientos, López había enviado á Corrientes un ajente, llamado Miguel Rojas, que aparentaba ser un comprador de ganados para el Paraguay y que se surtía en Corrientes de lo que necesitaba para el abasto del ejército. Pero Rojas tenía también otra comisión, y había sondeado á la mayor parte de los correntinos respecto á sus opiniones políticas; así fue que cuando llegó Robles sabía perfectamente en quien podía fiarse, por no ser hostiles á la invasión de los paraguayos. Había en Corrientes muchos descontentos, y como correntinos y paraguayos hablan el mismo idioma (guaraní) se consideraban en cierta manera hermanos. Los paraguayos y correntinos se admiran mutuamente como ginetes; y aquellos llaman á éstos, curepí ó cueros de chancho.

López envió desde la Asunción un número de hombres escogidos para gobernar á Corrientes, aunque colocó allí un gobierno-pantalla, compuesto de tres correntinos: Gauna, Silveiro y Cáceres. Este triunvirato no era más que un maniquí. Los individuos enviados desde la Asunción eran encabe-

zados por D. José Berjes, ministro de relaciones esteriores, acompañado por el padre Bogado, D. Miguel Haedo, D.J.B. Urdapilleta y varios otros. López enviaba sus órdenes á Berjes y éste las comunicaba al triunvirato para que las ejecutara. La guarnición de Corrientes y los vapores fondeados en el puerto, estaban bajo las órdenes de Berjes. Éste no abusaba de su poder, reduciéndose á ejecutar las órdenes de López.

Al principio se concedían fácilmente pasaportes á los que querían abandonar la ciudad, y se hacía cuanto era posible para que el gobierno de López apareciera como civilizado y honorable.

Los archivos del gobierno de Corrientes fueron robados, y todos los documentos importantes enviados á la Asunción, entre ellos un mapa de la provincia en que estaba delineados los diferentes departamentos.

Se introdujeron grandes cantidades de papel moneda del Paraguay y se hizo obligatorio su curso.

Entre tanto, el Presidente Mitre se preparaba á ponerse en campaña y reunía un ejército apresuradamente.

Todo el mundo daba contribuciones para la guerra. La prensa despreciaba á López y á sus hombres, contando con la victoria apenas se iniciara la campaña. Haciendo alusión á estos artículos, un diario de Montevideo observaba, que solo una nación de corderos podía entusiasmarse porque se le pintara la impotencia y la degradación de sus enemigos.

Se formó una lejión paraguaya, mandada por los coroneles Iturburu y Decoud.

Tan enfurecido estaba el pueblo con el apresamiento de los vapores, que la noticia de la toma de Corrientes no hizo gran efecto. El 24 de abril salió de Buenos Ayres para Corrientes el primer batallón arjentino.

Con motivo de la marcha de Robles, Lagraña, el gobernador de Corrientes, se internó hacia el Sud, proclamó al pueblo llamándolo á las armas, y decretó que todo arjentino de 16 á 60 años de edad se presentase inmediatamente á enrolarse en el ejército; declaró también que todo el que no obedeciese las órdenes del gobierno de Corrientes, sería considerado traidor y como tal condenado á muerte.

En el Rosario hubo grandes demostraciones; Caminos, el cónsul paraguayo, fue prendido. Una comitiva se presentó á las puertas del consulado y arrancando el escudo lo arrojó por tierra, siendo después llevado al estremo del muelle, donde en compañía con un retrato de López, fue fusilado y tirado al río.

Urquiza lanzó grandes proclamas, hizo grandes profesiones de fe, é indujo al pueblo de Buenos Ayres á creer sin vacilación que marcharía con diez mil hombres, el 26 de abril, en socorro de los correntinos. Decretó que todos sus soldados se presentaran en el ejército con sus caballos propios, y manejó las cosas de manera que se los hizo pagar por el gobierno de la República. El decreto que ordenaba este pago, no quitaba á los soldados la propiedad de sus caballos.

El Congreso Arjentino se reunió el 1° de mayo, y sancionó un empréstito de 12.000,000 de fuertes, que fue inmediatamente negociado. En su mensage al Congreso, Mitre recomendó á Urquiza por haber reunido mayor número de hombres del que se le había pedido.

Algunos días después, Urquiza partió para Entre-Ríos, despidiéndose de sus amigos por medio de un aviso en los diarios, en el que decía que la necesidad de ponerse inmediatamente al frente de sus tropas, lo privaba del placer de hacerlo personalmente. El Presidente Mitre le acompañó hasta el muelle y tomándole por la mano, le dijo: "Apresúrese jeneral". En ese momento llegaba un mensagero de López con pliegos para Urquiza, y éste sin abrirlos, se los entregó inmediatamente á Mitre, quien contestó al secretario de Urquiza al presentárselos, que la "buena fe manifestada por el jeneral Urquiza, le impedía abrirlos". Entonces el secretario mismo los abrió y los entregó á Mitre, que ordenó su publicación, y la prisión de mensagero que los había traído. Los despachos contenían una carta de Berjes relatando los acontecimientos de Corrientes, y esperando que Urquiza no sería indiferente á ellos. López había entretenido por largo tiempo comunicación directa con Urquiza, por medio de un mensagero directo (el ex cónsul arjentino).

Cuando Urquiza llegó a Entre-Ríos, de vuelta de Buenos Ayres, empezó á reunir su ejército, y en menos de un mes tenía diez mil hombres. Mitre le mandó armas y vestuario, que distribuyó entre sus tropas, y marchó en dirección á la Concordia, punto de reunión de los aliados, donde se encontraba ya el jeneral Mitre. Cuando llegó á Basualdo, pueblo de la frontera de Entre-Ríos, en el camino de la Concordia, hizo alto y se adelantó solo á ver al jeneral Mitre. Estando en camino, fue alcanzado por un chasque, que le llevaba la noticia de que casi todo el ejército se había desbandado. Volvió in-

mediatamente y viendo que era verdad, licenció el resto de las tropas por un mes. Entonces escribió al Presidente Mitre, informándole del hecho y prometiéndole presentar en el término de un mes, 12,000 soldados. Mitre contestó aprobando lo que había hecho y Urquiza fue á visitarlo á la Concordia el 24 de julio. En esta conferencia dejó al jeneral Mitre enteramente satisfecho, haciéndole una formal promesa por medio de la carta que transcribimos en seguida.

Al Excmo. Sr. Presidente de la República, Brigadier Jeneral D. Bartolomé Mitre, Jeneral en Gefe del Ejército.

Concordia, julio 24 de 1865.

Jeneral:

He tenido la satisfacción de recibir la nota de V.E. fecha de hoy, comunicándome la resolución del Gobierno Nacional, con motivo de la nota que dirijí a V.E. en 14 del corriente, dando cuenta de las causas que me impulsaron á licenciar las fuerzas de caballería del Entre-Ríos, á mis órdenes, y previniéndome V.E. lo conveniente para la reunión del continjente con que debe concurrir esta provincia á la guerra á que ha sido provocada la República por el Paraguay.

Al contestar á la citada nota, me es agradable dar á V.E. la seguridad positiva de que las órdenes del Gobierno Nacional y las prevenciones de V.E. serán cumplidas aún más allá de lo que ellas prescriben, si fuere necesario. Alejadas las causas que produjeron el suceso de Basualdo, sobre lo que he dado á V.E. estensas esplicaciones, la provincia de Entre-Ríos que en todo tiempo ha acreditado su amor á la patria y su decisión incontrastable para combatir en su defensa contra todo enemigo esterior que intente avasallarla, se ha de levantar fuerte y unida en las circunstancias actuales y ha de concurrir con todos sus elementos, con todos sus hijos, á formar al lado de sus demás hermanos de las otras provincias arjentinas, y combatir sin tregua ni descanso hasta arrancar del gobernante paraguayo las satisfacciones y reparaciones que nos son debidas, por el ultraje sangriento que ha inferido al honor arjentino.

Pido al gobierno de mi patria y á V.E., como pido al pueblo de la República algunos días de espera, para ocupar entonces con el cuerpo de ejército

entreriano que se me ordena levantar el puesto de peligro que se nos señale, cierto de que no hemos de ser los últimos en concurrir al combate, y de que hemos de contribuir á la par de los mejores, á dejar ileso nuestro honor y el brillo de nuestras armas.

Por lo que respecta á la comisión especial que V.E. me confiere, la acepto igualmente, dando á V.E. las gracias por la honorífica confianza con que me distingue. Procuraré desempeñarla con ánimo sereno é imparcial, cooperando eficazmente para que la moral pública sea desagraviada, salvado el principio saludable de la disciplina, y robustecido el poder constitucional del Gobierno General por medio de las averiguaciones de los que aparecieran culpables y represión de ellos; así como para volver al camino del honor y del deber á los que en un momento de error pudieron separarse de él y que tengo confianza han de ser los primeros en rivalizar en decisión y patriotismo. V.E. será instruido en oportunidad del resultado, con remisión del sumario original y demás á que hubiere lugar.

Regreso á la Concepción del Uruguay para concertar con el gobierno de la Provincia las últimas medidas que aún faltan que dictar para la reunión del continjente entreriano y para el desempeño de la comisión que se me confía, y desde allí instruiré á V.E. del resultado final de ellas, pidiendo las órdenes que tenga á bien impartirme.

Dios guarde á V.E.

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.

Urquiza volvió á San José, y á fines de octubre reunió de nuevo algunos millares de hombres, y con dos mil de ellos marchó á la Concordia, de donde habían partido ya los aliados, y allí se le reunió otra parte de sus tropas. Entonces marchó en dirección al cuartel general de Mitre; pero al llegar á Toledo, se le desertó nuevamente la mayor parte de su ejército; volviéndose entonces con el resto, lo licenció. Cuando los aliados invadieron al Paraguay en el año siguiente envió algunos cientos de hombres, los que se amotinaron a bordo de los vapores, desbándanse un gran número, y siendo licenciado el resto. Envió también algunos cañones viejos que algunos años antes había llevado de Buenos Ayres.

Durante la guerra no volvió á hablarse más de este personage, sino

como abastecedor de grandes cantidades de caballos y de vacas, haciéndose inmensamente rico con este negocio.

López se servía á menudo de su nombre para animar á sus tropas, diciéndoles que Urquiza venía en su auxilio.

El presidente Mitre, en su declaración de guerra, decía que el gobierno arjentino no depondría las armas hasta no haber derrocado el gobierno de López.

La inactividad de la escuadra brasilera había sido agriamente censurada; por último, el 3 de abril partió de Buenos Ayres para el Paraguay, pero empleó un año en llegar al punto más próximo del territorio paraguayo. Todo el mundo se ocupaba de lo que haría la escuadra. Creían que los paraguayos huirían apenas se presentara y que Humaitá volaría en poco tiempo. Sin embargo, cuando salieron de Buenos Ayres, y se convencieron de que realmente iban á la guerra, los oficiales palidecieron, y como para animarlos se hacían apuestas en su presencia á que ni ellos ni sus buques volverían jamás. Maniobraron tan lentamente, que emplearon cuarenta y dos días para navegar las 600 millas que separan á Buenos Ayres de Corrientes. La escuadra no podía operar nunca como quería, el río estaba siempre muy bajo ó muy crecido.

Entre tanto, los vapores paraguayos tenían el río libre, y aprovechaban la ocasión para bajar con sus tropas y volver con el botín de los pueblos y aldeas saqueadas.

Humaitá solo tenía noventa cañones montados en siete baterías y la escuadra contaba con un número mayor. Con muy poco riesgo de ser echados á pique, podían haber anclado frente á las baterías y haberlas destruido, pues sus balas encadenadas y su metralla habían barrido fácilmente á los artilleros paraguayos, porque si se esceptúa una batería de 16 cañones, el parapeto de las demás no alcanzaba á cubrir las rodillas de la tropa.

Los arjentinos se quejaban amargamente de la inactividad de la escuadra. El 28 de abril se hallaban en Goya 8 cañoneras, bajo las órdenes de Gomensoro, que declaró bloqueados desde esa fecha los puertos paraguayos, y tuvo una entrevista con el delegado del ex gobernador de Corrientes, para combinar operaciones contra el Paraguay; Gomensoro opinó que las balas de sus cañones atravesarían de parte á parte los vapores paraguayos, porque solo eran armados en guerra, mientras los suyos eran verdaderos buques de guerra.

El jeneral Cáceres era el gefe de las fuerzas correntinas que ascendían á 6,000 hombres. El 2 de mayo desembarcó el jeneral Paunero en Bella Vista con su ejército, y empezó inmediatamente á escaramucear con la vanguardia paraguaya, proclamándose siempre vencedoras ambas partes. Sin embargo, no hubo ningún combate serio.

El 3 de mayo el triunvirato envió una diputación al jeneral Cáceres, invitándole á evitar el derramamiento de sangre, haciendo deponer las armas á sus soldados, á quienes se ofrecía un indulto completo. Este insolente mensage no fue contestado.

Las fuerzas bajo las órdenes de Cáceres y Paunero, eran ocho mil hombres, y al fin de mayo contaban con diez y seis mil.

El jeneral Robles, que estaba acampado con 25,000 hombres en el Riachuelo, barranca elevada, situada á 3 leguas de Corrientes, marchó hacia el sud el 11 de mayo y atravesando las aldeas intermedias llegó a Bella Vista el 20. El teniente coronel Aguiar mandaba la vanguardia y sostenía continuas escaramuzas con el enemigo. Los soldados de la caballería correntina, cuando caían algunos de sus compañeros, los levantaban y partían con ellos al galope. Marcharon hasta Goya, entrando la vanguardia en dicho lugar el 3 de junio.

Robles había dejado en la ciudad de Corrientes una guarnición de 1,500 hombres con dos piezas de artillería, al mando del sarjento mayor Martínez. El 25 de mayo una escuadra de 8 vapores brasileros y dos arjentinos se presentaron en Corrientes, y los brasileros tomaron posición para barrer de punta á punta las calles de Corrientes, que son tiradas á cordel, mientras que los arjentinos se acercaron á la playa y desembarcaron sus tropas.

El jeneral Paunero que mandaba esta espedición, había embarcado como 4,000 hombres á bordo de la escuadra con objeto de tomar á Corrientes, pero solo desembarcaron 2,000 con dos cañones de á 6, bajo las órdenes de los coroneles Rivas, Charlone y Rosetti; una pequeña parte de esta tropa era brasilera. Los dos últimos gefes eran italianos ay ellos como sus tropas figuraban entre los mejores soldados del ejército arjentino. La escuadra entre tanto bombardeaba á los paraguayos. Poco después empezó el combate brazo á brazo, desplegando ambos combatientes la mayor bravura. El sarjento mayor Martínez no pudo impedir el desembarco de los aliados porque era protejido por los cañones de la escuadra; pero cuando empezó el combate,

los paraguayos mostraron el mayor valor, lo que restableció su crédito entre sus enemigos.

El desembarque se verificó á cierta distancia al norte del pueblo, los paraguayos se retiraron hasta un puente de piedra que distaría mil yardas. Este punto fue defendido por largo tiempo, aunque se hallaba espuesto al fuego de la escuadra y al de la infantería. Los brasileros tuvieron ocasión de descubrir por primera vez una peculiaridad de su táctica, que consiste en hacer fuego siempre que tienen cañones, sin cuidar si los que mueren son amigos, enemigos ó unos y otros, siendo este último caso el más jeneral, y vean o no vean el objeto de su cañoneo.

El puente quedó cribado por la metralla de la escuadra y dejando ambas partes muchos cadáveres en el campo, los paraguayos se retiraron á una milla de la ciudad. Reyes y el triunvirato habían desaparecido á tiempo, y los aliados embarcaron sus heridos y las personas que quisieron abandonar la ciudad. Al día siguiente se embarcó toda la espedición y se dirijió aguas abajo á reunirse con el cuerpo principal del ejército, el triunviro y Berjes establecieron nuevamente su gobierno. Los paraguayos perdieron entre muertos y heridos 400 hombres y los aliados 350. Charlone fue herido de un sablazo en la cabeza por un oficial paraguayo. Los muertos fueron enterrados bajo el puente, donde tuvo lugar el combate.

Estando el enemigo en posesión del río, el jeneral Robles hizo mal en dejar en Corrientes, que no tenía defensas de ningún jénero, una guarnición tan pequeña con órden de sostenerse, en vez de retirarse en presencia de fuerzas mayores, mucho más cuando él se hallaba con su ejército á muchas millas de distancia, y no le era posible enviar refuerzos oportunos. Esto, sin embargo, se hizo por órdenes de López.

Decían los aliados que se había oído gritar á los paraguayos: "El que muera aquí resucitará en la Asunción", y aseguraban que esta doctrina era propalada en el Paraguay por los sacerdotes. Esto no es cierto; los paraguayos nunca lo hubieran creído, aunque los sacerdotes no habrían titubeado en predicarlo.

El parte oficial de los paraguayos dice que los arjentinos violaron y saquearon la población. Sin embargo, esto no tiene ni visos de verdad.

El gobierno arjentino concedió una medalla á los que tomaron parte en este ataque. La escuadra brasilera ancló enfrente de Corrientes para hacer efectivo el bloqueo, que había declarado.

El Paraguay continuaba activamente sus preparativos. López mismo se preparaba á entrar en campaña, y corría la voz de que marcharía sobre Montevideo y Buenos Ayres. El jeneral Díaz (entonces teniente de Policía) fue promovido á capitán, y encargado de mandar disciplinar el batallón número 40, compuesto en su totalidad de gente de la Asunción. Este batallón constaba de 1,050 hombres y ejecutaba sus evoluciones con mucha precisión, y asistió durante la guerra á mayor número de combates que ningún otro: cinco veces fue casi totalmente aniquilado, y otras tantas remontado con habitantes de la Asunción. El jeneral Bruguez (entonces teniente coronel) había conseguido poner en muy buen pie la artillería lijera, y un día del mes de mayo, López revistó sus tropas en la Asunción; llegaban á 15,000 hombres. Presentaban muy buen aspecto con sus camisetas coloradas, y maniobraron muy satisfactoriamente. El mismo día un yankee M. Krüger, esperimentó un torpedo en presencia de López, haciendo volar á gran altura una balsa de palmas, permaneciendo personalmente á seis varas del punto de la esplosión.

Todo el mundo repetía que Bolivia iba a aliarse con el Paraguay, y á enviar un ejército en su auxilio.

El 8 de abril de 1865, López instituyó por un estenso decreto la "Orden Nacional del Mérito", que se dividía en cinco grados diferentes, á saber: gran cruz, gran oficial, comendador, oficial y caballero. La condecoración consistía en una estrella de cinco picos con flechas converjentes entre los picos, y un medallón en el centro; en el anverso llevaba esta inscripción: "Honoris causa", y en el reverso "Proemium Meriti". Esta condecoración debía llevarse al costado izquierdo, pendiente de una cinta en cuya estremidad debía verse una angosta faja tricolor.

La "Dotorell", cañonera de S.M.B., estaba en Corrientes cuando tuvo lugar el combate del 25 de mayo y continuaba su viaje á la Asunción, cuando se encontró con el "Pirabebé" yacht á vapor perteneciente á la flotilla paraguaya, armado con un cañón. El "Pirabebé", creyendo que era brasilera, hizo fuego sobre la cañonera inglesa, pero sin tocarla. El capitán del yacht se disculpó luego, diciendo que no había distinguido la bandera. La "Dorotell" llegó á la Asunción el 1° de junio, llevando á su bordo un secretario de la Legación inglesa. La misión que llevaba no fue conocida por la jeneralidad de los ingleses allí residentes. Parece, sin embargo, que iba enviada para embarcar á todo súbdito británico que quisiera salir del país.

CAPÍTULO VII

Batalla del Riachuelo. –
López deja la Asunción para venir al Teatro de la Guerra. –
Prisión del Jeneral Robles. – Continuación de la campaña en Corrientes.

El 2 de junio de 1865, López, antes de dejar la Asunción para venir al teatro de la guerra, publicó la siguiente proclama:

El Mariscal, Presidente de la República del Paraguay y jeneral en gefe de sus ejércitos, á la Nación.

Ciudadanos:

El desenvolvimiento que va á tomar la guerra en que se halla empeñada la patria con la triple alianza brasilera-arjentina-oriental no me permiten ya continuar haciendo el sacrificio de permanecer lejos del teatro de la guerra y de mis compañeros de armas en campaña, cuando el órden público sólidamente afianzado en el país y el unánime entusiasmo de la nación me habilitan á concurrir allí donde el deber del soldado me llama.

Siento la necesidad de participar personalmente de las fatigas de los bravos y leales defensores de la patria, y dejo provista la administración pública para que pueda ser debidamente atendida.

Al separarme momentáneamente del seno de la patria, llevo la dulce satisfacción de que la administración jeneral del estado continuará siendo servida con toda lealtad, dedicación y patriotismo con que los funcionarios públicos acostumbran desempeñar sus deberes.

Me asiste también la confianza de que todos los ciudadanos contribuirán incansablemente en sus respectivas esferas al éxito de la lucha en que la patria se halla empeñada, y para esto no es necesario que todos empuñemos las armas ni todos corramos á las filas, sino que todos cooperemos al bien de la causa común.

Así debe constar del pronunciamiento uniforme con que la nación se levanta á pedir el desagravio de su honor ultrajado, la garantía de su existencia amenazada y el afianzamiento de sus derechos vulnerados.

La santidad de la causa que nos ha obligado á dejar nuestra vida pacífica y

laboriosa, está en el corazón de cada ciudadano, y el Dios de los ejércitos velará sobre nuestras armas.

Asunción, 2 de junio de 1865.

FRANCISCO S. LÓPEZ.

López se embarcó a bordo del *Tacuarí* el 8 de junio al ponerse el sol, acompañándolo cuatro vapores cargados de tropas.

Como es de suponerse, toda la población de la Asunción estaba en la playa, esperando toda la tarde para verlo embarcarse. Al partir el bote que lo conducía, la marinería de la *Dotorell* se presentó en las verjas y la tropa paraguaya formó á lo largo de la obra muerta de sus buques. Sin embargo, no hubo vivas. A media noche partió, llegando á Humaitá el día siguiente por la tarde.

Inmediatamente que llegó á Humaitá, empezó á alistar sus vapores para un combate, siendo escojidos para la espedición los siguientes vapores, pues el resto se hallaba en Matto-Grosso, ó eran inútiles para el propósito:

Tacuarí (buque almte.)	6 cañones	de ruedas	421 tons.	Capitán Cabral
Paraguary	4 cañones	de ruedas	627 tons.	
Igurei	5 cañones	de ruedas	548 tons.	Capitán Alonso
Ipora	4 cañones	de ruedas	205 tons.	Capitán Ortiz
Marqués de Olinda	4 cañones	de ruedas	300 tons.	Capitán Robles
Jejuy	2 cañones	de ruedas	120 tons.	
Salto Oriental	4 cañones	hélice	250 tons.	Capitán Alcaraz
Pirabebé	1 cañón	hélice	120 tons.	Capitán Pereira
	30 cañones			
Iberá	4 cañones	hélice	300 tons.	Capitán Gill

Ponemos á parte el último buque porque se le salió el tornillo del hélice y tuvo que quedarse en las Tres Bocas. Llevaban también seis chatas con un cañón de ocho pulgadas. Estas cañoneras no tenían cubierta, y eran apenas bastante grandes para cargar el cañón y los artilleros, solo dejaban un pie fuera del nivel del agua, y tenían la proa doble como las balleneras, siendo

construidas de dos chapas de tablas diagonales de dos pulgadas de espesor. No podían andar sino á remolque.

El 10 de junio fue empleado en cargar municiones y acordar el plan de operaciones.

Se escojieron uno por uno quinientos hombres del batallón número 6, y se les embarcó en los vapores: antes de embarcarse, se presentó López á caballo y los proclamó. El entusiasmo fue grande y jeneral, prometiendo todos volver con la escuadra brasilera; López les encargó trajeran algunos prisioneros y la tropa respondió: -"¿para qué queremos prisioneros? ¡Los mataremos á todos!" – "No, dijo López, es bueno que traigan algunos". López estaba muy contento y los soldados fanatizados.

El capitán Meza era el gefe de la espedición y el capitán Cabral su segundo. Los maquinistas de los vapores eran todos ingleses, escepto uno ó dos de los segundos que eran paraguayos.

Cada vapor tenía bastante jente para cubrir completamente ambos costados del buque, y cada uno llevaba á bordo un cirujano paraguayo.

Todos estos vapores escepto el "Tacuarí" eran mercantes y tenían sus máquinas muy afuera de la línea de agua, y por consiguiente muy espuestas á las balas enemigas.

Por un olvido no llevaron ganchos de abordaje, y esta fue quizá la razón porque no pudieron tomar la escuadra brasilera.

Las órdenes impartidas á los comandantes eran: estar encima de los brasileros al nacer el día, pasar de largo por ellos, y volver en seguida colocando cada uno su vapor al costado de otro brasilero, y descargándoles toda su batería y la de las chatas, saltar al abordage y posesionarse de ellos.

Los vapores partieron esa noche dejando al "Iberá" en su camino. Gill, su capitán, y después uno de los gefes de Humaitá se contrarió tanto con este incidente, que lloró materialmente. En vez de estar al costado de los brasileros al nacer el día, eran ya las ocho y media cuando los paraguayos los avistaron.

El río Paraná en Corrientes tiene como dos y media millas de ancho, y el riachuelo nueve; debajo de Corrientes está dividido en dos brazos por una isla, el que queda del lado de Corrientes es el canal principal y tendrá como una y media milla de ancho. En este lugar el canal es estrecho, pero más arriba hay lugar bastante par la maniobra de los vapores.

En la barranca del riachuelo, Bruguez había colocado 22 cañones de campaña sin parapetos, cuyos calibres variaban de 4 á 18, que había hecho traer del otro lado del Paraná, llegando justamente á tiempo.

La escuadra brasilera estaba fondeada un poco más debajo de Corrientes del lado del Chaco como á una y media milla de la costa correntina. Constaba de los siguientes vapores:

Amazonas (almirante)	ruedas	6 cañones
Jequitinhonha 9	hélice	8 cañones
Belmonte	hélice	8 cañones
Paranahiba 12	hélice	6 cañones
Ipiranga	hélice	7 cañones
Mearin	hélice	8 cañones
Iguatemi	hélice	5 cañones
Araguary	hélice	3 cañones
Bibiribé	hélice	8 cañones
		53 cañones

Todos estos eran hermosos vapores de guerra y además de su tripulación tenían infantería.

Los buques paraguayos pasaron por la escuadra brasilera á una distancia de cerca de una milla (dando esto una gran ventaja á la escelente artillería brasilera) y llegando hasta el riachuelo dieron vuelta. Esta maniobra insensata dio tiempo á los brasileros para prepararse á la acción, levantar anclas y ponerse en movimiento, perdiendo así la ventaja de atracar á su costado antes que los buques brasileros se hubieran puesto en movimiento, en cuyo caso se hubiera trabado la pelea brazo á brazo con gran ventaja de los paraguayos.

Al cruzar por frente á la escuadra brasilera, ambas partes rompieron un vivo y nutrido fuego y una bala partió en dos la caldera de uno de los buques paraguayos, quedando por consiguiente fuera de combate. Este fue el "Jejuy", que ancló en el riachuelo mientras los otros siete subieron á recibir á los brasileros que ya bajaban hacia ellos, atacándolos por el centro de su línea.

La "Jequitinhonha" se adelantó demasiado y encontrándose con los cañones de Bruguez, embicó en la orilla opuesta, de donde no fue posible

sacarla; pero hizo fuego durante todo el día, hasta que fue abandonada en la tarde, después de haberse ensayado su salvamento por dos vapores, sin conseguirlo.

El "Tacuarí", el "Marqués" y el "Salto" atacaron inmediatamente al "Paranahiba", pero solo el "Tacuarí" atracó bien á su costado, y solo dos hombres que estaban en los tambores de las ruedas pudieron saltar á la "Paranahiba", porque el resto del buque, como era natural, no podía unirse con ella. Estos dos hombres saltaron dentro; pero como los buques no estaban enganchados, y no podían mantenerse unidos, tuvieron que volver atrás.

El "Salto", vapor á hélice, se aparejó á la "Paranahiba" y al pasar por su costado saltaron dentro de ella, treinta paraguayos. Estos daban golpes á derecha é izquierda y muchos brasileros aterrorizados se echaron al agua metiéndose casi todos bajo cubierta. Los paraguayos eran dueños de la "Paranahiba" desde la popa hasta el palo mayor. Arriaron la bandera brasilera y tomando el timón dieron dirección al buque. En ese momento llegaron el "Amazonas" y otro vapor y haciendo fuego sobre la "Paranahiba", mataron las tres cuartes partes de los paraguayos que quedaban á bordo: viendo los brasileros que eran muy pocos los que sobrevivían los cargaron, matando tres ó cuatro, y escapándose los demás á nado. Dos compañías del 9 batallón brasilero estaban á bordo y su capitán Pereyra, fue muerto.

El parte oficial brasilero dice que en la "Paranahiba" tuvieron 28 muertos y 20 estraviados, suponiendo que estos últimos habían caído al agua. En esta batalla siempre que un vapor paraguayo llegaba á lo largo de un vapor brasilero, muchos hombres de la tripulación de este último se echaban al agua, de los cuales unos se ahogaban y otros llegaban á la costa á nado.

Estos últimos eran todos muertos al llegar á tierra.

En seguida, el "Amazonas" logró echar á pique al "Paraguari", pegándole un golpe en el centro de su casco y echándolo á la costa, desde donde continuó haciendo fuego; el capitán de la "Paranahiba", en su parte oficial, se atribuye el honor de haberlo echado á pique.

El cañoneo y la mosquetería fueron muy nutridos durante todo el combate. La "Belmonte" recibió varias balas bajo el nivel del agua, que la invadía rápidamente, de manera que tuvo que embicar para no irse á pique. Cuando tocó fondo estaba llena de agua casi hasta la cubierta y había perdido todas sus municiones y provisiones. No dejaban de hacer fuego sobre el

"Jejuy" que, como hemos dicho, había quedado anulado, sumergiéndose por fin. Habiendo sido atravesadas por las balas las calderas del "Marqués de Olinda", el buque fue arrastrado aguas abajo por la corriente. Muchos de sus tripulantes perecieron de las quemaduras, y la mayor parte fueron muertos ó heridos. Varó en un banco y quedó enterrado en él. El capitán Meza fue mortalmente herido por una bala de rifle desde las verjas de un vapor brasilero, y el mando recayó en el capitán Cabral.

El "Tacuari" escapó difícilmente: una bala de 68 le levantó las chapas de las calderas sin causarle más daño. El "Igurey" recibió una bala de 68 en una de sus calderas, pero aunque moviéndose apenas, continuó navegando. Las calderas del "Salto" fueron también destrozadas y casi toda su tripulación muerta ó herida. Este vapor se dirigió lentamente á tierra y varó cerca del "Marqués".

Los cuatro vapores paraguayos que quedaban se retiraron entonces, sin que los brasileros trataran de impedírselo.

El "Igurey" apenas podía marchar muy lentamente, el "Tacuarí" navegaba casi á su retaguardia para protejerle; fueron seguidos por el "Amazonas", pero á una larga distancia; cuando el "Tacuarí" detenía su marcha para que el "Igurey" se adelantara, el "Amazonas" hacía otro tanto. Dos *chatas* fueron echadas á pique y las otras dos se refujiaron en el riachuelo.

Ya no quedaba más que una docena de hombres a bordo del "Paraguari", entre ellos M. Gibson, el maquinista; llegando á su costado un vapor brasilero le intimó, como al único oficial que sobrevivía, que arriara la bandera ó le haría fuego. Obedeció y el enemigo le dijo que le enviaría inmediatamente un bote, par recogerlos. Sin embargo, antes de que llegara el bote, el resto de la tripulación se tiró al agua, guareciéndose en el Chaco. Una parte de la tripulación de los otros buques perdidos hizo la misma cosa. Los brasileros enviaron un bote armado para recojer algunos de ellos; pero los paraguayos mataron á la tripulación y se apoderaron del bote.

Los vapores brasileros sufrieron muchas averías. La "Paranahiba" fue agujereada en trece partes cerca de la línea de agua.

El 13, la escuadra brasilera se retiró aguas abajo pasando á todo vapor las baterías del Riachuelo, á las que tenía un gran respeto. La "Jequitinhonha" se hallaba frente á ella y sin embargo no visitaron el buque; todo lo habían abandonado escepto un cañon Whitworth que echaron al agua al

abandonar el buque. La escuadra brasilera fondeó un poco más arriba de Bella Vista.

Al día siguiente, la "Dotorell", buque de S.M.B., bajó el río y recojió á su bordo 16 hombres pertenecientes al "Marqués de Olinda", que se encontraron abandonados. Su comandante (Robles) había sido recojido a bordo del "Amazonas", en donde se le amputó el brazo, mas él se arrancó las vendas y murió, diciendo que prefería morir antes que permanecer prisionero. El comandante del "Salto Oriental" (Alcaraz) fue también tomado; pero estando muy mal herido murió á los pocos días. El "Salto" y el "Marqués de Olinda" desaparecieron bajo el agua algunos días después.

Los brasileros prendieron fuego al "Paraguari"; pero como el casco era de fierro, solo se quemó su parte interior, y algunos días después fue llevado á remolque á la Asunción. Sus chapas y máquinas fueron muy útiles á los paraguayos, pues hacia el fin de la guerra, cuando el fierro era sumamente escaso, fueron cortadas y aprovechado su material.

Cuando los brasileros dejaron el río libre, los paraguayos que estaban en el Chaco lo atravesaron, a pesar de que la mayor parte de ellos habían pasado tres días sin alimento.

En esta batalla los brasileros perdieron cerca de 300 hombres (muertos, heridos y estraviados) y los paraguayos cerca de 200. Dos de las principales desventajas con que lucharon los paraguayos en este combate fueron que los buques brasileros eran mucho más altos que los suyos, de manera que apenas era posible abordarlos, y además estaban defendidos por redes de abordaje. Los vapores brasileros eran casi todos á hélice y se escapaban fácilmente de manos de los paraguayos que no tenían ganchos.

Durante la batalla, Berjes despachó varios mensageros de Corrientes para tener noticias de ella; pero en realidad no supo nada de lo que sucedía. Uno de los mensageros trajo la noticia de haber sido tomados dos buques brasileros.

El cañoneo se oía distantemente en Humaitá. Al día siguiente al amanecer, dos guardias de la costa avisaron que se avistaban dos vapores, pero que no sabían si eran brasileros ó paraguayos. El mismo López no lo sabía, y todos los artilleros corrieron á las baterías. Al salir el sol se avistó un vapor trayendo otro á remolque, que se creyó al principio fuera brasilero, pero no era otro que el "Iberá"; llegando poco después los demás vapores.

El "Iporá" parecía el buque que más había sufrido. Le habían roto el palo de trinquete cerca de su arranque; toda la obra muerta de proa estaba destruida, teniendo además su cámara de cubierta cribada de balas; sin embargo, en realidad era el que había sufrido menos. Todos los vapores tenían sus chimeneas hechas pedazos por las balas, y algunos agujeros en sus cascos; pero el único daño serio que recibieron fue el agujereamiento de la caldera del "Igurey", el que a pesar de esto fue compuesto en tres ó cuatro días. Una bala de 68 se había alojado en la caldera y estaba depositada en los tubos.

Todos los cañones de la escuadra paraguaya fueron desmontados; la mayor parte por el fuego incesante que hicieron, y el resto por las balas enemigas. Los vapores que volvieron no habían sufrido gran pérdida de hombres; el que más, tenía 28 entre muertos y heridos. Los brasileros tenían algunos cañones Whitworth, de 150 y 120; pero ninguno de los vapores que volvieron llevaba señales de haber sido tocado por sus balas, y solo supimos que los tenían porque algunas de ellas, que habían caído cinco ó seis millas tierra adentro, fueron enviadas por Berjes á Humaitá.

Los paraguayos desplegaron un gran valor en esta batalla, peleando contra buques y cañones infinitamente superiores. Los brasileros mismos confiesan que se escaparon apenas. Probablemente hubieran tomado la escuadra, si en vez de pasar aguas abajo hubieran abordado inmediatamente á los brasileros.

Los brasileros celebraron esta batalla como una gran victoria, y el Emperador honró á Barroso, gefe de la escuadra, con una cruz, haciéndolo "Barón das Amazonas". En cualquier otro país hubiera sido sometido á un consejo de guerra, no solo por no tratar de cortar la retirada de los vapores paraguayos, sino por el rumor que corría a bordo de su mismo buque, sobre su cobardía, donde se decía que perdió completamente la cabeza, y que el piloto correntino fue el verdadero gefe de la escuadra. Tamandaré, que hacía meses estaba *yendo*, no logró *llegar* hasta la escuadra; no obstante fue felicitado por la victoria. Se ocupaba en galantear las damas en Buenos Ayres.

En el momento en que un vapor paraguayo pasaba al costado de otro brasilero, un paraguayo saltó á bordo del último, y con su machete dividió la cabeza de un oficial, abriéndosela hasta el pescuezo; pero viéndose repentinamente solo, saltó al agua por las troneras del lado opuesto, logrando salvarse.

El capitán Meza fue desembarcado en Humaitá y atendido convenientemente; pero López no quiso verle, y si no hubiera muerto de sus heridas quizá lo hubiera hecho fusilar.

Un marinero que se había metido en la bodega durante el combate, fue fusilado en la tarde del día en que los vapores llegaron á Humaitá. López dio á entender á algunos estrangeros que este incidente le contrariaba; pero que siendo cierto el caso, no podía obrar de otra manera.

Dos ó tres días después de la batalla, llegó á Humaitá la jente que se había refugiado en el Chaco, habiendo hecho todo el camino á pie (40 millas) esceptuando solamente el pasaje del Paraná. Entre ellos llegaron los señores Gibson, Bagster, Spivey y otros maquinistas ingleses; dos de ellos venían gravemente quemados. Estos murieron algunos días después y López hizo construir en Humaitá, un cementerio inglés, con un muro decente á su alrededor y una puerta ornamental.

M. Gibson fue encarcelado por muchos días. M. Watts, primer maquinista del "Tacuari" fue nombrado caballero de la órden de Mérito. Tres años después fue una de las víctimas de esos inesplicables parasismos de sed de sangre, que caracterizaron á López en sus últimos tiempos.

Las noticias de esta batalla no fueron recibidas en Buenos Ayres hasta diez días después, aunque el viaje sea solo de cuatro; las salvas, los petardos y los cohetes celebraron la importancia de la victoria.

López decretó una medalla al 2° rejimiento de artillería montada que fue el que estuvo en el Riachuelo con estas inscripciones: *El Mariscal Presidente, al 2°. Rejimiento de artillería montada. Riachuelo 11 y 13 de junio de 1865.* Estas medallas fueron moldeadas y fundidas en el país.

Se mandaron vapores con el objeto de salvar algunos de los buques perdidos, pero solo se consiguió salvar al "Paraguari". Del "Jequitinhonha" se sacaron dos cañones de 68 y 4 hermosos cañones de fierro de á 32; también dos obuses de bronce de 5 pulgadas. Se tomó asimismo un gran hélice de bronce que tenían de repuesto, el cual fue enviado á la fundición. Se tomó también gran número de libros, sables, papeles, ropas, relojes é instrumentos; se llevó igualmente su verga mayor á Humaitá donde fue destinada á servir de columna central en una rotonda de baile.

En menos de dos meses, Bruguez, después de haber recibido refuerzos y con ellos dos cañones de 32 marchó rápidamente, y pasando el punto

donde se hallaba la escuadra brasilera, llegó a Bella Vista, y estableció sus baterías en las barrancas, que tienen en ese lugar unos cincuenta pies de altura. Cuando los brasileros, que habían sido reforzados con dos vapores, supieron que se hallaba allí, retrocedieron y tuvieron que sufrir una nueva corrida; mantuvieron á toda su infantería sobre la cubierta y en las verjas para hacer fuego á los enemigos; pero siendo completamente dominados por éstos á causa de la altura de la barranca, en vez de causar daño sufrieron una tremenda pérdida de hombres, porque los paraguayos tenían tres batallones de infantería bajo las órdenes del sargento mayor (después jeneral) Aquino, y barrían los puentes con la artillería. Fondearon como seis millas más abajo, y en la misma noche Bruguez, haciendo otra rápida marcha, volvió á colocar sus baterías más abajo, en un punto llamado Cuevas. Los brasileros reconocieron el terreno y encontrando otra vez baterías volantes á su retaguardia, retrocedieron de nuevo sufriendo otro baqueteo; pero esta vez no se veía un alma sobre cubierta. Todos se mantuvieron en la bodega, escepto la tripulación del vapor argentino "Guardia Nacional" (ex paquete inglés "Camila") que se condujo bizarramente, contestando el fuego durante el pasaje. Este segundo pasaje por las baterías tuvo lugar el 12 de agosto.

Durante ocho meses no se volvió á oír hablar de la escuadra brasilera, hasta que subió el Paraná, con el objeto de pasar el ejército aliado al territorio paraguayo, y se suponía que empleaba su tiempo imaginando los medios de evitar, que les pisaran los talones aquellas terribles baterías volantes.

El jeneral Robles con su ejército estaba en Goya, adonde había llegado el 3 de junio; el día en que tuvo lugar la batalla del Riachuelo, emprendió una retirada á marchas forzadas, quizá por no conocer la causa del cañoneo, pues López á los principios de la guerra, jamás dejaba á su derecha saber lo que hacía su izquierda, aunque en los últimos tiempos de la campaña, solía prevenir á todo el ejército de los ataques que pensaba llevar á cabo, para evitar confusiones.

Robles acampó cerca del Empedrado, doce leguas debajo de Corrientes. Cuando el ejército avanzaba, rara vez fue molestado por los guerrilleros de Cáceres; el cuerpo principal del enemigo, bajo las órdenes del jeneral Paunero, se había conservado siempre á 16 ó 20 leguas de distancia.

Robles permaneció en el Empedrado sin haber absolutamente nada, hasta el 23 de julio, día en que el jeneral Barrios, ministro de guerra, llegó á

su campamento, situado á una milla del río. Robles salió de su carpa para recibirle y estrecharle la mano; pero Barrios, poniéndole la suya en el pecho lo rechazó, y presentándole una carta de López le dijo que la leyera. Después de leerla, Robles se quitó la espada y le entregó á Barrios, quien lo remitió bajo custodia á bordo de "Igurey", donde fue arrestado en un camarote principal, con centinelas de vista y conducido á Humaitá; al mismo tiempo fueron todos sus papeles sellados por Barrios y enviados a López.

En Humaitá se le encerró en un cuarto y fue puesto en completa incomunicación.

Poco antes de este suceso, Resquín fue llamado de Matto-Grosso, elevado al grado de brigadier jeneral, y enviado á Corrientes como segundo de Robles. Es probable que llevara también la misión de vigilar la conducta de éste. El coronel Alen, gefe del estado mayor de Robles, le fue impuesto por López para que espiara sus acciones.

Se susurraba en el ejército paraguayo que Robles había convenido vender su ejército al enemigo y que esta venta se realizaría de la manera siguiente: El 24 de julio debía festejarse el natalicio de López, la fiesta consistiría naturalmente en bailes; Robles, como era de órden, mandaría á todos sus soldados desarmados; entonces el enemigo, marchando silenciosamente se presentaría de pronto y los tomaría á todos prisioneros. Robles permaneció varios meses en un cuarto de Humaitá y parecía ya olvidado. Barrios estuvo algún tiempo al frente del ejército, y dejando á Resquín en su lugar, volvió al Paraguay. Éste avanzó de nuevo hasta Bella Vista, en cuyas cercanías permaneció un mes ejecutando marchas y contramarchas sin motivo ostensible. El enemigo no lo molestó, porque el jeneral Paunero, á fines de julio, había marchado hacia el Este, y el jeneral Cáceres se contentaba con algunas guerrillas sostenidas con bravura por ambas partes.

En la anterior marcha hacia el Sud de la Provincia, los pueblos habían sido hasta cierto punto respetados, pero esta vez fueron saqueados completamente. El Triunvirato declaró contrabando de guerra todo artículo de lana y algodón suministrando á los vapores paraguayos con este decreto, una escusa para llevar á Humaitá todos los géneros que encontraron. Inmensas cantidades de vino, licores y cerveza fueron también transportados á los almacenes de gobierno en Humaitá. Es probable que alguna parte de estos artículos exista todavía. Muchas de las cosas robadas fueron enviadas a López de regalo; madama Linch fue obsequiada con un piano estraido de la casa del señor Defino. Los habitantes fueron también malísimamente tratados y muchos asesinados sin motivo alguno.

La población de Goya, teniendo noticia de lo que sucedía, y esperando por momentos la llegada de los invasores, abandonó sus casas y se refugió en las islas situadas á retaguardia de la escuadra brasilera, que se hallaba en Goya, permitiendo así á los paraguayos dominar el resto del río y conducir el robo en sus vapores. Es indudable que se hubiera escabullido si los paraguayos se hubiesen internado más al sud.

López había sumerjido á la ciudad de Corrientes en un temor pánico, enviando á Humaitá seis ú ocho señoras de la población, esposas de algunos distinguidos oficiales arjentinos, con el pretesto de estar en correspondencia con el enemigo. Estas infelices fueron conducidas á algún punto del interior del Paraguay, y no se ha vuelto á oír hablar de ellas. Algunas fueron obligadas á dejar sus hijos en Corrientes.

El 24 de junio se dio en Corrientes un gran baile, al que tuvieron que asistir todas las señoras.

CAPÍTULO VIII

Campaña del Uruguay. – Los aliados abren las operaciones. – Evacuación de Corrientes por el ejército paraguayo.

Al mismo tiempo que el jeneral Robles invadía la provincia de Corrientes, una columna de 12.000 hombres y seis piezas de artillería, marchaba al Uruguay, á través de las Misiones correntinas, con el objeto de invadir la provincia de Río Grande. Esta columna, que atravesó el Paraná por la Encarnación, llamada también Itapúa, era mandada por el teniente coronel Antonio Lacu Estigarribia. Llevaba consigo las canoas para pasar el Uruguay cargadas en carros.

Los ejércitos de Robles y Estigarribia estaban separados por la inmensa é intransitable laguna llamada Iberá (que significa "laguna brillante"). Esta laguna se estiende á través de la mitad de la provincia de Corrientes, y se

prolonga desde el Paraná hacia el sud de la provincia. Los dos ejércitos no podían comunicarse. Estaban separados por una distancia de 200 millas en línea recta. Estigarribia se hallaba á igual distancia de la Encarnación, que era el punto más próximo del Paraguay, de manera que se encontraba totalmente aislado y sin la más remota base de operaciones. Mantenía comunicaciones con el Paraguay, por medio de chasques, que lograban pasar gracias al descuido del enemigo.

Este aislamiento de Estigarribia fue un error fatal é imperdonable, que López pagó con la pérdida de ese ejército. Era una operación audaz, poner el Paraná entre el ejército y el Paraguay, sin tener fortificaciones ni buques de guerra para protejer su retirada. Sin embargo, los aliados no aprovecharon la ocasión que se les ofrecía.

Cuando Estigarribia llegó á la frontera de la provincia de Rio Grande, los brasileros tenían reunidos en varios puntos 30,000 hombres, bajo las órdenes del jeneral Canavarro y del Barón de Yagüy. Sin embargo, estos generales se hacían los ciegos y dejaban que Estigarribia saqueara sus ciudades, violara sus mujeres y arrasara cuanto encontraba á su paso, contentándose con enviar algunas guerrillas para observarlos. Si hacían abstracción de la vida, del honor y de la propiedad de sus conciudadanos, considerando este abandono bajo un punto de vista enteramente militar, obraban acertadamente, porque hubiera sido mucho más difícil batirlo en estas circunstancias (aunque tenían fuerzas muy superiores en número) que rendirlo por hambre como sucedió después. Aunque sea verdaderamente singular, los aliados no tuvieron conocimiento de la espedición de Estigarribia, hasta que cayeron en sus manos algunos números del *Semanario* en que se mencionaba.

Los aliados empezaban á concentrar sus fuerzas en la Concordia, pueblecito situado en la costa del Uruguay, adonde llegaron y acamparon algunos millares de brasileros á principios de junio. El Presidente Mitre, jeneral en gefe de los ejércitos aliados, dejó el gobierno de la República Arjentina en manos del Dr. D. Marcos Paz, y partió para la Concordia el 17 de junio. Pocos días después llegó el jeneral Flores con una columna de 6,000 hombres, de los cuales la mitad eran brasileros. Las tropas arjentinas se reunían también gradualmente. El jeneral Osorio, gefe de las fuerzas brasileras, estaba ya presente, y las tropas brasileras continuaban desembarcando diariamente.

El 18 de julio, el jeneral Flores, nombrado gefe de vanguardia, marchó por la marjen derecha del río Uruguay al encuentro de los paraguayos, que avanzaban hacia el sud.

El coronel Estigarribia y su ejército, con una vanguardia de 2,500 hombres bajo las órdenes del sarjento mayor Duarte, se adelantó, encontrando muy poca resistencia hasta llegar al frente de San Borja, donde atravesó á la ribera opuesta, dejando á Duarte en la marjen derecha del río, tomando á San Borja (el 10 de junio) en donde el coronel Paiva con dos mil hombres hizo un simulacro de resistencia. El jeneral Canavarro con una división de 4,000 hombres se mantenía á una prudente distancia; después de la toma de San Borja se retiró a la Uruguayana, donde empezó á fortificarse.

El jeneral Canavarro fue más tarde sometido á un consejo de guerra, por haber dejado á Estigarribia atravesar el río, sin oposición; pues se decía que en vista de los pobres medios con que contaba el gefe paraguayo, una fuerza de 500 hombres habría bastado para contenerlo.

Estigarribia y Duarte sostenían sus comunicaciones por medio de canoas, de las que tenían un número considerable, pues á más de las que habían llevado consigo, tomaron bastantes en el río Uruguay. Marcharon río abajo paralelamente y á la vista uno de otro, empleando mucho tiempo en esta marcha, durante la cual recibieron del Paraguay un refuerzo de 400 hombres. El 6 de agosto Estigarribia entró á la Uruguayana, que el jeneral Canavarro (que contaba con 8,000 hombres, incluso los del coronel Paiva) había fortificado; pero que creyó prudente evacuar, dejando á Estigarribia dos piezas de campaña y muchos depósitos de provisiones. Los invasores fuertes de 8,000 hombres se establecieron allí. Duarte con 2,500 hombres acampó del otro lado del río en un lugar llamado Yatay. De la fuerza total de esta columna que se elevaba á 12,400 hombres, solo quedaban 10,500; esta falta provenía de los enfermos remitidos al Paraguay, de muertes naturales, y de las bajas sufridas en las guerrillas.

Los bomberos de Duarte le trajeron noticia de la aproximación de Flores con numerosas fuerzas. Aquel pidió refuerzo á Estigarribia. Éste le contestó que si tenía miedo mandaría otro que le reemplazara. Duarte se dirijió también al jeneral Robles, haciéndole presente su situación. En esta comunicación menciona también que tenía órden de López PARA MATAR Á TODOS LOS PRISIONEROS QUE TOMARA. Esta comunicación fue interceptada por el jeneral Paunero, que marchaba á incorporarse al jeneral Flores.

El 17 de agosto de 1865 el jeneral Flores llegó a Yatay, con una fuerza de 13,000 hombres y toda la artillería oriental compuesta de 4 cañones lisos de á 6, y cuatro rayados de á 9. Al instante mandó á Duarte una intimación de rendirse, á la que Duarte contestó "que no tenía órdenes en ese sentido, del Supremo Gobierno". Duarte formó su línea detrás de algunas casas, apoyando su retaguardia en el río Uruguay, y aguardó el asalto en esta posición. Este fue inmediatamente llevado por las columnas de ataque, que fueron recibidas con un terrible fuego por la infantería de Duarte; en seguida lanzó su caballería contra los asaltantes ocasionándoles muchas pérdidas. Sin embargo, la superioridad numérica produjo su efecto, y la línea de Duarte fue rota y puesta en completo desorden. Pero los paraguayos mantuvieron un nutrido fuego por grupos y aún por individuos, hasta que fueron absolutamente aniquilados porque se negaron á aceptar cuartel. No se escapó un solo hombre. Se tomaron de 200 á 300 prisioneros, incluso el mayor Duarte.

Muchos oficiales del ejército aliado escribían desde el campo de batalla que la carnicería había sido horrible, pues no había poder humano que hiciera rendir á los paraguayos, y que aún aislados preferían pelear hasta el último instante, aunque rodeados de la muerte por todas partes. La pérdida de los aliados fue grande, pudiendo computarse en cerca de 2,500 hombres entre muertos y heridos.

Los pocos paraguayos tomados prisioneros fueron alistados en las filas del ejército aliado; repartiéndoseles nuevos vestuarios, porque los miserables trapos que habían sacado de la Asunción, estaban en jirones y los hombres casi desnudos. El mayor Duarte fue enviado á Buenos Ayres, donde el gobierno le suministró todas las comodidades. Esta conducta jenerosa fue en cierto modo empañada por algunos periódicos, que no dejaban de hablar todos los días de este asunto, como también del reparto de ropas á los prisioneros.

Probablemente se asombraban de la moderación que mostraban los aliados, perdonando la vida á los prisioneros, por ser este un acontecimiento casi desconocido en los anales de la guerra sud-americana en que es costumbre degollar los prisioneros después de una batalla.

La marjen derecha del Uruguay quedaba ahora completamente libre de invasores y los aliados dirijieron su atención sobre Estigarribia.

Éste había presenciado la completa derrota de Duarte y se suponía que se rendiría inmediatamente. Sin embargo, no perdió tiempo en aumentar y

perfeccionar las fortificaciones abandonadas por Canavarro, cercando al pueblo con abatís.

El 25 de agosto el jeneral Mitre marchó de la Concordia con el resto del ejército y atravesó el río, dirijiéndose á la Uruguayana. El almirante Tamandaré tenía allí cuatro cañoneras que habían logrado pasar los saltos del río, merced á una gran creciente.

Estigarribia suspendió una retirada que lo habría salvado; pero pensando probablemente en lo que le haría López, si obraba sin sus órdenes, volvió á la Uruguayana y permaneció allí.

Los jenerales aliados enviaron entonces á Estigarribia una nota intimándole rendición; se le proponía que toda la guarnición quedaría en libertad y que podría si lo deseaba volverse al Paraguay, retirándose con todos los honores de la guerra. Estigarribia rechazó estas proposiciones por medio de una larga comunicación. La nota de los aliados fue remitida por un teniente paraguayo prisionero de Yatay, que fue también conductor de la respuesta.

Los aliados volvieron á dirijirse á Estigarribia, diciéndole que tenían fuerzas suficientes para abrumarle, y que les llegaban diariamente refuerzos; que el deber del militar era resistir solamente cuando se tenía alguna probabilidad de triunfar y que habiéndole dejado López en tal atolladero, ya no había obligación de combatir por él.

La contestación de Estigarribia es algo larga pero vale la pena de leerse. Es la siguiente:

A los señores representantes del Ejército Aliado de Vanguardia.

El abajo firmado, comandante en gefe de la división paraguaya en operaciones sobre el río Uruguay, cumple con el deber de contestar la nota que VV.EE. le han dirijido con fecha 2 del corriente acompañándole las bases de un convenio.

Antes de entrar en lo principal de la nota de VV.EE. séame permitido rechazar con la decencia y altura propias del soldado de honor, todos aquellos conceptos contenidos en la precitada nota, en demasía injuriosos al supremo gobierno del abajo firmado. Ellos, con perdón de VV.EE., colocan á la referida nota al nivel de los diarios de Buenos Ayres, que desde algunos años á esta parte no han hecho otra cosa, no han tenido otro oficio que deni-

grar grosera y severamente al gobierno de la República del Paraguay, lanzando al propio tiempo rudas calumnias contra el mismo pueblo, que los ha contestado labrando su felicidad doméstica por medio del honroso trabajo y cifrando su mayor felicidad en el mantenimiento de la paz interna, base fundamental de la preponderancia de una nación.

Si VV.EE. se manifiestan tan celosos por dar la libertad al pueblo paraguayo, según sus mismas espresiones, ¿por qué no han principiado por libertar á los infelices negros del Brasil, que componen la mayor parte de sus habitantes, y que jirnen en la más dura y espantosa esclavitud, para enriquecer y dejar vagar en el ocio á unos cuantos centenares de los grandes del Imperio? ¿Desde cuando acá se llama esclavo á un pueblo que elije por su libre y espontánea voluntad el gobierno que preside sus destinos? Sin duda alguna, desde que el Brasil se ha iniciado en los asuntos del Plata con ánimo marcado de someter y esclavizar á las Repúblicas hermanas del Paraguay y al mismo Paraguay quizá, sino hubiese contado con un gobierno patriótico y previsor.

VV.EE. me han de permitir estas digresiones, puesto que las han provocado insultando en su nota al gobierno de mi patria.

No estoy conforme con VV.EE. en que el militar de honor y el verdadero patriota daba limitarse á combatir solamente cuando tenga probabilidades de vencer.

Abran VV.EE. la historia y en ese gran libro de la humanidad aprenderán que los mayores capitanes que aún el mundo recuerda con orgullo, ni contaron el número de sus enemigos, ni los elementos de que disponían, sino que vencían ó morían en nombre de la patria. Recuerden VV.EE. que Leonidas con 300 espartanos guardando el paso de la Termópilas no quería ver las proposiciones del rey de Persia, y que cuando uno de sus soldados le dijo que sus enemigos eran tan numerosos que oscurecían el sol cuando disparaban sus flechas, contestó: "mejor, pelearemos á la sombra". Como el capitán espartano, no puedo oír proposiciones del enemigo, porque he sido mandado junto con mis compañeros á pelear en defensa de los derechos del Paraguay, y como su soldado debo contestar á VV.EE. cuando me hacen la enumeración de las fuerzas que vienen, y de la artillería de que disponen, "tanto mejor, el humo del cañón nos hará sombra".

Si la suerte nos depara una tumba en este pueblo de Uruguayana, nuestros conciudadanos conservarán el recuerdo de los paraguayos, que mue-

ren peleando por la causa de su patria, que mientras vivieron no vendieron al enemigo la sagrada enseña de la libertad de su nación.

Dios guarde a VV.EE. muchos años.

Antonio Estigarribia.

Las notas de Estigarribia eran producción de un sacerdote que lo acompañaba como capellán y secretario. Más adelante, los sacerdotes hacían el oficio de secretarios de todas las divisiones del ejército.

El Emperador del Brasil y su yerno el conde d'Eu, llegaron á la Uruguayana el 5 de setiembre, para revistar las tropas. Mr. Thornton, recién nombrado ministro de S.M.B. en la corte del Brasil, llegó poco después con el objeto de presentar sus credenciales al Emperador.

Los aliados hicieron los preparativos para atacar la plaza. Tenían 30,000 hombres y 42 cañones rayados, sin contar los de las cañoneras. Los jenerales aliados pensaban que con la artillería de que disponían, podrían derrumbar la plaza sobre Estigarribia, matando á toda la guarnición, con un bombardeo de dos días practicado desde una posición fuera del alcance de la artillería de los paraguayos y se determinó que, cuando todos los cañones estuvieran en posición, hicieran doscientos á trescientos disparos como para asustarlo; suspender entonces el cañoneo y enviarle una segunda intimación de rendirse, á la que indudablemente no resistiría.

Entretanto, las provisiones de Estigarribia escaseaban; su ejército había consumido todas las vacas, y empezaba á comerse los caballos. Hizo salir á todas las mujeres, como bocas inútiles; su situación empeoraba de día en día. El 13 de setiembre se dirijió al jeneral Mitre diciéndole que las condiciones que se le habían propuesto hasta entonces no eran aceptables, y pidiéndole abriera de nuevo la negociación. Mitre, sin embargo, no hizo caso de la nota, sino que ordenó todos los preparativos del asalto, para intimarle nuevamente que se rindiese.

El 17, Estigarribia comenzó á construir balsas con intención de atravesar el río en ellas y en sus canoas, escapándose por allí; pero ya era tarde. Esta operación habría fracasado de todas maneras, porque el enemigo además de sus cañoneras tenía tropas del otro lado del río.

El 18 de setiembre todo el ejército aliado tomó sus posiciones de ataque, y á las 12 envió á Estigarribia la intimación de rendirse en 4 horas.

Estigarribia contestó haciendo las siguientes proposiciones: 1°, que toda su fuerza se rendiría como prisionera de guerra; 2°, que fuera permitido á los oficiales conservar sus armas, siéndoles igualmente permitido escojer su residencia, aún cuando quisieran volver al Paraguay, y 3°, que los orientales quedasen prisioneros en poder de los brasileros. El objeto de esta última cláusula era salvar las vidas de algunos orientales, que se habían reunido á sus fuerzas, los que temían que Flores los degollara según la amable costumbre del país.

Los gefes aliados se reunieron en la carpa del Emperador y después de conferenciar, contestaron que la primera y segunda proposición serían concedidas; pero que los oficiales entregarían sus espadas, pudiendo residir donde quisieran, escepto en el Paraguay. A las cuatro todo estaba concluido. Estigarribia entregó su espada al ministro de guerra brasilero, que se hallaba presente con el Emperador.

Los paraguayos fueron repartidos en las filas aliadas, escepto algunos centenares que se mandaron de muestra á los diferentes países aliados. Todos sus fusiles, así como los tomados en Yatay, eran de chispa. Los hombres estaban en un terrible estado de estenuación, pues se habían mantenido algunos días solamente con azúcar, del que había grandes depósitos en la plaza. El día que se entregaron solo quedaban vivos seis mil.

Estigarribia no había recibido comunicaciones de López desde el 11 de junio.

El Emperador condecoró por su valor á todas las tropas presentes en la Uruguayana.

El jeneral Castro con 2,000 hombres y el coronel Reguera con 600, habían sido enviados antes de Yatay, á retaguardia de los paraguayos con órdenes de marchar hasta la Encarnación, es decir, por el camino que habían recorrido los paraguayos, con el objeto de cortar sus comunicaciones y reconocer el país, para el caso en que se enviaran refuerzos al socorro de Estigarribia. Sin embargo, esto no se intentó, quedando enteramente libre de invasores, todo el Este de Corrientes, y la provincia de Río Grande. El 27 de setiembre se encontró el coronel Reguera con cien paraguayos, que le presentaron guerrillas ocultándose en los bosques. Reguera, para concluir, desmontó su caballería y penetrando en la selva acuchilló como treinta paraguayos. En su parte declara que era absolutamente imposible hacerlos rendir; todos preferían morir.

En el ejército paraguayo no se daba gran importancia á la batalla del Yatay, á no ser bajo el punto de vista de haber mostrado á los aliados con qué clase de pueblo tenían que habérselas. Pero la noticia de la rendición de Estigarribia cayó sobre López como un rayo, aunque debía haber comprendido que esta división, una vez cercada y sitiada por todo el ejército aliado, estaba condenada á sacrificar hasta el último de sus hombres o á rendirse. Cuando López recibió la noticia, rujía de cólera contra Estigarribia. Mandó llamar á todos los oficiales de la guarnición de Humaitá y les participó la noticia, diciéndoles que Estigarribia había vendido la guarnición por 10,000 libras esterlinas, y presentándolo á la execración de todos como traidor á la patria. Este fue el único revés que durante la guerra, afectó verdaderamente á López, aunque no lo mostró públicamente. Pasó tres días presa de tan furiosa rabia, que ni aún su hijo, á quien quería locamente, se atrevía á acercársele.

En el club de la Asunción se preparó una manifestación para condenar á Estigarribia; y el *Semanario* metía un ruido infernal, ponderando la gran estratejia de López y llamándole el Cincinato americano.

López ordenó en el acto la evacuación de Corrientes por las fuerzas paraguayas. Berjes, por orden de López, escribió al triunvirato diciéndole que no habiendo encontrado el gobierno del Paraguay el apoyo que esperaba de parte de la provincia de Corrientes, y que no sirviendo las fuerzas del triunvirato ni aún para mantener libre la comunicación entre sus ejércitos, había resuelto, en consecuencia, llamar todas sus fuerzas al Paraguay, en donde sus comunicaciones no estarían espuestas á los inconvenientes que sufrían en Corrientes, y ofreciendo al mismo tiempo la hospitalidad del Paraguay á todo el que quisiera aprovecharse de ella, y hasta al mismo triunvirato.

Dirijió también una circular á los ajentes diplomáticos, declarando que el Paraguay había hecho la guerra en Corrientes de la manera más "civilizada", y evitando en cuanto era posible los males de la guerra, y terminaba diciendo que si alguno de sus súbditos había sufrido perjuicios, que quedaran tranquilos, pues el Paraguay los indemnizaría tan luego como hubiera terminado la guerra.

Los paraguayos embarcaron en los vapores su artillería, que estaba en cuevas (á las barbas de la escuadra brasilera, que se hallaba en Goya) y el

jeneral Resquín, entendiendo su línea de Oeste á Este cuando le fue posible, marchó de frente, arrebatando todas cuantas vacas y caballos encontraba en su marcha al Paso de la Patria, donde eran esperados por dos vaporcitos y algunas lanchas para transportarlos al Paraguay. El pasaje empezó el 31 de octubre. Otros vapores estaban empleados en transportar tropas de Corrientes á Humaitá.

Cuando los paraguayos abandonaron á Cuevas y el ejército aliado había tomado posesión de dicho punto, la escuadra brasilera se animó á subir hasta allí, repitiéndose esto mismo en Bella Vista y Corrientes. Esta última ciudad no fue saqueada, ni la jeneralidad de sus habitantes maltratada, pero como era natural la población se regocijaba de verse libre de las pesadas humoradas de López. Muchos correntinos, que se habían comprometido con los paraguayos, los acompañaron llevando consigo sus familias.

El día que los paraguayos empezaron á atravesar á Itapirú, cinco vapores de guerra brasileros llegaron casi á tiro de cañón de los vaporcitos que los pasaban. La jente que presenciaba esto daba por perdido al ejército, como es natural suponerlo, creyendo que los brasileros no permitirían de ningún modo que pasase el río, y que pronto sería alcanzado y destruido por los ejércitos aliados. Sin embargo, los brasileros se contentaron con presenciar la operación ¡y se retiraron sin disparar un solo tiro! Dieron por escusa el no haber agua suficiente para sus buques, lo que era sin embargo falso, porque después, cuando el río estaba mucho más bajo, los mismos buques subían y bajaban continuamente. También dijeron que ellos no sabían cuántas baterías ocultas pudieran tener los paraguayos y que no querían arriesgar sus buques.

El 3 de noviembre los paraguayos habían pasado al otro lado sus últimos soldados y cañones, y á más 100,000 cabezas de ganado. Mataron además muchos millares de vacas que no pudieron transportar. Sin embargo, el ganado llevado de Corrientes fue de poca utilidad, porque casi todo murió de cansancio ó falta de alimento (á causa de ser muy escasos los pastos en la vecindad del Paso de la Patria) ó por haber comida de una yerba venenosa llamada *mio.-mio*, que abunda en el Sud del Paraguay y que solo conocen los animales criados en el distrito. El número de animales muertos que cubría los campos de Itapirú durante algunos meses era terrible.

CAPÍTULO IX

López se prepara á recibir á los aliados en el Paraguay. – Recriminaciones entre López y Mitre. – Los aliados llegan á la marjen correntina del Paso de la Patria. – Malones de los paraguayos á Corrientes.

Cuando López partió de la Asunción para Humaitá en el mes de junio, dio á entender que iba á tomar personalmente el mando del ejército de Corrientes, y todos los días se esperaba verle dejar á Humaitá, para realizar este propósito. Diariamente se hacían preparativos, y se circulaban rumores para corroborar esta idea. Hizo aprontar dos galeras para hacer la campaña, una para escritorio y otra para dormitorio. Se decía que marcharía sobre Montevideo y Buenos Ayres y es indudable que esta era su intención; si lo hubiera hecho al principio del año, se habría llevado todo por delante, y dictado sus condiciones á aquellos países. Entonces no tenían un ejército que mereciera el nombre de tal, y los paraguayos, confiando como confiaban en el heroísmo de López, lo hubieran seguido hasta el fin del mundo.

Tenía sin duda alguna la idea, como se decía, de hacerse coronar Emperador del Río de la Plata. Si hubiera marchado hasta Entre-Ríos, es muy posible que Urquiza se hubiera plegado á él. En presencia del aspecto que tomaban los acontecimientos, los aliados concibieron una pobre idea del poder de López, á consecuencia del fácil y completo éxito de las primeras operaciones de la campaña. López había perdido completamente su reputación en jeneral, por el hecho de haber lanzado la columna de Estigarribia al centro del país enemigo sin apoyo de ninguna naturaleza. Es más que probable que tenía la esperanza de que Urquiza ayudara á Estigarribia, pero no había tratado al efecto, aunque no hay duda que Urquiza indujo á López á esperar su apoyo, pues sus ajentes iban y venían constantemente. Se animaba sin cesar al ejército paraguayo, haciéndole creer que Urquiza estaba á punto de plegarse á sus banderas. Se decía también que Bolivia haría una alianza con el Paraguay y que 12,000 bolivianos marchaban á Matto-Grosso. La prensa chilena era el único apoyo estrangero con que López contaba en esta época.

López envió una partida de esploradores é hizo abrir una picada desde Curumbá hasta el Sagrado Corazón (Bolivia) por un territorio enteramente

desierto. Este era el único camino para Bolivia, y durante toda la guerra los aliados suponían que López recibía provisiones y municiones por esta vía; sin embargo, esta suposición es falsa, porque el transporte tenía que hacerse en mulas, teniendo que llevarse las provisiones para el viaje, que duraba largo tiempo, y como no había ni puentes, ni botes para atravesar los ríos que cruzan el camino, no podía transportarse nada que no pudiera ser atravesado por medio de "pelotas".

No se hizo uso de este camino sino dos ó tres veces, y toda la carga que transitó por él, fue un poco de azúcar y café, que habría podido conducirse en un canasto.

Durante toda la guerra, el Paraguay no recibió jamás del esterior provisiones de ninguna clase, si se esceptúan las que se tomaron en Matto-Grosso y Corrientes.

Varios buques italianos fueron detenidos dos ó tres meses en Humaitá, con el pretesto de que llevarían noticias sobre el país. Un vaporcito inglés llamado "Flying Fish" fue detenido también. El Dr. Barton, inglés, que por largos años había prestado distinguidos servicios al gobierno del Paraguay, como médico en gefe, se retiraba á Inglaterra en este vapor y fue detenido por 15 días en Humaitá, sin tener casi nada que comer. El vapor fue en seguida remitido á la Asunción y comprado por el gobierno. Sin embargo, el Dr. Barton, afortunadamente para él, logró partir en un buque de vela.

Había en el Paraguay muchos refujiados políticos de las Repúblicas Oriental y Arjentina; entre ellos el Dr. Carreras (ex ministro de guerra del gobierno Oriental), el coronel Laguna, el coronel Telmo López y el triunvirato correntino. La mayor parte de estos refujiados habían ido á ofrecer á López sus servicios militares, que él aceptó, aunque no les dio nunca empleo alguno. Más tarde, fueron fusilados ó murieron en la tortura.

López hizo venir á Humaitá á sus hermanos Venancio y Benigno para tenerlos especialmente á la vista. Ambos se hallaban muy enfermos.

A fines de octubre levanté un plano trigonométrico del terreno que medía entre el Paraná y Humaitá, teatro probable de las futuras operaciones. Este es el primer reconocimiento topográfico que se haya hecho hasta el día de aquel terreno.

El ejército que volvía de Corrientes parecía estremadamente fatigado, pero todos sus hombres se regocijaban de haber vuelto al Paraguay. Solo

volvieron sanos como 14.000 hombres y 5.000 enfermos. Estos últimos habían llegado en diferentes ocasiones durante la campaña. Cerca de 8.500 hombres habían perecido en Corrientes, lo que incluye la columna de Estigarribia, daba una pérdida total de 21.000 hombres. En el Paraguay habían muerto desde el principio del reclutamiento unos 30.000 hombres, haciendo un total de 40.000 hombres muertos y 10.000 rendidos, cuando la guerra apenas empezaba. Los que morían eran jeneralmente los reclutas, pues los veteranos resistían mejor. Desde el principio del reclutamiento, la diarrea y la disentería no habían cesado de hacer grandes estragos. Estas enfermedades eran causadas principalmente por el cambio total de alimentos y reinaron durante toda la guerra con mayor ó menor intensidad. Hubo también epidemias de viruela y sarampión, tanto en el Paraguay como en Corrientes, que arrebataron millares de hombres, dejando á otros tantos en un estado completo de estenuación. Por dos ó tres meses después de la llegada de López á Humaitá, los hospitales eran perfectamente atendidos, porque aún cuando las drogas escaseaban, había abundancia de vino y de azúcar traídos de los pueblos de Corrientes.

López hablaba ahora de marchar á Santa Teresa, para formar allí su campamento principal, pues no se sabía por qué camino invadirían los aliados. En Santa Teresa se hallaría á igual distancia del Paso de la Patria y de la Encarnación, únicos dos lugares sobre el Paraná, en que un ejército podía pasar convenientemente. Mas los aliados inmediatamente después de la toma de la Uruguayana, repasaron el Uruguay y marcharon en varias divisiones en dirección al Paso de la Patria, con la intención de cortar la retirada al ejército de Resquín, pero este fue bastante activo para prevenir el golpe.

Los paraguayos ocultaron seis piezas de artillería en los montes de las orillas del Paraguay, más o menos á una milla de su desagüe en el Paraná. Otras seis piezas quedaron en Itapirú mientras el resto que había vuelto de Corrientes (cerca de 60 piezas) fueron llevadas al Paso de la Patria y colocadas allí como reserva.

Una pequeña batería compuesta de un cañón de 8 pulgadas, 2 de 32 y 14 piezas de campaña, fue establecida en Curupaity con hornillos para calentar las balas. Sin embargo, nunca se hizo uso de ellas, porque los buques de madera no se pusieron á tiro de las baterías. Además, se estableció una estacada en el río, pero las estacas estaban demasiado separadas para impedir la navegación.

El 23 de noviembre López dirijió la siguiente nota al Presidente Mitre:

Cuartel General en Humaitá, noviembre 20 de 1865.

A S.E. el Presidente de la República Arjentina Brigadier Jeneral D. Bartolomé Mitre, Jeneral en Gefe del Ejército Aliado de la misma República, de la del Uruguay y del Imperio del Brasil.

Como Jeneral en Gefe de los Ejércitos Aliados, en guerra con esta República, tengo el honor de dirigir á V.E. la presente.

En la imperiosa necesidad en que algunas veces se hallan los pueblos y sus gobiernos de dirimir entre sí por las armas las cuestiones que afectan sus intereses vitales, la guerra ha estallado entre esta República y los Estados cuyos Ejércitos V.E. manda en gefe.

En tales casos es de uso general y práctico entre las naciones civilizadas atenuar los males de la guerra por leyes propias, despojándola de los actos de crueldad y barbarie que deshonrando la humanidad estigmatizan con una mancha indeleble á los gefes que los ordenan, autorizan, protejen ó toleran, y yo lo había esperado de V.E. y sus aliados.

Así penetrado y en la conciencia de estos deberes, uno de mis primeros cuidados, fue ordenar la observancia de toda la consideración con que los prisioneros de cualquiera clase que sean fuesen tratados y mantenidos con respecto á sus graduaciones, y en efecto han disfrutado de las comodidades posibles y hasta la libertad compatible con su posición y conducta.

El Gobierno de la República ha dispensado la más lata y amplia protección, no solamente á los ciudadanos arjentinos, brasileros y orientales que se hallaban en su territorio ó que los sucesos de la guerra habían colocado bajo el poder de sus armas sino que ha estendido esta protección á los mismos prisioneros de guerra.

La estricta disciplina de los Ejércitos Paraguayos en el territorio arjentino y en las poblaciones brasileras así lo comprueban y aún las familias y los intereses de los individuos que se hallaban en armas contra la República han sido respetados y protejidos en sus personas y propiedades.

V.E. entretanto iniciaba la guerra con escesos y atrocidades, como la prisión del Ajente de la República en Buenos Ayres ciudadano Félix Egusquiza; la órden de prisión y consiguiente persecución del ciudadano José

Rufo Caminos, Cónsul General de la República cerca del Gobierno de V.E. y su hijo D. José Félix, que tuvieron que asilarse á la bandera amiga de S.M. Británica: la secuestración y confiscación de los fondos públicos y particulares de aquellos ciudadanos, ya sea en poder de ellos mismos ó en depósitos en los Bancos: la prisión del ciudadano Cipriano Ayala, simple portador de pliegos: el violento arranque de las armas nacionales del Consulado de la República, para ser arrastrado por las calles: el público fusilamiento de la efijie del Presidente de la República y el consiguiente arrojo que de esa efijie y del Escudo Nacional se hizo al Río Paraná en pública espectación en el puerto de la ciudad de Rosario: el asesinato atroz cometido por el jeneral Cáceres en el pueblo de Saladas con el subteniente ciudadano Marcelino Ayala que habiendo caído herido en su poder, no se prestó á llevar su espada contra sus compañeros, y el bárbaro tratamiento con que ese mismo jeneral acabó los días del también herido alférez ciudadano Faustino Ferreira en Bella-Vista; la bárbara crueldad con que han sido pasados á cuchillo los heridos del combate del Yatay, y el envío del desertor paraguayo Juan González, con especial y positiva comisión de asesinarme, no han sido bastantes á hacerme cambiar la firme resolución de no acompañar á V.E. en actos tan bárbaros y atroces, ni pensé jamás que pudiera encontrarse nuevos medios de crímenes para enriquecer las atrocidades é infamias que por tanto tiempo han flagelado y deshonrado ante el mundo las perpetuas guerras intestinas del Río de la Plata.

Quise todavía esperar que en la primera guerra internacional como esta, V.E. sabría hacer comprender á sus subordinados que un prisionero de guerra no deja de ser un ciudadano de su patria, cristiano y que como rendido deja de ser enemigo ya que no supo hacer respetar de otro modo los derechos de la guerra, y que los prisioneros serían por lo menos respetados en su triste condición y sus derechos de tal, como lo son ampliamente en esta República los prisioneros del Ejército Aliado.

Pero, es con la más profunda pena que tengo que renunciar á estas esperanzas ante la denuncia de acciones todavía más ilegales como atroces é infames que se cometen con los paraguayos que han tenido la fatal suerte de caer prisioneros en poder del Ejército Aliado.

Tanto los prisioneros hechos en varios encuentros de ambas fuerzas como notablemente los de Yatay y los rendidos de la Uruguayana, V.E. ha

obligado á empuñar las armas contra su patria, aumentando por millares con sus personas el efectivo de su Ejército, haciéndolos traidores para privarles de sus derechos de ciudadanía y quitarles la más remota esperanza de volver al seno de su patria y su familia, sea por un canje de prisioneros ó por cualquiera otra transacción, y aquellos que han querido resistirse á destruir su patria con sus brazos, han sido inmediata y cruelmente inmolados.

Los que no han participado de tan inicua suerte han servido para fines no menos inhumanos y repugnantes, pues que en su mayor parte han sido llevados y reducidos á la esclavitud en el Brasil, y los que se prestaban menos por el color de su cútiz para ser vendidos, han sido enviados al Estado Oriental y las Provincias Arjentinas de regalo como entes curiosos y sujetos á la servidumbre.

Este desprecio no ya de las leyes de la guerra, sino de la humanidad, esta coación tan bárbara como infame que coloca á los prisioneros paraguayos entre la muerte y la traición: entre la muerte y la esclavitud, es el primer ejemplo que conozco en la historia de las guerras y es á V.E., al Emperador del Brasil, y al actual mandatario de la República Oriental, sus Aliados, á quienes cabe el baldón de producir y ejecutar tanto horror.

El Gobierno Paraguayo por ninguno de sus actos ya sea antes ó después de la guerra ha provocado tanta atrocidad. Los ciudadanos Arjentinos, Brasileros y Orientales han tenido toda la libertad de retirarse con sus haberes y fortunas de la República y del territorio Arjentino, ocupado por sus Ejércitos, ó de permanecer en ellos conforme les conviniere.

Mi Gobierno así respetaba las estipulaciones convenidas en los pactos internacionales para el caso de una guerra sin tener en cuenta de que esos pactos hubiesen espirado, considerando solo esos principios como de interés permanente, de humanidad y de honor nacional. Jamás olvidó tampoco el decoro de su propia dignidad, la consideración que debe á todo Gobierno y al Gefe del Estado aunque en actual guerra, para tolerar insultos al emblema de la patria de los Aliados, ó el fusilamiento de V.E. ó el de sus aliados en efijie y muchos menos podría acompañarles como medio de guerra en el empleo de algún tránsfuga Arjentino, Oriental o Brasilero para asesinarlos en sus campamentos. La opinión pública y la historia juzgarán severamente esos actos.

Las potencias Aliadas pues, no traen una guerra como lo determinan los usos y las leyes de las Naciones civilizadas, sino una guerra de esterminio y horrores, autorizando y valiéndose de los medios atroces que van denunciados y que la conciencia pública marcará en todos los tiempos como infames.

Traída la guerra por V.E. y sus Aliados en el terreno en que aparece, concibo de mis deberes y de la obligación que tengo en el mando supremo de los Ejércitos de la República, haré de mi parte que V.E. cese en esos actos que mi propia dignidad no me permite dejar continuar, y al efecto, invitó á V.E. en nombre de la humanidad y del decoro de los mismos Aliados, á abandonar ese carácter de barbarie en la guerra, á poner á los prisioneros de Guerra Paraguayos en el goce de sus derechos de prisioneros, ya estén en armas, esclavizados en el Brasil ó reducidos á servidumbres en las Repúblicas Arjentina y Oriental, á no proseguir en ningún acto de atrocidad, previniendo á V.E. que su falta de contestación, la continuación de los prisioneros en el servicio de las armas contra su patria, diseminados en el Ejército Aliado ó en cuerpos especiales, la aparición de la bandera Paraguaya en las filas de su mando ó una nueva atrocidad con los prisioneros, me han de dispensar de toda la consideración y miramientos que hasta aquí he sabido tener, y aunque con repugnancia, los ciudadanos Arjentinos, Brasileros y Orientales, ya sean prisioneros de guerra ó no en el territorio de la República, ó en los que sus armas llegasen á ocupar, responderán con sus personas, vidas y propiedades á la más rigurosa represalia.

Esperando la contestación de V.E. en el perentorio término de treinta días en que será entregada en el Paso de la Patria.

Dios guarde á V.E. muchos años.

Firmado – FRANCISCO S. LÓPEZ.
Es cópia – *José M. Lafuente,*
Secretario de S.E. el Jeneral en Gefe.

El Presidente Mitre contestó a los pocos días por medio de la siguiente nota:

El Presidente de la República Arjentina y Jeneral en Gefe de los Ejércitos Aliados.

Cuartel general, frente á Bella Vista, noviembre 25 de 1865.

Al Exmo. Sr. Presidente de la República del Paraguay, Mariscal D. Francisco Solano López.

He recibido la nota que como á Jeneral en Gefe de los Ejércitos Aliados me dirije V.E. desde su Cuartel General en Humaitá, con fecha 20 del corriente, en que después de referirse á hechos que supone en desacuerdo con las Leyes de la guerra perpetrados por los Ejércitos Aliados sobre los prisioneros paraguayos en el combate del "Yatay" y rendición de la "Uruguayana", así como otros que V.E. señala, me invita á la observación de aquellas leyes, significándome su disposición á usar de la represalia en caso contrario.

Impuesto de la citada nota de V.E., es de mi deber manifestarle en respuesta que todos los hechos que V.E. señala en ella como graves cargos contra los sentimientos de humanidad y de dignidad propia, de parte de los Ejércitos Aliados contra los paraguayos en armas que han caído rendidos al esfuerzo de sus armas, son totalmente falsos unos, y desfigurados otros, quizá debido todo á apasionados y supuestos informes transmitidos á V.E., y es sensible que un momento de reflección no haya patentizado á su ánimo la falsedad de esos informes.

Colocado el gobierno de mi patria, así como los del Imperio del Brasil y República Oriental, en el imperioso deber de salir á la defensa de su honor, de su dignidad y de la integridad de su territorio, alevosamente atacados por V.E. de una manera inusitada entre países civilizados, asaltadas en plena paz sus fortificaciones de tierra y buques de su armada, sin previa declaración de guerra, lo que da el carácter de piráticas á tales agresiones, y teniendo que ocurrir á salvar de la muerte y de la depredación más bárbara de las vidas y propiedades de sus nacionales respectivos, tanto en las provincias imperiales de Matto-Grosso y de Río Grande, como en esta Arjentina de Corrientes, han procurado hacer esta defensa con estricta sujeción á las pres-

cripciones del derecho en los casos de guerra internacional. Y así lo han hecho no solo por deber y por honor, sino también porque habiendo mirado con indignación y repugnancia las violencias y crímenes de todo género cometidos por las fuerzas de V.E. en los pueblos y demás puntos de los territorios Brasilero y Arjentino, que han tenido la desgracia de ocupar aunque haya sido momentáneamente, no podían incurrir en el mismo delito que reprochaban, ni podían ni debían presentar ante el mundo civilizado y cristiano otro ejemplo que el que están acostumbrados á dar con sus ejércitos que tenían y tienen la noble misión de vindicar el honor nacional y no la de saquear los pueblos indefensos y las propiedades particulares como lo han hecho las fuerzas de V.E., desde que por ambas riberas del Uruguay pisaron tierra Arjentina y Brasilera, hasta los pueblos de Uruguayana y Paso de los Libres á que alcanzaron, dejando todos esos pueblos y sus campiñas completamente arrasados, habiéndose transportado gran parte del robo á disposición de V.E. en el Paraguay, y por su órden, según consta en el libro copiador de las comunicaciones que dirijía á V.E. el Comandante Estigarribia Gefe de esas fuerzas Paraguayas, cuyo libro orijinal existe en poder del Exmo. Gobierno del Brasil, mientras que V.E. lanzó sobre esta Provincia de Corrientes y que alcanzó hasta el paso de Santa Lucía, ha cometido todavía hechos más atroces aún arrebatando violentamente todos los ganados de millares de establecimientos de campo, incendiando las habitaciones y dejando sin techo ni abrigo á miles de familias de la estensa campaña que han asolado, llevando su inhumanidad ó más bien dicho la de V.E. cuya órden se invocó para el efecto, hasta la barbarie de arrancar de sus casas y conducir prisioneros al Paraguay las inocentes esposas y tiernos hijos de Gefes patriotas y valientes pertenecientes al Ejército Arjentino, que habían permanecido en puntos ocupados por fuerzas de V.E., creyéndole capaz de observar esas mismas prescripciones que hoy invoca a favor de Paraguayos prisioneros, habiendo derecho á dudar de la sinceridad de ellos en quien las ha desconocido como V.E. lo ha hecho hasta en las mujeres y en los niños. Todos estos actos que son de pública y evidente notoriedad, serán una ignominia perdurable para quienes los han ordenado ó autorizado ó consentido y en consecuencia V.E. tendrá que responder siempre, no solo ante los pueblos aliados que le hacen hoy la guerra, sino ante el mundo todo que ha sido unánime en alzar un grito de execración contra ellos.

Terminados los combates por el triunfo de las armas aliadas, los heridos y prisioneros que salvaron del conflicto, han sido los primeros recibidos y tratados en los Hospitales del Ejército á la par de los mismos heridos pertenecientes al Ejército Aliado; y podría aún decir que han sido más favorecidos en su asistencia por la compasión y simpatía que naturalmente inspiraban tanto por el estado de desnudez y desamparo en que se hallaban, cuanto porque no podían mirar en ellos sino unas desgraciadas víctimas de un mal aconsejado gobernante que los lanzaba á la muerte en una guerra tan inmotivada como injusta provocada por una voluntad caprichosa y arbitraria. Así es que lejos de obligar á los prisioneros á engrosar violentamente las files de los Ejércitos Aliados ó de tratárseles con rigor, han sido tratados todos ellos no solo con humanidad sino con benevolencia, habiendo muchos de ellos sido puestos en completa libertad, trasladado á otros á las poblaciones en considerable número y destinado una parte á servicios pasivos en los Ejércitos Aliados, pero ha sido por voluntad propia y por haberlo así solicitado, gracia que no se les debía negar cuando sus paisanos los Paraguayos emigrados en el territorio de las Naciones Aliadas habían pedido espontáneamente armarse en su calidad de tales, y se les había reconocido este derecho.

Estos son los principales cargos que se contienen en la nota de V.E. – Basta lo espuesto no solo para desvanecerlos, sino para hacer recaer sobre quien corresponde la inmensa responsabilidad de los hechos de barbarie que por desgracia han ocurrido en la presente guerra. Podría hacerlos del mismo modo con los otros hechos aislados de que V.E. se ocupa; pero es tan notoria la falsedad de unos y la inexactitud de otros que sería escusado entrar á refutarlos, y sobre todo hallándonos en guerra abierta, y debiendo las armas decidir en la cuestión, V.E. comprende bien que no es esta la oportunidad de las recriminaciones, y que no podría dejar de entrar en este terreno si debiese contestar á estos otros cargos de V.E. Agregaré para terminar, que no acierto á comprender como puede haber dado cabida á la especie del desertor paraguayo Juan González, si es que tal desertor ha existido; siendo sensible que por honor mismo del puesto en que V.E. se ha colocado en esa República, haya dejado consignado en una nota seria y bajo su firma el temor del puñal dirijido alevosamente por la mano de un jeneral arjentino. Declaro á V.E. que no le creo capaz de atentar de semejante manera contra

mi vida ni contra la de ninguno de los otros jenerales de los Ejércitos Aliados, porque acostumbrado siempre á hacer este honor á los gefes enemigos contra quienes he tenido que combatir, me es forzoso hacérselo también á V.E.

En consecuencia de lo expuesto y en prevención de los desafueros á que pueda lanzarse V.E. y que me hace presentir el espíritu de la nota á que contesto, declaro á V.E. formalmente en cuanto me corresponde como Jeneral en Gefe de los Ejércitos Aliados, que la salvaguardia de la vida de los arjentinos, brasileros y orientales de que V.E. haya podido apoderarse por la casualidad ó la traición – y no en lucha abierta y leal, en la que todavía no ha tenido V.E. la fortuna de apoderarse ni de un solo soldado y de las propiedades de aquellos mismos que están á su alcance, que cualquier acto que V.E. ó autoridades por sus órdenes puedan cometer con violación de los principios reconocidos que son leyes para los pueblos cultos, además de las satisfacciones y reparaciones á que hubiese lugar en oportunidad V.E. será responsable personalmente con sujeción á las mismas reglas que invoca y establece. Si a pesar de esto V.E. emplease medios en desacuerdo con los regulares reconocidos en la guerra, V.E. se habrá colocado deliberadamente fuera de la práctica y del amparo de la ley de las Naciones y dará autorización á los poderes Aliados á obrar según V.E. le insinúa, pues quedará manifiesto el propósito deliberado de hacer más crueles los males de la guerra, que las Naciones Aliadas han procurado aminorar en cuanto les ha sido posible; en cuya resolución persevero y perseveran siendo su ánimo firme y tranquilo no dejar las armas de la mano hasta tener plena y completa reparación de sus agravios, fiando su vindicación después de la bondad de Dios al poder de sus armas y no á venganzas innobles y cobardes ejercidas contra hombres inermes é indefensos y contra mujeres y niños inocentes.

Tal es la única contestación que me es dado ofrecer á V.E. todo sin perjuicio de las resoluciones que en vista de la nota de V.E. toman los Gobiernos de la triple alianza á quienes doy con esta misma fecha conocimiento así de ella como de esta contestación.

Dios guarde a V.E.

Firmado – BARTOLOMÉ MITRE.
Es cópia – *José M. Lafuente.*
Secretario de S.E. el Jeneral en Gefe.

La nota de López fue conducida por el "Pirabebé", yacht á vapor armado con un cañón, bajo bandera de parlamento. Tan pronto como se avistó, la escuadra brasilera fondeada en Corrientes, hizo grandes aprestos de combate; tres vapores se adelantaron á reconocerlo, formando á la cabeza de la columna el "Ibahy", que era el más grande. Cargaron todos los cañones y los marinos ocuparon sus puestos de combate. Entretanto el "Pirabebé" baró en un banco de arena y no pudo moverse. Entonces avanzó el almirante Barroso que montaba el "Igurey", "en busca de peligros" como él decía. A pesar de que el "Igurey" llevaba bandera de parlamento, el "Ibahy" desprendió un bote con un oficial á su bordo, para traer prisionero al capitán paraguayo. Sin embargo, el oficial se redujo á "invitar" al oficial paraguayo á acompañarle, lo que aquel aceptó; cuando subió a bordo de la "Ibahy", el comandante lo abrazó creyendo que había venido á entregar su buque, pero aquel le manifestó que era portador de pliegos que debía entregar personalmente al almirante; entonces fue conducido en un bote encontrando en el camino á Barroso, que venía aguas arriba.

Los brasileros desprendieron tropas, que tomaron prisioneros y condujeron á bordo de sus buques á toda la tripulación del "Pirabebé"; un oficial brasilero arrió la bandera del Paraguay, la pisoteó y la escupió, sacando en seguida del buque todo cuanto existía. Inclusive la ropa de los maquinistas. El "Pirabebé" fue sacado á remolque por los vapores brasileros y llevado á Corrientes, en donde su tripulación fue puesta de nuevo en posesión del buque, que a pesar de esto continuaba prisionero. Sin embargo, al día siguiente lo dejaron libre.

La respuesta de Mitre fue llevada en un bote á remo al Paso de la Patria. Se dice que se encolerizó mucho por las acusaciones que se le hacían.

López publicó en el *Semanario* ambas notas.

Tres días antes que López enviara su nota á Mitre, amenazándole con represalias, las anticipó, haciendo traer engrillados á Humaitá á todos los connacionales de los aliados residentes en el país, y reduciéndolos á una dura prisión. A la mayor parte se le quitaron pronto los grillos, pero permanecieron espuestos al bombardeo constante de los encorazados sobre Humaitá, y finalmente todos, escepto uno que escapó por milagro, fueron fusilados ó muertos en el tormento.

López partió de Humaitá al Paso de la Patria, y tomó en persona el mando del ejército el 25 de noviembre de 1865.

Todas las tropas de la República fueron llamadas á aumentar las filas del ejército en el Paso, quedando en Humaitá apenas los artilleros para las baterías. Algunos escuadrones de caballería, fueron dejados en observación sobre varios puntos de la frontera. Se comenzó de nuevo el reclutamiento con gran vigor. El total de fuerzas que pudo reunir López fue de 30,000 hombres. En las tropas veteranas, la caballería era mucho más numerosa, pero se convirtieron varios miles en infantería. Se reunieron caballos en todo el país, y confiscando todos los de propiedad particular pudo montar su caballería. Hizo traer de Humaitá más artillería de campaña reuniendo en el Paso de la Patria cerca de cien cañones.

El jeneral Robles que había permanecido rígidamente encarcelado fue llevado con su ayudante al Paso de la Patria. La mitad de los oficiales superiores del campamento fueron engrillados sin que nadie supiera por qué. Un largo proceso secreto, terminó con la condenación á muerte de todos ellos; habiéndose enviado varios sacerdotes para que los absolvieran y les administraran la extremaunción, fueron sacados, Robles á caballo y los demás en carros, y conducidos á un sitio en que estaba reunido todo el ejército formando tres costados de cuadro; leída la sentencia, el jeneral Robles con algunos de sus ayudantes, el coronel Martínez que mandaba la guarnición de Corrientes el 25 de mayo y algunos otros, fueron fusilados, siendo el resto perdonado por López.

Muchos de los paraguayos que habían sido tomados prisioneros en la Uruguayana empezaron á volver en grupos de 2 á 12 atravesando á nado el Paraná. Flores hizo fusilar como desertores á varios que tomó. López al principio miraba estos hombres con desconfianza y los hizo acampar aparte; más tarde fueron distribuidos en distintos cuerpos.

López vivía con el temor continuo de ser asesinado, y por la noche su casa era rodeada por un doble cordón de centinelas; últimamente ya no era doble sino triple. Durante el día eran retirados y el cuerpo de guardia era un galpón á corta distancia de su casa. La jente que deseaba verle tenía que esperar en el mismo galpón. Una tarde que esperaba en él para ver á López, lo mismo que otros muchos oficiales, un sarjento de la guardia trabó conversación conmigo. Un momento después hubo un gran movimiento; muchos oficiales entraban y salían del cuarto de López: la guardia fue relevada y los oficiales que esperaban conmigo fueron todos arrestados; uno de los ayudantes de López se presentó y me dijo:

-"S.E. le ordena que escriba toda la conversación que ha tenido con el sarjento de guardia y la traiga mañana". Me retiré creyendo no poder recordar ni la vijésima parte de la disparatada conversación del sarjento, pero tomando las cosas un aspecto serio, hico lo que pude y probablemente le recordé toda. Llenaba un pliego entero, reduciéndose toda ella á cosas por este estilo: "el sarjento me preguntó si la reina Victoria llevaba siempre su corona cuando salía á pasear". "Me preguntó también si yo llevaría el uniforme paraguayo cuando me fuese á Inglaterra". Este pliego fue cerrado y remitido á López á las 7 de la mañana del día siguiente. Éste no estaba levantando todavía, pero el sarjento había sido fusilado ya, y todos los soldados de la guardia habían recibido cien azotes cada uno. Unos cuantos meses después supe que el sarjento, junto con dos hombres de los de la Uruguayana habían sido fusilados por conspirar contra la vida del presidente y que esos dos soldados habían sido encontrados en el patio de la casa de López. La tranquilidad del sarjento en aquella tarde, no era ciertamente la de un conspirador. López no me dijo jamás una palabra sobre este asunto, ni acusó recibo del relato de la conversación, quizá por vergüenza.

Una muchacha correntina, que se había venido de Corrientes con el ejército, quiso volver un día á su país; pero fue tomada y recibió sesenta azotes en público sobre sus carnes desnudas, lo que fue considerado como un gran entretenimiento.

Dos desertores del ejército aliado, que habían atravesado el Paraná algunas leguas más arriba del Paso de la Patria, fueron tomados. Uno de ellos se quejaba de hallarse enfermo y el Dr. Stewart, cirujano mayor, pasó a visitarle. No presentaba síntoma alguno determinado, pero sospechando el Dr. Stewart lo que podía tener, recomendó al jeneral Barrios que lo mantuviera separado del ejército. No se hizo caso de esta prevención, y poco después apareció el individuo brotado de viruelas. López reconvino al Dr. Stewart por no haber separado á aquel hombre. Este declaró que había aconsejado al jeneral Barrios que lo hiciese; pero Barrios, que estaba presente, lo negó. Sin embargo, López debió creer al Dr. Stewart, porque no volvió á hablar más del asunto. Generalmente creía lo que los ingleses le decían, porque nunca lo engañaban. Estos dos desertores fueron entonces azotados hasta hacerles confesar que habían sido enviados por el jeneral Mitre, para introducir las viruelas en el país; el tormento les arrancó la confesión que se deseaba, pero a pesar de esto, fueron muertos á azotes.

Mientras López estaba en el Paso de la Patria, asistía á la iglesia todos los domingos, acompañado de todos los oficiales francos del ejército. Escojía una de las marchas particulares que las bandas tenían reservadas para él, la que solamente se tocaba siempre que salía de su casa ó de la iglesia. Algunas de las bandas paraguayas tocaban admirablemente. Después de misa solía dirijir la palabra á los soldados, que se agrupaban á su alrededor con este objeto, diciéndoles que no tuvieran dudas sobre la derrota de los negros, como llamaba á los aliados indistintamente, introduciendo siempre algunos chistes, que era lo que más agradaba á los soldados. Dirijía también la palabra á los oficiales, pero entonces hacía su discurso en tono de reprensión, por no enseñar á sus soldados y no observar lo que hacían.

Las tropas cultivaban estensos maizales en el Paso de la Patria. En pocos días todo el ejército se construyó ranchos, que los paraguayos levantaban como por encanto en cualquier punto donde acampaban. Los hacían cortando cuatro arbolitos con las orquetas hasta el alero y otros dos que las tenían á la altura del caballete. Estos puntales se clavaban en la tierra y se colocaban tres travesaños en las orquetas. Los tirantillos que se hacían de cualquier madera, eran asegurados con cuerdas á los travesaños. El techo y los costados se cubrían con pasto ó cueros secos, lo que completaba el rancho.

Un buque italiano hizo dos viajes á Humaitá con el objeto de sacar del país si le era posible, á algunos súbditos italianos. Llegó también á bordo de la "Decidée", Mr. Vernouillet, ministro francés, pasando en seguida en su vapor al Paso de la Patria, con el objeto de visitar á López. Él y el capitán de la "Decidée" fueron condecorados con la órden nacional del Mérito. La "Decidée" embarcó tesoros en el Paso de la Patria.

En uno de los primeros días de Diciembre, López fue á caballo á Itapirú, y viendo algunos correntinos del otro lado del río, mandó que les hiciesen fuego con un cañón de á 12, pero aunque la bala anduvo cerca no los ofendió. Entonces envió al otro lado cuatro canoas con doce hombres. Éstos después de cambiar algunos tiros, desembarcaron y después de arrollar á los correntinos se volvieron. Un paraguayo fue muerto, López se entretuvo mucho con este episodio y al día siguiente envió otra expedición, y como el enemigo no la destruyó, dio en enviar una casi todos los días, compuesta de 100 á 200 hombres. Estos hombres solían atravesar el Paraná á la vista del

enemigo, remando las canoas, parados, como lo hacían siempre; en seguida desembarcaban echando al enemigo como una milla adentro, para volverse una hora después llevando consigo sus muertos y heridos. Esto se repitió por más de tres meses, estando la escuadra brasilera á dos pasos de allí, sin dar señales de vida, dando por razón para esta inacción, que "su escuadra no estaba completa, y que no quería correr el riesgo, pues no sabían cuántas baterías y cañones tenían los paraguayos".

El almirante Tamandaré aún no había llegado á la escuadra; seguía ocupándose de galantear en Buenos Ayres, hablando de lo que iba á hacer y prometiendo festejar en la Asunción el 25 de marzo (fiesta cívica brasilera). Pero, al fin, la jente perdió completamente la paciencia, de tal modo que sino se hubiera embarcado le hubieran muerto á pedradas. Por este motivo llegó á Corrientes el 26 de febrero y comprometió públicamente su palabra, de hallarse en la Asunción el 25 de marzo, costara lo que costase.

De los malones que hemos mencionado, el más serio fue el del 31 de enero en que atravesaron 400 hombres al mando del teniente coronel Viveros, entonces simplemente teniente. Este número no se componía de hombres de un mismo batallón, sino de algunos de cada uno de los batallones del ejército. Partían siempre con gran entusiasmo, saltando y gritando y siendo acompañados por las mujeres y una banda de música, hasta el embarcadero. Mma. Linch los acompañaba hasta el último momento, y les daba cigarros, etc. En esta ocasión desembarcaron en Corrales, lugar de desembarque en la costa correntina, á las dos, emprendiendo inmediatamente el combate con la vanguardia de los aliados. Estos 400 paraguayos se batían con 7,700 hombres del ejército aliado, los que sin embargo no se atrevían á atacarlos muy decididamente. Después de cuatro horas de combate con la guardia nacional de Buenos Ayres, que por un descuido incomprensible solo tenía tres paquetes de munición, los paraguayos se retiraron á sus canoas y pernoctaron allí recibiendo un refuerzo de 1,000 hombres durante la noche, retirándose al Paso de la Patria en la mañana siguiente, después de algunas escaramuzas. Parece increíble que los aliados dejaran siempre que estos hombres volvieran, en vez de cortarles la retirada. Este combate costó á los aliados 50 oficiales (cuatro de ellos coroneles efectivos) y perdieron 900 hombres entre muertos y heridos. Las pérdidas de los paraguayos fueron 170 hombres entre muertos y heridos. López dio una cruz á las tropas que

sostuvieron este combate; la de los oficiales de plata y la de los soldados de cobre.

Estas espediciones al campo de los aliados, en donde había 50,000 hombres, eran una vergüenza para estos y su escuadra, la cual debió impedir todo movimiento de los paraguayos por el río. Éstos tenían un piquete con dos canoas en el Paraná-Miní, una de las cuales iba todas las tardes á reconocer la escuadra brasilera en Corrientes, la que no intentó el más pequeño reconocimiento durante todo ese tiempo. En la noche del 9 de febrero, dos canoas se les fueron río bajo á los paraguayos, y algunos palos arrastrados también por la corriente, produciendo un verdadero pánico en la escuadra, que tocó zafarrancho y rompió el fuego á derecha é izquierda.

Después del combate de Corrales, la población de Corrientes no se creía muy segura de no sufrir una segunda invasión; y en la noche del 19 de febrero, hubo una falsa alarma, que produjo un terror pánico en el campamento aliado; se decía que los paraguayos habían atravesado el río, y rodeado al ejército que sería atacado al amanecer.

Se dio órden á la escuadra de practicar un reconocimiento, pero no llegó á la embocadura del río Paraguay, y volvió asegurando que todo estaba tranquilo. En ese mismo día tres vapores paraguayos, el "Igurey", el "Gualeguay" y el "25 de Mayo", bajaron desde Humaitá al Paso de la Patria, en donde embarcaron mil hombres, con los cuales remontaron el río hasta la aldea de Itatí, donde estaba acampado el ejército oriental fuerte de 500 hombres á las órdenes del jeneral Suárez. Este oficial, más prudente que valiente, se retiró 8 millas tierra adentro, dejando saquear su campamento y la aldea, a pesar de gritarle los paraguayos: "adónde están los héroes de Yatay". Partió con tanta prisa, que perdió todos sus papeles; y su reloj de oro con la cadena fue presa de un italiano que seguía al ejército. Tomaron también algunas cabezas de ganado vacuno y caballar, así como azúcar, vino, aguardiente y harina, que fueron llevados á Humaitá después de consumida una gran parte.

El campamento oriental fue quemado hasta los cimientos, lo mismo que la aldea de Itatí.

Algunos días después, el "25 de Mayo" y el "Igurey" volvieron á Humaitá, quedando el "Gualeguay" en el Paraná.

Las escursiones á Corrales continuaban, y los paraguayos volvían siempre con algún trofeo. Una vez, un negro sargento volvió llevando en un saco

nueve cabezas de soldados aliados, y se presentó con ellas á López; apilándolas una sobre otra, en la puerta de su casa. López las envió á la casa del gefe de Estado Mayor en donde fueron nuevamente puestas en pila, para servir de escarnio á casi todo el campamento que acudía á contemplarlas. El sargento fue promovido al puesto de abanderado (este era el único oficial negro en todo el ejército del Paraguay), pero López lo mandó después á todos los combates, hasta que fue muerto, librándose así del oficial negro.

Otra vez, trajeron un prisionero herido; pero habiendo muerto en el camino, su cadáver fue arrojado y abandonado cerca del cementerio.

El "Gualeguay" hacía muchos viajes agua abajo para reconocer la escuadra brasilera; y en una ocasión en que el jeneral Hornos con su escolta se hallaba en Corrales, pasó ese vapor á distancia de trescientas yardas, obsequiándolos con tres tiros á metralla.

El gobierno arjentino, desde el principio de la guerra, luchó con grandes dificultades para el reclutamiento de fuerzas, principalmente en las provincias al N.O. Entonces se recurrió al sorteo, pero algunos contingentes se amotinaron en el camino y se desbandaron; reunidos nuevamente, se repitió el desbande. Al fin se enviaban los reclutas maniatados, hasta el Rosario, en donde eran embarcados y llevados al ejército. Hay una nota oficial de uno de los gobernadores de provincia, acompañando una remesa de reclutas, en la cual menciona el número enviado, y pide se le devuelvan las prisiones para mandar los demás.

Los criminales fueron sacados de todas las cárceles de la República, y enviados al ejército.

CAPÍTULO X

Los aliados invaden al Paraguay. – Operaciones preliminares. – El combate del Banco. – Evacuación del Paso de la Patria.

Casi todo el ejército aliado, fuerte de 50.000 hombres, se hallaba acampado cerca de Corrales, pronto á cruzar el río Paraná, y una división brasilera de 12.000 hombres, con 18 cañones rayados, bajo las órdenes del Barón de

Porto Alegre, había marchado desde el Río Grande á la Candelaria, con la intención de pasar por ese punto para internarse al centro del Paraguay.

Para recibir estas fuerzas, López mandó al coronel Núñez (entonces mayor) con 3.000 hombres y doce cañones á la Encarnación; pero Porto Alegre modificó sus planes y marchó á lo largo del Paraná costa abajo, para cruzarlo algunas leguas más arriba del Paso de la Patria, y tomar á López por el flanco, mientras Mitre lo atacaba por el frente. Este proyecto fue abandonado también, y Porto Alegre con su ejército, desembarcó por fin en el Paso de la Patria.

El 21 de marzo de 1866, la escuadra brasilera calentó las calderas, partió de Corrientes y fondeó en línea de batalla desde Corrales hasta la embocadura del río Paraguay. Constaba de 18 cañoneras á vapor, armadas con 6 ú 8 cañones cada una, y cuatro encorazados, tres de los cuales tenían casamatas altas, y uno de ellos, el "Bahía", era un monitor de torre jiratoria, con dos cañones Whitworth de 150. El total de cañones de la escuadra llegaba á 125.

Al mismo tiempo, dos de los vapores y el encorazado "Tamandaré" siguieron el río aguas arriba esplorándolo hasta Itatí. El "Tamandaré" varó, pero fue puesto á flote por los otros vapores, volviendo entonces á reunirse con la escuadra.

Itapirú, que los aliados honraban con el nombre de fortaleza y que consideraban necesario demoler hasta la base antes de pasar el río, era una antigua batería construida á principios del reinado de López I, en una punta de tierra que entraba en el río Paraná, y que tenía por base un montón de rocas volcánicas. La tierra era revestida por una pared de ladrillo, que había caído por uno de sus lados. Su armamento consistía en una pieza rayada de á 12. Tenía 30 pies de diámetro en su parte más ancha y su altura sobre el nivel del agua era de 20 pies. Si hubiera estado armada de artillería pesada de grueso calibre, tal vez hubiera sido útil; pero en el estado en que estaba, solo servía de espantajo á los aliados.

El río Paraná era profundo por todas partes, escepto en un lugar frente á la isla *Carayá* situada en el canal Norte, en donde solo había 12 pies de agua; López hizo sumerjir dos canoas llenas de piedras para cortar la entrada del canal interior. En este canal había dos chatas armadas cada una con un cañón de 8 pulgadas y también el vapor "Gualeguay" mandado por el teniente López y armado con 2 cañones de á 12. El 22, este vapor sacó á

remolque una de las chatas y la dejó á media milla debajo de Itapirú, muy próxima á la costa. La chata abrió entonces el fuego contra la escuadra, metiendo cuatro balas en el buque del almirante. Entonces se movieron los encorazados y rodeando á la chata, rompieron sobre ella un fuego incesante. La chata, sin embargo, hizo excelentes tiros, pegando siempre en su blanco y consiguiendo matar y herir algunos hombres. Por último, los encorazados se aproximaron á 100 varas de ella; entonces su tripulación se echó al agua, ocultándose en los montes después de barar la chata. Los brasileros desprendieron tres botes con el objeto de tomarla, pero en el momento de llegar a ella, cien infantes que estaban ocultos y parapetados en el monte, rompieron sobre ellos un fuego vivísimo, consiguiendo matar la mitad de la tripulación, escapándose el resto tan pronto como les fue posible. Los encorazados continuaron su fuego y por último hicieron volar el depósito de pólvora de la chata, retirándose en seguida. El cañón paraguayo quedó ileso y fue sacado del agua; la chata quedó inutilizada. El 27, la otra chata fue remolcada hasta el mismo local y rompió el fuego sobre la escuadra. Tres encorazados se aproximaron y la cercaron, manteniendo un nutrido fuego que fue sostenido por la chata. Esta vez, los paraguayos tenían los cartuchos en tierra para prevenir toda esplosión, y un hombre se ocupaba constantemente en alcanzarles. La mayor parte de las balas (de 68) que disparaba la chata, estallaban en pedazos contra las corazas de los buques, logrando penetrar algunas. Una bala pegó al "Tamandaré" en el borde de la tronera, y haciéndose pedazos penetró en el casamata matando é hiriendo á casi todos los que en ella se hallaban. Su primer y segundo gefe, 3 oficiales y 18 marineros fueron muertos, y tuvo además 15 heridos. Esto sucedió en el momento de anochecer y el "Tamandaré" se retiró del combate. Los otros dos vapores continuaron su fuego hasta las nueve de la noche, tanto contra la chata, como contra Itapirú, que con su cañón de á 12, les hacían también fuego aunque inútilmente. La infantería mantenía un fuego nutrido desde los montes, el que era obstinadamente contestado por mosquetería y metralla. A las nueve se retiraron sin haber causado más daño que herir á dos hombres en el bosque. A las 12 del día siguiente, la chata rompió de nuevo el fuego, y los cuatro encorazados y cuatro vapores de madera avanzaron y emprendieron la tarea de combatirla. El encorazado "Barroso" fue agujereado en cuatro partes diferentes y casi todos sufrieron iguales averías. El ca-

ñón de á 120 del "Barroso" fue partido en dos. Sin embargo, esta vez el cañón paraguayo recibió una bala que lo hizo pedazos, en el momento mismo en que el artillero iba á disparar, sin embargo, lo que es verdaderamente singular, ninguno salió herido.

En la noche del 29, los paraguayos traían de Humaitá otra chata, para emplear el cañón que habían recuperado del agua. Una canoa la llevaba á remolque aguas abajo, pero fue descubierta por los brasileros (pues era una noche de luna) que inmediatamente levantaron anclas y rompieron el fuego.

La tripulación se refugió en la selva, quedando la chata y la canoa en poder de los enemigos.

Estas chatas se batían frecuentemente solas, contra toda la escuadra; era muy difícil ofenderlas á larga distancia, pues apenas dejaban salir fuera del agua la boca del cañón.

Para entretenimiento particular de López, que con sus escelentes telescopios y sentado en su corredor del Paso de la Patria observaba todo lo que pasaba, el vapor "Gualeguay" salía todas las tardes hasta la punta de la isla á desafiar á toda la escuadra brasilera, haciendo fuego con sus cañones de á 12, que eran contestados por aquella, con toda clase de proyectiles desde los de 68 hasta los de 150. Éstos caían á su alrededor como el granizo, levantando al aire grandes trombas de agua. Por lo jeneral, se retiraba antes de ponerse el sol. Esta operación se repitió día á día por tres semanas, durante las cuales solo recibió una bala que le atravesó la chimenea.

Cuando los brasileros no se entretenían con el "Gualeguay" ó las chatas, bombardeaban á Itapirú sin causarle el más pequeño perjuicio, por la muy sencilla razón de que no había nada que perjudicar. El terreno que lo rodeaba estaba materialmente arado por las balas.

Colocaron en Corrales una batería de cañones rayados de á 12 y otra de morteros de 13 pulgadas, con los que también bombardeaban á Itapirú, volteando varias veces el asta-bandera, que se reponía inmediatamente. Se divertían también en hacer fuego con sus cañones de 150 sobre las jentes que transitaban el camino de Itapirú visible para ellos; otras veces hacían fuego en dirección al Paso de la Patria, pero las balas no alcanzaban.

En frente de Itapirú había un banco de arena de reciente formación, que en noviembre del año anterior carecía enteramente de vejetación, pero que ahora estaba cubierto de altas yerbas.

Esta isla estaba situada á tiro de rifle de Itapirú. En la noche del 5 de abril, los brasileros ocuparon este banco, abriendo trincheras inmediatamente y colocando 8 cañones en batería, sostenidos por 2.000 hombres que durante el día permanecían ocultos en sus trincheras.

Desde este banco mantenían un constante fuego de rifle y de cañón sobre Itapirú, pero sin resultado alguno.

Al 10 de abril fueron atacados por los paraguayos. El jeneral Díaz (entonces coronel) dirijía el ataque desde Itapirú donde permaneció con una reserva de 400 hombres. Mandó dos divisiones de 400 soldados cada una, embarcados en canoas, los que llegaron al banco á las cuatro de la mañana. La noche era oscurísima y no fueron sentidos hasta que desembarcaron. Los paraguayos hicieron una descarga y en seguida cargaron al enemigo, tomando parte de las trincheras después de ser repelidos varias veces. La artillería brasilera mantuvo un fuego tremendo con balas encadenadas, que ocasionó serias pérdidas á los paraguayos. Entre los asaltantes, había 200 hombres de caballería desmontados armados de sables, su arma favorita, los que hicieron una verdadera carnicería. La artillería fue tomada y recuperada varias veces, tan luego como el fuego fue sentido, cinco cañoneras y tres encorazados rodearon la isla y se enviaron numerosos refuerzos á la guarnición. Por último, casi todos los paraguayos estaban fuera de combate y los que podían moverse se retiraron á sus canoas sin que hubiera entre ellos un solo hombre sano; los que tenían heridas las piernas se sentaban y remaban, y los que habían perdido un brazo, remaban con el otro. Era ya de día y los paraguayos tenían que navegar con una fuerte corriente, espuestos á un terrible fuego á quema-ropa de metralla y balas encadenadas; sin embargo, 15 canoas llenas de hombres lograron llegar á tierra.

Los paraguayos tuvieron 14 oficiales muertos y 7 heridos. Lograron escapar 300 soldados heridos, pero quedaron en el banco 500 muertos, heridos y prisioneros. Entre los prisioneros se encontraba el teniente Romero, gefe de una de las divisiones, y por consiguiente, su esposa se vio obligada á publicar una carta en el *Semanario*, desconociéndole por traidor. Los brasileros perdieron como mil hombres entre muertos y heridos.

Como siempre, el fuego de sus mismos vapores les causó gran parte de estrago. Seis soldados brasileros fueron fusilados por cobardes.

Al otro día de la ocupación del banco por los brasileros, López hizo montar

en Itapirú un cañón de 8 pulgadas, y en seguida otro, algunos días después. Mientras el gefe del banco escribía el parte de la acción, estando á su lado un coronel y un oficial, una bala de 68, lanzada desde Itapirú, los mató a los tres. El mismo día, el "Fidelis", lancha á vapor brasilera, fue echada á fondo por una bala, y el "Enrique Martins" fue atravesado por dos balas debajo de su línea de agua, teniendo que embicar para salvarse. Otra bala de Itapirú, partió una pieza rayada de 32 de las baterías del banco.

Los aliados no ganaban absolutamente nada con la ocupación del banco y de parte de López fue una verdadera locura mandar sus hombres á una muerte segura. Aunque hubiera tomado este banco, no le habría sido útil para nada y en poder de los aliados no le causaba perjuicio. El 6 de abril, el jeneral Hornos con 6 vapores subió el río Paraná, con el objeto de examinar un paso en frente de Itatí, de donde desalojó una guardia de 12 hombres. Mientras estaba allí, López mandó al mayor Godoy con seis piezas de artillería y 200 hombres á la isla de "Carayá" para esperarle á la vuelta, en que con gran sorpresa de los vapores les hicieron desde el bosque fuego de artillería é infantería. Cuando pasaron, Godoy volvió con su fuerza al Paso de la Patria.

El efecto de los anteriores y repetidos malones sobre Corrientes, y de los combates del "Gualeguay" y las chatas, inspiraron á los paraguayos una gran confianza, y la plena esperanza de vencer á los aliados.

Los aliados habían terminado sus aprontas para atravesar el río. Tenían 150 canoas, 30 planchas flotantes, además de 30 transportes á vapor y podían en un solo viaje desembarcar 15,000 hombres. La forma y también la depresión del ángulo del terreno, en la unión del Paraguay y el Paraná, eran muy favorables al desembarque de los aliados, porque podían barrerlo con la artillería de su escuadra desde ambos ríos á la vez, dejando libre la estremidad del ángulo para realizar el desembarque y formación de sus tropas. Dado el caso que el desembarque hubiera sido disputado, ningún punto habría sido más favorable á los asaltantes. Sin embargo, cuando cruzaron el río no colocaron cañoneras en el río Paraguay como debieron haberlo hecho, para protejer el desembarque de sus tropas, sino que dispusieron sus vapores en línea de combate desde Itapirú hasta la embocadura del Paraguay.

Desde el punto de unión de los ríos Paraná y Paraguay hasta Curupayty en una dirección y por muchas leguas en la otra, las orillas del río for-

man un estenso carrizal de tres millas de anchura próximamente. Llámase carrizal á un terreno cortado por profundas lagunas y barrizales, intermediados por bosques impenetrables y espesos matorrales de tres varas de elevación. Cuando el río crece, el carrizal queda enteramente cubierto por las aguas con pocas escepciones. Cuando el río está bajo pueden hacerse sendas entre las lagunas. El único camino permanente era el del Paso de la Patria á Itapirú y Paraná-Miní á lo largo del río, pero cuando el río estaba crecido quedaba también bajo el agua. Este camino es cruzado por dos lagunas, que desaguan en el río y que se cruzan en canoas; los caballos pasan nadando á sus costados. Estas lagunas se llaman Yuquerí y Pasote. López hizo construir puentes sobre ellas para retirar su artillería de Itapirú. No pudo hacerse ningún otro camino á causa de las numerosas y profundas lagunas. En el camino de Itapirú al Paso de la Patria, una milla antes de llegar á este último lugar, existe un espacioso terreno abierto y bajo, que se estiende desde el río hasta la aldea del Paso de la Patria. Este terreno es cruzado por el arroyo Carayá que tiene más de seis pies de profundidad y que se pasa por un puente.

El Paso de la Patria es una pequeña aldea, situada al borde de la tierra firme, á 30 ó 40 pies sobre el nivel del carrizal, de que la separa una escarpada barranca, cuya cima está en el mismo nivel que el interior del país. A lo largo del borde de esta barranca en el Paso de la Patria, tracé una trinchera, que, al enfrentar á la casa de López, descendía al carrizal, porque éste no quiso que pasara por su casa. La trinchera tenía once pies de anchura y seis de profundidad, y seguía el perfil general de la cresta de la barranca, con varios reductos en los ángulos entrantes y salientes para flanquear las cortinas y poder batir todo el frente accesible. Su derecha terminaba en la laguna Serena, y su izquierda entre la laguna Panambí. Estaba defendida por 30 piezas de campaña apoyadas por infantería y era una posición verdaderamente fuerte, porque no podía ser flanqueada á causa del carrizal, y el terreno que tenía á su frente era llano en la distancia de una milla y atravesado por el arroyo "Carayá", que había sido profundizado por medio de un dique cerca de su desagüe en el Paraná.

A lo largo del camino del Paso de la Patria a Itapirú, López había colocado 4.000 hombres para escopetear á los aliados en su desembarque. Estos permanecían escondidos en el bosque, y para ocultar el fuego, cavaban ho-

yos, que tapaban con hojas colocadas sobre ramas, como á una yarda de la superficie. De este modo, el humo se diseminaba y no era visible al enemigo.

El 16 de abril de 1866, el jeneral Osorio, el más valiente de los oficiales brasileros, subió media milla por el río Paraguay, con 10.000 hombres y desembarcó atrincherándose inmediatamente. En seguida desembarcaron 10.000 arjentinos en el mismo lugar. Los primeros que pusieron pie en la playa fueron 700 paraguayos de los que habían sido tomados prisioneros en la Uruguayana.

Los paraguayos los atacaron inmediatamente, pero fueron rechazados como es de suponerse; sin embargo, guerrillearon todo el día. Osorio fue hecho Barón do Herval por haber sido el primero que atravesó el río.

En la mañana del 17, López con su escolta marchó unas dos mil varas en dirección á Itapirú; dos prisioneros fueron traídos á su presencia con los brazos atados, y él ordenó que se les desataran. Fueron interrogados, pero no pudieron decir nada sobre el número de las fuerzas aliadas. En ese mismo día se retiró de Itapirú toda la artillería, escepto dos cañones de 8 pulgadas, que se enterraron por ser demasiado pesados, pero que más tarde fueron descubiertos por el enemigo. Los aliados tomaron posesión de Itapirú el 18, y el jeneral Mitre cruzó el río y se estableció allí. Él en persona, acompañado de los jenerales Flores y Osorio, practicó un reconocimiento, en el cual se vieron espuestos al fuego de una guardia paraguaya, pero pronto se adelantó su escolta y los protegió.

Los aliados emplearon doce días en efectuar el pasaje de su artillería, caballería y provisiones. Durante este tiempo sufrieron mucho por la escasez de las raciones, y si no hubiera sido por la actividad del jeneral Gelly, gefe de Estado Mayor, hubieran carecido enteramente de alimentos.

Los aliados tenían entonces en Itapirú 54 vapores grandes, 11 chicos y 48 buques de vela. Jamás se vio ni se verá en mucho tiempo en el Paraná una flota semejante.

En la tarde del 19 de abril, la escuadra brasilera formó en orden de batalla en frente al Paso de la Patria, una parte en el canal interior y otra en el exterior, pronta á bombardear el campamento. Si hubiera roto el fuego esa noche habrían causado serias pérdidas á los paraguayos. Todo el campamento sabía lo que le esperaba; pero López ni dio órdenes ni tomó disposi-

ción alguna para tener la jente á ciegas hasta el último momento. Al amanecer, López, sin permitir que nadie le siguiera, por el temor de que el enemigo le reconociera y le hiciera fuego, se retiró á caballo, seguido á una larga distancia por sus ayudantes, los cuales no se reunieron con él hasta que estuvo bien fuera de la vista de la escuadra. Partió sin dar una sola órden sobre lo que debía hacerse, sin decir quien debía quedarse y quien debía retirarse, hasta dejando á madama Linch y á sus hijos para que se salvaran como pudieran. No dijo á nadie adonde se dirijía; de manera que sus ayudantes y madama Linch pasaron la mitad del día buscándole.

En el Paso de la Patria había más de 1,000 mujeres que seguían el ejército y éstas se pusieron en marcha formando una prolongada hilera. El jeneral Resquín, que había quedado allí, ordenó la retirada del ejército, dejando solo la guarnición suficiente para cubrir las trincheras y la artillería que las defendía. El jeneral Bruguez mandaba en gefe la guarnición haciendo de segundo el teniente coronel Marcó, que mandaba la infantería.

Después de salir el sol y cuando casi todo el mundo se había marchado, la escuadra rompió el fuego y bombardeó el punto durante todo el santo día. La guarnición se ocultaba detrás de los parapetos y no podía ser ofendida, y el efecto de todo el bombardeo se redujo á matar ó herir media docena de hombres. Es una cosa verdaderamente singular, que las balas Whitworth, que caían como granizo sobre la columna, que abandonaba el Paso, no causaran el menor daño. En la estación telegráfica, cayó una bomba de 68, en momentos en que un joven recibía un despacho, y reventó á su lado cubriéndole de tinta, y al aparato de tierra, sin causar más daño.

La estación del telégrafo fue removida entonces al norte del Estero Bellaco, donde fue instalada bajo un árbol.

Como no se había dado órden alguna sobre el desalojo del Paso de la Patria, todos los depósitos del gobierno fueron abandonados y saqueados por la guarnición, con el consentimiento tácito de los oficiales. Se consumieron grandes cantidades de vino, aguardiente, comestibles, etc., y la caja del gobierno que solo contenía papel moneda fue saqueada. López envió á algunos de sus ayudantes para salvar sus efectos. Le habían abierto sus barriles de vino. Un anciano, que había cuidado la casa desde que se edificó, se negó absolutamente á abandonarla, diciendo que era demasiado viejo para acostumbrarse á otro lugar y que preferiría morir cuidando la casa. Tuvieron que llevarlo por la fuerza.

López se había retirado á una pequeña colina distante tres leguas del Paso para contemplar el bombardeo. A las 12 del día, su ayudante, Mma. Linch, el obispo y el estado mayor, lo descubrieron; él los ocultó á todos detrás de la colina, no permitiendo subir sino á la señora y al obispo, por temor de ser reconocido. Sin embargo, dos balas llegaron á una milla de distancia del punto en que estaba, y creyendo que habían sido dirijidas contra él, partió inmediatamente y fue á pernoctar en el abasto. Estando allí fuera del alcance de las balas, comenzó á echarla de valiente. Poseía una clase peculiar de valor; cuando se hallaba fuera de tiro, aunque estuviera cercado por el enemigo, conservaba siempre el buen humor, pero no podía aguantar el silvido de una bala.

Después de oscurecer, cenamos, ó más bien dicho almorzamos, porque no habíamos comido nada desde el día anterior, aunque López no se había descuidado. Esa tarde se ocupó en estudiar los planos del terreno, para escojer la posición en que debía esperar el ataque del enemigo. Las tropas que habían evacuado el Paso de la Patria vivaqueaban al Norte del Paso Sidra. En la mañana siguiente, López recorrió á caballo mucho campo, sobre todo á lo largo del Estero Bellaco, mientras continuaba sin interrupción el bombardeo del Paso de la Patria. Durante esa noche, el cuartel general se estableció en Nduré. López pasó el 22 entregado al descanso, y toda la parte norte del Bellaco fue reconocida y dibujada; se averiguó que aquella era una posición mejor que la del Sud, porque las comunicaciones eran más directas y el estero más formidable. Se determinó ocupar esta posición y se ordenó al ejército marchara al norte del paso Gómez, situado en el camino principal de Humaitá, y se destacaron algunas tropas para defender los pasos menos importantes de la izquierda. Se estableció en Rojas el cuartel jeneral y se resolvió abandonar el Paso de la Patria. El "Gualeguay" fue sumerjido en Totatí con solo retirar las bálbulas de las bombas. Sin embargo, Tamandaré lo descubrió algunos días después, lo levantó y lo devolvió á su lejítimo dueño, el gobierno arjentino. El Paso de la Patria fue abandonado y quemado en la madrugada del 23 de abril, y los aliados que habían construido baterías y colocado 40 cañones prontos á bombardearlo por tierra al mismo tiempo que por agua, y que tenían la intención de asaltarlo, se posesionaron de él con la mayor alegría y repicaron todo el día. López hizo imprimir órdenes del día, con su firma, en las que ordenaba que se respetasen las

vidas de los prisioneros y de los rendidos. Estas órdenes fueron desparramadas por el Paso de la Patria, para que las recojiesen los soldados aliados, con la esperanza de inducir á muchos á pasarse á sus filas.

Si López, en vez de enviar sus tropas á los bancos del río, espuestos á todo el fuego de la escuadra, donde perdió casi todo el rejimiento 20 de caballería y el 7 de infantería, sin posibilidad de hacer á los aliados daño de consideración, hubiera defendido las trincheras del Paso de la Patria, quizá hubieran caído 8 á 10.000 aliados, sin gran pérdida por su parte, y probablemente los asaltantes nunca hubieran podido tomar la posición. Su error en toda esta guerra ha consistido en enviar pequeñas partidas de hombres, muchas veces bisoños, á pelear en campo abierto, con tropas disciplinadas, infinitamente superiores en número y mandadas por oficiales esperimentados. Sus soldados salían siempre con gloria, pero como es consiguiente casi siempre acuchillados.

CAPÍTULO XI

Batallas del 2 y 24 de Mayo. – Destrucción del ejército paraguayo.

A fines de abril de 1866, las posiciones de los ejércitos belijerantes eran las siguientes: los paraguayos con cerca de cien piezas de artillería estaban acampados al Norte del Bellaco del Norte; su vanguardia con seis piezas volantes, al Norte del Bellaco del Sud.

Los aliados ocupaban las alturas que se estienden de Este á Oeste (una milla al Norte del Paso de la Patria) adonde se atrincheraban, apoyando su flanco izquierdo en el carrizal. Su vanguardia bajo el mando del jeneral Flores era formada por los orientales y algunos brasileros y arjentinos con 12 piezas de artillería, y estaba acampado al Sud del Bellaco del Sud; los centinelas de ambas vanguardias se hallaban separados solamente por el estero.

El Estero Bellaco consiste en dos corrientes de agua paralelas, que casi siempre guardan una distancia de tres millas y separadas una de otra, por un espeso bosque de palmas llamada Yatay, que se halla á la altura de 30 á 100 pies sobre el nivel de los "esteros". El Bellaco desagua en el Paraguay

por la laguna Piris, y en el Paraná como á cien millas al Este. El agua de estos esteros es sumamente clara y agradable, y está llena de un junco que crece hasta 5 y 9 pies sobre el nivel del agua. El agua estancada en algunos lugares por falta de corriente, y cubierta de juncales, es estraordinariamente agradable. Estos juncos crecen á la distancia de dos pulgadas uno de otro, y por consiguiente constituyen por si mismos un obstáculo intransitable; el fondo en que se arraigan es siempre un barrizal profundo cubierto por tres á seis pies de agua. Los esteros son, como se ha dicho, intransitables, escepto por los pasos, que son simplemente los lugares en que se han arrancado los juncos de raíz, y en que la arena ha sustituido al barro del fondo. En estos pasos, lo mismo que en los otros puntos de los esteros, la profundidad de agua que debe atravesarse es de 3 á 6 pies. En algunos puntos una y hasta dos ó tres personas montadas en buenos caballos, pueden pasar á través de los juncos, pero luego que ha pasado un caballo el fondo se empeora todavía más por los hoyos que dejan los basos. Estos esteros formaban la principal defensa de los paraguayos.

López mandó al Estero Bellaco 50 rifleros escojidos, con órden de tirar esclusivamente sobre todos los oficiales que se pusiesen á su alcance. Se les daban raciones dobles, no tenían que montar guardias ni hacer servicio alguno fatigoso. Estos hombres mataron á varios de los principales oficiales de los aliados.

El 2 de mayo, ambos ejércitos ocupaban las posiciones indicadas. López ordenó en ese día que una fuerza de 5.000 soldados bajo las órdenes del jeneral Díaz (entonces teniente coronel) compuesta de 4.000 hombres de infantería y 1.000 de caballería á las órdenes del teniente coronel Benítez, su ayudante favorito, efectuaran una sorpresa sobre la vanguardia aliada. La infantería marchó por el paso Sidra y la caballería por el Paso Carreta, cayendo sobre el enemigo antes de ser sentidos. La artillería apenas pudo hacer una descarga antes de ser tomada por los paraguayos, quienes se posesionaron también de todo el campamento de la vanguardia aliada, inclusive la tienda del jeneral Flores. Los tres batallones orientales llamados "Florida", "24 de abril" y "Libertad" fueron completamente acuchillados, pero se batieron con gran bizarria á las órdenes de sus respectivos gefes, Pallejas, Flores y Castro, que se condujeron como leones, pero fueron abrumados por el número. Del batallón "Florida" solo quedaron 40 hombres de tropa y

sus 27 oficiales quedaron reducidos á 8. El 24 de abril perdió 9 oficiales y 200 hombres. Del batallón 38 de voluntarios da Patria, solo quedaron 41 hombres, según el parte oficial tuvo 94 muertos y 188 heridos; el rejimiento N° 1 de caballería arjentina perdió 100 hombres. La división del jeneral Flores que componía la vanguardia y que constaba de las tropas brasileras, arjentinas y orientales arriba mencionados perdió 1,600 hombres soldados y 31 oficiales. Antes de terminarse el combate se remitieron á López 4 cañones Lahitte de bronce rayados con sus correspondientes armones de munición. A estos cañones se les llamó siempre las "piezas de Flores" y prestaron á los paraguayos muy buenos servicios durante toda la guerra. El mismo jeneral Flores escapó milagrosamente de caer prisionero; pero llegó el jeneral Osorio y le salvó perdiendo un batallón entero de brasileros. Si Díaz se hubiera retirado después de vencer la vanguardia y llevado consigo el resto de los cañones tomados, este hecho hubiera sido una espléndida victoria á muy poca costa, pero se propuso seguir adelante y contener al ejército aliado que estaba ya en movimiento y se dirijía á su encuentro. Ignorando completamente la ciencia de la guerra, fue inmediatamente flanqueado por el jeneral Mitre que mandaba á los aliados, y tuvo que retirarse perdiendo el resto de los cañones que había tomado y un gran número de muertos y heridos. El teniente coronel Benítez fue muerto por una bala, y abandonado en el campo de batalla; el batallón 40 sufrió atrozmente y fue necesario remontarlo casi del todo. Los paraguayos perdieron en todo, 2,300 hombres, entre muertos y heridos; y los aliados más o menos el mismo número. Estos persiguieron á los paraguayos á través del Bellaco por una corta distancia, tomándoles un cañón rayado de á 12, que habiendo reventado había sido abandonado por los paraguayos, quienes, volviendo á cargar, arrojaron al enemigo al otro lado del Bellaco. Después de este combate ambos ejércitos volvieron á sus primitivas posiciones.

El jeneral Mitre dice en su parte oficial que los aliados tomaron 4 cañones y 3 banderas, mientras en realidad fueron sus enemigos lo que esto hicieron.

Varios paraguayos que no estaban en la gracia de López aprovecharon la ocasión que les presentó esta batalla para desertar.

El gefe del batallón 38, el gefe del cuerpo á que pertenecían las 4 piezas tomadas, y el brigadier Pesegueiro, brasileros todos, pidieron ser juzgados

por un consejo de guerra, para probar su inculpabilidad, lo que les fue concedido.

Después de la batalla, el jeneral Flores escribió á su esposa la siguiente carta, que fue publicada en los diarios de Buenos Ayres.

Campamento en San Francisco, mayo 3 de 1866.

Sra. Da. María G. de Flores.

Mi amada esposa:

Las buenas como las malas noticias deben recibirse siempre con tranquilidad. Ayer ha sufrido la vanguardia de mi mando un contraste de alguna consideración, perdiéndose casi totalmente la División Oriental.

De doce á una del día fue sorprendido mi campo por una fuerte columna de las tres armas. No era posible resistir el empuje de fuerzas triples á las nuestras; pero la División Oriental sucumbió honrando el pabellón de la patria. Yo había comprendido la mala situación en que estábamos acampados. Dos días antes del suceso, el mariscal Osorio y yo nos apersonamos al jeneral en gefe para decir la conveniencia que había de mudar de campo; pero el señor Mitre nos contestó así: "No se alarme vd. jeneral Flores; la agresión de los bárbaros es negativa, porque ha sonado la hora fatídica de su esterminio". Si hay, pues, alguno responsable del suceso de armas del 2, es el único, el jeneral Mitre.

Puedo asegurarte, María, con toda la franqueza de mi alma, que en toda mi campaña contra el tirano Berro, no he pasado tantas contrariedades como las he sufrido en el corto período que estamos en territorio paraguayo, no es para mi genio lo que aquí pasa.

Todo se hace por cálculos matemáticos; y en levantar planos y medir distancias, y tirar líneas y mirar el cielo, se pierde el tiempo más precioso; figúrate que las principales operaciones de guerra se han ejecutado en el tablero de un ajedrez.

Entretanto, hay cuerpos del ejército que han estado sin comer tres días. Yo no sé que será de nosotros, y de veras que si á la crítica situación en que estamos, se agrega la constante apatía del jeneral Mitre, bien puede suceder que yendo por lana salgamos trasquilados.

Todo se deja para mañana, y de día en día se aplazan los movimientos más importantes, y que de suyo reclaman celeridad.

Solo he visto actividad en los días de besamano. Entonces sí se cruzan los cuerpos de músicas, los cumplimientos, las felicitaciones; relucen los uniformes y las ricas espadas. Y esto sucede con frecuencia, porque un día es cumpleaños del Emperador, el otro el de la princesa Leopoldina, mañana el de la independencia del Brasil y siempre envueltos en estas majaderías.
En adelante mi vanguardia se compondrá de arjentinos. No hay caballadas ni mulas para los trenes, no boyadas, ni ganados para comer.

Si pasamos un mes más por acá, tendremos que repasar el Paraná y haremos cuarteles de invierno en Corrientes.

En este caso tendré el gusto de verte así como á mis amigos.

Escuso decirte que los brasileros dieron la espalda cochinamente y hubo un batallón que no quiso cargar.

Mi carpa fue saqueada por los paraguayos. Mándame una balija con una ropa, un poncho grande de paño, un sombrero de paja y dos pares de botas.

Ahí van cartas de nuestro hijo Fortunato.

A mi hija Agapita un abrazo, y tú, mi querida María, recibe el corazón de tu viejo apasionado.

VENANCIO FLORES.

P.D. – Te recomiendo, María, que me mandes solamente ropa de campo y nada de faldas ni casacas. Curioso es decirte que estos días han querido hasta ordenarme el modo de vestirme.

¿Pues no me dijo el jeneral Mitre con mucha política, que sería conveniente que yo me cuidara algo de mi persona? Al principio creí que aludía al individuo; pero después me dijo que por qué no disponía de un uniforme de la Comisaría á fin de conservar la dignidad del empleo. Te aseguro que yo no sé de donde saqué paciencia ese día. Me di vuelta y lo dejé con la palabra en la boca.

Ambas partes solían enviar á las avanzadas los prisioneros y desertores de sus contrarios, para invitar á sus paisanos á desertar, diciendo que se encontraban mucho mejor tratados entre sus enemigos, que en su propio ejército. Sin embargo, el pez rara vez mordía la carnada.

En el campamento paraguayo no se permitía ninguna correspondencia entre los soldados del ejército y sus parientes; sin embargo, muchas mujeres iban y venía constantemente y llevaban á la Asunción noticias del ejército. Se ordenaba al pueblo que cada día que pasase fuera considerado como un nuevo triunfo de López, y por descontado, que nadie se atrevía á demostrar que lo dudaba, aunque mucha jente de la Asunción esperaba por días ver entrar á los aliados. Para que la población no se entregara á *malos pensamientos* se le daba ocupación cotidiana, pues cada familia tenía órden de comprar y entregar cocidos, unas cuantas docenas de calzoncillos para el ejército. Además, casi todos los días se decían misas por la salvación y felicidad de "D. Francisco Solano López". Estas misas eran encomendadas por personas particulares.

Después de la batalla del 2 de mayo los aliados estaban más en guardia. Los paraguayos fueron siempre muy vijilantes.

El ejército paraguayo, como ya lo hemos dicho, estaba acampado en la posición que se había determinado sostener, permaneciendo todavía la vanguardia en el Bellaco del Sud, como á 4 millas de su ejército. La vanguardia tenía órden de no disputar los pasos del Bellaco, sino de retirarse cuando los aliados hicieran un movimiento serio en esa dirección. Practicaron este movimiento el 20 de mayo, atravesando el Bellaco en tres columnas; los paraguayos se retiraron en completo órden y establecieron sus guardias avanzadas en el centro del Bellaco del Norte. Los aliados marcharon adelante y acamparon sobre el borde del bosque de Palmas, ocupando inmediatamente su vanguardia á las órdenes de Flores, el terreno bajo, inmediato al Sud del Bellaco del Norte. La división del jeneral Flores consistía ahora, en los pocos orientales que quedaban, en dos divisiones brasileras y un rejimiento de caballería arjentino. Tenía también 30 piezas brasileras. El ejército brasilero á las órdenes de Osorio, ocupaba la izquierda y estaba acampado desde el Potrero Piris hasta la izquierda de Flores; los arjentinos bajo las órdenes de los jenerales Gelly y Obes, Paunero y E. Mitre (hermano del jeneralísimo) ocupaban la derecha, estendiéndose hasta Rori. Todo el ejército aliado constaba de cerca de 45,000 hombres y 150 piezas de artillería, ocupando un frente de casi tres millas. Construyeron inmediatamente dos reductos, uno en su centro y otro en su izquierda.

Los paraguayos estaban acampados desde Gómez hasta Rojas, ocupando con pequeños destacamentos, tropas y artillería, todos los pasos al

Este hasta el paso Canoa. Tenían su de4recha apoyada en bosques impenetrables y en el carrizal del Potrero Sauce. Este Potrero era una picada natural en el monte, solamente accesible á los aliados por una estrecha abertura que miraba al Este, frente á su campamento. Esta abertura estaba defendida por una pequeña trinchera, capaz de enfilar las columnas de ataque en toda la estensión de ella.

Los paraguayos se comunicaban con el Potrero Sauce por un camino abierto a través del bosque. Estos bosques tienen tantos árboles altos como bajos y entre ellos hay un matorral de arbustos, espinas y enredaderas, de manera que apenas puede verse á veinte varas de distancia. El Bellaco, al Oeste del paso Gómez y del ejército paraguayo, tenía más de seis pies de profundidad, hasta perderse en el monte, donde se convierte en un arroyuelo corriente y claro. El Paso Gómez y todos los pasos al Norte del mismo tenían más o menos cuatro pies de profundidad, y los aliados para atacar de frente á los paraguayos, debían atravesar dos pasos igualmente profundos y espuestos durante todo el pasaje á un fuego tremendo. En caso de que intentasen flanquear la izquierda paraguaya, se esponían á ver cortadas sus comunicaciones.

El ejército paraguayo había sido nuevamente remontado y contaba con 25,000 hombres. El día en que la vanguardia paraguaya retrocedió delante de los aliados, dio principio á una trinchera en el paso Gómez, que arrancando del bosque de la derecha, terminaba en el estero á la izquierda del paso Fernández. También se abrieron trincheras en los demás pasos, lo hacía formidable la posición de los paraguayos. La primera determinación era esperar el ataque y cuando lo iniciaran los aliados, lanzar 10,000 hombres sobre su retaguardia, por un camino abierto en el angosto monte que lo rodeaba, y que estaba ya hecho, escepto unas cuantas varas que se habían dejado para no ser cortadas hasta el último momento, como estaba indicado en el plan. Los aliados probablemente vijilarían con cuidado la abertura conocida del Potrero, pero la practicada nuevamente no era visible, y los paraguayos no serían sentidos hasta que estuvieran acuchillando su retaguardia.

Si este plan no hubiera sido abandonado, no cabe duda que los aliados habrían sido destruidos; pero López cambió de parecer el 23 de mayo, y atacó a los aliados el 24.

Hablando de esta batalla un año después, López dijo que había llegado á su conocimiento el plan de ataque del jeneral Mitre, que debía efectuarse el 25, y que *francamente no le gustaba y resolvió prevenirlo anticipando el ataque, como lo hizo.*

Al mismo tiempo, ridiculizaba al coronel Marcó, por *haber abandonado el campo de batalla* cuando una bala le había hecho pedazos *todos los huesos de la mano.*

El 20 de mayo, López trasladó su cuarte jeneral á Paso Pucú, donde permaneció durante dos años, y á donde llevó también varios batallones de reserva, porque se decía que la escuadra debía atacar á Curupaity. En la tarde del 23, López recorrió los batallones de reserva y les dirijió la palabra, recordándoles que el día 2 un pequeño número de tropas había arrebatado al enemigo sus cañones y sus banderas, y deduciendo de esto que si llevaba un ataque por un gran número de fuerzas, era indudable que destruiría totalmente á los aliados. Los soldados estaban muy entusiasmados y le contestaron que solo esperaban sus órdenes para marchar, y concluir á sus enemigos. Entonces les dijo que se preparasen á recibirlas. Pasó toda la noche conversando y dando instrucciones á los que deberían tomar parte en la batalla. El jeneral Barrios, con 8,000 hombres de infantería y 1,000 de caballería, debía llevar el ataque á la izquierda enemiga; el jeneral Díaz (entonces coronel) con 5,000 infantes y 4 obuses, por el centro y el jeneral Resquín por la derecha, con 7,000 hombres de caballería y 2,000 de infantería. El ataque debía hacerse simultáneamente, y la señal para iniciarlo sería un cañonazo disparado por Barrios, cuando estuviera listo, pues éste tenía que recorrer una larga distancia por entre bosques, donde solo se podía marchar por hileras. Debía hacer su camino á lo largo del carrizal hasta llegar al Potrero Piris, donde debía formar su cuerpo de ejército. Toda esta distancia está poblada por bosques que llegan hasta el intransitable carrizal, de manera que los soldados de Barrios tenían que marchar unos tras otros, viéndose obligada la caballería á conducir sus caballos de la brida. Díaz debía reunir y formar sus tropas en el punto más próximo posible al enemigo, tratar de no ser visto ni sentido, y lanzarse violentamente sobre su centro, al sonar la señal convenida; Resquín debía tener sus tropas formadas y listas antes de amanecer, detrás de los palmares de Yatayti-Corá, donde no podrían ser vistas por el enemigo. Las caballerías de Barrios y Resquín debían hacer un rodeo y reunirse á retaguardia de los aliados.

Se esperaba que Barrios hubiera terminado su pasaje á las 9, pero solo á las 11 _ del día pudo terminarlo y dio la señal del ataque.

Los paraguayos cayeron inmediatamente sobre los aliados, atacando toda su línea.

Afortunadamente para los aliados, todas sus tropas se hallaban sobre las armas, porque en esos momentos, el jeneral Mitre se disponía á practicar un serio reconocimiento sobre las posiciones paraguayas. Tres minutos después del cañonazo, el combate era general; la fusilería era tan nutrida que solo se oía un sonido continuo, aumentado por el cañoneo de los aliados.

Por la derecha, los paraguayos arrollaron á los brasileros hasta el Estero, en donde se rehicieron, rechazando á los paraguayos hasta los montes; estos se rehicieron á su vez y llevaron por delante á los brasileros, repitiéndose lo mismo por tres veces en el día. La caballería paraguaya, que cargó á los brasileros en su retirada, hizo una carnicería atroz, causando igual daño entre los paraguayos la artillería y fusilería de los brasileros.

En el centro, el jeneral Díaz tuvo que habérselas con el jeneral Flores, cuyos rifles y artillería le causaron horribles estragos desde el momento en que salió del bosque.

Los aliados llevaban una gran ventaja, no solamente por ser atacados en sus propias posiciones y por tropas indisciplinadas, sino también porque su artillería entró en acción, mientras la paraguaya estaba ociosa. Tenían también la ventaja de pelear dos contra uno y además la superioridad de sus armas. Los paraguayos apenas tenían rifles y la mayor parte de sus fusiles eran de chispa; casi todo el armamento y artillería de los aliados, si se esceptúan algunos cañones pertenecientes á los arjentinos, eran rayados.

Otra gran desventaja que tuvo Díaz fue hallarse obligado á atravesar un estero para batirse de cerca con los aliados; este estero quedó materialmente lleno de cadáveres. Uno de sus batallones (el 25) compuesto casi todo de reclutas, se arremolinó y la artillería aliado lo aniquiló totalmente.

Sobre la izquierda, la caballería de Resquín arrolló cuanto encontró en su primera carga, acuchillando la caballería correntina mandada por los jenerales Cáceres y Hornos y dispersándola totalmente. Entonces, una parte de la caballería cargó á la artillería de la derecha, perdiendo en el camino la mitad de las fuerzas, consiguiendo sin embargo tomar veinte cañones, que tuvo que abandonar porque no siendo sostenida, y entrando en acción las

reservas arjentinas, fue cargada y totalmente destruida, no habiendo querido rendirse soldado ninguno. La infantería de Resquín entró en acción entonces, pero fue destruida, parte por la artillería, parte por la infantería. La reserva de la caballería de Resquín dio vuelta por la derecha del Palmar, para realizar el plan convenido de reunirse á la retaguardia de los aliados, con la caballería de Barrios; pero los arjentinos estendieron su frente en esa dirección y la rechazaron.

Sin embargo, el resto de uno de estos rejimientos bajo las órdenes de un mayor Olabarrieta, penetró en la línea haciendo prodigios de valor, y con veinte de sus hombres logró llegar hasta el punto en que debían reunirse con Barrios; pero como éste había sido derrotado ya, tuvo que volverse, atravesando las líneas brasileras y peleando durante todo el trayecto, hasta llegar al Potrero Sauce. Olabarrieta llegó casi solo y mal herido.

El fuego cesó á las cuatro de la tarde; los paraguayos se hallaban en derrota completa y su ejército enteramente destruido. Los aliados, por su parte, habían sufrido serias pérdidas, pero les quedaba todavía un ejército. Los paraguayos dejaron 6,000 cadáveres sobre el campo; los aliados solo tomaron 350 prisioneros, heridos todos. Esto sucedía porque los paraguayos no se rendían nunca, y aún heridos peleaban hasta morir. Los hospitales paraguayos recibieron 7,000 heridos del campo de batalla, siendo de advertir que los heridos leves no entraban en los hospitales. Parecerá estraordinario que los paraguayos solo perdieron un oficial de graduación, cuando casi todos salieron heridos. El mayor Yegros (que había permanecido encarcelado y engrillado desde la elección de López II), el mayor Rojas y el capitán Corbalán, ayudantes de campo de López, en quienes antes había depositado una gran confianza, fueron sacados de las cárceles (nadie había sabido nunca la razón de su encarcelamiento) y enviados á pelear, degradados hasta el rango de sarjentos; todos ellos fueron mortalmente heridos ó muertos en el campo de batalla. José Martínez, nombrado porta-estandarte en el Paso de la Patria, teniente en la batalla del Banco, capitán después del 2 de mayo, en que fue herido, hizo los empeños posibles para que se le dejara asistir á esta batalla, y habiendo sido herido mortalmente, fue nombrado mayor antes de morir. Era muy apreciado por López. Muchos de los negociantes de la Asunción, que acababan de ser reclutados, se encontraban también entre los muertos.

El humo era tan denso durante el combate, que los aliados no vieron el daño que habían causado á los paraguayos; y por la dificultad de las comunicaciones á causa de los esteros, y la gran confusión de aquellos momentos, López no supo la realidad de sus pérdidas hasta la mañana siguiente.

Los aliados perdieron más de 8,000 hombres entre muertos y heridos; entre los últimos se hallaba el jeneral Sampaio (herido mortalmente) y los jenerales Osorio y Paunero (levemente).

El jeneral Mitre mandaba á los arjentinos en persona, haciendo á los jenerales Flores y Osorio el cumplimiento de dejar enteramente á su cargo la dirección de las operaciones de sus cuerpos respectivos durante el combate.

López almorzó temprano y se trasladó con sus telescopios al cementerio de Paso Pucú, para presenciar la batalla á cinco millas de distancia.

Permaneció allí hasta que se rompió el fuego, y á esa hora bajó hasta la trinchera, aunque el obispo, que siempre marchaba á su lado, protestó que no debía "esponerse de esa manera". Cuando llegó á las tres millas del fuego, despachó su escolta en una dirección, dirijiéndose él en otra con el obispo y un ayudante, por temor de ser reconocido y de que se le hiciera fuego, ocultándose en un bosquecito entre el Paso Fernández y Rojas, de donde solo podía verse el humo. Después se retiró como una milla á tomar un lunch; al volver á la selva encontramos ya á muchos de los primeros heridos que volvían de la batalla, pero que no podían dar una idea de lo que sucedía. Uno de estos era un muchacho de 15 años; una bala le había atravesado el muslo, pero traía además de su fusil, un sable, una lanza, un rifle, una bala de cañón y un hermoso poncho de paño, como trofeos del campo de batalla. El muchacho presentó á López sus trofeos y éste le devolvió el poncho y dio las armas á sus ayudantes para que se las llevasen. El soldado fue nombrado cabo y enviado á las trincheras para que pelease en caso de un ataque. Después de anochecer, López fue al Paso Gómez, á la casa del jeneral Bruguez, donde se encontró con Barrios y Díaz, quienes les dieron las malas noticias, hasta donde ellos las sabían. Para engañar á sus propios amigos y al enemigo, hizo tocar á todas las bandas de música durante la noche entera, con el objeto de hacer creer que había ganado la jornada. En el *Semanario* se consideró esta batalla como una grande y gloriosa victoria. A las diez de la noche se retiró á su cuartel general de Paso Pucú.

La mayor parte de los heridos paraguayos permanecían aún tirados en las selvas, y durante tres días consecutivos continuaron entrando en el campamento, arrastrándose penosamente. Once días después los aliados encontraron todavía un herido moribundo. Un mayor Coronel llegó al campamento cuatro días después; había recibido una herida en los pulmones y tuvo que sentarse desfallecido en un monto próximo al enemigo, acompañado por un soldado herido también; encontrándose sin fuerzas para moverse, ordenó al soldado que lo matera, llevara á López su kepi y su espada, y le dijera "que había cumplido con su deber hasta el último momento". El soldado se negó á cumplir la órden, y por último fueron encontrados por los paraguayos que los recojieron. Algún tiempo después se mejoró, pero fue muerto en julio en la batalla del Sauce.

Los aliados aseguraron que López había embriagado á sus tropas con aguardiente y pólvora, para hacerlos pelear como pelearon. Sin embargo, esto no es exacto, antes al contrario, los paraguayos casi siempre peleaban con el estómago vacío, pues en vísperas de combate no se permitía á los soldados separarse de sus cuerpos para carnear. Los brasileros, en esta batalla como en todas las subsiguientes al 2 de mayo, entraron á pelear sin banderas, sin duda para impedir que se las llevara el enemigo.

Los aliados tomaron 4 obuses, 5,000 fusiles y 5 banderas. Una de éstas, Osorio la mandó de regalo á Tamandaré; fue tomada matando á un sarjento herido que la tenía, el que después de habérsele intimado que se rindiera, ocupó sus últimos momentos en despedazar la bandera con los dientes, para impedir que cayese en poder del enemigo.

El batallón 40, que había sido tan terriblemente diezmado el 2, fue casi esterminado de nuevo, retirándose del combate apenas con 80 hombres. Los batallones 6 y 7, que eran los mejores y más antiguos del ejército, quedaron reducidos á 100 hombres cada uno.

Los heridos de gravedad que exijían una larga curación, fueron enviados á la Asunción y los más leves, cuyo restablecimiento no sería tan largo, permanecieron en el campamento.

Los aliados enterraron una parte de sus muertos; los cadáveres paraguayos fueron colocados en capas de hombres alternadas con leña, por piras de 50 á 100 hombres, prendiéndoseles fuego.

Los soldados aliados observaban que los paraguayos estaban demasiado flacos para quemarse.

Los 10,000 hombres que sobre-vivieron quedaron completamente des-

organizados y dispersos, pasándose muchos días antes que pudieran ser reunidos de nuevo.

CAPÍTULO XII

Paralización de las operaciones. – La escuadra brasilera. – Descripción de Curupayty. – Porto Alegre refuerza á los aliados. – López se reanima. – Batalla de Yatayti Corá y del Sauce.

El ejército aliado en vez de aprovechar la derrota del ejército de López y marchar adelante, quedó completamente paralizado y ocupado en atrincherarse, hasta que López le obligó á moverse.

Después de la batalla del 24 de mayo, los aliados hubieran podido tomar la retaguardia de los paraguayos, pasando por su izquierda casi sin perder un hombre, porque de esa manera hubieran salvado de los fuegos de su artillería y habrían podido tomar á Humaitá y á las demás baterías del río sin disparar un solo tiro.

El 20 de mayo penetró en el río Paraguay una escuadra de 16 cañoneras y corbetas, con cuatro encorazados, y habiendo echado á la distancia una ojeada sobre Curupayty, ancló debajo del Piquete de las Palmas. López había echado á pique al vaporcito "Paraguyra" y dos bergantines en el canal del río, entre la isla de Curuzú y el Chaco, para impedir el pasaje. Tanto habría valido sumerjir otras tantas botellas en aquella estensa y fuerte corriente. Tamandaré instaló una gran maestranza para la compostura de las máquinas de su escuadra, hospitales y almacenes en el Cerrito, situado en la embocadura del río Paraguay; examinó la laguna Piris con miras de navegarla, y descubrió que podía hacerlo con sus vapores pequeños, y desde ella bombardear el campo de López. Hizo también un reconocimiento buscando un camino para establecer comunicaciones directas con el ejército, que les evitara dar la larga vuelta por Itapirú. Se descubrió, pero no era practicable, porque los paraguayos recorrían diariamente los montes, lo que lo hacía inseguro. Además, los paraguayos tenían guardias en todos los puntos accesibles del carrizal y á veces tomaban prisioneros á algunos de los hombres que desembarcaban á cortar leña para los buques. En una ocasión tomaron un rifle Enfield, con la marca de la torre de Londres, y la fecha de 1866.

Tamandaré debía atacar y tomar á Curupayty, pero como el ataque no se realizaba, el público empezaba á creer que le tenía miedo. Todo le servía de escusa: los buques sumerjidos, las estacas y las muchas damajuanas vacías que flotaban como boyas y que él suponía (porque le daba la gana) eran señales que marcaban la posición de torpedos. Instigado por estas murmuraciones subió con la escuadra el 15 de junio y lo bombardeó á una gran distancia, sin matar ni herir á un solo paraguayo. Después de esto, se retiró y fondeó, habiendo perdido algunos hombres.

Curupayty es una barranca de arcilla mezclada con arena, llana en su parte superior, cóncava en su descenso, situada en una curba del Paraguay. En tiempos normales, el nivel del río es ocho ó nueve yardas más bajo que el de la barranca. Las grandes lluvias destruyen el borde de ésta y las crecientes la carcomen constantemente, haciendo caer con frecuencia pedazos de tierra, de manera que en pocos minutos podría hacerse practicable para un desembarque. Por esta razón construí una batería cubierta, que abarcaba toda la estensión de la barranca para la artillería de campaña y la infantería, en previsión de que el enemigo quisiera hacer un desembarque. En la estremidad sud de la barranca se levantó una batería de gaviones, armada con dos cañones de 32 y uno de 8 pulgadas, colocando en la misma batería, como reserva, 14 piezas de campaña. Era sostenida por un batallón de infantería mandado por el mayor Sayas.

Se colocaron en el río algunos torpedos mal construidos; y el 20 de junio, dos de ellos se escaparon de sus amarras y se fueron aguas abajo, dando uno contra el "Bahía" y el otro contra el "Belmonte", pero como ambos estaban enteramente mojados no produjeron efecto alguno. Se componían de tres cajas ajustadas unas dentro de otras, de las cuales la última era de zinc y contenía la pólvora. La espoleta era una cápsula de vidrio conteniendo ácido sulfúrico con una mezcla de clorato de potasa y azúcar blanca, cubierta con lana y algodón. Estas espoletas fueron inventadas por M. Mastermann, gefe del departamento químico. La espoleta estaba encerrada en un pequeño cilindro perforado, y debía ser quebrada por un pistón cuando el torpedo recibiera un choque. Los brasileros pescaron estos dos torpedos,

pero en esa misma noche se les lanzó un brulote, y desde entonces fueron más cuidadosos. Se observaba un fenómeno singular de sonido en el cañoneo de la escuadra brasilera cuando estaba frente á las Palmas. En Paso Pucú algunas veces apenas se oía, pero otras el disparo de cada cañón era reproducido por una rápida sucesión de seis ecos, que parecían un fuego por pelotones; los primeros y los últimos eran los más débiles y los intermedios los más fuertes. Este fenómeno, sin embargo, solo se observaba al amanecer y en ciertas condiciones atmosféricas. Durante el día y al anochecer solo se repetía una vez. Nunca dejó de haber cañoneo por la mañana y por la tarde, porque apenas se movía una hoja en los bosques, la escuadra rompía el fuego con balas encadenadas y metralla.

López hacía cuanto estaba de su parte par reorganizar su ejército y engañar los aliados sobre su verdadero estado. Sus guardias avanzadas eran muy numerosas, y se hallaban situadas á gran distancia de sus líneas y muy próximas á las del enemigo. Estas guardias hostilizaban constantemente á los contrarios, sorprendiendo sus avanzadas, matándolas y robando sus centinelas. Para evitar esto, los aliados obligaron á sus avanzadas á sostener un tiroteo incesante durante la noche, con el único objeto de que no se durmieran sus centinelas.

Además, López enviaba todas las mañanas un escuadrón de caballería para reconocer la derecha enemiga, que á menudo volvía trayendo prisioneros, hacienda, caballos, etc.

Para formar cada batallón o rejimiento fue necesario amalgamar los restos de muchos otros, y reorganizar el ejército entero. López hizo venir seis mil esclavos, y los distribuyó en los diferentes cuerpos. Habiéndose presentado 200 indios payaguas, López los destinó á la artillería pesada. Bruguez y Díaz fueron nombrados jenerales en junio de 1866.

Los atrincheramientos fueron terminados á toda prisa, y artillados con las piezas traídas de Humaitá y Asunción. En el centro, entre Paso Gómez y Paso Fernández, se colocaron tres piezas de á 8. En esta misma trinchera, que no era muy estensa, se amontonaron 37 piezas de todos los calibres y formas imaginables. Toda clase de cañones viejos de 18 á 24, todo lo que por cortesía pudiera llamarse tal, fue aprovechado y prestó buenos servicios á los paraguayos. Se artilló también la trinchera del Potrero Sauce; y á mediados de junio, López empezó el bombardeo del campamento aliado; pero solo la vanguardia de Flores estaba al alcance de sus tiros.

Esta era casi enfilada por la batería Sauce, la que sin embargo no tenía piezas de mucho calibre. Los bombardeos se repetían diariamente, pero no causaban daño de consideración, aunque los paraguayos tiraban admirablemente, sobre todo los oficiales de la marina llamados Fariña y Mazó, que ponían sus bombas de 8 pulgadas en el punto que querían. López con su telescopio solía ir á sentarse cerca del cementerio del Paso Pucú, para divisar el cañoneo. El primer día del bombardeo los aliados perdieron cerca de 80 hombres entre muertos y heridos, y siempre sufrían algunas bajas. Dos veces se hizo volar la carpa del jeneral Flores, y él y Mitre escaparon milagrosamente varias ocasiones, porque los paraguayos tenían la costumbre de hacer fuego siempre que veían á su alcance algún grupo de oficiales.

Los aliados tenían cañones Lahitte de 9, 12 y 24, con los cuales solían hacer bombardeos espantosos. Sin embargo, estos cañoneos causaban poco ó ningún daño, porque sus bombas tenían muy malas espoletas y eran mal fundidos; por esta razón varias veces reventaron en las piezas, y generalmente esplotaban antes de llegar á las líneas.

Los paraguayos estaban muy esparcidos, y eran menos numerosos que los aliados; tenían también órden estricta de permanecer cubiertos por los parapetos siempre que hubiera cañoneo, de manera que los accidentes eran raros. De vez en cuando, por vía de distracción, se hacían volar de parte á parte, algún armón de municiones. A lo largo de todas las líneas se levantaron manguillos de 50 á 60 pies de altura, desde los cuales se podía observar los movimientos del enemigo. Se hacían con cuatro árboles rectos y delgados, enterrados y colocados de manera que formaran un cuadro de cerca de 8 pies, con varios tablados puestos sobre vigas aseguradas á los puntales por medio de guascas. Los aliados fueron los inventores de estos mangrullos, que los hacían con madera labrada. Se establecieron telégrafos que ligaban el cuartel general con todas las divisiones del ejército, es decir, con Curupayty, Humaitá, la izquierda y el Sauce. Algún tiempo después fueron estendidas á Chichi, al Ángulo, al Espinillo, á Yasy y á Benítez, cuando estos puntos fueron ocupados por divisiones del ejército. Estos telégrafos estaban colocados en postes; se empleaban aparatos de Morse. Como no había suficiente número de estos aparatos, M. Treunfeldt construyó algunos. Mientras se hacían fueron suplidos por un instrumento que era simplemente un martillo; los despachos se recibían escuchando la sucesión de golpes que

representaban las rayas y puntitos de los jeroglíficos de Morse. Los telegrafistas paraguayos eran muy hábiles para entender este instrumento. Los telégrafos funcionaban durante el día entero, pues los gefes de división tenían obligación de noticiar á López de los más insignificantes incidentes de sus cuerpos, y este ocupaba el día entero en recibir estos despachos. Había un oficial esclusivamente encargado de llevar estos telegramas.

El jeneral Bruguez mandaba el centro y la derecha desde Paso Fernández al Potrero Sauce; y el jeneral Barrios la izquierda desde el Paso Fernández al Paso Vai. El jeneral Díaz no tenía mando fijo, pero era comisionado por López, casi diariamente, para recorrer todo el ejército con el objeto de saber si faltaba algo. Era el gran favorito de López, que lo reservaba para mandarlo en los casos apurados. El jeneral Resquín, aunque conservaba todavía el título de gefe de la división del Sud, desde la llegada de López al Paso de la Patria, era gefe del Estado Mayor, continuando hasta el fin, con el mismo título y el mismo empleo.

Uno de los mayores inconvenientes con que lucharon los paraguayos desde el principio de la campaña fue el mal estado de los caballos. Muchos ayudantes y gefes de cuerpos montaban rocinantes, que no tenían sino el cuero sobre los huesos, no podían salir del paso y con frecuencia se paraban en el camino por no poder moverse. El trayecto se habría hecho más rápidamente andando á pie, pero las numerosas lagunas que cruzaban el terreno, hacían indispensable tener algo en que pasarlas. Los caballos que tenían algún aliento y que se habían reservado para el caso de una batalla, habían sido muertos el 24.

La razón dada por los aliados para no moverse y aprovecharse de su victoria, fue la falta de caballos y la imposibilidad de avanzar sin caballería; pero lo cierto es que no conocían el verdadero estado del enemigo.

Las enfermedades causaron muchas bajas á los aliados. Los arjentinos fueron reducidos de 15 á 9 mil hombres, y los brasileros no sufrieron menos. El ejército aliado quedó limitado á 30,000 hombres.

Porto Alegre dejó 12,000 hombres en la provincia de Río Grande para protegerla contra una nueva intentona de los paraguayos, y se puso en marcha con 14,000 soldados y 50 piezas de artillería. Trajo también 14,000 caballos gordos para la caballería brasilera.

Los arjentinos se hallaban también sin caballos, porque los aliados los habían pasado todos al Paraguay y no habían cuidado de llevar los forrajes

necesarios. El punto en que se hallaban carecía enteramente de pastos, y por consiguiente, sus caballadas corrieron la misma suerte que las de los paraguayos. Por esta razón, el gobierno arjentino adoptó eficaces medidas para proveer á su ejército de buenos animales. Publicó un decreto declarando que los caballos eran artículo de guerra, y prohibiendo que de la ciudad fuesen enviados á la campaña. Se espropiaron casi todos los de carruaje, de carro y de silla, y se remitieron al ejército.

Dos mil hombres de caballería de Porto-Alegre llegaron al Paso de la Patria el 12 de julio, y el resto de sus fuerzas llegó poco después. La mayor parte de su ejército se componía de infantería montada. Algunos de sus rejimientos estaban armados de carabina rayadas con bayoneta.

Los aliados también trabajaban activamente, construyendo baterías en toda la extensión de sus líneas. Su ardor por la guerra se había amortiguado. Los soldados habían visto caer á su alrededor millares de sus camaradas; los ataques habían sido siempre iniciados por los paraguayos, y los aliados solo habían avanzado cuando el campo les había sido abandonado deliberadamente; y ahora que los paraguayos hacían tregua á su iniciativa, sus gefes vacilaban y en vez de avanzar se atrincheraban.

El ardor de los soldados aliados flaqueaba, y en el ejército no se hablaba de otra cosa sino de la paz. La alianza brasilera había sido antipática á los arjentinos y orientales, aún en los momentos en que fueron ultrajados por López, al principio de la guerra. Por este tiempo los brasileros y especialmente la escuadra eran violentamente injuriados, sobre todo esta última, que había echado tantas bravatas y que temblaba ahora en presencia de la pequeña batería avanzada de Curupayty.

A fines de junio, López había remontado su ejército á 20,000 hombres (de los cuales una gran parte eran viejos, niños y soldados dados de alta) y tenía la convicción de que en caso de ser atacado por los aliados, los derrotaría completamente, esterminándolos quizá. Sin embargo, estos no se hallaban dispuestos á tomar la iniciativa y López se decidió á provocarlos. Primero tuvo la idea de echarles de cebo una columna de ataque que se retiraría cuando la cargaran; pero como el pescado era viejo no tragó el anzuelo; no logrando esto se adoptaron medidas más serias que tuvieron el resultado deseado.

El 10 de julio envió dos batallones para hacer un ataque falso á uno de infantería arjentina, que estaba de vanguardia al norte del Paso Leguiza-

món. Este batallón fue reforzado inmediatamente por otros tres; los paraguayos se retiraron escaramuseando hasta una corta distancia.

En la tarde del día siguiente, López envió al mismo lugar cinco batallones de infantería con dos coheteras y dos rejimientos de caballería de reserva. Los arjentinos estaban preparados y con su artillería lista para hacer fuego sobre los paraguayos, la que sin embargo les hizo muy poco daño. Los paraguayos fueron recibidos por cinco batallones bajo las órdenes del jeneral Rivas (entonces coronel); el jeneral Paunero se adelantó con la reserva; después de sostener ambos combatientes un fuego vivísimo, se retiraron, dejando incendiado el pastizal por los cohetes á la congreve; terminando la acción á la entrada de la noche. Cuando cesó el tiroteo, el mismo jeneral Mitre avanzó con dos batallones y ocupó el campo de batalla; entonces los paraguayos cargaron de nuevo; y Rivas avanzó con sus cinco batallones y tomó el mando de la columna arjentina. El combate se prolongó hasta las 9 de la noche, hora en que se retiraron los paraguayos del campo de batalla; los arjentinos perdieron como 500 hombres y tres oficiales superiores, los paraguayos 400. Los cohetes hicieron muchos estragos.

Esta batalla se llamó de Yatayti-Corá; y este es otro de los casos en que López se debilitó en pequeños combates que no le ofrecían ventaja alguna. Si los aliados hubieran valido su sal, no habrían dejado escapar á ningún hombre de esta columna, mucho menos numerosa que la suya y alejada dos millas de sus posiciones, mientras ellos estaban á dos pasos de su base. Tal vez López creía necesario no dejar descansar á sus tropas para que no creyeran que tenía miedo á los aliados. Como de costumbre, ambas partes pretendían haber obtenido una victoria espléndida. El mayor Godoy, gefe de los paraguayos, salió levemente herido en el brazo. Durante la batalla, las baterías de los dos campos sostuvieron un fuerte cañoneo.

Era necesario encontrar algún otro medio para obligar á los aliados á llevar un ataque á los paraguayos, y el mejor que se halló fue colocar una pieza de á 8 dentro del monte, en la punta Ñaró que estaba muy próxima al campamento aliado y casi enfilaba la división de Flores. Hubiera sido posible montar y parapetar el cañón sin que el enemigo lo sospechara, y tanto los habría incomodado, que lo hubiera obligado á tratar de tomarlo, en cuyo caso habría sido defendido por el fuego de las baterías de "Paso Gómez" y "Potrero Sauce", además del suyo propio. Sin embargo, este plan fue aban-

donado, y se hizo un reconocimiento del terreno entre Sauce y Potrero Piris con el objeto de abrir durante la noche una trinchera que abrazara el terreno comprendido entre Punta Ñaró y Potrero Piris, y que por su posición comprometería el flanco izquierdo de los brasileros y la retaguardia de los orientales.

Las selvas que mediaban entre Sauce y Piris no eran ocupadas por ninguno de los ejércitos, pero los paraguayos tenían siempre en ellas hombres que las esploraban. Estos montes y los espacios que los dividían estaban aún sembrados con los cadáveres del 24 de mayo.

Estos cadáveres no estaban descompuestos sino completamente momificados; el cutis se había secado sobre los huesos, los cuerpos tenían un color amarillento y estaban sumamente enjutos. El campo estaba literalmente cubierto de balas, cartuchos y proyectiles de toda especie; y los árboles de las selvas acribillados de balas de rifle. Atravesamos la selva hasta llegar al Potrero Piris, en cuyo centro estaba un bombero brasilero montado á caballo, pero no vio absolutamente nada; seguimos el curso de Yurui hasta llegar nuevamente á un punto del monte, desde el cual podíamos ver todo perfectamente y que solo distaba 500 yardas de las trincheras brasileras. Los brasileros notaron algún síntoma raro en la selva, y reunieron sus ganados sin demora, recelando probablemente algún nuevo malón, como los que habían sufrido varias veces. Sin embargo, no nos hicieron fuego, y la comitiva, entre la que se hallaban los jenerales Díaz y Aquino, volvió por el campo abierto. Los bomberos enemigos no dejaron de vijilarnos, pero no hicieron fuego porque teníamos una escolta de 50 rifleros. Di parte de que la trinchera era practicable, y López determinó abrirla inmediatamente. Con este motivo todas las azadas, palas y picos (que llegaban á 700) fueron enviadas al Sauce, y los batallones 6 y 7 (que habían hecho los terraplenes y trincheras de Humaitá) fueron escojidos para realizar la obra. Se encargó á los soldados el mayor silencio, y las mayores precauciones para que el enemigo no oyera el choque de los instrumentos y de las armas. A veinte varas de la línea de trabajadores se tendieron cien hombres en guerrilla, para cubrir á los zapadores, los que para divisar mejor si alguno se acercaba, se echaron de barriga. En algunos puntos estaban tan mezclados con los cadáveres, que era imposible distinguir á los vivos de los muertos. Hice trazar la línea á la luz de una linterna, que estaba colocada á la estremidad opuesta, y

oculta al enemigo por un cuero; los zapadores fueron enfilados en línea con ella. Entonces, los hombres pusieron su fusil en tierra, al frente de su puesto de trabajo, y empezaron á abrir una trinchera de una vara de ancho y otra de profundidad, arrojando la tierra hacia el frente, para ponerse á cubierto lo más pronto posible.

Las líneas enemigas estaban tan cerca, que oíamos claramente el alerta de sus centinelas y hasta la risa y la tos de su campamento. Aunque se tomaron todas las precauciones posibles para no ser sentidos, las azadas y los picos debieron chocarse algunas veces en aquella tenebrosa noche; pero lo sorprendente es que los aliados no se apercibieron de nada hasta la salida del sol, hora en que toda la estensión de la trinchera (900 yardas) estaba tan avanzada, que los trabajadores se hallaban á cubierto del enemigo y empezaban á arrojar la tierra al lado opuesto para hacer el parapeto. Se colocaron cuatro cañones pequeños en la punta Ñaró, situados de manera que en caso necesario pudieran ser retirados.

En medio de la noche todo el campamento fue iluminado repentinamente, y medio minuto después un ruido espantoso que estremeció la tierra, anunció la esplosión de un torpedo de 1,500 libras de pólvora. Estos torpedos eran lanzados aguas abajo casi todas las noches, en dirección á la escuadra, pero esta fue la única ocasión en que se gastó tanta pólvora. Los aliados, á la luz de esta esplosión, debieron haber visto la trinchera que se hacía.

Tan luego como el enemigo se apercibió de lo que se hacía; rompió el fuego con su artillería, pero no hizo movimiento alguno ni ese día, ni el siguiente en que el general Osorio, por enfermo, fue relevado por el mariscal Polidoro, que había venido de Río Janeiro con ese objeto.

La nueva trinchera, como se verá en el plano, estaba dividida en dos segmentos, y Polidoro ordenó al jeneral Sousa que durante la noche se aproximara á la menos estensa, y la atacara al amanecer del 16 de julio. El general Menna Barreto recibió órden de ocupar el Potrero Piris, formando la reserva de esta división. Estas órdenes fueron cumplidas; los paraguayos se retiraron á los montes situados á la izquierda y retaguardia de la pequeña trinchera, que fue ocupada por los brasileros: desde allí rompieron sobre éstos un fuego nutrido; aunque los brasileros lo correspondieron con igual viveza, los paraguayos no sufrieron pérdidas de consideración por estar ocultos

en las selvas. A medio día, se adelantó como reserva una división arjentina mandada por el jeneral Conesa, pero apenas entró en acción. El tiroteo casi á boca de jarro continuó todo el día, cesando después de un combate de 16 horas. Los brasileros perdieron 2,000 hombres entre muertos y heridos, inclusive siete oficiales superiores. El cañoneo se prolongó durante toda la noche y todo el día siguiente.

En la mañana del 18, los aliados abrieron un tremendo bombardeo con el cual hicieron volar dos armones de municiones. En seguida atacaron la trinchera que los paraguayos abandonaron, llevando consigo sus cañones y retirándose al Potrero Sauce. El jeneral Bruguez rompió el fuego sobre las columnas de ataque, causándoles numerosas pérdidas. Al mismo tiempo, la caballería aliada hizo una diversión sobre la izquierda paraguaya, pero sin resultado.

El jeneral Flores, que era el gefe de este combate porque se batallaba en su propio terreno, ordenó inmediatamente que se llevara el ataque á la pequeña trinchera que defendía la entrada del Potrero Sauce. Este ataque fue realizado por los brasileros y los orientales que habían llegado á muy corta distancia de la trinchera cuando tuvieron que replegarse obligados por el terrible fuego de enfilada que les hacía la artillería.

El coronel Aquino que mandaba á los paraguayos salió con su infantería y hostilizó las fuerzas aliadas que retrocedían haciendo fuego en retirada. Cuando las tropas de Aquino estaban casi encima de los aliados, dijo éste que quería matar algunos negros por su propia mano, y metiendo espuelas á su caballo, lo lanzó sobre el enemigo; encontrando un soldado á su paso cayó sobre él y lo mató, pero dándose vuelta uno de sus compañeros, le asestó el rifle y le metió una bala en la barriga. Los paraguayos retrocedieron de nuevo al Potrero Sauce, y Aquino, mortalmente herido, fue conducido al cuartel general. Se le promovió al rango de jeneral, pero murió dos días después.

El jeneral Flores ordenó inmediatamente que se llevara un nuevo ataque á la trinchera, y esta vez una división arjentina se reunió á la oriental, quedando ambas bajo las órdenes del coronel Pallejas. La mitad de la artillería paraguaya fue desmontada por la rapidez del fuego, y aunque el resto y la mosquetería hacían grandes estragos en las filas enemigas al descender en columna cerrada por aquel largo callejón, avanzaron con gran denuedo,

y colmando el foso con sus cadáveres tomaron la trinchera y su artillería, matando á todos los soldados que la defendían y enarbolando la bandera arjentina. En el mismo momento, llegaban refuerzos á los paraguayos, que desembocaban por los montes; y doscientos hombres de caballería desmontada, armados solamente con sus sables, cargaron á los asaltantes y los desalojaron de la posición reconquistando sus cañones; habiendo llegado también la infantería, el enemigo se retiró clavando la artillería previamente. El combate concluyó aquí, porque los aliados estaban satisfechos ya con sus pérdidas, que desde el 16 hasta el 18 inclusive no bajaban de 5,000 hombres.

En estos combates murieron los coroneles Pallejas, Agüero y Martínez, pertenecientes cada uno de ellos á los diferentes ejércitos que formaban la alianza. Además de éstos, tuvieron muchos oficiales muertos y heridos; entre los últimos se hallaba el general brasilero Victorino.

Los paraguayos perdieron entre muertos y heridos 2,500 hombres; el único oficial de importancia que murió fue el coronel Aquino; el teniente coronel Giménez, uno de los más bravos oficiales paraguayos, fue herido por una bala que le atravesó el pie, pero continuó peleando hasta el fin de la jornada. El coronel Roa, gefe de la artillería, fue cortado solo y completamente rodeado por el enemigo, aunque tenía su espada rota no quiso rendirse. Dos oficiales enemigos le atacaron, pero siempre que se le aproximaban, les arrojaba á los ojos con puñados de tierra y los cegaba. Escapó del enemigo milagrosamente y volvió á su cuerpo, sin un solo rasguño.

CAPÍTULO XIII

La escuadra brasilera. – Toma de Curuzú. – Entrevista de López y Mitre.– Derrota de los aliados en Curupayty. – Paralización de las operaciones.

La escuadra permanecía siempre inactiva con gran disgusto del ejército aliado, que creía haber llenado su deber, y esperaba que esta tomara á Curupayty antes de avanzar. La escuadra, por su parte, decía que esperaba que el ejército asaltara á Curupayty por tierra, para poder hacer algo, y que ella no tenía la culpa de que el ejército hubiera permanecido un mes en el

Paso de la Patria perdiendo todos sus bueyes y caballos. La escuadra se lamentaba igualmente de verse espuesta todos los días á los torpedos que los paraguayos lanzaban aguas abajo, y que la molestaban mucho. Uno de estos (que por lo general contenían 1,000 libras de pólvora) voló á 300 yardas de la proa de una de sus cañoneras. El de 1,500 libras á que nos hemos referido antes, produjo un estremecimiento en la ciudad de Corrientes, que distaba 40 millas, causando gran alarma entre sus habitantes. Uno de ellos hizo volar á uno de los botes de ronda de la escuadra, con toda su tripulación. Estos botes hacían la ronda de los buques durante toda la noche. Cuando veían venir algún torpedo, se oía un grito general, que repetía ¡Paragua! ¡Paragua! y se producía en la escuadra un alboroto infernal.

Dos torpedos hicieron volar á sus conductores, un tal M. Kruger, norteamericano, y un Ramos, paraguayo que había hecho su aprendizaje de injeniero con los Sres. Blyth. Las tripulaciones de ambos botes volaron también.

Tamandaré, almirante brasilero, hizo un tratado con los indios guaycurús del Chaco y armó 200 de ellos. Estos indios forman una tribu guerrera, que siempre ha estado en guerra con el Paraguay; sin embargo, no prestaron grandes servicios á los aliados, porque se fugaron con las armas y la ropa que les dieron, y siempre que encontraban algunos brasileros en *pequeño* número, los mataban y llevaban á los paraguayos sus vestidos para granjearse su voluntad.

En un consejo de guerra que tuvo lugar el 30 de junio, se decidió que Tamandaré bombardease y tomase inmediatamente la batería de Curupayty. Esta batería estaba artillada ahora con 25 cañones, entre los cuales había tres de 8 pulgadas, y 6 de 32 y 24. El 16 de julio la escuadra subió hasta ponerse á la vista de Curupayty sin cambiar un solo tiro con las baterías; después de esto volvió á bajar. Esta operación fue considerada como una espléndida victoria. El jeneral Cáceres dejó el ejército, y el jeneral Neto murió.

Era evidente que el flanco derecho de Curupayty era un punto débil. López sabía esto y procedió á reforzarlo. El jeneral Mitre lo sabía también y determinó asaltarlo. Si lo hubiera hecho inmediatamente no habría encontrado obstáculos en su ataque, pero dio tiempo á López para prevenirse.

López hizo venir de Curumbá el batallón 10 que estaba allí de guarnición; este batallón era fuerte de 700 hombres y compuesto de magníficos

soldados. Al mismo tiempo hizo bajar á la Asunción á todos los habitantes de Curumbá, escepto la guarnición. Estos eran por lo general comerciantes y tenderos ricos. Recibieron la órden de marchar una hora antes de partir, y no se les permitió llevar más equipaje que un baúl; se les ordenó igualmente dejaran sus puertas abiertas. En la Asunción vivían miserablemente, y es probable que en el día no exista ninguno.

Cuando los aliados llegaron al Paso de la Patria, á principios del año, López ordenó que todos los habitantes que residían sobre el Paraná se retiraran á Misiones ó á cualquier otro punto al norte del arroyo Hondo. Estas pobres jentes tuvieron que abandonar todo cuanto poseían en sus propias casas, que se reducía por lo general á las escasas plantaciones de habas, tabaco y algunos naranjos que cultivaban por sus propias manos. Habiendo salido casi con lo puesto, padecieron grandes sufrimientos y escaseces y muchos perecieron de hambre.

Después de la batalla del Sauce los aliados levantaron cuatro nuevas baterías, á saber: una en Piris, otra en Punta Carapá y dos reductos avanzados. Desmontaron los bosques y palmares, que obstruían el frente de su campamento, dejándolo despejado desde su derecha hasta el Potrero Piris. Los paraguayos abrieron también una nueva trinchera, continuando la del Paso Gómez á través de las selvas en dirección á su derecha. Allí se internaba en el Potrero Sauce, pasando de este punto hasta Chichi. La zanja del Potrero Sauce fue profundizada más tarde, y convertida en un canal para distraer el curso del Bellaco.

Para impedir la entrada de espías y la deserción de soldados, todo el frente de las líneas paraguayas estaba acordonado de centinelas, colocados á diez pasos unos de otros. Cada uno de estos centinelas daba el alerta en voz baja á todos los que pasaban, aunque fuera por su retaguardia. El centinela de cada pieza hacía la misma cosa, dando un pequeño golpe en la vaina de su sable, señal á que obedecía todo el mundo, permaneciendo inmóvil hasta que lo hubiera examinado el cabo de guardia. Varios paraguayos de buenas familias, desertaron al enemigo y López determinó, en consecuencia, poner fin á estas deserciones.

Bolivia y el Perú protestaron contra el tratado de la triple alianza, y Chile parecía dispuesto á seguir su ejemplo. El Paraguay esperaba que las Repúblicas del Pacífico le prestarían su ayuda material, como le habían pres-

tado su apoyo moral para sostener su causa. Al mismo tiempo, se publicó en el *Semanario* el tratado secreto; esta publicación tuvo por efecto convencer á muchas personas del derecho con que López hacía la guerra á los aliados, y que el paraguay combatía por su propia existencia.

Como se verá por el plano respectivo, si los aliados hubieran tomado á Curupayty habrían quedado á retaguardia de los paraguayos. El carrizal se estiende desde el Paraná hasta Curupayty, y en este punto tiene 2,500 yardas. Como Curupayty, por el lado del río, estaba defendido por una batería, si los aliados no querían esponer sus tropas amontonadas en los vapores al fuego de las fortificaciones durante el pasaje, tenían que desembarcar al Sud, es decir, antes de llegar á la batería. López precaviendo este caso hizo abrir una trinchera en Curuzú para protejer la batería, 3,000 yardas al Sud de Curupayty, que se estendía desde una laguna sobre la izquierda, hasta el río Paraguay por la derecha. Colocaron sobre el río como batería avanzada, dos cañones de 32 y uno de 8 pulgadas. La batería y trinchera de Curuzú eran sostenidas por 2,500 hombres y estaban armadas con trece piezas. El jeneral Díaz mandaba en gefe, y los capitanes de marina Gill, Ortiz y el mayor Lagos la artillería.

Al frente y al Sud de la trinchera, el único camino posible tenía que hacerse á través de un monte de cañas, en el cual los paraguayos habían practicado ya una estrecha picada. Este camino, se va ensanchando hasta terminar en un descampado casi cuadrado como de 400 yardas, al enfrentar la trinchera. La picada era enfilada por la batería; esta no podía ser atacada de plano por tierra, y aún cuando estaba espuesta al fuego enfilado de la escuadra, no podía ser vista porque un monte la ocultaba.

El terreno entre Curuzú y Curupayty está cortado por muchas lagunas que nacen de la continuación de aquella en que se apoyaba la trinchera de Curuzú, y que se estiende casi hasta el río Paraguay. Por consiguiente, el único camino entre Curuzú y Curupayty es á lo largo del río. Entre las lagunas ya mencionadas se hallan pequeñas alturas cubiertas de *cortaderas* y árboles espinosos llamados "Aromitas", cuyas flores exhalan un perfume delicioso. Las lagunas tienen como cuatro pies de profundidad y su fondo es movedizo, de manera que el terreno entre Curuzú y Curupayty puede decirse que es intransitable, escepto por el camino de la costa, que en sus puntos más estrechos solo admite cuatro hombres de frente, siendo mucho más

ancho frente á Curupayty, que está situado en una llanura perfectamente plana, en la cual lo están también Humaitá y Tuyu-Cué. Su altura sobre el nivel del carrizal es de 20 pies y de 30 sobre el del río.

El primero de setiembre de 1866, la escuadra aliada empezó el bombardeo de Curuzú, pero infructuosamente. La batería contestó y murieron varios brasileros á bordo de la escuadra. El bombardeo continuó el día 2, y el 2° cuerpo del ejército brasilero bajo las órdenes del Barón de Porto-Alegre, compuesto de 14,000 hombres, se embarcó en Itapirú y desembarcó en las Palmas, protejido por siete cañoneras, sin oposición alguna, y subiendo por la marjen izquierdo del río acampó frente á Curuzú. Ese día hubo un bombardeo furibundo: algunos de los buques se presentaron frente á las baterías de Curuzú; uno de ellos, el encorazado "Janeiro" de seis cañones, después de tener atravesadas sus chapas de 4 pulgadas por balas de 68, fue echado á pique por un torpedo, que esplotó bajo su quilla, ahogándose la mayor parte de su tripulación, inclusive su capitán. Este fue el único encorazado echado á pique durante la guerra. El "Ivahy" perdió una de sus calderas, y todos los buques que tomaron parte en la acción llevaron una buena rociada de balas de 32 y 68. El cañón de 8 pulgadas fue desmontado por una bala que le llevó un muñón. Un vijía paraguayo que estaba colocado en un árbol fue hecho pedazos por una bala, pero esta fue casi la única desgracia de aquel día.

El día 3 se renovó el bombardeo y Porto-Alegre atacó la trinchera de Curuzú, avanzando con bravura bajo el fuego enfilado de la batería, y marchando con el agua casi hasta el pescuezo, flanqueó su izquierda por el punto en que se apoyaba en la laguna. Viéndose la guarnición atacada por la retaguardia y por el flanco, se puso inmediatamente en retirada. Los brasileros, al avanzar sobre la trinchera perdieron cerca de 2,000 hombres; flanqueada la posición perdieron aún algunos más, y entonces empezaron las pérdidas de los paraguayos, que dejaron en el campo 700 muertos y tuvieron 1,700 heridos que lograron salvarse. El batallón 10, que hasta entonces no se había batido, defendía el flanco izquierdo de la trinchera; pero cuando los brasileros empezaron á flanquearlo, todo él puso pies en polvorosa, escepto su gefe que murió. El resto de las tropas combatió brazo á brazo y con bravura por un corto tiempo, pero pronto fue abrumado por el número y tuvo que retirarse dejando toda la artillería en poder del enemigo. En los

momentos en que los brasileros tomaban posesión de la batería, voló un polvorín y les mató doce hombres. Un soldado paraguayo y otro brasilero se arrojaron uno sobre otro, tan ferozmente que se traspasaron simultáneamente con sus bayonetas. El capitán Montiel, comandante de un regimiento de caballería desmontada, recibió varias heridas y quedó por muerto en el campo, pero recobrando su sentido se encontró en la retaguardia del enemigo que marchaba en dirección á Curupayty. Este oficial, arrastrándose como pudo, logró volver á su campamento, á través del enemigo.

Porto-Alegre solo persiguió á los paraguayos por algunos centenares de yardas, volviéndose en seguida y acampando en el terreno cuadrado de que antes hemos hablado, situado al Sud de la trinchera de Curuzú. Esta victoria le valió el título de vizconde.

Si hubiera continuado la persecución podía haber pasado por Curupayty sin perder un hombre; habría tomado la batería, quedándole todavía 12,000 hombres para caer sobre la retaguardia de López, mientras Mitre y Flores lo acometían por el frente. Los aliados en ese día hubieran tomado inevitablemente todas las posiciones paraguayas y destruido su ejército.

Se dice que Porto-Alegre pidió refuerzos á Mitre para atacar á los paraguayos, pero que no se hizo caso de su petición.

Algunas de las mal dirijidas balas de la escuadra pasaron por la casa de López, y mataron un hombre, una mujer y una criatura. López partió como un rayo, retirándose á un punto, 2,000 yardas más lejos, sin que nadie supiera donde se había metido. Al día siguiente, hizo principiar un ancho muro de tierra y se trabajó en él furiosamente, para cubrir su habitación de Paso Pucú por el lado de Curupayty. Este muro tenía 15 pies de altura, 36 de ancho en la base, 12 en la parte superior y 90 de largo. El trabajo quedó concluido en pocos días.

Los paraguayos se habían retirado á un punto igualmente distante de Curuzú y Curupayty, y guareciéndose tras de un ligero parapeto, que habían levantado; pero éste era una mala posición, pues estaba espuesta al fuego de la escuadra y era fácil de flanquear. Sin embargo, la línea de defensa era corta.

Cuando López supo la toma de Curuzú, reprendió al jeneral Díaz, quien contestó que él no podía impedir la fuga de los soldados. López le ordenó entonces que diezmara el batallón número 10, repartiera el resto de la tropa

en otros batallones y remachara una barra de grillos al mayor Sayas. Con arreglo á esta órden fue formado en línea, y contando de uno á diez se sacaba de las filas al décimo soldado; se empezaba de nuevo por el número uno, repitiéndose la operación hasta concluir con el batallón; entonces, el jeneral Díaz, que tenía listos los tiradores suficientes, hizo fusilar á todos los hombres á quienes había tocado el número 10, en presencia de toda la división que había sido muy reforzada. Los oficiales del batallón se sortearon por medio de pajas largas y cortas; los que sacaban las largas eran fusilados inmediatamente. El resto fue degradado, y los soldados repartidos en los demás batallones de la división.

Los paraguayos, en su nueva posición, continuaban ocultos para la escuadra á causa de los bosques. Sin embargo, ésta conocía más o menos su posición y continuamente les lanzaba una lluvia de metralla; pero como los soldados estaban parapetados, les causaba poco daño. Curupayty era también bombardeado continuamente.

Se abrieron algunos fosos á lo largo de las lagunas que no eran bastante profundas para impedir el pasage de las tropas. Pocos días después, supo López que dos divisiones arjentinas se preparaban á embarcarse en Itapirú para reunirse con Porto-Alegre, y fue solamente desde aquel momento que López empezó á temer por Curupayty. Entonces adoptó la idea que yo le había sugerido días antes y de la cual no había hecho caso, a saber: abrir una trinchera á lo largo de la escarpada barranca que parte de la batería de Curupayty, siguiendo el borde del carrizal, que es el punto donde principia la llanura de Curupayty. Comprendió la necesidad de llevarla á cabo inmediatamente. Hablando del giro que tomaban los acontecimientos, dijo: *las cosas no pueden tener un aspecto más diabólico*. Reforzó al jeneral Díaz remontando sus fuerzas á 5,000 hombres y le envió más artillería de campaña. Fue recién en la tarde del 8 de setiembre que determinó ocupar la posición de Curupayty abriendo la trinchera, que tendría 2,000 yardas de largo y le sería de inmensa utilidad, dado el caso que estuviera concluida cuando la atacaran los aliados.

La noche era profundamente oscura, y las tropas y la artillería tenían que abrirse camino á través de un inmenso y espeso bosque, para tomar su nueva posición y trazar la trinchera. La confusión de aquel movimiento fue terrible: los soldados buscaban á sus oficiales y los oficiales á sus soldados.

Se dejó una vanguardia en la trinchera, que estaba á medio camino entre Curuzú y Curupayty. Si los brasileros hubieran avanzado en aquel momento, no habrían encontrado oposición alguna. La trinchera tuvo que empezarse en el bosque, tan pronto como fue posible derribar los árboles, y sin ocuparse de otra cosa que de concluir su perfil general. La arcilla estaba estremadamente dura, y los picos apenas la penetraban. Al mismo tiempo, se construyeron nuevas plataformas para los cañones, tanto para la trinchera como para el río; la madera empleada era siempre recién cortada de los bosques, pues jamás había provisión de reserva. Se puso el mayor empeño en adelantar las obras.

López estaba enteramente convencido de que los aliados se disponían á darle el golpe de gracia, y creyó conveniente tratar de entrar en arreglos con ellos, ó cuando menos, ganar tiempo para fortificar á Curupayty. Con este fin, el 10 de setiembre dirijió una nota al presidente Mitre, diciéndole simplemente que tenía el honor de invitarlo á una conferencia particular, en cualquier sitio ó lugar que Mitre indicase. La carta fue llevada aquella tarde por el coronel Martínez, bajo bandera de parlamento y acompañado por un corneta. A pesar de la bandera blanca y del toque de atención, las guardias avanzadas le recibieron á balazos y Martínez tuvo que retirarse. Al día siguiente, se presentó de nuevo y fue bien recibido, diciéndole también que el oficial que le había hecho fuego el día anterior había sido severamente castigado. La nota fue llevada á Mitre, que se trasladó personalmente á la carpa de Polidoro, donde se encontró también con Flores; después de una consulta de media hora, escribió su contestación, diciendo que tenía el honor de aceptar la entrevista y fijándola para el día siguiente á las 9 de la mañana, entre las guardias avanzadas, en un punto llamado Yataiti-Corá. Entonces, hizo llamar á Martínez al cuartel general brasilero, donde le entregó la nota para López, quien contestó en la misma tarde, avisando que asistiría puntualmente al lugar indicado.

Al día siguiente (12 de setiembre de 1866), López se vistió con un traje del todo nuevo, que se componía de un kepi, una casaca sin charreteras, un par de botas granaderas y otro de espuelas, y para completarlo un par de guantes: las botas y las espuelas no las abandonaba nunca, porque pretendía imitar á Napoleón. Sobre el traje militar agregó su poncho favorito, que era de paño grana, forrado de vicuña, ribeteado con un galón de oro y la abertura ricamente bordada, también de oro.

La escolta no se presentó con uniforme de parada, sino simplemente con las camisetas de costumbre. El jeneral Barrios y sus hermanos Venancio y Benigno López formaron también parte de la comitiva. Hasta la trinchera fue conducido en un carruaje americano de cuatro ruedas y recién allí montó su caballo blanco. Al partir del cuartel general con su comitiva, hizo un largo rodeo para salir por el Paso Gómez y hacer creer al enemigo que este era el único camino que existía.

Al llegar al Paso, que de las líneas paraguayas conducía á Yataiti-Corá, era evidente que López tenía gran miedo de que el jeneral Mitre le hubiera tendido un lazo, porque además de las guardias de costumbre hizo emboscar en el Paso, á corta distancia del sitio en que tuvo lugar la conferencia, un batallón entero de rifleros. Llevaba como escolta ostensible 24 hombres de la caballería de la guardia y un séquito como de 50 oficiales, que componían su estado mayor. Estos últimos no guardaban formación alguna, antes por el contrario remolineaban como un rebaño de ovejas. Cuando pasó la línea divisoria de los dos campos, López se descompuso y hubo de desmayarse; pero bebió un baso de cognac con agua y se repuso: continuó su marcha y poco después se vio llegar al jeneral Mitre, con un pequeño estado mayor y una escolta de 20 lanceros.

El uniforme de Mitre consistía en una casaca con cinturón y tiros blancos y un sombrero viejo de fieltro con alas anchas y copa baja, que le daba cierta semejanza á Don Quijote. Las escoltas hicieron alto y los dos presidentes se adelantaron solos, y á cierta distancia, pero al habla de sus ayudantes. Algunos minutos después, Mitre mandó llamar á Polidoro y á Flores para que asistieran á la entrevista. El primero contestó que desde que el general en gefe estaba presente, su presencia era innecesaria. Flores vino y fue presentado á López, éste le acusó de ser el causante de la guerra por haber solicitado y obtenido la intervención brasilera en la Banda Oriental, á lo que Flores contestó que nadie era más celoso que él por la independencia de su patria.

Los dos presidentes se presentaron mutuamente, López al jeneral Barrios y á sus dos hermanos, y Mitre al jeneral Flores y á algunos otros oficiales. Flores se retiró algunos momentos después, quedando solos los dos presidentes. Su conferencia privada duró cinco horas seguidas. López hizo traer sillas y una mesa; durante el tiempo de la conferencia unas veces permanecían sentados y otras se paseaban. Como había tinta y papel se levantó un protocolo, en el que se estableció que S.E. el mariscal López había invitado al presidente Mitre á tomar en consideración si la sangre derramada ya no era bastante para lavar sus mutuos agravios, y que S.E. el presidente Mitre se había limitado á contestar que pondría el asunto en conocimiento de los gobiernos aliados, que eran los únicos competentes para resolver en la cuestión.

Durante la entrevista, cuando López encarecía sus sentimientos pacíficos, Mitre le contestaba que él no podría tomar determinación que no estuviera de completo acuerdo con el tratado de alianza, y preguntó a López si creía que bajo estas bases podría terminar la guerra. López contestó que jamás podría aceptar las condiciones de ese tratado, que nunca podría servir de base á un tratado de paz y que si esas eran las únicas condiciones que se le hacían, las resistirían hasta el último estremo. Brindaron con agua y coñac y cambiaron sus látigos en recuerdo de la entrevista. Mitre dijo á López que las operaciones de la guerra serían llevadas adelante con el mayor vigor. Después de esto se separaron.

López, después de la entrevista, presentaba un aspecto al parecer sombrío. En el camino se detuvo á comer en una casa antes de llegar al cuartel general donde fue recibido y consolado por el obispo y madama Linch.

Mitre se condujo de la manera más caballeresca durante toda la entrevista. A pesar de haber dicho á López claramente que las operaciones de guerra no serían interrumpidas, los inútiles bombardeos diarios fueron suspendidos en honor de la entrevista que había tenido lugar. Dos de los ayudantes de Mitre obtuvieron permiso durante esta especie de tácito armisticio, para acercarse á conversar con los oficiales paraguayos de la guardia avanzada, y fueron tomados y detenidos por López; murieron al fin, á causa de la miseria y de los malos tratamientos. Los soldados aliados obtuvieron también permiso para ir á conversar con los paraguayos de las guardias avanzadas. Estos fueron más afortunados, porque se contentaron con decirles que se mandaran mudar.

López se aprovechó de la cortesía del jeneral Mitre para cometer un ultraje horrible contra todas las ideas de la buena fe. Algunos de los emigrados paraguayos se hallaban en el ejército aliado sirviendo contra López en la Lejión Paraguaya. Uno de estos, D. Luciano Recalde, que pertenecía á una

familia distinguida, había salido del Paraguay en el tiempo de López I, y otro llamado Ruiz, con algunos compañeros pertenecientes al mismo cuerpo, se habían acercado á las avanzadas paraguayas á conversar con sus paisanos, y habían convenido con ellos en volver al día siguiente, acompañados de Luciano Recalde y algunos otros, con el objeto de tomar mate. López supo esto, y mandó al coronel Montiel (entonces teniente) para acecharlos y apoderarse de ellos. Al día siguiente, Montiel y dos ó tres hombres más, se ocultaron en el pasto, y mientras las visitas tomaban el mate, se lanzaron sobre ellas asegurando á un Ruiz y á otro llamado Soriano, después de herirlos mortalmente. Recalde logró escaparse. Esta iniquidad puso á López contentísimo y mandó matar á azotes á Ruiz y á su compañero. Estos paraguayos estaban con el jeneral Flores, que cuando supo lo que había sucedido, rompió un furioso bombardeo sobre Paso Gómez.

Después de este acontecimiento, todos los paraguayos que habían caído prisioneros en la Uruguayana y que volvían al ejército de López, eran muertos á azotes, diciéndoseles que debían haber vuelto antes.

En la tarde del 12 de setiembre, día de la conferencia entre López y Mitre, el 1° y 2° cuerpo del ejército arjentino fueron embarcados en Itapirú y enviados á Curuzú, porque todo estaba ya dispuesto para llevar un gran ataque sobre Curupayty.

Los paraguayos trabajaron mucho en las fortificaciones de este punto. Se montaron en ella 8 cañones de 8 pulgadas, de estos solamente dos sirvieron para defender el frente por tierra, cuatro esclusivamente por el río y los otros dos fueron colocados en el flanco derecho, para batir igualmente la tierra y el río. Varios cañones de 32 fueron repartidos, tanto en la batería del río como en la trinchera, y cinco piezas de 12 y cuatro de 9 (artillería de Flores, única rayada que poseían los paraguayos) fueron colocadas en posición sobre la trinchera. El total de cañones subía á 49 piezas, á más de dos baterías de coheteras, 13 de aquellas pertenecían á la batería del río y las demás á la trinchera. La batería del río era mandada por el capitán Ortiz y el mayor Sayas, que fue sacado de la prisión para tomar parte en la acción. En la trinchera, la artillería de la derecha era mandada por el capitán Gill, la del centro por el capitán Saguier y la de la izquierda por el coronel Hermosa (entonces mayor). El jeneral Díaz mandaba en gefe. La infantería estaba bajo las órdenes del coronel González y ascendía á 5,000 hombres.

En la tarde del 21 de setiembre, López me envió a examinar á Curupayty y dar parte de su estado. Todo acababa de ser concluido. El foso tenía seis pies de profundidad y once de anchura y toda la artillería estaba en posición. Se había terminado la colocación de un lijero *abatís* en toda la extensión del foso; y di parte á López que la posición estaba fuertísima y que podría ser defendida con ventaja.

La derecha de la trinchera arrancaba del río y la izquierda de la laguna López; y se había tomado todas las precauciones posibles para que el enemigo no pudiera flanquear la posición por el agua, como había sucedido en Curuzú.

López, por este tiempo, estaba enfermo en cama, pero cobró ánimo con las noticias, y llegando poco después el jeneral Díaz muy alegre, López *abandonó* la tristeza y esperó el ataque con ansiedad.

La gran batalla tuvo lugar el 22 de setiembre de 1866. Empezó por un gran bombardeo de la escuadra (que contaba entonces 8 encorazados). Dos de éstos, el "Brasil" y el "Barroso" levantaron anclas y navegaron aguas arriba hasta pasar á retaguardia de la batería, pero hicieron muy poco daño á causa de la altura de la barranca. La batería sostuvo un fuego continuo, contra los encorazados causándoles muchas averías. Una bala de 150 pegó en una pieza de 8 pulgadas colocada en la batería del río, llevándole el segundo cuerpo y desmontándola. La misma bala mató al mayor Sayas. Esta pieza fue usada después en las trincheras durante toda la guerra, para tirar metralla.

A las 12 del día, los aliados llevaron el ataque en 4 columnas, una se dirijió sobre la izquierda paraguaya, dos sobre el centro y la cuarta sobre la derecha, á lo largo de la marjen del río. La última columna marchaba por un buen camino y algunos de sus soldados llegaron hasta la trinchera, muriendo dos ó tres de ellos dentro del foso mismo. Algunos de los hombres de las columnas del centro llegaron también hasta el borde del foso, pero los que debían atacarla por la izquierda ni se le acercaron. Tan luego como los aliados dejaron su campamento de Curuzú, los paraguayos rompieron el fuego con su artillería. Cuando estuvieron cerca, a pesar de la gallardía con que avanzaron, fueron puestos en confusión por los terribles fuegos cruzados de las trincheras paraguayas que se concentraban sobre ellos en todas direcciones; las enormes metrallas de las piezas de 8 pulgadas hacían un estrago

atroz á la distancia de 200 á 300 yardas. Algunos gefes arjentinos montados á caballo, llegaron hasta el mismo borde del foso, donde permanecieron animando á sus soldados, pero casi todos ellos perecieron. La columna que atacó la derecha tuvo el mejor camino, pero durante toda su marcha estuvo espuesta al fuego de enfilada, y cuando llegó cerca de la trinchera sufrió el fuego concentrado de muchas piezas que la ametrallaban horrorosamente. Las columnas del centro y de la izquierda se detuvieron largo tiempo, por los casi intransitables esteros que tenían que atravesar.

Los aliados colocaron un batería de campaña, en una pequeña altura frente á la izquierda paraguaya, pero no causó perjuicios de importancia y fue desmontada muy luego. Enviaron también dos batallones al Chaco, frente á las baterías para enfilar la trinchera. Los aliados sostuvieron un nutrido fuego de mosquetería con sus rifles, desde que se pusieron á tiro, pero solo consiguieron matar ó herir algunos pocos artilleros porque la infantería paraguaya permanecía oculta tras de los parapetos; cuando los aliados se pusieron á tiro de sus pobres fusiles de chispa, se levantaron y rompieron el fuego.

Los soldados aliados llevaban fajinas hechas con juncos y cañas, para llenar la trinchera, y escaleras de 15 pies de largo. Llevaban también sus cacerolas porque pensaban cenar en Humaitá. Cuando Mitre que estaba parado en la trinchera de Curuzú comprendió que el ataque era infructuoso, ordenó la retirada, dejando sobre el campo un inmenso número de soldados. La pérdida de los aliados se calculaba en 9,000 hombres entre muertos y heridos. Los partes oficiales daban solamente 2,000 arjentinos y 2,000 brasileros. Quedaron en poder de los paraguayos más de 5,000 hombres y solamente en el hospital de Corrientes existían 104 oficiales y 1,000 soldados heridos, enviados todos desde Curupayty. Los partes oficiales arjentinos dan 153 oficiales (incluso 16 gefes) y 1,843 muertos y heridos, y los brasileros 200 oficiales y 1,700 soldados.

El parte de Tamandaré sobre las pérdidas de la escuadra en aquel día, da 2 oficiales y 19 hombres muertos y heridos, pero uno solo de los encorazados tuvo 27 soldados fuera de combate; en el parte de Tamandaré se decía que varias chapas habían sido rotas y muchos pernos arrancados por las balas; decía también que la madera interior había sufrido mucho. Al "Barroso" se le desmontaron dos piezas de 68 y muchas balas penetraron por las troneras de los buques.

El valiente coronel arjentino Rivas, fue herido y proclamado jeneral sobre el campo de batalla. El coronel Charlone fue herido muy cerca de la trinchera paraguaya, y era conducido por cuatro soldados cuando una metralla mató á los cinco.

Las pérdidas de los paraguayos fueron increíblemente pequeñas, su total entre muertos y heridos no pasó de 54 hombres. La mayor parte de ellos fueron heridos por las balas de los rifleros del Chaco. El teniente Lescano, ayudante favorito de López, fue muerto por uno de ellos, atravesándole el pescuezo con una bala. El teniente Urdapilleta fue también herido por ellos en el brazo.

Cuando el enemigo se retiró, López ordenó al batallón 12 que saliera de la trinchera á recojer las armas y los despojos, y además de esto hizo una verdadera *mossaere* con todos los heridos. Les preguntaban si podían caminar y los que contestaban que no, eran asesinados inmediatamente. Apenas había uno que otro que pudiera andar, pues los que podían hacerlo se habían retirado adentro de sus líneas. Interrogado un teniente Quinteros, que tenía la rodilla rota, si podía caminar, respondió que no; entonces, el soldado comenzó á cargar su fusil para matarlo, pero el oficial logró arrastrarse como pudo y se salvó.

Apenas se tomaron una media docena de prisioneros, pues los demás fueron muertos. Fueron tomados dos paraguayos de la Uruguayana y el jeneral Díaz los colgó de unos árboles bajo su propia responsabilidad. Uno de ellos tardó mucho en morir, y rogó á Díaz lo hiciera matar porque sufría atrozmente. Díaz contestó que eso era justamente lo que él deseaba.

El batallón 12 volvió vestido con los uniformes arjentinos que habían quitado á los muertos; encontraron muchos relojes y libras esterlinas, porque los soldados aliados habían sido pagados recientemente. Se vistieron varios batallones con los uniformes de los muertos, y se tomaron más de 3,000 rifles de Lieje, en buena condición, pero un gran número habían sido estropeados por las balas. Se recojió una gran cantidad de libras esterlinas, que Madama Linch compró por papel moneda. Se tomaron también muchos tambores y cornetas, pero ninguna bandera.

Durante el bombardeo, la escuadra brasilera arrojó cerca de cinco mil bombas. Lanzaron también algunas preciosas balas rayadas Whitworth de á 1 y bombas fulminantes; estos proyectiles son tan bonitos que casi podría haberse considerado un consuelo ser muerto por uno de ellos.

Los paraguayos hicieron como siete mil tiros de cañón.

El jeneral Díaz estuvo á caballo durante todo el combate, muy entusiasmado, haciendo echar dianas y tocar la música.

Durante este combate, López estaba en su casa de Paso-Pucú, pero distrayéndose un momento salió un poco más allá de su terraplén, repentinamente se oyó el silvido de una bala y el mariscal ganó su casa corriendo como un gamo. Estas *heroicidades* el único efecto que produjeron sobre su jente fue hacer que le rogaran encarecidamente *que no se espusiera.*

Esa misma noche, el jeneral Díaz se presentó en su casa y tuvieron una cena en que bebieron sendas copas de champagne. López se emborrachó y alborotó muchísimo, pero esta fue la única vez que lo hizo.

Los muertos fueron arrojados en las sanjas que como hemos dicho habían sido abiertas á lo largo de los bordes de las lagunas, frente á Curupayty. Las lagunas mismas estaban también llenas de cadáveres. Cuando las sanjas se llenaron, el resto fue arrojado al río. Bien entendido que todos fueron desnudados, porque la ropa escaseaba mucho en el ejército paraguayo.

Polidoro tenía órden de asaltar el centro en Paso-Gómez, el mismo día que se atacaba á Curupayty. Pero no dio un solo paso, contentándose con formar sus hombres un poco afuera de sus trincheras, para hacer creer á los paraguayos que iba á avanzar. Si hubiera asaltado á Paso-Gómez hubiera sufrido más horriblemente que Mitre en Curupayty, porque se hubiera expuesto tanto al fuego de frente como al de flanco, y además de no tener el socorro de la escuadra, el camino era peor que en Curupayty. Fue muy vituperado por los aliados, pero considerando el resultado de las cosas obró con acierto.

El jeneral Flores, con la caballería aliada, se internó por la izquierda paraguaya, atravesando el Bellaco en Paso Canoa, matando y tomando á unos 20 hombres que estaban de guardia en ese punto y llegando hasta Tuyu-cué, permaneciendo algún tiempo sobre la altura cercana á Paso Canoa. López tenía varios batallones y rejimientos de reserva en Paso Pucú. Estos no tuvieron órden de moverse, hasta que la victoria de Curupayty fue decisiva; entonces, López mandó el batallón 12 para juntar armas y dos rejimientos de caballería para cortar á Flores. Pero sabiendo este gefe que el ataque sobre Curupayty había fracasado, se retiró á tiempo. El 24 del mismo mes, Flores partió para Montevideo por un corto tiempo.

Todos los argentinos se embarcaron en Curuzú, quedando allí solamente el cuerpo brasilero bajo las órdenes de Porto Alegre. Las fuerzas brasileras, que consistían todavía en 8,000 hombres sanos, trabajaron vigorosamente en atrincherarse.

Si Curupayty hubiera sido atacado de noche habría habido alguna posibilidad de tomarlo, pero atacándolo de día, después de dar á los paraguayos todo el tiempo que precisaron para fortificarlo, no había probabilidad alguna de conseguirlo.

Después de esta batalla no hubo combates de importancia durante catorce meses, es decir, hasta que los paraguayos quemaron y saquearon el campamento aliado en Tuyutí, permaneciendo los aliados en una actitud pasiva hasta febrero de 1868.

CAPÍTULO XIV

Inacción de los aliados. – El cólera. – La artillería de Whitworth. – Los antiguos cañones lisos. – Muerte del Jeneral Díaz. – Manufacturas en el Paraguay. – Aniquilamiento de la espedición brasilera en Matto-Grosso.

Después del asalto de Curupayty, ambas partes permanecieron en completa inacción durante largo tiempo. López no tenía hombres que desperdiciar en un ataque, y los aliados rumiaban su derrota.

La escuadra bombardeó diariamente á Curupayty durante 18 meses, importándoles poco desperdiciar dos mil bombas antes de almorzar, constando de sus partes oficiales que solían arrojar cuatro mil por día. Curuzú estaba también armado con una batería de cañones Whitworth de á 32 y 12 y otro con batería Lahitte con cañones de 32, que bomitaban continuamente fuego, sobre el malhadado Curupayty. Todo este cañoneo era tan mal dirijido, que apenas si hacía algún daño. Seguramente, el fuego de la escuadra durante todo este tiempo no mató á los paraguayos ni cien hombres. Las espoletas de las bombas brasileras estaban calculadas para producir la es-

plosión á una distancia dada, pero no esplotaban regularmente, porque desde el principio fueron muy mal hechas. Como una cuarta parte de sus bombas esplotaban en el momento de partir, por ser mal fundidas y además porque para usarlas en cañones Whitworth es necesario someterlas á una presión muy fuerte; como una cuarta parte no reventaban, y las demás esplotaban á distancias enteramente irregulares. Los paraguayos habían construido chozas á cubierto de los parapetos, de manera que nunca se esponían muchos hombres, pero el estar siempre metidos dentro de ellos, les quebrantó la salud. Una bomba que cayó en un polvorín lo hizo volar, pero afortunadamente no hizo gran daño.

La escuadra solía á veces enmudecer por un día, y otras rompía un furioso bombardeo en medio de la noche; el espectáculo que presentaban curvas descritas por las bombas y trazadas en la oscuridad por sus espoletas, era verdaderamente grandioso. Los brasileros solían meter en sus cañones todo cuanto Dios crió, además de las balas, como por ejemplo, rejillas, pedazos de cadenas, etc., y una vez enviaron hasta un pedazo de fierro cuadrado de dos pies de largo.

Cuando empezaban los bombardeos, los paraguayos que se habían surtido de astas al propósito, rompían una música infernal que iniciada en una estremidad de la línea iba repitiéndose sucesivamente hasta la otra, produciendo un alboroto diabólico. Estas astas tenían en la punta una pequeña abertura por donde se soplaba, produciendo un sonido parecido al de una trompeta, se les llamaba turututús y ponían á Caxías casi fuera de juicio.

La escuadra tenía una vanguardia de encorazados, que estaba anclada á tiro de Curupayty, aunque no era visible por estar oculta detrás de la punta saliente de una selva. Sin embargo, se les veía desde la estrema derecha de la batería. Esta vanguardia era relevada cada 15 días, y para esto se ponía en movimiento toda la escuadra y algunos de los encorazados se presentaban á la vista de la batería. En estos casos eran saludados convenientemente y no se retiraban sin haber sufrido algún daño. En febrero de 1867, los comandantes de los encorazados "Herval" y "Silvado" fueron muertos, y una bala atravesó de parte á parte el costado de "Cabral". La cañonera "Belmonte" fue incendiada una vez por una bomba paraguaya, pero aunque con dificultad fue salvada. El buque que servía de hospital en Curuzú, se incen-

dió. El vapor "Marqués de Caxías" se quemó accidentalmente en Corrientes á principios de 1867. El encorazado "Brasil", después del ataque de Curupayty, fue enviado á Río Janeiro con el objeto de repararlo, y no volvió hasta mayo de 1867, en cuyo tiempo la escuadra contaba con 12 encorazados.

En enero de 1867, tres de estos subieron aguas arriba hasta enfrentar las baterías y las bombardearon; pero, como otras veces, se retiraron. La escuadra brasilera tenía bombarderas que montaban piezas de 13 pulgadas, las que también arrojaban continuamente bombas sobre Curupayty. En diciembre de 1866, dos pequeños encorazados y una bombardera, se introdujeron en la laguna Piris, ensanchando su embocadura con el objeto de bombardear el Potrero Sauce. Esto se hizo varias veces, pero sin éxito. Desde la laguna Piris no se veía nada, escepto las selvas que rodeaban la posición paraguaya.

En enero de 1867, una cañonera remontó el Paraná hasta Itatí, con el objeto de hacer un reconocimiento. La pequeña guardia paraguaya que había en el pueblito se retiró á los montes y la tripulación de la cañonera desembarcó, entró en la casa y se puso á recojer el maíz, que crecía cerca de ella. Mientras se ocupaba de esto, la guardia paraguaya cayó sobre ella y le mató un teniente y varios soldados; el resto escapó.

En mayo de 1867, la escuadra bombardeaba día y noche sin cesar, gastando enormes cantidades de municiones.

El 21 de diciembre de 1866, el almirante Tamandaré fue relevado por el almirante Ignacio, para mayor gloria del ejército y de la marina, porque todo el mundo estaba harto de la inacción de la escuadra, y se había probado ya que los encorazados podían esponerse al fuego de las baterías sin gran riesgo. Sin embargo, Ignacio solo señaló el principio de su reinado, redoblando la intensidad del bombardeo.

El ejército aliado, después de la derrota de Curupayty, se ocupaba solamente de fortificar á Curuzú y Tuyuti. En el primer punto, se construyeron algunas fuertes trincheras y se levantó una ciudadela, todo perfectamente artillado. Porto Alegre, el gefe de este punto, vivía por conveniencia á bordo de un buque que se hallaba cerca de la costa. La tropa estaba sumamente amontonada y sufría mucho con los bombardeos paraguayos.

El 20 de diciembre de 1867, el marqués de Caxías, *mariscal* del ejército, llegó al Paraguay con el objeto de tomar el mando de todas las fuerzas bra-

sileras. Por consiguiente, la escuadra que hasta entonces había sido un poder independiente, sujeto solo á la voluntad del almirante, quedó bajo sus órdenes. Polidoro volvió al Brasil. Porto Alegre fue también á divertirse por allí, desde diciembre hasta marzo, dejando el mando de Curuzú al general Argollo. Cuando volvió, Argollo pasó á Tuyuti y tomó el mando de este punto.

Después de la batalla de Curupayty, el jeneral Paunero con 4,000 hombres marchó á sofocar una insurrección en el interior de la República Arjentina, que amenazaba su tranquilidad. Con los nuevos contingentes que llegaban diariamente, el ejército arjentino constaba en enero de 1867, de 14,000 hombres. López recibía siempre noticias de estas pequeñas revoluciones, y solía animar á sus soldados, diciéndoles que los arjentinos se verían obligados á abandonar muy pronto la guerra á causa de estos disturbios.

El primer acto de Caxías, al recibirse del mando de los brasileros, fue publicar una órden del día, prohibiendo á los oficiales brasileros llevar signo de ninguna naturaleza, que los distinguiera de sus soldados, esceptuando sus espadas. Sus kepies eran cubiertos de blanco como los de la tropa. Esta medida fue tomada porque los paraguayos siempre que reconocían algún grupo de oficiales, les hacían fuego en el acto. Otra gran medida de Caxías fue la promesa que hizo en enero de 1867, de estar de vuelta en Río Janeiro en el mes de mayo próximo, después de haber terminado la campaña contra López. Fuera de esto, Caxías no hizo nada en 15 meses.

En setiembre de 1866, empezaron á llegar los primeros brasileros de un nuevo continjente de 20,000 hombres, y continuaron llegando lentamente. Al fin de este mismo año, había dos mil brasileros armados con fusiles de aguja. El jeneral Osorio marchaba de Río Grande con un ejército de 12,000 hombres, con la intención de invadir al Paraguay por la Encarnación, penetrando en el centro del país por ese punto. Esta operación era la que Porto Alegre debió hacer algún tiempo antes, pero ni él ni Osorio la llevaron á cabo. Si hubiera sido realizada, la guerra habría terminado.

Para animar á los soldados aliados se hizo circular la noticia de que debía estallar una revolución contra López; que tres prisioneros de los de la Uruguayana habían recorrido el país y que en todos los puntos en que habían hallado alguna seguridad, habían proclamado al pueblo y ganado muchos prosélitos á la revolución; que trescientos hombres habían tomado

las armas y se hallaban atrincherados en Bobi, lugar situado al otro lado de la Encarnación; que López había mandado 600 hombres para perseguirlos, y que Mitre había ordenado al jeneral Osorio que los protejiera. El jeneral Castro (oriental) creyó de buena fe esta historia y escribió sobre ella á un amigo.

El presidente Mitre se alejó del teatro de la guerra á principios de febrero de 1867, dejando el mando en gefe del ejército á Caxías. Se vio obligado á partir momentáneamente á consecuencia de las proporciones alarmantes que tomaba la revolución arjentina. Sin embargo, esto no tuvo las consecuencias que se creía.

Los habitantes del Plata habían perdido enteramente todo el interés que tenían por la guerra, y como nada se hacía, puede decirse que la habían olvidado.

El Paso de la Patria, llamado ahora por los aliados Itapirú, se había convertido en una plaza de comercio; y en el campamento de Tuyuti se levantaron innumerables barracas, donde con dinero se podía comprar casi todo cuanto se deseaba. Estando el cambio muy escaso, se introdujo un nuevo sistema; los patacones se dividían con cincel y martillo en dos ó cuatro partes, y circulaban como fracciones de peso fuerte. En el campamento aliado se levantaron teatros y hasta el banco Mauá estableció una sucursal en el Paso de la Patria.

En Tuyuti se abrió una doble fila de trincheras con muchos reductos. En el Paso de la Patria se construyó también una fortaleza. Se colocaron en las baterías de todo el frente cañones Whitworth de 32, otro tanto se hizo en el Potrero Piris, aumentando la artillería con morteros y se bombardeaba el campamento diariamente pero sin causar perjuicios.

Los esclavos brasileros fueron arrancados á sus amos y enviados á la guerra, porque era ya imposible reclutar más hombres libres en el Brasil.

El cólera representó un papel terrible en la guerra durante el año 1867. Apareció en Río Janeiro en febrero y en el Paso de la Patria el 26 de marzo. En tres días, el estrago fue horroroso en todo el ejército. En Curuzú fueron atacados 4,000 hombres, muriendo 2,400, incluso 87 oficiales; 50 hombres se turnaban para trabajar día y noche en abrir sepulturas. Todo esto se veía con facilidad desde los mangrullos paraguayos. Porto Alegre se condujo muy bien visitando á sus enfermos de día y de noche.

En Tuyuti no era tan intenso, sin embargo, hizo muchas víctimas. A principios de mayo había 13,000 brasileros en los hospitales. Para ocultar lo mejor posible este desastroso estado de cosas, los corresponsales de diarios no tenían acceso en el campamento aliado.

El proyecto de invadir el Paraguay por la Concepción fue abandonado y se ordenó á Osorio que marchara en dirección al Paso de la Patria, como lo había hecho Porto Alegre; se embarcaron en Itapirú 2,000 brasileros con el objeto de marchar aguas arriba, á reunirse con Osorio y desembarcar en algún punto entre el Paso de la Patria y Encarnación. Esta última idea fue también abandonada y Osorio adelantándose de su ejército, fue recibido en Itati por Caxías á principios de mayo.

Después de esto, se volvió y condujo su ejército al Paso de la Patria, donde atravesó el Paraná para entrar en el Paraguay.

El 29 de mayo á causa de una gran creciente del río, que casi cubrió el campamento, el ejército de Curuzú tuvo que embarcarse con toda su artillería y fue llevado á Tuyuti. Había estado acampado durante nueve meses en uno de los puntos más malsanos que podía haberse escojido. Los depósitos de Itapirú fueron también removidos, pues la creciente los puso en serios peligros.

Un batallón llamado garibaldino, que había estado acampado en el Chaco desde el ataque de Curupayty, fue dejado allí. Se hallaban situados sobre la marjen del río, en el riacho Quiá.

Caxías hizo venir un globo que costó 15,000 patacones, y un francés para ascender en él y observar las líneas paraguayas. En el momento de la ascensión, el globo se incendió y se destruyó. Se dijo, entonces, que el francés tenía la intención de poner fuego á los polvorines brasileros y escaparse en el globo. Fue juzgado por un consejo de guerra y sentenciado á muerte. Sin embargo, la sentencia no se llevó á cabo. Se trajeron de Río Janeiro dos nuevos globos y un norteamericano para manejarlos. Uno de ellos tenía cuarenta pies de diámetro y el otro treinta.

La primera ascensión se hizo en junio de 1867. El globo estaba amarrado á tres cuerdas tendidas por soldados para que no se escapara. La mayor altura á que llegó no pasó de 180 varas. Fue llevado por medio de las cuerdas de un estremo al otro del campamento aliado; los conductores eran dirigidos por un telégrafo de banderas, que manejaban los aeronautas. El globo

se mantenía siempre fuera de tiro, pero á menudo se le hacía fuego porque lo usaban con frecuencia, y en una ocasión cuatro soldados de los que tenían las cuerdas fueron heridos. Desde el globo, los aliados contaron 106 piezas y 3 morteros en las líneas paraguayas, sin contar las de Curupayty y Sauce que no eran visibles.

Siempre que aparecía el globo, los paraguayos hacían mucho humo en frente de sus trincheras para ocultarlas, teniendo de antemano preparados los fuegos, que en su mayor parte se componían de pasto, con el objeto de producir mucho humo. Se estableció un telégrafo eléctrico que ligaba el cuartel general de Caxías con la batería Piris y el Paso de la Patria. Se decía en el campamento aliado que Caxías recibía continuamente cartas de alguna persona del campamento de López, informándole de todo cuanto pasaba en él; para desmentir esto, baste decir que con el sistema terrible de espionaje puesto en práctica en el Paraguay, nadie habría podido pasar una sola comunicación sin que López lo supiera. Los paraguayos emplearon todo este tiempo en fortificarse. La guarnición de Curupayty trabajaba continuamente en profundizar y ensanchar los fosos. El parapeto y las banquetas fueron perfeccionadas y se construyeron contra los parapetos chozas de cuero, colocadas de manera que no incomodaran en caso de tener que hacer fuego. Las baterías del río fueron aumentadas con piezas traídas de Humaitá, hasta contar con 35 cañones, quedando en Humaitá solamente tres cañones de 8 pulgadas y unos cuantos de 32 y 24. Dos piezas de 24 fueron enviadas al arsenal en donde fueron taladradas y rayadas para arrojar balas de 56, siendo en seguida colocadas en Curupayty. Estas dos piezas no quedaron bien porque su alcance no pasaba de 150 yardas. Un enorme cañón de 12 toneladas de peso y que arrojaba balas esféricas de 10 pulgadas fue fundido en Ybycuí y llevado al arsenal de la Asunción, donde fue taladrado y montado. Este cañón fue fundido con las campanas de todas las iglesias del país, y por esta razón fue llamado "El Cristiano". Fue también colocado en las baterías de Curupayty.

Se fundieron muchos cañones en el arsenal de la Asunción, algunos de hierro y otros de bronce. Los de hierro eran de 24 y 18, y los de bronce formaban dos baterías de calibre de 9, que era el de las bombas de Lahitte, que el enemigo enviada en profusión y que en su mayor parte no esplotaban. Dos baterías de cañones lisos de á 4 tomados en Coimbra fueron rayados

para el mismo objeto, y cinco buenos viejos cañones lisos fueron taladrados y rayados para emplear las balas Lahitte de 32, que enviaba el enemigo; todas las piezas sirvieron admirablemente. Uno de estas cinco, que era un viejo cañón de hierro, con cinco libras de pólvora y quince grados de elevación, tenía un alcance de 5,300 yardas. Había también cuatro ó cinco baterías de cañones rayados de á 3. Estas piezas pesaban 112 libras cada una, y arrojaban pedazos de hierro de una pulgada y cinco octavos de diámetro y cinco pulgadas de largo. No sirvieron gran cosa, probablemente porque el giro de la raya no esta bastante rápido. Un cañón pesado de fierro, de 56, fue enviado al arsenal y taladrado y rayado para arrojar balas de 150. Su culata fue torneada y reforzada con anillos de fierro. Las balas eran pedazos de hierro con las estremidades cuadradas y templadas (se había descubierto no sé cómo un tratado sobre las balas, de Palisser) y terminaban en un anillo de bronce elástico, idéntico al de los morriones de la escolta de López, cuyos soldados, por las circunstancias de tener anillos de bronce en el borde de sus kepis, eran llamados *acá-verá* ó cabezas relucientes, y al cañón se le bautizó con el mismo nombre. Fue colocado en posición en Humaitá, pero después de algún tiempo de servicio voló la culata. Algunos cañones viejos de fierro, fueron convertidos en morteros y reforzados con muñones y anillos de fierro batido. Tres eran de 10 pulgadas y dos de á 8. Se fundió también un mortero de bronce de 5 pulgadas, y un cañón de bronce de 7 toneladas de peso, que fue taladrado para emplear la enorme cantidad de balas Whitworth de 32, que se habían recojido. Esta pieza fue bautizada con el nombre de "El jeneral Díaz", pero era tan mal fundida, que después de unos 60 tiros su ánima, que era hexágona, se estropeó tanto que destrozaba todas las bombas que lanzaba. En marzo de 1868 fue enviada á la Asunción y refundida. Se fundieron también bajo mi dirección, 3 baterías de obuses rayados para una clase especial de granadas llamadas Shrapnel. Estos obuses pesaban mil doscientas libras cada uno, y sus recámaras necesitaban una libra de pólvora. Arrojaban una bala esférica de á 12, una Leitte de 32, ó la clase especial de granadas Shrapnel que se fundieron para ellos, podía dárseles una elevación de 35 grados. Su alcance era de 5,000 yardas. Se hizo una *nueva leva* de las pocas campanas que quedaban, y de todas las sartenes y ollas de cobre que había en el país, y con todo esto se fundió un cañón de 10 toneladas, que fue taladrado y rayado para balas Whitworth de 150, de las

cuales se habían recojido varios millares lanzados por el enemigo. Este cañón era admirablemente fundido y prestó grandes servicios. Se llamaba "El Criollo" y fue montado en la Asunción.

Para facilitar las comunicaciones se abrió una picada desde Curupayty hasta el Sauce, siguiendo el borde del carrizal. Curupayty fue casi unido al Sauce por una prolongada trinchera que pasaba por Chichi, en donde estaba acampada una división con algunas piezas de artillería, bajo las órdenes del teniente coronel Delgado, para el caso en que los brasileros quisieran pasar desde Curuzú, aunque los esteros estaban verdaderamente intransitables.

En marzo, abrí una nueva trinchera en el Potrero Sauce (donde mandaba el coronel Roa), trazada con más regularidad que la antigua y á mayor distancia del Monte, que se había hecho transitable y estaba muy ralo. El antiguo foso fue profundizado para dar salida al Bellaco, que estaba estancado en el punto por donde penetra en la selva, formándose así un nuevo canal para su corriente. Por medio de esta represa el agua fue elevada 6 pies más, lo que le daba una profundidad mayor en el Paso Gómez y hacía inatacable este punto. El nuevo canal formaba también un gran obstáculo frente á la nueva trinchera del Sauce, porque era muy hondo y su anchura bastante grande para que no fuera fácil echar sobre él puentes portátiles. El Bellaco estaba estancado á una altura de seis pies, en el punto por donde entraba en la antigua trinchera, por medio de una compuerta, arreglada de tal manera que fuera fácil abrirla desde la trinchera nueva, para el caso en que, tomada la antigua, el enemigo se dispusiera á un rápido ataque sobre la nueva. En este caso, bastaría abrir la compuerta para que una oleada tremenda arrastrara todo cuanto hallara hasta el carrizal. Los soldados del Potrero Sauce eran incomodados día y noche por las balas de rifle que les arrojaban las guardias avanzadas de los aliados, hiriéndoles muchos hombres. Si los aliados hubieran tirado siempre con rifle, en vez de hacerlo con cañones, pronto habrían concluido con los paraguayos. Cuando ya no había nada que fortificar por el frente, se dio principio á un foso que ligaba al paso Bahí con Humaitá, quedando así el ejército paraguayo definitivamente atrincherado y á cubierto de todo ataque por ese lado.

Con el objeto de hostilizar al enemigo y de enfilar sus nuevos reductos avanzados, di principio á una batería en el Paso de Yatayty-Corá. El terreno

era muy bajo y el terraplén de la batería fue elevado á seis pies. La batería había sido construida como para ser artillada con 12 piezas. Para facilitar las comunicaciones con ella, y poder retirar la artillería en caso de un ataque, se practicó un camino á través del Bellaco, en el Paso Satí. Este se hizo por medio de dos diques con un puente en el medio, pero nunca se concluyó del todo. Se construyeron algunos parapetos bajos á retaguardia de la batería para protejer con infantes la retirada de la artillería. Mientras esta batería se construía, era bombardeada continuamente por el enemigo, desde dos puntos, con piezas Whitworth de 32, y con un cañón Krupp, de acero rayado (de á 12), perteneciente á los arjentinos. Esta última pieza, aunque era un arma muy inferior á las de Whitworth, estaba en mucho mejores manos y hacía espléndidos tiros. Casi no lanzaba otra cosa que bombas de percusión, tan admirablemente dirijidas, que pasaban rozando la batería y penetraban justamente donde los hombres trabajaban. Había siempre un centinela ocupado solamente en vijilar esta pieza, y cada vez que veía el fogonazo, daba el alerta á los trabajadores. Como esta pieza estaba á 2,500 yardas de la batería, los hombres tenían tiempo para cubrirse con el parapeto, evitando así muchos desastres. Una de estas bombas cayó un día sobre un hombre que conducía una carretilla á lo largo de la batería; pegando sobre su morrión, esplotó, chamuscándole el pelo y metiéndole en la frente algunos granos de pólvora, sin hacerle más daño. El morrión, que era de baqueta, voló casi despedazado, yendo á caer á muchas yardas de distancia. El soldado abandonó la carretilla y corrió inmediatamente tras de su morrión; lo recojió y metiéndoselo hasta las cejas, volvió á tomar su carretilla, haciéndola rodar con mayor vigor que antes, en medio de los gritos de alegría de sus compañeros.

No muy lejos de Yatayty-Corá estaba estacionado un piquete avanzado de caballería, llamado piquete Bomba por la siguiente circunstancia: Habiendo roto los soldados una de las tres patas de su olla, buscaron alguna otra cosa para sostenerla sobre el fuego. Encontraron una bomba de á 9, que había sido arrojada por el enemigo, pero que no había esplotado y la pusieron bajo la olla. Apenas se calentó lo bastante, esplotó e hizo volar la comida, con gran alegría de la tropa. Eran soldados de caballería y no habían previsto el desenlace.

Cuando caía una bomba en un grupo de paraguayos y hacía volar alguno de ellos, sus camaradas lanzaban un alarido de placer; consideraban

este brinco como una cosa tan graciosa y divertida que la misma víctima habría tomado parte en la algazara si le hubiera sido posible.

Los cañones Whitworth son inmejorables como precisión y alcance, pero requieren escelentes artilleros. Cuando una bomba Whitworth revienta en su trayecto todos los cascos siguen su camino, formando un ángulo muy pequeño con la trayectoria orijinal. No son, por consiguiente, tan ventajosas como las antiguas bombas esféricas lisas, para batir á hombres parapetados, porque éstas al esplotar se desparraman mucho más. Las bombas rayadas con espoletas de precisión que caían en tierra antes de esplotar casi nunca reventaban, porque el fuego de la espoleta se estinguía ahogado por la tierra. Otra gran desventaja que presenta el uso de la baya rayada es que, tirando á grandes distancias, rebotan tan alto, que puede asegurarse que después del primer roce pierden enteramente su dirección. Los lingotes Withworth parecía que tenían una fuerza penetrativa mucho mayor que los lisos, en las sustancias duras, pero mucho menor que estos en las blandas, como la arena.

Los brasileros no hacían casi uso de espoletas de precisión; si las hubiesen usado habrían causado algún daño con sus continuos bombardeos, pues el perjuicio que hacían á las trincheras paraguayas era insignificante y reparable en poco tiempo.

Las balas Whitworth tenían una velocidad tal que el estampido y el silvido peculiar de estas balas se oía casi simultáneamente. Los paraguayos, á causa del sonido de estas balas en su trayectoria, las llamaban "fiuús".

Todas las estaciones del telégrafo estaban defendidas por parapetos, para ponerlas á cubierto de los tiros.

En mayo de 1867, se montó en Chichi una batería con tres piezas de 8 pulgadas, una de Lahitte de 32 y algunas otras más pequeñas, y el 30 del mismo mes se rompió el bombardeo sobre Curuzú desde Chichi y Curupayty. Como la guarnición estaba concentrada en un espacio reducido, sufrió algunas pérdidas.

En octubre de 1866, el vizconde de Beaumont, secretario de la legación francesa en la República Arjentina se presentó como bandera de parlamento en las líneas de López, llevando despachos que debía entregar personalmente á M. Cochelet, cónsul francés en la Asunción. Después de esperar varios días para que M. Cochelet viniera de la Asunción recibió su respuesta y partió de nuevo bajo bandera de parlamento.

Estas banderas de parlamento inspiraban siempre alguna esperanza de paz, y los soldados las veían con placer. Cuando alguna salía de las avanzadas del enemigo, tenía que detenerse á medio camino entre ambas líneas, hasta que López enviaba algunos para recibirla. Mandaba siempre varios oficiales, porque desconfiaba de sus hombres y éstos tenían que dar un rodeo por los peores caminos, para hacer creer al enemigo que eran los únicos que conducían á las líneas paraguayas. En estos casos solían conversar dos ó tres horas con los oficiales aliados, fumando repetidos cigarros y volviendo después á donde estaba López, que les exijía repitieran todo cuando habían hablado. En una de estas ocasiones, el coronel Montiel y uno de los oficiales aliados se desafiaron, aplazando el duelo para después de la guerra.

En Paso Gómez existía un gran depósito de pólvora, en el cual había también un laboratorio de espoletas y un taller para colocarlas en las bombas. Este depósito voló el 9 de diciembre de 1866 (sin saberse la causa), produciendo un estruendo horroroso, y desparramando en todas direcciones las inmensas vigas del techo. El mayor Alvarenga, gefe del laboratorio, que era un pirotécnico de primera clase voló también, y como 45 hombres más fueron muertos ó heridos. El enemigo rompió inmediatamente el fuego sobre el Paso Gómez; el jeneral Bruguez respondió con el mayor vigor, formando al mismo tiempo á sus tropas en órden de combate, por temor de que el enemigo aprovechándose de la confusión les llevase un ataque. En esta esplosión se perdió una gran cantidad de municiones.

El jeneral Díaz solía pasearse á caballo por Curupayty, durante los grandes bombardeos, para mostrar á sus soldados lo poco que le importaban los *negros*. Un día, á fines de enero de 1867 y durante un bombardeo, salió á pezcar en canoa, con algunos de sus ayudantes, á la vista y á corta distancia de la escuadra. Una bomba de 13 pulgadas esplotó muy cerca de ellos, dividiendo casi en dos la pierna del jeneral Díaz y volcando la canoa. Los ayudantes lo sacaron á nado hasta la costa, de allí le condujeron á su casa, y enviaron un telegrama a López. Este mandó en el momento al doctor Skiner, que inmediatamente le amputó la pierna. Mrs. Linch vino á verle en su carruaje y le condujo al cuartel general, en donde fue alojado en casa del jeneral Barrios y diariamente visitado por López. La pierna amputada fue guardada, encajonada en un cajoncito hecho á propósito y depositado en su

cuarto. Sin embargo, algunos días después, el jeneral Díaz murió y su cadáver fue enviado á la Asunción para ser enterrado allí, siendo acompañado por todos los habitantes del pueblo. Según dijo el *Semanario*, muchas señoras depositaron sus joyas sobre su tumba, pero no agregó lo que se hicieron éstas después de depositadas. El coronel Alen le sucedió en el mando de Curupayty.

El 24 de julio se celebraba el natalicio de López y el 16 de octubre el aniversario de su elección de presidente. Ambos días, pero sobre todo el último, eran de rigurosa fiesta. En estos días, como en el de Natividad y en algunas fiestas cívicas, López tenía grandes recepciones, á las cuales todos los oficiales se presentaban de gran parada. En estas fechas, López iba á la iglesia y de allí se retiraba acompañado de todo su séquito; al llegar á su casa, el obispo le dirijía un discurso muy cumplimentero, al que López, que era muy buen orador, contestaba muy extensamente. Después de la recepción, se servía champagne, cerveza y otras bebidas, bajo los naranjos y se hacían centenares de brindis, dirijidos todos al mariscal, porque no era permitido brindar por otra persona. Algunas veces, sin embargo, recibía algo más tanjible que una felicitación por escrito para recordar el día. En 1866, como testimonio de sus sentimientos patrióticos, las señoras de la Asunción le presentaron una bandera bordada por ellas con oro, diamantes y rubíes, y cuya asta era de plata; además le enviaron un álbum encuadernado en oro sólido y acomodado en una caja, con una estatua ecuestre encima, todo de oro macizo. Las insinuaciones y las ideas para estas *manifestaciones* partían todas del cuartel general, y eran sujeridas por una señora amiga de López. Como es de suponer, nadie se atrevía a negarse para contribuir á estas cosas.

El año siguiente (1868), los ciudadanos se vieron en la necesidad de hacer otro obsequio, y esta vez no hubo reserva alguna respecto á la persona que sugirió la idea, porque los diseños fueron ordenados por la señora del campamento, y desde allí enviados á la Asunción, en donde fueron ejecutados. Los regalos consistieron este año en una espada de honor y una corona de laurel fundida en oro. López envió una de sus espadas para montarla de nuevo. El puño consistía en un San Jorje y el dragón, todo de oro macizo, adornados con 23 brillantes y gran número de piedras preciosas. La vaina de era de oro con arabescos de relieve. Esto se encerraba en otra vaina formada de tubos concéntricos, también de oro puro, con una estatua en el

estremo, y construida de manera que cerrándola se veía solamente la parte que contenía el puño, figurando entonces un bello adorno de mesa. El todo fue colocado en una hermosa bandeja de plata, que fue llevada y presentada por una comisión de ocho personas, de las cuales la principal era D. Saturnino Bedoya, cuñado de López y tesorero general. Era un trabajo de mérito. Cuando cada uno de los comisionados acabó de leer su discurso y el regalo fue presentado, López detuvo á su cuñado. Desde ese día jamás le volvió a hablar y empezó á tratarle cada vez peor, llegando últimamente hasta engrillarlo y matarlo en el tormento; pero cuando supo su muerte se puso furioso, porque si hubiera sabido que estaba moribundo, lo hubiera hecho fusilar para salvar las apariencias. Otros dos de los comisionados murieron del cólera y el resto fue alistado en el ejército. La corona de laurel no pudo terminarse para el día de la presentación, aunque se hicieron varios diseños de ella, que no fueron aceptados por la sola razón de que tendría poco valor, á pesar de que ente las hojas había flores de brillantes.

La corona debía ser colocada en un cojín, y ambas cosas en una caja de oro de 18 pulgadas de largo por 14 de ancho. Se insinuó que para hacer un regalo que valiera la pena, lo único que podía hacerse era fundir una esfera de oro incrustada con brillantes. Más tarde, sin embargo, López encontró un medio más seguro de posesionarse de todo cuanto había en el país de algún valor. Se apoderó de todas las joyas de las familias de la manera siguiente:

Puede darse por un hecho indudable que todas las mujeres paraguayas, desde la más alta hasta la más baja, poseían muchísimas joyas. Entre las clases acomodadas había gran cantidad de hermosas perlas y brillantes, pues las joyas eran el único artículo de lujo importado por los españoles, y los regalos que los paraguayos hacían á sus novias consistían siempre en alhajas.

Se inició un movimiento patriótico (promovido por la instigadora de siempre) entre las señoras, de las cuales algunas se constituyeron en comisión é invitaron á las demás á presentar á López todas sus joyas para contribuir así á los gastos de la guerra. Como es de suponerse, en todos los pueblos y aldeas del país, se formaron comisiones idénticas que declararon su adhesión á la idea. Cuando la oferta se formalizó, López dio las gracias por medio de una carta en forma de decreto en que decía que el país no requería tal sacrificio; pero que él aceptaría una vijésima parte, para con ella fundir una medalla en conmemoración del patriotismo de las damas.

Poco después, toda la joyería fue recolectada, y los jueces de paz *invitaron* á todos sin escepción y hasta á las recalcitrantes, *á ofrecer* todas las joyas, deponiéndolas en sus manos. La órden fue inmediatamente cumplida, y después de reunidas las joyas, no volvió á hablarse de ellas, ni nadie se atrevió á preguntar por su paradero. Se hizo un diseño para la medalla y fundieron cuatro, *con un doblón fundido al propósito*.

Se ordenó que las mujeres hicieran otra demostración patriótica, á saber: pedir permiso para tomar las armas y pelear al lado de sus hermanos. Esta oferta se hizo al vice-presidente, en la Asunción, y fue rechazada por lo pronto. Con todo, unas 20 muchachas pertenecientes á la aldea de Areguá, obtuvieron lanzas, unos trajes blancos con fajas tricolores y una gorra escocesa inventada por Mrs. Linch, y solían recorrer la Asunción cantando himnos patrióticos.

Se estableció un gran hospital á medio camino entre Paso Pucú y Humaitá, el cual llegó algunas veces á contener 2,000 enfermos. Además, cada división tenía su propio hospital, en el cual solo entraban aquellos enfermos que podían formar en caso de necesidad. Las drogas faltaban casi absolutamente y los médicos tenían que servirse de las yerbas del país. Se erijió en Paso Pucú, cerca de la casa del doctor Stewart, un hospital para oficiales superiores, que consistía en una docena de ranchitos. El cólera estalló en mayo de 1867, apareciendo primero en Paso Gómez. Pronto se generalizó por todo el ejército, haciendo numerosas víctimas. Se establecieron dos grandes hospitales para coléricos. El coronel Pereira, gefe de la caballería y el coronel Francisco González del número 6 y muchos otros oficiales y soldados fueron víctimas del flajelo. Los jenerales Resquín, Bruguez y el doctor Skinner cayeron al mismo tiempo, pero como otros muchos, se salvaron. Benigno, hermano de López, se enfermó de miedo y el mismo López pasó en cama varios días, estraordinariamente asustado y creyéndose muy malo. Desde el momento en que apareció el flajelo, todo el campamento recibió órden de hacer fumigaciones con hojas de laurel y pasto, y el cuartel general estaba tan envuelto en aquella constante humareda, que era imposible vivir en él. López se sintió completamente impotente para luchar con un azote tan terrible y casi se enloqueció de susto, acusando á sus médicos de tener la intención de envenenarle, opinión en que era secundado por el obispo. Soltó de la prisión al padre Maíz, que estaba preso desde el tiempo de su elec-

ción, y publicó en el *Semanario* un grande artículo firmado por Maíz, en que hacía un parangón entre López y Jesucristo, plagado de textos de las Escrituras, para sostener esta tesis. El *Semanario* lo comparó por mucho tiempo al Todo-Poderoso, y julio, mes de su natalicio, fue llamado *el mes del cristiano López*. Cuando se restableció, se contentó con ser llamado el *invencible Mariscal*.

Se prohibió á los médicos decir el nombre de la enfermedad que causaba tantos estragos (la mortalidad diaria durante mucho tiempo era de 50) y los soldados la bautizaron con el nombre de *Chain*.

El cólera recorrió todo el país, muriendo millares de personas.

Tan luego como supo López que Osorio había abandonado la idea de cruzar el Paraná por Encarnación, y que marchaba hacia el Paso de la Patria, hizo retirar al mayor Núñez de aquel punto, con los dos batallones de infantería, el rejimiento de caballería y las seis piezas que había mandado, dejando siempre una guarnición en observación. Núñez fue promovido á teniente coronel, y enviado á Barrios como segundo.

Se formó una gran reserva, que acampó en los alrededores del estero del Paso Pucú, compuesta de 7 batallones de infantería, 2 rejimientos de caballería y 30 piezas de campaña, casi todas rayadas. Las líneas paraguayas, por su gran estensión y el pequeño número de hombres que las defendían, estaban espuestas á un ataque, y esta reserva se hallaba situada en un paraje central, lista para acudir á cualquier punto amenazado.

Fui encargado de presentar un proyecto de ferro-carril, desde Curupayty hasta el Sauce, con un ramal á la izquierda. Levanté los planos y construí una sección que no tenía muchos terraplenes; pero cuando iba á ser puesta en ejecución, se encontró que no había una cantidad suficiente de *rails*.

Una espedición brasilera, que durante dos años había estado marchando sobre Matto-Grosso, para recuperarlo se contentó con ocupar las ciudades del interior que habían sido evacuadas por órden de López, quedando los paraguayos solamente en posesión del río. Los indios de la provincia estaban también armados de rifles; pero en vez de usarlos para pelear, se servían de ellos para cazar. Sin embargo, en mayo de 1867, esta columna, fuerte de 5,000 hombres, bajo las órdenes del coronel Camisao se puso en marcha sobre el Paraguay, al oír que no quedaban fuerzas en el norte. Sabiendo esto, López embarcó para la Concepción, en donde ya estaban re-

unidos doscientos hombres de caballería; dos compañías del batallón 12 de infantería y el rejimiento 21 de caballería, bajo el mando del teniente coronel Montiel y el mayor Medina. Se pusieron en marcha hacia el norte y encontraron á Camisao, ya al sud del río Apa. No hubo combate, pero los paraguayos los rodearon en su marcha y les quitaron todas sus provisiones, arrebatándoles el poco ganado que les quedaba. Al mismo tiempo, el cólera estalló de una manera atroz entre los soldados de Camisao, que vivían de naranjas verdes y de cogollos de palmas; Camisao y la mayor parte de sus soldados fueron víctimas de la peste y del hambre, y los paraguayos cayeron sobre el resto, quitándoles sus bagajes, y matando la mayor parte de él. Muy pocos fueron los que volvieron á contar el cuento á Matto-Grosso. Los soldados de Camisao estaban armados con rifles para tirar bombas "Jacob". Los paraguayos volvieron inmediatamente á Paso Pucú, que distaba como 300 millas. Esta espedición se practicó en un mes. López guardó secreto sobre esta operación, que solo participó á algunos amigos de confianza; nadie supo el motivo del sigilo.

Otra espedición partió de Cuyabá, transportada en dos vapores, desembarcó en Curumbá y se posesionó de él el 13 de julio de 1867. Al día siguiente, volvió á embarcarse y retrocedió á su punto de partida, llevándose algunos brasileros. Los paraguayos perdieron 100 hombres; su gefe, el teniente coronel Cabral, fue muerto. Los dos vapores fueron seguidos, aguas arriba, y alcanzados por el capitán Núñez, en el "Salto", echó á pique al vapor brasilero "Jaurú", quedando él mal herido y casi toda su tripulación fuera de combate, á consecuencia del fuego de los rifles brasileros.

Hablando de este asunto, López daba á entender que Cabral había vendido la plaza á los brasileros y que el día del asalto había mandado todos sus hombres sanos á los montes y retirado dos cañones de las trincheras; que cuando los enfermos que estaban en el hospital vieron que venían los brasileros, se presentaron con sus armas; que al principio fueron vencidos pero después rechazaron al enemigo. López decía, además, que los brasileros habían guisado y condimentado á Cabral y á su capellán, comiéndoselos en pago de su traición.

En marzo de 1867, el honorable Mr. Washburn, ministro norteamericano, ofreció su mediación; pero nos reservamos este punto para otro capítulo.

Los bombardeos generales eran una verdadera diversión para todo el mundo. Los aliados se entretenían con el ruido y creían que producían grandes perjuicios. A los paraguayos les gustaban, porque obtenían un jarrito de maíz por cada bomba ó montón de cascos que recojían. A López le gustaba también porque recojía enormes cantidades de diferentes clases de balas y bombas y gran cantidad de fierro, que se enviaba á la Asunción, para la fundición de proyectiles. De los pedazos pequeños se hacía metralla.

La caballería paraguaya estaba muy mal montada; sus miserables caballos se morían todos los días y eran reemplazados por *baguales*, que los soldados tenían que domar. A pesar de esto, la infantería enemiga nunca podía resistir una carga de la caballería paraguaya; ni la infantería paraguaya una carga de la caballería aliada porque estaba muy bien montada.

Los paraguayos ensillaban sus caballos todas las mañanas; y cuando era evidente que el enemigo no intentaría nada en el día, mandaban sus caballos á pastorear, ocupándose los soldados en cortar pasto para la noche.

En el ejército paraguayo no se permitía andar solos por la vanguardia, ni aún á los oficiales, por temor de que desertasen. Se elejían, además, hombres de los diferentes cuerpos para que sirviesen de espías. Eran escojidos según su conocimiento del terreno y su buena conducta. Nunca se les permitía ir solos, sino en grupos de dos ó tres cuando menos. Estos hombres eran tratados por López con una marcada bondad, y se les daban dobles raciones de yerba, maíz, etc. Para tenerlos contentos. Su ascenso era muy rápido y su único oficio el espionaje. El mismo López enviaba á menudo espías al campo enemigo. Sin embargo, no le prestaron grandes servicios, porque cuando le traían alguna noticia que le desagradaba, se incomodaba, y pronto se acostumbraron á solo relatar cosas que le agradaran.

Las mujeres del campamento tenían á su disposición una hilera de ranchos en cada división, y en Paso Pucú había dos grandes aldeas de estas casuchas. Tenían sarjentas nombradas por ellas mismas, que eran responsables del órden. Las mujeres podían recorrer libremente todo el campamento, escepto en el tiempo del cólera que no se les permitía separarse de sus divisiones. Al principio no podían permanecer en los cuarteles después de la retreta, pero hacia el fin de la guerra esta órden fue abolida. Asistían á los hospitales y lavaban la ropa de sus queridos. No podían dejar el campamento sin un permiso especial firmado por Resquín. No se les repartían raciones, y tenían que vivir con lo que les daban los soldados.

El campamento paraguayo se mantenía notablemente aseado, y los cuarteles estaban muy bien barridos.

A causa del bloqueo había escaseado muchos artículos necesarios, y estos eran reemplazados, en cuanto era posible, con manufacturas del país. El surtido de artículos de algodón para ropa de tropa, había sido consumido hacia largo tiempo, y las mujeres tuvieron que volver a tomar los husos que habían abandonado poco antes de la guerra, por la baratura de los efectos de algodón manufacturados en Inglaterra. El algodón del Paragua se considera como uno de los mejores del mundo por su resistencia y color, y grandes cantidades habían sido remitidas antes de la guerra por órden de López, que pensaba hacerlo un artículo de exportación; era hilado y tejido por las mujeres, produciendo una tela muy buena para camisas y calzoncillos de soldados. Por el mismo procedimiento se tejió lana para ponchos, que se teñían de diferentes colores; la hebra del *caraguatá* ó ananá silvestre, lo mismo que la del coco, se tejían para hacer camisas y calzoncillos. Todos los trabajos de sementera eran hechos por las mujeres.

El papel era ya muy escaso en el Paraguay, y el consumo considerable, porque todo cuando se hacía, por insignificante que fuese, se constataba por documentos. Además del *Semanario*, se publicaron durante este tiempo tres periódicos semanales, á saber: el *Centinela*, en español, con uno ó dos artículos en guaraní; el Lamberé y el Cabichuí, ambos enteramente en guaraní. Este último era una especie de *Punch*, pero sus chistes eran estúpidos y algunas veces escandalosos. El *Cabichuí* y *Centinela* estaban ilustrados con grabados en madera, trabajados por dos ó tres soldados, según propios dibujos, y abiertos con corta-pluma.

Mr. Treuenfeld, gefe de la oficina telegráfica, fundó una fábrica de papel, empleando como materia prima el algodón y el caraguatá; producía un papel muy decente. Todos los archivos de gobierno fueron revisados, con el objeto de sacar de ellos todos los pedazos de papel utilizables para escribir. Se hacía reduciendo la letra lo más posible para economizar el papel. En el ejército había una pequeña imprenta en que se publicaba el *Cabichuí*. Los artículos destinados á publicarse en el *Semanario* eran antes leídos á López, y una vez aprobados se espedían á la Asunción por el telégrafo; los que se escribían en la capital eran trasmitidos también por el telégrafo para obtener su aprobación; de lo que resultaba que la correspondencia que pasaba

por el alambre era asombrosa. Se raspaban pedazos de cuero de vaca, hasta darles una superficie blanca, y en seguida se encuadernaban para servir de libros de apuntes. El pergamino se hacía con pieles de carneros y después de algunos ensayos, llegó á producirse uno tan bueno como el europeo. Este se usaba para los despachos de los oficiales.

La tinta se hacía con una haba negra, de que se estraía el principio colorante por medio de cenizas. Cada división fabricaba el jabón para su propio consumo; lo hacían, hirviendo, por un espacio que variaba según la calidad de las cenizas, estas y sebo. Tres hombres se ocupaban constantemente entre las selvas en preparar la ceniza, para lo cual escojían un árbol especial llamado Yoüwü, porque su ceniza era muy fuerte. La sal se trabajaba antes en gran escala en "Lambaré", con el barro del río, pero las mujeres estaban demasiado ocupadas en otras cosas y no tenían tiempo para dedicarse á esto; por consiguiente solo los hospitales estaban provistos de este artículo, y no por cierto en gran abundancia. Verdad es que las tropas tenían una ración quincenal, pero era tan exigua que no bastaba para salar una sola comida. Algunos meses después, los soldados descubrieron en el Chaco un árbol de hojas muy gruesas, las que cocidas producían una sustancia parecida á la sal, pero de un gusto no muy bueno. Sin embargo, la comían porque tenían gran necesidad de ella.

Se estaqueaban cueros y se raspaban con cuchillos hasta adelgazarlos bastante, y luego los sobaban bien hasta que llegaban á tener la consistencia de un becerro muy grueso. Entonces los cortaban y hacían con él los pantalones; pero tenían el defecto que cuando se mojaban se ponían tan tiezos, que el portador no podía encojer las piernas. Por esta razón fueron abandonados. Las alfombras de los salones de baile del Club, y las de la estación central del ferro-carril en la Asunción fueron retaceadas para hacer ponchos, pero eran tan duros que los soldados parecían metidos entre dos tableros de fijar avisos. Como los inviernos en el Paraguay son muy fríos cuando sopla el viento sud, los soldados sufrieron mucho por la falta de ropa.

Se fabricaba pólvora, sacándose el azufre de la pirita de fierro, que es muy abundante en el Paraguay, y el salitre de orín ó de sustancias de animales descompuestos. Esta pólvora, sin embargo, no era fuerte.

Al principio hacían los fulminantes de papel, pero como no servían se construyó en el arsenal una máquina para amoldarlos en cobre, como se hace en todas partes.

Todos los cañones, etc., etc., que se fabricaron en el Paraguay durante la guerra fueron obra de injenieros ingleses que nunca se habían ocupado de esta clase de manufacturas. Tenían que diseñar y construir sus propias máquinas para taladrar, rayas, etc., y demostraban gran habilidad por la manera como se desempeñaban. Cada división tenía su curtiduría, en donde se preparaban los cueros necesarios para los atalojes de la artillería, monturas, etc. Se hizo también vino, aunque en pequeña escala, con jugo de naranjas, pero no obtuvo éxito porque era intolerablemente dulce.

Para inspirar á sus soldados un odio profundo á los aliados, López inventó diferentes historias. Una era que habían envenenado el agua del Bellaco, en el ángulo, y por muchos meses no se les permitió beber de ella. Pero la más extravagante de todas estas invenciones consistió en hacerles creer que los aliados habían lanzado un globo lleno de un horroroso veneno, que debía esterminar á todo el ejército paraguayo. Se decía que este globo había sido descubierto en las avanzadas del Potrero Sauce; un clérigo y un capitán de artillería (Amarilla) acusados de haberlo examinado, fueron puestos en una rigurosa cuarentena por 15 días.

Un oficial de las avanzadas en Paso Vai fue fusilado, porque corría la voz que había recibido un regalo de 30 doblones, mandado por el enemigo. En Curupayty fueron fusilados tres oficiales por alguna irregularidad en la distribución de las raciones de carne entre los soldados.

Todos los pasados y prisioneros eran completamente despojados de su ropa en las avanzadas y de cuanto tenían de algún valor; después de este recibimiento se les ataban los brazos á la espalda y eran conducidos al cuartel general para ser examinados por el jeneral Resquín. Eran también interrogados por una ó dos personas enviadas por López al efecto, y cuando daban á los aliados más hombres de lo que López creía conveniente que tuvieran, eran azotados hasta que rebajaran la cifra lo más posible. En seguida eran enviados á la cárcel y después de un intervalo más o menos corto, la mayor parte morían víctimas de los malos tratos y del hambre. Cuando López quería tener noticias del enemigo, solía enviar á algunos de sus espías á robar un centinela, cosa que lograban hacer casi siempre.

La primera ascensión del globo hecho en el campamento aliado produjo gran sensación. Ese día, el globo estuvo oculto por un rato detrás de una nube, y el obispo y los que lo vigilaban estaban asombrados de que tuvieran

el poder de hacerlo invisible á su antojo. Por medio de un telescopio se podían ver las cuerdas que lo retenían y los hombres que lo manejaban. Poseyendo un plano exacto del terreno y viendo el punto sobre el cual se hallaba el globo, pude medir su diámetro y la altura de las ascensiones, para edificación de López. Al principio casi sospechaba que el globo iba á bombardear el campamento, y sus maneras acusaban un *estado nervioso* lamentable.

CAPÍTULO XV

Los aliados marchan á Tuyu-cué. – Los encorazados pasan la batería de Curupayty.

A fines de 1867, las cosas tomaron definitivamente un aspecto como para hacer creer que los aliados tenían la intención de terminar la campaña. La esperanza, sin embargo, fue enteramente ilusoria.

A principios de julio, 5,000 hombres marcharon del Paso de la Patria dos leguas Paraná arriba, y acamparon allí. A mediados de junio llegó Osorio con su ejército y tomó el mando de la vanguardia, y el 22, el ejército, fuerte de 30,500 hombres, se puso en movimiento, habiendo dejado trece mil en Tuyuti, que estaba muy bien fortificado. Esta posición quedó bajo las órdenes de Porto Alegre, y Caxías se puso al frente del ejército que marchó, costeando el Paraná hacia arriba, y atravesando el Bellaco en Paso Fretes, en dirección á Tuyu-cué, posesionándose de este punto el 29, donde tuvo lugar una escaramuza con la vanguardia paraguaya, mandada por los mayores Medina y Rolón, en la que ambas partes perdieron algunos hombres.

El 27, cuando el ejército aliado continuaba aún su marcha, llegó el jeneral Mitre y volvió á asumir el mando en gefe. Los aliados iban colocando un telégrafo bajo de tierra, á medida que marchaban, según el sistema adoptado en la última guerra entre Prusia y Austria, en que el alambre es aislado por medio de una envoltura de gutapercha, y colocado en el surco que deja un pequeño arado.

Después de llegar a Tuyu-cué, una parte de las fuerzas se adelantó hasta ponerse á tiro de la batería del Espinillo; pero siendo cañoneada, se retiró

y acampó fuera del alcance de los fuegos, colocando su vanguardia en Puesto Guayayví, á 2,400 yardas del Espinillo. Entonces comenzaron á atrincherarse y á levantar baterías, colocando en ellas algunos cañones Whitworth. En espectativa del movimiento de los aliados, López hizo colocar una nueva línea telegráfica desde Humaitá, que pasando por el carrizal terminaba en la Villa del Pilar, de manera que cuando el enemigo cortaba la línea del camino real, sus comunicaciones no sufrieron interrupción; con todo, siempre la hacía componer para que se creyera que no tenía otra.

Los aliados no tardaron en establecer una guardia en San Solano, que era una estancia del gobierno, y solo distaba una legua del camino real de Humaitá á la Asunción, y lanzaron partidas esploradoras de caballería por toda la campaña, las que recojían hacienda, etc. Sin embargo, el río estaba siempre libre para los vapores de López. Los aliados en Tuyu-cué se proveían por medio de mulas de carga, de las que partía un convoy desde Tuyutí cada dos días, tomando el camino del Bellaco, á la vista de las guardias paraguayas. El 11 de agosto, López mandó un escuadrón de caballería para apoderarse del convoy, golpe que lograron matando algunos carreteros y llevando algunas carretas adentro de las líneas paraguayas. La escolta del convoy no encontró esta diversión muy de su gusto, así es que el combate fue insignificante.

Cuando los aliados marcharon á Tuyu-cué, y López vio amenazadas sus comunicaciones, mandó esplorar el Chaco inmediatamente, haciendo abrir un camino desde Timbó, tres leguas al norte de Humaitá hasta Monte Lindo, dos leguas al norte de la embocadura del Tebicuary. Timbó era el punto más cercano á Humaitá, en que fuera posible efectuar un desembarque, porque el resto de la marjen del río era un verdadero carrizal. El camino del Chaco era bastante recto y tenía cincuenta y cuatro millas de largo. No seguía el curso del Río Paraguay sino que se internaba. La mayor parte del camino estaba sembrado de pantanos, y era cruzado por cinco profundos arroyos, además del río Bermejo, y en casi toda su estensión pasa por entre montes, que, largos, angostos y tortuosos, pueblan casi todo el Chaco. El camino es perfectamente llano y está entrecortado por numerosos esteros. Inmediatamente se establecieron postas en toda su estensión.

El 15 de agosto, que era el día de la Asunción de Nuestra Señora, el almirante izó la bandera de la triple alianza, y con 10 encorazados forzó á

todo vapor la batería de Curupayty, á las 7 y 30 minutos de la mañana. Previamente á esta operación dio la siguiente órden del día: "¡Brasileros, las Santas protectoras de este día son Nuestra Señora de la Victoria, Nuestra Señora de la Gloria y Nuestra Señora de la Asunción. Con la victoria y con la gloria marchemos á la Asunción!".

Los buques sufrieron muchos daños en el pasaje. El comandante del "Tamandaré" abrió una de las troneras para hacer fuego; pero inmediatamente le metieron una bala que lo hirió, matando é hiriendo además 14 hombres de la tripulación. Su máquina sufrió también averías tan serias que la inutilizaron, teniendo que sacarlo á remolque el "Silvado" y el "Herval". Un botecito que servía para transmitir órdenes fue recojido por uno de los encorazados.

El pasaje de la escuadra por Curupayty hizo comprender á los paraguayos que su artillería de poco calibre era impotente contra los encorazados. López dio á entender que la había dejado pasar para rendirla por hambre, porque colocada entre Curupayty y Humaitá no podría recibir provisiones, y que entonces tendría que repasar á Curupayty, en cuyo caso la echaría á pique.

Los aliados hicieron por el Chaco un camino que, partiendo del riacho Quiá, conducía hasta el punto intermedio entre Curupayty y Humaitá, donde se hallaba la escuadra, y construyeron un tranway para facilitar la comunicación y suministrar provisiones á sus buques.

Cinco encorazados fondearon á la vista de la iglesia de Humaitá y la bombardearon por meses enteros, pues era casi el único objeto visible para ellos. Otros tres anclaron á la vista de Curupayty, y lo bombardeaban por la retaguardia. Entre Humaitá y Curupayty toda la ribera es un carrizal intransitable, en el cual solo hay una angosta senda, de la cual es imposible desviarse á ningún lado hasta llegar á los puntos en que se interna en Humaitá ó Curupayty. En este lugar, la barranca tiene una estensión de 3,000 yardas, y en su estremidad norte, es decir, al principio del carrizal, hay un punto en el que se podrían desembarcar tropas. Estas hubieran podido marchar por el Chaco y ser desembarcadas allí por los encorazados con gran ventaja. Previniendo esto, levanté en la selva una pequeña fortaleza armada con tres piezas de 24, colocadas de tal manera que podían hacer fuego al frente y á la retaguardia, y que también flanqueaban los fosos de la fortaleza. Este fuerte

fue construido y artillado á las barbas de los encorazados, sin que estos lo sospecharan siquiera.

Humaitá apenas tenía una pieza de artillería; fue necesario sacar de Curupayty casi todos los cañones de grueso calibre para colocarlos allí; así es que la escuadra por su miserable lentitud, tuvo que sufrir en Humaitá el fuego de las mismas piezas que la habían saludado en Curupayty. Igual cosa le sucedió después por tres veces; de manera que la artillería, cuyo fuego no debían haber sufrido sino una vez, era continuamente trasladada á los puntos por donde debía pasar, teniendo que recibir sus fuegos cuatro veces. El coronel Alen fue enviado á tomar el mando de Humaitá, quedando el capitán Gill con el de Curupayty.

El carrizal desde Curupayty hasta la Laguna Piris estaba en poder de López, y se creía que levantando secretamente una batería más abajo del punto que ocupaba la escuadra de madera, podría alterarse el curso de la guerra porque cortando el abasto de la escuadra tendría que bajar pasando por la batería, y en este caso los encorazados se verían obligados á repasar Curupayty. A consecuencia de esto, fui enviado en compañía del jeneral Bruguez para ver si encontrábamos algún camino por el cual fuese posible llevar piezas pesadas y aún lijeras. Sin embargo, esto era absolutamente imposible, sin hacer grandes trabajos, y no teníamos ni los medios ni el tiempo para practicarlos.

Tan luego como los aliados empezaron á atrincherarse en Tuyu-cué, López hizo levantar un enorme terraplén para defender su casa por aquel lado. La pieza más cercana por aquella parte distaba 7,000 yardas: más tarde, los brasileros se entretenían en hacer fuego sobre el terraplén con sus cañones Whitworth de 32, cuyas balas pasaban algunas veces al otro lado del terraplén, enterrándose á gran distancia. Este terraplén tenía 90 pies de largo, 36 de ancho en la base y 18 de altura. Se construyó sobre él un techo, bajo el cual se hallaban colocados los telescopios.

López, que no se consideraba todavía seguro, porque un día cayó un casco de bomba sobre el techo de su casa, hizo construir una casamata, dentro de la cual comía y vivía cuando se hacía fuego; un tiro que sonara en cualquier dirección era lo bastante para hacerlo saltar de la cama y meterse en ella. Esta casamata era construida con enormes tirantes de palo de fierro de 9 pies de largo, clavados en el suelo uno al lado del otro, en dos hileras

separadas entre sí por una distancia de 9 pies; siendo el todo cubierto por tirantes más grandes de la misma madera. La casamata estaba recubierta por 9 pies de tierra, teniendo además á cada lado un muro de 18 pies. El piso era de ladrillo, y había argollas para colocar hamacas, en las que López solía poner la suya. Cuando Paso Pucú fue evacuado, esta casamata fue completamente arrasada, llevándose la madera á Humaitá y desparramando la tierra. Todo esto se hizo en una noche, no quedando rastro de la casamata.

CAPÍTULO XVI

Proposiciones de la Paz. – Mediaciones de M. Gould y de M. Washburn.

El honorable M. Washburn, ministro de los Estados Unidos en el Paraguay, como ya lo hemos dicho, había dejado la Asunción á principio de 1865, con licencia temporal de su gobierno, y en noviembre del mismo año se hallaba de vuelta en Buenos Ayres. Después de muchas idas y venidas al cuartel general, no habiéndole concedido el jeneral Mitre el pase que solicitaba para volver á ocupar su puesto, subió el río en un buque de guerra, pero fue detenido por el almirante Tamandaré; á pesar de esto, manifestó su intención de continuar su viaje, lo que realizó; Tamandaré protestó. El 4 de noviembre de 1866 desembarcó en Curuzú y se presentó en las avanzadas paraguayas de Curupayty, con bandera de parlamento. Habiendo ambas partes izado la bandera blanca, obtuvo permiso de López para desembarcar su familia y equipajes, y partió para la Asunción.

El 1° de enero de 1867, el jeneral Ashboth, ministro de los Estados Unidos en Buenos Ayres, ofreció su mediación en la guerra del Paraguay, por órden de su gobierno. No habiendo recibido contestación, escribió de nuevo el 26, incluyendo copia de su primera nota, y recibió entonces una respuesta en que se le decía que el gobierno arjentino agradecía debidamente sus buenos deseos y que cuando lo creyera oportuno haría uso de ellos.

En marzo del mismo año, M. Washburn ofreció á López su mediación, que éste aceptó, bajando entonces el ministro al campamento paraguayo. Después de imponerse de las ideas de López sobre el particular, pasó el 11 al

campo de Caxías, que era entonces el jeneral en gefe del ejército aliado. Se presentó en las avanzadas aliadas en un carruaje americano de López, tirado á la cincha, y fue recibido allí por el coronel Fonseca, gefe del estado mayor, haciendo á caballo el resto del viaje.

M. Washburn permaneció tres días en el campamento aliado y volvió al de López sin haber logrado nada a favor de la paz, porque Caxías le declaró que no se aceptaría negociación alguna que no tuviera por base las separaciones de López del gobierno del Paraguay. López no quiso oír hablar de esto, aunque *se le insinuó que podría salir por una puerta de oro.*

M. Washburn fue un acérrimo partidario de López hasta el momento en que este dio principio á sus atrocidades en gran escala, lo que no tuvo lugar hasta mediados de 1868; pero desde el momento en que fracasó esta mediación, López le tomó una marcada antipatía y le vejó siempre que pudo. Algún tiempo después, M. Washburn fue acusado por ambas partes de dejarse sobornar, aunque en realidad ninguna tenía objeto para hacerlo, aún cuando él hubiera querido ser sobornado.

A mediados de agosto de 1867, M. Gould, secretario de la legación británica en el Río de la Plata, fue enviado por su gobierno al Paraguay, con el objeto de rescatar algunos súbditos británicos. No tenía sus credenciales en debida forma, ni autoridad para amenazarle, viéndose reducido á pedir á López les concediera licencia para salir del país.

Visitó los campamentos aliados en Tuyu-cué y en Tuyuti, con el objeto de pedir permiso para pasar por sus líneas al campo de López. Al llegar allí, López le hizo alojar en un pequeño cuarto, colocando en medio de una cabaña muy larga, cuyas divisiones eran únicamente de juncos, á través de las cuales las personas de las piezas adyacentes podían ver y oír cuanto pasaba en su cuarto. Los ingleses del campamento se le podían acercar libremente, y lo impusieron de la posición en que se encontraban todos sus compatriotas residentes en el Paraguay. López no dio á M. Gould una negativa directa, pero el asunto concluyó con permitir solo la salida de tres ó cuatro viudas y sus hijos. Sin embargo, M. Gould no pudo comunicarse absolutamente con ninguno de los súbditos ingleses empleados fuera del campamento. Comprendiendo que su misión fracasaría, redactó, probablemente á pedido de López, unas condiciones de paz, que él creyó serían admitidas por los aliados. Estas condiciones fueron formalmente aceptadas por López, represen-

tado por Caminos, ministro de relaciones esteriores, y con estas bases M. Gould se dirijió al campamento aliado.

Las bases eran las siguientes:

1°. La previa garantía dada por acuerdo secreto á los gobiernos aliados, de la aceptación por parte del gobierno del Paraguay, respecto de las proposiciones que estuviesen dispuestos á hacerle.

2°. Los poderes aliados reconocerían de la manera más formal, la independencia é integridad de la República del Paraguay.

3°. Todas las cuestiones relativas á territorios y límites, pendientes antes de la guerra, serían aplazadas ó sometidas al arbitraje de poderes neutrales.

4°. Los ejércitos aliados se retirarían del territorio paraguayo y las fuerzas paraguayas desalojarían los puntos ocupados por ellas en el territorio brasilero, tan pronto como estuviera asegurada la conclusión del tratado de paz.

5°. No se demandaría indemnización alguna por los gastos de la guerra.

6°. Los prisioneros de guerra de ambas partes serían puestos en libertad inmediatamente.

7°. Las fuerzas del Paraguay serían licenciadas en su totalidad, escepto las necesarias para el mantenimiento del órden en el interior de la República.

8°. S.E. el mariscal presidente, apenas concluido el tratado de paz ó sus preliminares se retiraría á Europa, dejando el gobierno en manos de S.E. el vice-presidente, quien según las prescripciones de la Constitución de la República queda con el mando en casos análogos.

La conducta de M. Gould es digna de las mayores recomendaciones, tanto por sus pacientes esfuerzos para obtener la libertad de los ingleses, cuanto por el arreglo de las anteriores condiciones de paz, tan altamente favorables al Paraguay y que fueron aceptadas por ambas partes.

En este caso, López habría concluido con honor, porque él mismo habría hecho la paz, venciéndose de esta manera el gran obstáculo que oponía su orgullo, que apenas era zaherido por esta combinación.

El 11 de setiembre, M. Gould llevó estas condiciones al campamento aliado, en donde fueron favorablemente recibidas y puestas en conocimien-

to de los respectivos gobiernos; el coronel Fonseca, gefe del estado mayor brasilero, fue despachado á Rio Janeiro en un vapor espreso, para recabar la aceptación del emperador.

M. Gould volvió dos días después, y habiendo informado á López del estado de la negociación, recibió una nota del ministro Caminos, diciéndole que él había *previamente* declarado que el artículo 8 no podía ser ni discutido por él, y agregando el siguiente párrafo que, dictado por el mismo López, lo coloca en un punto de vista sumamente ridículo:

Por lo demás, puedo asegurar á V. que la república del Paraguay nunca manchará su honor y su gloria, consintiendo que su presidente y defensor, que le ha dado tanta gloria militar, peleando por su existencia, baje de su puesto y menos aún que sea espatriado del teatro de su heroísmo y sacrificios, porque estas son las mejores garantías para mi patria, de que el mariscal López correrá la suerte que Dios tiene reservada á la nación paraguaya.

La verdadera razón que tuvo López para rechazar las bases que había aceptado previamente fue que mientras M. Gould las ofrecía en el campamento aliado, recibió noticias de una nueva revolución en la Confederación Arjentina, la cual le hizo suponer que los aliados se verían obligados á entrar en negociaciones de paz aceptando cualesquiera condiciones.

M. Gould no se prestó á contestar la comunicación que contenía tan descaradas mentiras, y el mismo día partió en la cañonera inglesa. El capitán de la cañonera fue nombrado por López caballero de la Orden del Mérito. M. Gould no fue tratado por López con el respeto debido á un ajente de S.M.B., y solo fue recibido de noche.

El horrible egoísmo desplegado por López en esta ocasión, no tiene ejemplo. Los aliados estaban dispuestos á conceder al Paraguay condiciones tales que habrían parecido dictadas por un vencedor, con la sola cláusula de que él abandonara el país y eso mismo con todos los honores. Pero el bárbaro prefirió sacrificar hasta el último hombre, mujer y niño de aquel pueblo valiente, adicto y mártir, con el solo objeto de mantenerse un poco más tiempo en el poder. Los sacrificios y el heroísmo de que había en su carta, son una atroz mentira, porque jamás estuvo próximo al peligro y vivía con todo el lujo y sibaritismo que pudiera apetecer.

CAPÍTULO XVII

Los aliados tratan de sitiar á Humaitá

Descripción del terreno alrededor de Humaitá. – Combate por el convoy. – Batallas de Isla Tayí, Tatayiba y Guardia Tayi. – Bloqueo é incendio del campamento aliado en Tuyutí.

Humaitá como Curupayty está situado en una barranca llana, á treinta pies sobre el nivel del río, en una rápida curva que hace la corriente, en forma de herradura, á la cual presenta una superficie cóncava, que permite concentrar el fuego de todas las baterías sobre cualquier punto de la curva. La barranca tiene una estensión de 2,500 yardas y sus estremidades están limitadas por carrizales. La aldea está rodeada por una trinchera cuyos estremos se apoyan en el río, en el punto en que nacen los carrizales. Esta trinchera tiene 14,800 yardas de largo, incluyendo los redientes que están colocados á cada 250, y encierra un espacio llano de pasturaje, como de 4,000 yardas de largo y 3,000 de ancho. Pasando de Humaitá aguas arriba, no hay desembarque posible á causa del carrizal, á no ser por una barranca llamada Tayí situado 15 millas al Norte de Humaitá, desde donde parte una vía que conduce á los caminos reales del interior. El Tayí llegó a ser, como es consiguiente, un punto estratéjico de importancia. El carrizal entre Humaitá y Tayí tiene más ó menos la forma de un rombo, con caminos perpendiculares de 4 á 7 millas cada uno, y á esto se llama Potrero Obella. En su mayor parte es del todo intransitable, pero existen una ó dos sendas por las que puede atravesarse. Por el lado de tierra está completamente cortado por una selva impenetrable, que tiene solamente una abertura, por la cual López introducía ganado en grandes cantidades, que se sacaban á medida que se necesitaban por la extremidad próxima á Humaitá.

Cuando el río estaba bajo, quedaba una senda practicable á lo largo de su marjen, pero cuando se llegaba al Arroyo Hondo era necesario pasarlo en canoas.

Fuera de las trincheras de Humaitá, en una estensión de muchas leguas, el terreno está cubierto de esteros, que dejan entre sí estrechas lenguas de tierra, sobre todo en las inmediaciones de San Solano y Tuyu-cué; pero la mayor parte del terreno próximo á la trinchera es practicable.

El terreno frente á Humaitá, del otro lado del río, es enteramente intransitable (aunque fue cruzado por los paraguayos hasta Timbó). Cuando el río crece este terreno queda completamente cubierto por el agua; y desde allí hasta unas tres leguas de la embocadura del Tebicuary no se puede efectuar desembarque alguno, porque todo es carrizal. La marjen del río Paraguay, en casi toda su estensión, es más elevada que el carrizal, lo que hace posible abrir un camino á lo largo del río, sin que esto quiera decir que pueda ligársele con el interior.

Pero continuemos con la historia de la guerra. Las provisiones para el ejército aliado en Tuyu-cué eran despachadas todos los días de Tuyutí, con una escolta de infantería, caballería y artillería; el convoy tomaba el camino que pasaba por el frente de las líneas paraguayas, pero que quedaba del otro lado del Bellaco. Los carros de los vivanderos iban por otro camino, que pasaba por atrás del monte de Palmas y que no era visible á los paraguayos. López, sin embargo, tenía siempre desparramadas partidas de merodeadores, que siempre que hallaban grupos aislados, caían sobre ellos y se apoderaban de lo que llevaban. Una vez hicieron una excelente presa, tomando un carro de papel, que no pudiéndolo llevar de día al campamento lo ocultaron en el monte, trasportando después el carro á una cierta distancia: todas las noches durante una semana iban en busca de algunas resmas, a través de las patrullas del enemigo.

López determinó hacer un ataque falso sobre el convoy cuando pasara y armar una emboscada al enemigo, que él suponía seguiría á sus soldados en la retirada. El 24 de setiembre, después de haber mandado la noche anterior dos batallones de infantería para ocultarse detrás de un terreno elevado entre Tuyu-cué y Tuyutí, á distancia de una milla de las trincheras paraguayas, mandó un rejimiento de caballería para que se lanzase sobre el convoy cuando pasara. Aquel día el convoy llevaba un globo inflado; si el coronel Rivarola, que mandaba los paraguayos, hubiera sido más vivo se habría apoderado de él. Se tomaron uno ó dos carros y algunas mulas, y cuando el rejimiento se retiró al otro lado del estero, el enemigo se adelantó con una fuerza de cinco batallones de infantería y tres rejimientos de caballería, rompiendo su artillería el fuego contra Rivarola. Cuando atravesaron el estero, Rivarola presentó sus dos batallones de infantería; entonces se detuvieron y ambas partes rompieron el fuego, que se prolongó por largo rato. Por últi-

mo, la caballería brasilera que estaba espléndidamente montada, cargó en columna al rejimiento paraguayo, cuyas miserables cabalgaduras apenas podían moverse; estos esperaron la carga formados en batalla; los brasileros cargaron bizarramente hasta la distancia de 150 yardas de los paraguayos; estos se movieron entonces, poniendo sus caballos al trote para recibirlos; este movimiento hizo volver grupas á los brasileros de la manera más vergonzosa.

Esta fue la única operación practicada en aquel encuentro: el enemigo se retiró dejando doscientos cadáveres en el campo. Los paraguayos solo perdieron 80 hombres entre muertos y heridos.

Una partida paraguaya se adelantó una noche, y se trajo un mangrullo de enemigo, matando á toda la guardia que lo custodiaba.

La caballería paraguaya al mando del jeneral (entonces mayor) Caballero, salía todas las mañanas en dirección á San Solano llevando á pastar sus caballadas en un lugar llamado *Hermosacué*. El 3 de octubre salió de las líneas el mayor Caballero con toda su fuerza (que llegaría a mil hombres) y se dirijió a Tayi con el objeto de practicar un reconocimiento sobre ese punto: el enemigo desprendió varias guerrillas para contenerle. Estas guerrillas fueron apoyadas por un rejimiento, que fue derrotado por Caballero, lo mismo que otros tres que trataron de sostenerlo. Entonces, se adelantó alguna infantería, que hostilizó á Caballero desde unas isletas del bosque, obligándolo á retirarse. Cuando la caballería enemiga volvió á avanzar, Caballero la cargó, quedando dueño del campo. Los brasileros perdieron cerca de 500 hombres y los paraguayos como 300. El 21 del mismo mes, Caxías preparó una emboscada de 5,000 hombres de caballería, que durante la noche se reunieron y ocultaron en los diversos montes que poblaban la llanura. A la mañana siguiente, Caballero salió como de costumbre con su caballería, y se lanzó á perseguir un rejimiento que se la había puesto de carnada, alejándose hasta un lugar llamado Tatayibá, que distaba tres millas de Humaitá. Al llegar allí, fue rodeado por la columna de caballería brasilera, que era tan numerosa, que se estorbaba á sí misma para maniobrar en los terrenos que dejaban libres los esteros. Caballero se abrió paso hasta ponerse bajo los fuegos de Humaitá, donde el enemigo lo dejó. Durante el trayecto de las tres millas, marchó siempre completamente rodeado y peleando brazo á brazo durante toda la retirada. La caballería paraguaya sufrió atrozmente, dejó en

el campo 400 cadáveres y 138 prisioneros (heridos). Algunos heridos lograron volver á Humaitá. Los brasileros perdieron 150 hombres entre muertos y heridos y como 8 oficiales. Lo que debe admirar es que se salvara un solo paraguayo. Caballero que había sido promovido á teniente coronel por el combate de Tayí, fue elevado á coronel, y López decretó una medalla á todos los soldados de Tatayibá. Esta medalla fue acuñada y presentada al fin del año.

El mismo día, los arjentinos intentaron una diversión contra la vanguardia paraguaya situada frente al Ángulo. Los paraguayos se retiraron hasta poner al enemigo al alcance del fuego de sus baterías, causándole de esta manera algunas pérdidas.

López, en previsión de un sitio, había reunido en el Potrero Obella una gran cantidad de ganado. La abertura de este Potrero por el lado del monte, que hemos descrito ya, era cerrada por una trinchera sostenida por 200 paraguayos. El otro camino que conducía al Potrero, partía de Tayí, corría á lo largo del río y entraba por el Potrero en un punto denominado "El Laurel", donde López hizo levantar una batería, artillada con 14 piezas y defendida por 600 hombres, bajo las órdenes del mayor Franco. Esta trinchera cerraba la entrada al Potrero por la parte de Tayí.

El enemigo descubrió, en uno de sus reconocimientos, la trinchera que defendía la entrada por el lado del monte, y determinó apoderarse de la posición. El 28 de octubre, el jeneral Menna Barreto recibió órden de atacarla y tomarla á la cabeza de 5,000 hombres. La trinchera estaba situada á la extremidad de una estrecha abertura del monte. Los brasileros tenían que recorrer toda su extensión para llegar al borde de la trinchera, exponiéndose durante esta marcha al fuego de enfilada de la batería.

Los paraguayos pelearon bizarramente y contuvieron al enemigo por largo tiempo, pero al fin fueron vencidos por el número. Según el parte oficial de Caxías, los brasileros perdieron 370 hombres y los paraguayos 87 muertos y 56 heridos.

Después de tomada la trinchera, Menna Barreto hizo un reconocimiento sobre Tayí, y al llegar á la marjen del río rompió el fuego con su artillería sobre dos vapores paraguayos que navegaban aguas abajo. Estos se detuvieron y lo bombardearon, obligándolo á retirarse. La noticia de la presencia del enemigo por Tayí, alarmó mucho á López, porque una batería colocada

en aquel punto le cortaría su comunicación fluvial. A consecuencia de esto, me envió á Tayí el 1° de noviembre, con el objeto de escojer una posición y abrir una trinchera, que pusiera la barranca del río á cubierto, é impidiera que el enemigo se apoderara de ella; esta barranca solo tenía cuatrocientas varas de largo y sus dos costados terminaban en el carrizal. El mismo vapor conducía el batallón 9 de infantería, fuerte de 400 hombres, al mando del capitán Ríos, y tres piezas de artillería de campaña, todo bajo las órdenes del mayor Villa-Mayor, ayudante favorito de López, que era un hombre tan valiente como estúpido. Mis órdenes eran trazar las trincheras y volver inmediatamente. Cuando llegamos, la tarde estaba muy avanzada, y al reconocer el terreno encontramos al enemigo á muy corta distancia del otro lado de los montes. Se colocaron centinelas avanzadas y se trazó un reducto cuya retaguardia se apoyaba en el río. Se colocaron tres vapores en posición conveniente para que flanquearan con sus fuegos el frente de la batería, y al ponerse el sol del día 1° de noviembre, se dio principio a los trabajos. Habiendo encontrado en Tayí una antigua guardia, cercada por una fuerza palizada, despaché una canoa al Laurel, de donde partía una línea telegráfica á Paso-Pucú avisando á López que el enemigo estaba muy próximo y que la palizada de que he hablado, podría hacerse muy fuerte antes de amanecer, arrojando tierra contra ella, lo que no sucedería con la trinchera, porque á esa hora estaría aún muy atrasada. Sin embargo, López prefirió que se continuara la trinchera.

A la mañana siguiente, Menna Barreto atacó á los paraguayos, que al verlo aproximarse se retiraron al bajo de la barranca, desde donde hacían fuego por elevación; pero inmediatamente fueron vencidos por el número y casi todos pasados á cuchillo por los brasileros. El mayor Villa Mayor fue muerto; el capitán Ríos, muy mal herido, logró escapar con algunos pocos hombres y refujiarse en el Laurel.

Los vapores continuaban bombardeando á los brasileros, estos aproximaron su artillería á la marjen del río y abrieron sobre ellos un tremendo fuego, al mismo tiempo que la infantería los acribillaba con sus rifles, matando á casi todas las tripulaciones. Dos vapores, el "Olimpo" y el "25 de mayo", fueron echados á pique, el tercero ("Iporá") logró escaparse.

Los brasileros se atrincheraron fuertemente en Tayí, que artillaron con 14 piezas y guarnecieron con 6,000 hombres. En San Solano y sus cercanías

tenían listos 10,000 hombres para reforzarlo en el caso de que López lo atacara. Además, colocaron cadenas de una á otra banda del río, pera evitar el pasaje de los vapores paraguayos. Uno de estos fue blindado con rails del camino de fierro, para forzar el paso de la batería, pero no sirviendo esta armadura por ser demasiada pesada, se desistió del intento, sacándosele el blindaje. López guardó un profundo secreto sobre estas emergencias, y muy pocas personas del ejército paraguayo tuvieron noticias de ellas, hasta algunos meses después, en que empezaron á susurrarse.

Algunos días después de la toma de Tayí, un mayor brasilero y tres oficiales se adelantaron por el camino que conducía al Laurel y fueron muertos por los paraguayos.

Cuando los aliados marcharon á Tuyu-cué, López envió al coronel Núñez al paso principal del Tebicuary, en donde tenía un batallón de reclutas, el 45, y dos escuadrones de caballería, también de reclutas. Se levantó una trinchera para defender el paso, que fue armada con seis piezas de artillería. Había también guardias en los demás pasos del Tebicuary, por la parte de arriba. Núñez tenía órden de remitir el ganado, las provisiones y la correspondencia por el nuevo camino del Chaco, operación que se practicaba pasando el Paraguay cuatro millas al norte del Tebicuary en un punto llamado "Monte Lindo".

El ganado era trasportado de un lado al otro del río, de diferentes maneras. En "Monte Lindo", el río tiene una anchura de 560 yardas y la corriente es rapidísima. Uno de los métodos empleados para el pasaje era hacer una manga formado por dos palizadas que arrancaban de la orilla del río, cuyos postes distaban uno de otro cuatro pies, corriendo paralelos por una distancia de 20 yardas, después de la cual se ensanchaba en forma de embudo. El ganado era introducido por la parte ancha del embudo y salía por la más angosta, cayendo al agua cabeza por cabeza. En aquel lugar se hallaban algunas vacas atadas en una canoa que partía inmediatamente para el otro lado del río, siendo seguida por todos los animales de la manga. Sin embargo, muchos de estos se ahogaban. Otro de los métodos consistía en atar cuatro animales por los cuernos á los lados de una canoa y remar con ellos hasta el otro lado. Otras veces ataban á los animales por las patas y los cuernos y los pasaban en canoa. Pero el mejor medio, y también el más usado, era una gran balsa llevada á remolque por un vapor.

Apenas el ejército aliado se aproximó al Paso de la Patria, López ordenó á todos los habitantes de la costa del Paraná[1] que se retiraran al otro lado del arroyo Hondo; cuando supo que marchaban á Tuyu-cué, ordenó a todos los habitantes, hombres, mujeres y niños, que se retiraran al norte del Tebicuary asolando los distritos de Ñenbucú y Misiones. La mayor parte de esta jente, arrojada de sus casas de esta manera, murió de hambre y de miseria.

Por consiguiente, el territorio entre Tebicuary y los aliados estaba absolutamente desierto. Como los habitantes no pudieron llevar sino lo que podían cargar en la cabeza, tuvieron que dejar abandonados en las habitaciones sus pobres muebles y hasta el último de sus tiestos. El ganado del distrito fue arreado también, dejándose solo algunas tropas, destinadas al consumo inmediato del ejército.

Los aliados mandaron varias espediciones con el objeto de reconocer esta parte del país, las que tuvieron algunas guerrillas con los paraguayos que se encontraban diseminados en pequeñas partidas por todo el territorio; los brasileros se posesionaron del Pilar dos veces, y en una llegaron hasta el paso del Tebicuary, donde cambiaron algunos tiros con Núñez. Una de esas espediciones, bajo las órdenes del mayor Ascona, llegó hasta San Juan, tomando algún ganado y unos cuantos prisioneros; pero habiendo vuelto por el mismo camino, fue asechado por el capitán rojas, que lanzándose de su emboscada, reconquistó los prisioneros y el ganado, tomando además dos oficiales del enemigo. Uno de estos era un paraguayo que había desertado hacía mucho tiempo. Cuando López supo que lo tenía en sus garras, se puso loco de contento; el prisionero fue llevado muy mal herido á Paso Pucú, donde casi lo mataron á palos, fusilándolo después.

Desde que una parte de los aliados marchó á Tuyu-cué, López abrigó siempre la idea de atacar á Tuyutí, y me comisionó para levantar un mapa de las fortificaciones de ese punto. Habiendo hecho antes un plano muy exacto de todo aquel terreno, pude llevar á cabo mi encargo con muy buen éxito. La mayor parte de las fortificaciones de Tuyutí eran visibles de nuestros mangrullos, desde los cuales hice mis observaciones con ayuda del teodolito. Interrogué también á algunos desertores de Tuyutí y los examiné sobre el estado de las defensas.

1. En el Paraguay, la mayor parte de la población vivía en casas aisladas desparramadas, por todo el territorio, y no en aldeas, lo que les permitía mantenerse con el producto de sus terrenos (Nota del autor).

Por último, López determinó atacarlo el 3 de noviembre. Todos los apresto necesarios quedaron terminados el 2. El jeneral Barrios debía mandar en gefe la espedición, que consistía en 8,000 hombres, divididos en cuatro brigadas de infantería, de cuatro batallones cada una, y dos brigadas de caballería de tres rejimientos cada una. Barrios, llevando al coronel Luis González por segundo, debía marchar con la infantería por el camino de Yataití-Corá; el valiente coronel Jiménez mandaba la vanguardia. El coronel Caballero debía conducir la caballería más á la derecha del enemigo, por el Paso Satí, llevando por segundo al teniente coronel Rivarola. La espedición no tenía por objeto quedar en posesión de Tuyutí, porque López carecía de fuerza bastante para guarnecerlo. Su intención era arrebatar algunos cañones, especialmente uno ó dos de los Whitworth de 32, que López y todos sus gefes envidiaban en estremo, y obligar al enemigo á reconcentrarse sobre aquel punto que era su base de operaciones.

López reunió á todos los jefes superiores para consultar el mapa y darles las órdenes que debían ejecutar. Estas fueron que todos debían estar listos la noche antes, y tan próximos como fuera posible á las líneas enemigas, que al rayar el día la infantería debía lanzarse sobre el campamento arjentino y la caballería sobre los reductos brasileros de la derecha; que llevándose todo por delante, debían tomar el camino de Piris, remitiendo toda la artillería á su campamento, tan pronto como fuera tomada, y volverse en seguida. Sin embargo, después de comunicar estas instrucciones les dio la órden de que una vez posesionados del campamento permitieran á los solados recorrerlo para que recojieran lo que pudiesen. Cuando un jeneral llega á dar una órden semejante, merece sufrir todas las derrotas posibles. El resultado de esta órden fue que en vez de ser una espléndida victoria, como lo era al principio, resultó solo una tremenda pérdida para los paraguayos y para los aliados.

Estando las guardias avanzadas de los aliados muy prósimas á sus líneas, los paraguayos consiguieron colocarse muy cerca de ellos durante la noche, y aún cuando hubiesen sido descubiertos y se hubiera dado la voz de alarma, la distancia era tan corta que habrían estado sobre las trincheras antes que la guarnición hubiera podido defenderlas.

El 3 de noviembre de 1867, López se puso de pie antes de rayar el día, esperando ver iniciarse el ataque. Al amanecer, los paraguayos se adelantaron silenciosamente á paso redoblado y encontraron al enemigo dormido; una de las guardias avanzadas hizo fuego á los paraguayos cuando pasaban, pero estos no contestaron para evitar el menor ruido posible. Al llegar á la primera línea de trincheras, dos piezas les hicieron fuego; hubo también algunos tiros de mosquetería; pero el fuego cesó inmediatamente. La infantería llevó todo por delante, pegando fuego á cuanto encontró en su camino, incendiando todo el campamento y haciendo volar muchos polvorines. La segunda línea de trincheras fue tomada con igual facilidad; cuatro batallones brasileros que estaban de facción, fueron presa de un pánico tal que se desbandaron y huyeron á Itapirú, donde esperaban salvarse á nado. En su fuga fueron acompañados por todos los vivanderos y mercaderes del campamento. El valor de los pasajes al otro lado del río subió hasta 100 libras, y había quien pagaba 10 por ser apartado de la costa algunas yardas.

Después de tomar la segunda línea de trincheras, llegaron al "Comercio", en donde se hallaban todas las tiendas y depósitos; allí se desbandaron como López había ordenado y se entregaron á saquear, robar é incendiar. Porto Alegre, *personalmente* se condujo con bizarria, pero no así su ejército. Reunió algunas tropas para defender la ciudadela, lo que entonces era fácil porque todos los paraguayos se habían desbandado y desde este punto les hizo un fuego nutrido, hiriendo y matando á mucha jente. Los heridos cargaron inmediatamente con todo el botín que pudieron y volvieron al campamento paraguayo. Una fuerza de caballería brasilera que se hallaba acampada cerca de Bellaco del Sud, no dio un paso hasta que los paraguayos se desbandaron, cargándolos recién entonces. Los paraguayos saquearon todo el campamento hasta el Bellaco del Sud, á retaguardia de la ciudadela, bebiendo lo que encontraban y comiendo puñados de azúcar, que es un manjar para ellos. Al fin, los brasileros y los arjentinos salieron de la ciudadela y acuchillaron á muchos paraguayos que estaban aquí, allí y en todas partes, escapando con su botín los que pudieron.

La caballería paraguaya se condujo mucho mejor. Llegó á los fosos de los reductos casi sin ser sentida, haciendo salir á la guarnición en camisa. Saltaron de sus caballos y sable en mano treparon á las trincheras. El gefe de uno de estos reductos, viendo que los paraguayos estaban resueltos á tomarlo, levantó una bandera blanca en señal de rendición; entonces Caballero, detuvo á sus tropas y ordenó al enemigo que dejase las armas. Titubeando en obedecer, ordenó á sus soldados los pasaran á cuchillo; los que quedaron, tiraron sus armas y Caballero detuvo la carnicería. Los prisioneros, que eran 250, todos brasileros, y 10 oficiales, además del mayor Cunha Mattos y del mayor arjentino Aranda, y seis mujeres, fueron enviados al campo paraguayo escoltados por seis hombres de caballería. Los cañones fueron inmediatamente remitidos á Paso Pucú. Rivarola y Montiel tomaron otros dos reductos y sus guarniciones fueron pasadas á cuchillo. Los cuarteles fueron incendiados.

Apenas se supo en Tuyu-cué lo que pasaba en Tuyutí, se mandaron refuerzos. El jeneral Hornos, con la caballería correntina y dos regimientos arjentinos, la lejión paraguaya y el general Victorino con su propia división y otras más, de la caballería brasilera, llegaron á Tuyutí al galope, y atacaron á la caballería paraguaya, en el momento en que terminaba la toma de los reductos. La caballería paraguaya peleó valientemente, cargando repetidas veces al enemigo y pasando por entre sus filas. El combate brazo á brazo, que se sostuvo en este punto, duró por más de una hora, retirándose en seguida los paraguayos y concluyendo todo antes de las nueve de la mañana.

Todo el campamento enemigo, desde el centro hasta la derecha, era una masa de fuego y humo, avivada de vez en cuando por la explosión de algún polvorín. Los paraguayos al retirarse de Tuyutí, se rehicieron en Yataiti-Corá, marchando los heridos con su botín, directamente á Paso Pucú. Se tomaron tres banderas, dos brasileras muy sucias y usadas y una arjentina magníficamente bordada; catorce piezas de todo calibre, desde un obús de siete pulgadas, hasta un cañón rayado de á nueve, fueron llevadas al campamento paraguayo. Entre estas se hallaba un cañón Krupp, de acero, de á doce, de cargar por la culata, el cual fue tomado cargado, porque el enemigo no tuvo tiempo para descargarlo. Un Whitworth de 32 había sido enviado de Tuyutí, pero siendo una pieza muy pesada, se encajó en el barro del estero hasta las mazas de las ruedas, y no pudiendo sacarlo los soldados, lo dejaron allí, á tiro de rifle de las líneas enemigas.

El abandono de esta pieza contrarió á López muchísimo, y el jeneral Bruguez que estaba presente, le rogó que le diera permiso para ir á buscarla.

López le dijo que pidiera á Barrios dos batallones y que fuera por la pieza. Le dijo también que en el camino fusilase á dos paraguayos que habían sido tomados prisioneros. Bruguez marchó, y en cumplimiento de la órden, fusiló por la espalda á los dos paraguayos; y habiendo reunido con dificultad dos batallones, partió en busca del cañón, llevando consigo doce yuntas de bueyes y una gran cantidad de cuerdas. Cuando llegó, los brasileros, que temían ver caer el cañón en manos de los paraguayos, estaban ya tratando de llevarlo á su campamento con hombres y bueyes. Al acercarse Bruguez, se retiraron haciéndole un fuego nutrido de artillería y fusilería. Bruguez, sin embargo, amarró el cañón y se lo llevó á las barbas de sus trincheras. Perdió algunos hombres, incluso al mayor Mendoza de la artillería. Este cañón estaba cargado con dos cartuchos sin bala, y el fogón de cobre estaba derretido y estropeado, de manera que el cartucho no podía ser punzado. La pieza fue sacada al entrar la noche. Los aliados perdieron cerca de 1,900 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Porto Alegre fue levemente herido y le mataron dos caballos. Se tomaron también algunos carros con ropa, mulas y caballos. Todo el campamento de la derecha fue destruido é incendiado.

Los paraguayos dejaron en el campo de batalla cerca de 1,200 hombres, la mayor parte muertos y otros tantos volvieron heridos, de manera que de los 8,000 hombres quedó fuera de combate casi una tercera parte. El batallón 40 fue aniquilado nuevamente y su banda quedó completamente destruida, volviendo solamente 100 hombres sanos; el batallón 20, que entró en combate fuerte de 460 hombres, salió solo con 76; y el batallón 3, fuerte de 400 hombres, quedó reducido á 100. Además del oficial superior que hemos mencionado, murieron otros tres, á saber: el teniente coronel Lescano y los mayores Fernández y Bullo. Los coroneles González, Jiménez y Rivarola, y los mayores Duarte y Montiel fueron heridos, pero lograron volver á su campamento.

El brigadier jeneral Barrios fue promovido á jeneral de división; pero como López, aunque mariscal, llevaba todavía el uniforme de jeneral de división, Barrios se vio obligado á vestir el de brigadier.

Los paraguayos hicieron una diversión en la estrema derecha, amenazando atacar la izquierda brasilera.

Cuando el enemigo en Tuyu-cué se apercibió de lo que pasaba en Tuyutí,

desprendió cinco batallones para amenazar el Espinillo, pero no pusieron á tiro.

Los despojos traídos de Tuyutí por los paraguayos fueron inmensos, y consistían en artículos de todos los géneros imaginables. Los únicos alcahusiles que he visto en el Paraguay durante mi residencia fueron traídos ese día del campamento aliado.

La correspondencia acababa de llegar de Buenos Ayres y fue llevada á López, quien al leer una de las cartas esclamó: "¡Pobre Mitre! Estoy leyendo una carta de su esposa", y entonces dijo lo que contenía la carta. Se llevó también á López una caja que acababa de llegar para el jeneral Emilio Mitre, que contenía té, queso, café y un par de botas. Se trajeron también varios uniformes nuevos para oficiales, encontrados en una sastrería. Se tomaron grandes cantidades de parasoles, polleras, miriñaques, camisas (sobre todo de crimen); cada soldado venía tan cargado de estos artículos cuanto sus fuerzas se lo permitían. Trajeron también un telescopio con su trípode, que pertenecía á uno de los mangrullos. Entre los despojos venían grandes cantidades de relojes de oro, libras esterlinas y pesos fuertes. Un soldado que se encontró un saco de cortados (moneda dividida) lo tiró como una cosa de poco valor.

Los aliados empezaron de nuevo á aumentar las fortificaciones de Tuyutí. Los paraguayos celebraron la victoria, y López les decretó una medalla que fue acuñada en la Asunción.

Los prisioneros tomados en Tuyutí fueron colocados en una prisión hecha espresamente para ellos, que consistía en un corral de campo, techado en parte. Los oficiales, que habían dado su palabra, fueron a pesar de esto arrojados junto con los soldados rasos, y sufrieron tanto á causa del hambre, del lodo y de la intemperie, que uno de ellos (un capitán) quiso escaparse y se internó en las selvas, pero no le fue posible atravesar las líneas paraguayas. Tres días después, lo encontraron sentado bajo un arbusto y fue tomado y fusilado en el acto. Con el objeto de infundir á los demás el temor conveniente para que no intentaran fugarse, se dice que cincuenta de ellos fueron sacados y fusilados. La mayor parte de los que quedaron, murieron víctimas del hambre y de los malos tratamientos; sin embargo, algunos pocos sobrevivieron y fueron llevados al Tebicuary.

Los dos mayores que cayeron prisioneros fueron enviados al gefe de estado mayor, en cuya casa ocupaban un cuarto. López les mandó decir que

no quería tratar á oficiales de su graduación como á soldados rasos, y que quedaría satisfecho con que cada uno escribiera una declaración de todo cuanto sabía sobre el estado de los aliados.

Toda la línea de la trinchera desde el Ángulo hasta Humaitá había sido muy bien artillada, desde la marcha de los aliados á Tuyu-cué, pero estos no se pusieron jamás á tiro. El "jeneral Díaz" fue llevado al Espinillo y bombardeó el campamento de Tuyu-cué una ó dos veces, pero pronto lo pusieron fuera de combate.

El cañón Whitworth de 32, que fue tomado en Tuyutí con su armón de municiones, y que como dijimos tenía el fogón en mal estado, fue compuesto muy luego, llevado una tarde á Curupayty y colocado en la derecha de la batería, desde donde la escuadra de madera era visible, aunque estaba fuera de tiro de toda la artillería que los paraguayos habían conocido hasta entonces. Esta encantadora pieza, el fiuús, codiciado por tan largo tiempo, alcanzaba mucho más allá de la escuadra, y en aquella misma tarde hizo algunos espléndidos tiros, que tuvieron por efecto que todos los buques se mandaran mudar con la música á otra parte. La "Belmonte" recibió una bala que le desmontó su Whitworth de 150 y mató toda la guarnición de la pieza. En total, se metieron á la escuadra más de 34 balas en la misma tarde, lo que la hizo cambiar de fondeadero; la pieza fue entonces enviada al Espinillo, desde donde hacía fuego diario sobre el campamento aliado con algún éxito. Se habían juntado para esta pieza centenares de balas y bombas lanzadas por el enemigo.

El cañón Krupp de á 12, no vino acompañado de sus municiones, las que fue necesario fabricar en la Asunción. La pieza fue entonces paseada por diferentes partes de la trinchera para entretener á los soldados y hacer fuego sobre el enemigo.

En la batalla de Tuyutí, el ejército oriental, que el día anterior consistía en 40 hombres y un jeneral, quedó reducido á un jeneral y 20 hombres.

CAPÍTULO XVIII

López concentra sus fuerzas en el Paso Pucú y establece el campamento y batería de Timbó. – Mitre deja el mando en manos de Caxías. – Muerte del Jeneral Flores.

Después de la batalla de Tuyutí, viendo López que los aliados continuaban ocupando á Tayí, y que no manifestaban la más mínima intención de reconcentrarse, determinó circunscribir su línea de defensa y fortificar á Humaitá.

Por este motivo, se empeñó en adelantar la trinchera que ya se había empezado, y que apoyando su derecha en la laguna Piris seguía la cresta de la loma de Paso Pucú y terminaba en la antigua trinchera del Espinillo. Se constituyeron algunos reductos triangulares en el ángulo, y de trecho en trecho en toda la estensión de la trinchera hasta llegar á Humaitá; sirviendo la misma trinchera para tomar uno de sus costados. Estos triángulos estaban construidos de tal manera que flanqueaban, en cuanto era posible, la distancia que los separaba. En la antigua trinchera, que corría desde el Sauce hasta el Ángulo, quedaron solamente las guardias; la artillería, que consistía en 150 cañones, fue retirada; las piezas pesadas fueron llevadas todas á Humaitá, quedando solamente algunas lijeras, en la trinchera de Paso Pucú. El Espinillo y el resto de la línea hasta Humaitá, quedó materialmente erizado de artillería. El capitán Barrios con 100 hombres y una pieza permanecía en el Sauce. El mayor J. Fernández, con un rejimiento de caballería, protejía el antiguo centro y la izquierda. El jeneral Bruguez, cuya habitación estaba entonces en el Espinillo, mandaba toda la nueva línea.

En los primeros días de diciembre se dio principio á la trinchera de Timbó, en el Chaco, sobre la marjen del río, pero cubierta por un bosque. Al principio fue guarnecida por 6 batallones de infantería y 3 rejimientos de caballería y artillada con 30 piezas de campaña. El gefe de esta posición era el coronel Caballero, que estaba encargado de las comunicaciones por el Chaco.

Se participó á todas las mujeres del campamento, que las que quisieran ir á la Asunción podrían hacerlo por el camino del Chaco. Durante más de un año no se había permitido á nadie ir ni venir, y muchas mujeres se apro-

vecharon de la oportunidad, aunque tenían que recorrer á pie una distancia de 250 millas. El hospital jeneral fue trasladado á Humaitá, en donde los enfermos sufrieron algunas bajas, porque estaban continuamente expuestos al bombardeo. El doctor Fox, uno de los cirujanos del ejército, fue herido en una pierna por una bomba que reventó en una de las salas del hospital.

La cadena de Humaitá era visible desde el punto en donde estaban fondeados los encorazados. Esta consistía en tres cadenas colocadas una al lado de la otra, de las cuales la más pesada tenía eslabones de 7 _ pulgadas, y estaban sostenidas por 3 pontones y muchas canoas. Los encorazados hicieron fuego sobre estos pontones y canoas durante tres meses, y los echaron todos á pique; entonces la cadena se sumerjió, porque el río en aquel punto tiene cerca de 700 yardas de anchura, y no podía ser estirada sin ayuda de apoyos intermediarios. La cadena se enterró como dos pies en el barro del fondo y por consiguiente no ofrecía obstáculo alguno á la navegación. Se hicieron algunos esfuerzos para colocar boyas y levantarla, pero fueron infructuosos. Los encorazados bombardearon la iglesia desde agosto hasta febrero, echando abajo algunos ladrillos y partiendo una ó dos vigas por la mitad.

En los primeros días de octubre M. Cochelet, cónsul francés fue relevado por M. Cuverville. M. Cochelet figuraba en las listas negras de López, por no querer visitar á Mme. Linch. Cuando llegó de la Asunción, fue colocado con su familia en un cuarto, espuesto al continuo bombardeo de los brasileros, permaneciendo allí algunos días hasta que el vapor francés vino á buscarlo.

A principio de setiembre, el gobierno italiano envió un cónsul, el que después de pasar en Humaitá unos cuantos días espuesto al fuego, fue enviado á la Asunción por el Chaco.

Cada vez que alguna bala pegaba en la casa de López en Humaitá, el agujero era inmediatamente tapado y blanqueado con el objeto de borrar todo rastro, *para que ni se supusiera que su casa* pudiera ser tocada por el enemigo.

Dos ó tres pequeñas piezas colocadas frente á los encorazados en los bosques de Humaitá, molestaban á los brasileños siempre que se presentaban sobre cubierta.

El 26 de diciembre, los encorazados subieron hasta ponerse á tiro de

Humaitá para practicar un reconocimiento, volviéndose en seguida á su fondeadero.

Los vapores "Tacuarí" e "Ygurei", que habían permanecido entre Humaitá y Tayí, hacían todos los transportes de Timbó á Humaitá, cargando y descargando en frente de la iglesia, sin ser vistos por los encorazados.

El cañón "Acá-verá" estaba ya concluido y fue traido y colocado en las baterías de Humaitá. El "Cristiano" fue también trasladado de Curupayty y colocado en Humaitá.

Los paraguayos hacían siempre y donde menos se les esperaba, pequeños *malones*. Un día de diciembre volvieron con 800 vacas, tomadas del otro lado de la línea de comunicación del enemigo, entre Tuyu-cué y Tuyutí. En otra ocasión, trajeron 1,800 vacas de cerca de "Pedro González", y en otro día tomaron prisionero al capitán Silva, paraguayo, que había desertado al enemigo y que le servía de guía. Este individuo fue médico en la cárcel y después de contestar á muchas preguntas que se le hicieron, fue muerto á palos.

Uno de los principales entretenimientos, tanto en el campo de los aliados como en el paraguayo, era bombardearse mutuamente con cañones Withworth de 32. Después de iniciarlo los paraguayos desde el Espinillo, los brasileros trajeron tres de estos cañones á sus líneas de Tuyu-cué y solían hacer fuego, tanto sobre nuestra pieza de á 32, por ver si la desmontaban, como sobre el cuartel jeneral de López. Cuando López había acabado de comer y se retiraba en paz á su casamata, ordenaba que bombardeasen desde el Espinillo. Tenía siempre algunos oficiales colocados sobre el terraplén con telescopio en mano, que le avisaban cuanto pasaba; á saber: de donde venía cada tiro lanzado por el enemigo, donde caía y si reventaba ó no, como igualmente adonde iban, como caían y si reventaban los tiros del Espinillo. Para dar una noticia exacta, el oficial de la pieza en Espinillo tenía un número de letras negras pintadas en un cuero, representando cada una de estas las diferentes partes del campamento enemigo. Por ejemplo: T quería decir Tuyu-cué, C cuarteles jenerales de Caxías, etc. Cuando estaba tomada la puntería, los telescopios de Paso Pucú eran informados por la aparición de una letra en el Espinillo, sobre el lugar á donde debían dirijirse, para observar el efecto de la bala, é inmediatamente daban aviso á López. Cuando se daba fuego á la pieza, se veía con exactitud el punto en que caía la bala,

vecharon de la oportunidad, aunque tenían que recorrer á pie una distancia de 250 millas. El hospital jeneral fue trasladado á Humaitá, en donde los enfermos sufrieron algunas bajas, porque estaban continuamente expuestos al bombardeo. El doctor Fox, uno de los cirujanos del ejército, fue herido en una pierna por una bomba que reventó en una de las salas del hospital.

La cadena de Humaitá era visible desde el punto en donde estaban fondeados los encorazados. Esta consistía en tres cadenas colocadas una al lado de la otra, de las cuales la más pesada tenía eslabones de 7 _ pulgadas, y estaban sostenidas por 3 pontones y muchas canoas. Los encorazados hicieron fuego sobre estos pontones y canoas durante tres meses, y los echaron todos á pique; entonces la cadena se sumerjió, porque el río en aquel punto tiene cerca de 700 yardas de anchura, y no podía ser estirada sin ayuda de apoyos intermediarios. La cadena se enterró como dos pies en el barro del fondo y por consiguiente no ofrecía obstáculo alguno á la navegación. Se hicieron algunos esfuerzos para colocar boyas y levantarla, pero fueron infructuosos. Los encorazados bombardearon la iglesia desde agosto hasta febrero, echando abajo algunos ladrillos y partiendo una ó dos vigas por la mitad.

En los primeros días de octubre M. Cochelet, cónsul francés fue relevado por M. Cuverville. M. Cochelet figuraba en las listas negras de López, por no querer visitar á Mme. Linch. Cuando llegó de la Asunción, fue colocado con su familia en un cuarto, espuesto al continuo bombardeo de los brasileros, permaneciendo allí algunos días hasta que el vapor francés vino á buscarlo.

A principio de setiembre, el gobierno italiano envió un cónsul, el que después de pasar en Humaitá unos cuantos días espuesto al fuego, fue enviado á la Asunción por el Chaco.

Cada vez que alguna bala pegaba en la casa de López en Humaitá, el agujero era inmediatamente tapado y blanqueado con el objeto de borrar todo rastro, *para que ni se supusiera que su casa* pudiera ser tocada por el enemigo.

Dos ó tres pequeñas piezas colocadas frente á los encorazados en los bosques de Humaitá, molestaban á los brasileños siempre que se presentaban sobre cubierta.

El 26 de diciembre, los encorazados subieron hasta ponerse á tiro de

Humaitá para practicar un reconocimiento, volviéndose en seguida á su fondeadero.

Los vapores "Tacuarí" e "Ygurei", que habían permanecido entre Humaitá y Tayí, hacían todos los transportes de Timbó á Humaitá, cargando y descargando en frente de la iglesia, sin ser vistos por los encorazados.

El cañón "Acá-verá" estaba ya concluido y fue traido y colocado en las baterías de Humaitá. El "Cristiano" fue también trasladado de Curupayty y colocado en Humaitá.

Los paraguayos hacían siempre y donde menos se les esperaba, pequeños *malones*. Un día de diciembre volvieron con 800 vacas, tomadas del otro lado de la línea de comunicación del enemigo, entre Tuyu-cué y Tuyutí. En otra ocasión, trajeron 1,800 vacas de cerca de "Pedro González", y en otro día tomaron prisionero al capitán Silva, paraguayo, que había desertado al enemigo y que le servía de guía. Este individuo fue médico en la cárcel y después de contestar á muchas preguntas que se le hicieron, fue muerto á palos.

Uno de los principales entretenimientos, tanto en el campo de los aliados como en el paraguayo, era bombardearse mutuamente con cañones Withworth de 32. Después de iniciarlo los paraguayos desde el Espinillo, los brasileros trajeron tres de estos cañones á sus líneas de Tuyu-cué y solían hacer fuego, tanto sobre nuestra pieza de á 32, por ver si la desmontaban, como sobre el cuartel jeneral de López. Cuando López había acabado de comer y se retiraba en paz á su casamata, ordenaba que bombardeasen desde el Espinillo. Tenía siempre algunos oficiales colocados sobre el terraplén con telescopio en mano, que le avisaban cuanto pasaba; á saber: de donde venía cada tiro lanzado por el enemigo, donde caía y si reventaba ó no, como igualmente adonde iban, como caían y si reventaban los tiros del Espinillo. Para dar una noticia exacta, el oficial de la pieza en Espinillo tenía un número de letras negras pintadas en un cuero, representando cada una de estas las diferentes partes del campamento enemigo. Por ejemplo: T quería decir Tuyu-cué, C cuarteles jenerales de Caxías, etc. Cuando estaba tomada la puntería, los telescopios de Paso Pucú eran informados por la aparición de una letra en el Espinillo, sobre el lugar á donde debían dirijirse, para observar el efecto de la bala, é inmediatamente daban aviso á López. Cuando se daba fuego á la pieza, se veía con exactitud el punto en que caía la bala,

y se le comunicaba en seguida. Uno de los blancos más favoritos era la casa de Osorio. Este tenía en frente un pequeño terraplén, y habiendo sido agujereado varias veces su techo, hizo colocar algunos fardos sobre el terraplén. Estos, sin embargo, fueron dislocados en distintas ocasiones por el fuego paraguayo.

Durante uno de estos bombardeos, los brasileros pegaron fuego á una hilera de casas en el Espinillo, incendiando la munición de todo un batallón de infantería (250 tiros por hombre) y quemando el mangrullo próximo. Esto sucedió un poco antes de anochecer, y los aliados vieron quemarse las casas. A la mañana siguiente, se quedaron asombrados al ver (como ellos lo creyeron) todas las casas reemplazadas, exactamente como estaban antes del incendio, lo que consideraban como otra prueba de la omnipotencia de López. Pero la verdad era que las casas que fueron consumidas por el fuego, se hallaban justamente detrás de aquellas que veían los aliados, y que no habían sufrido absolutamente nada. La mayor parte de los jenerales tenían sus carruajes y López sabía siempre cuando salían y si salían á caballo ó en coche.

El 11 de enero de 1868, las banderas del campamento aliado estaban á media asta, y durante todo el día se disparaba cada media hora en el campamento arjentino un cañonazo sin bala, que era inmediatamente respondido por otro en el campamento brasilero. Este incidente escitó mucho á López, porque era evidentemente una demostración de duelo en el ejército arjentino. Además, esa mañana, todas las tropas arjentinas se presentaron en traje de parada, aparentemente para ir á misa y López supuso que el muerto era Mitre. Para cerciorarse hizo arrebatar, esa misma noche, dos centinelas arjentinos, que fueron interrogados, pero no sabían nada de la muerte de Mitre. Entonces, fueron azotados hasta que dijeran que sabían que había muerto. Por mucho tiempo todos los prisioneros y desertores eran azotados hasta que confesaban que Mitre había muerto. López determinó ó decretó que Mitre debía haber fallecido y por muchos meses se publicó su muerte en los periódicos. Infeliz de aquel que insinuara algo en contrario de esta resolución. Sin embargo, el que había muerto era el vice-presidente de la República Dr. D. Marcos Paz, que falleció el 2 de enero, habiéndolo sabido López algunos días después. Esta fue una de sus inesplicables estravagancias.

El jeneral Flores fue muerto de un pistoletazo en su carruaje, en las

calles de Montevideo, el 20 de febrero de 1868, en una de las interminables revueltas de aquel país.

A consecuencia de la muerte del vice-presidente de la República Arjentina, el presidente Mitre tuvo que retirarse del teatro de la guerra para volver á Buenos Ayres. Partió el 14 de enero, delegando el mando en gefe en manos del marqués de Caxías, con gran pesar de todos los arjentinos. Es probable que el jeneral Mitre, por su parte, se alegrara de su retiro, porque no podía con los brasileros. Cuando proponía alguna operación, Caxías contestaba que era imposible, porque de 43,000 brasileros 13,000 se hallaban en los hospitales. Sin embargo, apenas partió Mitre los enfermos bajaron á 2,500 y el marqués se preparó para ganar una fama inmortal haciendo *alguna cosa*. Lo que debía ser esta cosa, él mismo no lo sabía, pero con 50,000 soldados sanos de que disponía, la razón natural indicaba que debía vencer á López, que solo tenía 15,000, y se estrenó haciendo un paseo de ida y vuelta á San Solano, con la mayor parte del ejército aliado, á fin de asustar á los paraguayos por el número de sus fuerzas.

Sin embargo, cuanto mayor era el número de los enemigos, tanto más se reían los paraguayos. De noche solían hacer á los brasileros toda clase de diabluras, tirándoles con flechas y con *bodoques*. Estos eran unas balas de arcilla secadas al sol, que tendrían una pulgada de diámetro. Se lanzan con un arco de dos cuerdas, separadas como dos pulgadas, por unos palitos metidos entre ellas á la estremidad de las cuerdas. La bala se coloca en un pedazo de lona, asegurado á las cuerdas y se lanza teniendo el proyectil entre el pulgar y el índice de la mano derecha, como se hace con las flechas, solamente que al tirar las cuerdas es necesario desviarlas, porque de lo contrario la bala pegaría en el arco. Los muchachos en el Paraguay usan esta arma para tirar á los loros. Los brasileros tenían siempre un batallón de guardia, en el atrincheramiento de Paso Pucú. El coronel (entonces mayor) Rivarola con 50 hombres de caballería desnudos, atravesó una noche el estero y cayó sobre la retaguardia del batallón, logrando matar una gran parte. El batallón no podía hacer uso de sus fusiles, porque haciéndolo, habría hecho fuego sobre otro batallón brasilero que venía en su ayuda.

En otra ocasión, los paraguayos arrebataron al cabo de una guardia arjentina mientras hacía su ronda, sacándolo del medio de dos centinelas que estaban á la distancia de 80 pasos, y en momentos en que el gefe del

batallón hacía la ronda en persona. El escamoteo fue tan rápido y silencioso que el hombre desapareció antes que nadie se apercibiera de su falta. Los arjentinos casi todas las mañanas hacían un reconocimiento más allá de sus líneas en Tuyu-cué, en dirección al Ángulo. El 17 de febrero, López les preparó una emboscada mandada por el capitán Urbieta. Apenas hubieron pasado el punto en que se hallaba la emboscada, los paraguayos cayeron sobre ellos, matando é hiriendo á cuatro oficiales y 80 soldados. El comandante Giribone, gefe de la fuerza arjentina, fue muerto y su segundo herido. Una bala de rifle quebró la pierna al capitán Urbieta y su batallón perdió 30 hombres entre muertos y heridos. López tenía intención de atacar á Tuyucué y Tayí; pero era evidente que estos ataques no podrían tener otro resultado que una derrota, porque estos puntos estaban bien fortificados y guarnecidos.

Con el objeto de hostilizar al enemigo, hizo construir un reducto en Cierva, 3,500 yardas al Norte de Humaitá, armado con 9 piezas de campaña; su guarnición consistía en 500 hombres bajo las órdenes del mayor Olabarrieta. El enemigo supuso que esta posición era un punto importante y que servía de entrada al Potrero Obella, del cual se había conquistado una parte y en cuya estremidad Sud, López conservaba todavía algún ganado. Esto era un error, porque aquella posición era enteramente inútil para López.

A principios de febrero, López me mandó á dar principio á una batería en el Chaco, en el punto denominado Timbó. Comenzó por enviar seis piezas de 8 pulgadas y después 8 de calibre 32. Todas estas piezas fueron colocadas en la marjen del río, antes de construirse los parapetos y polvorines, porque tuvieron que hacer fuego inmediatamente. En esta parte, la marjen del río es baja y sujeta á las inundaciones. Por consiguiente, la plataforma tuvo que levantarse tres pies sobre el nivel del terreno. El capitán Ortiz fue enviado de Curupayty para tomar el mando de la batería. Por ese tiempo, el jeneral Porto Alegre dejó el ejército, quedando de jefe de Tuyutí el jeneral Argollo.

CAPÍTULO XIX

Los encorazados pasan Humaitá. – Toma del Reducto Cierva. – Evacuación y bombardeo de la Asunción. – Los encorazados atacados por canoas. – López se retira del Chaco. – ataque á las líneas paraguayas en el Espinillo y en el Sauce. – Evacuación de las mismas por los paraguayos.

Cuando los encorazados pasaron Curupayty no se atrevieron á presentarse delante de Humaitá, porque decían que sería imposible pasar sus baterías sin los monitores que esperaban del Brasil. En aquella época solo había en Humaitá tres piezas de á 8 pulgadas y tal vez doble número de piezas de á 32. Últimamente había entre Curupayty y el Timbó diez y ocho piezas de á 8 pulgadas, de las cuales los encorazados pasaron nueve en Curupayty; además, había una pieza de 130 y otra de á 150.

El 13 de febrero, tres monitores, construidos en Río Janeiro y recién llegados á Curuzú, forzaron de noche á Curupayty sufriendo averías de poca monta de las piezas que quedaron en aquel punto, y se incorporaron á la escuadra de encorazados, que se hallaba entre la fortificación y Humaitá.

Estos monitores eran buques á doble hélice, y su borda blindada con chapas de 4 pulgadas, solo se elevaba un pie sobre el agua. Su torre giratoria armada de un cañón Whitworth estaba blindada con chapas de 6 pulgadas. La tronera era circular y muy poco más grande que la boca del cañón; de manera que cuando éste se hallaba en batería, el buque quedaba completamente á cubierto. La graduación de la puntería se obtenía por medio de un aparato, que servía para alzar ó bajar los muñones, permaneciendo siempre la boca á la altura de la tronera. Presentaban un blanco tan pequeño que era muy difícil acertarles un tiro.

El 18 de febrero de 1868, á las 3 _ de la mañana, la escuadra encorazada inició un bombardeo furibundo; otro tanto hizo la escuadra de madera en Curuzú, y una ó dos cañoneras que penetraron en la Laguna Piris. Tuyu-cué rompió un cañoneo infernal sobre el Espinillo, adelantando en seguida algunos batallones que sostuvieron un nutridísimo fuego. Parece que esto se hizo para facilitar el pasaje de Humaitá, pero es difícil creer que tal fuera su objeto, porque las piezas de á 8 pulgadas que lo defendían, no hubieran podido llevarse al Espinillo en el momento preciso.

Los grandes encorazados "Bahía", "Barroso" y "Tamandaré", cada uno con un monitor amarrado á babor, pasaron las baterías de Humaitá á todo vapor. Los tres monitores eran el "Alagoas", el "Pará" y el "Río Grande". Pasadas las baterías, el "Alagoas" se desprendió de su compañero y llegando á un lugar en que la corriente era muy rápida fue arrastrado aguas abajo, teniendo que volver á subir á toda fuerza. Antes de amanecer, este buque se hallaba fuera de tiro de la fortificación. El fuego de Humaitá era nutrido y certero, pero las balas se hacían pedazos contra las chapas de los encorazados. Después de pasar Humaitá, siguieron hasta Tuyí, pasando por la batería del Timbó. Estando más baja la batería de Timbó que la de Humaitá, los encorazados sufrieron allí tal vez mayores averías. El "Alagoas", el "Tamandaré" y el "Pará" fueron los que sufrieron más, recibiendo el primero 180 balazos y el segundo 120. Estas averías consistían principalmente en chapas abolladas ó rotas y pernos saltados.

El "Tacuarí" y el "Igurey" se introdujeron en el Arroyo Hondo para salvarse de los encorazados. La guarnición del Laurel, que por su posición sobre el río estaba espuesta al fuego de los encorazados, se ocultó cuando éstos pasaron. Después de esto recibió órdenes de retirarse con su artillería á Timbó, lo que verificó al momento.

Si uno ó dos encorazados se hubieran estacionado entre Timbó y Humaitá, esta operación no habría podido efectuarse. López mismo no hubiera escapado y Humaitá habría sido realmente sitiado, que era lo que se proponían los aliados al forzar las baterías.

Desde la toma de Tayí por los aliados, las comunicaciones entre la Asunción y López se hacían por el telégrafo hasta el Tebicuary, de allí se llevaban á caballo hasta el Timbó, donde había un telégrafo hasta Humaitá. Se construyó por el Chaco otra línea telegráfica, pero no pudo terminarse hasta el mes de marzo.

Tan luego como los encorazados pasaron Humaitá, López ordenó al vice-presidente hiciera desalojar la Asunción en 24 horas, declarando á aquella ciudad una posición militar. El vice-presidente, como era consiguiente, lanzó el decreto. En él se permitía á los ciudadanos llevar lo que pudieran, pero para la mayor parte esto se reducía á lo encapillado, ó á lo que podían cargar ellos mismos, no pudiendo volverse en busca de nada, sin un permiso especial del juez de paz del distrito en que fueran á residir. El gobierno

fue trasladado á Luque, nueve millas al Este de la Asunción. Allí se dirijió la mayor parte de la población, teniendo que vivir un gran número al aire libre, y otra, sobre todo las familias, agrupada en los corredores esteriores de las casas. Esta circunstancia así como la falta de alimentos, les ocasionaron grandes penurias.

Toda la población de las orillas del río, recibió órden de retirarse tierra adentro, para ponerse á cubierto de los encorazados.

Tan pronto como López supo que los encorazados se disponían á forzar las baterías de Humaitá, mandó á Mrs. Linch á la Asunción, con el objeto de sacar al campo todos los objetos de valor que había en su casa y en la de ella. Esta operación se realizó á media noche, para que el público no se apercibiera.

El "Bahía", el "Barroso" y el "Río Grande" se dirijieron á la Asunción, el mismo día que pasaron á Humaitá, con órden de destruir cuanto encontrasen en su camino y de bombardear aquella capital. En "Monte Lindo", sobre la misma costa, había unos galpones en que se depositaba todo lo que se trasportaba por el Chaco al ejército; este punto solo estaba guardado por algunos hombres, y cuando los oficiales supieron la aproximación de la escuadra, les permitieron que saquearan los galpones, para que el enemigo no encontrara nada. Los soldados se llevaron todo á la selva, donde se hartaron de miel de caña, sal y maíz, artículos reservados para los hospitales, escondiendo el resto para un futuro banquete. Se llevaron hasta los cascos de las bombas creyendo que eran comestibles. Cuando llegaron los encorazados, desembarcaron algunos hombres y pegaron fuego á los galpones, que no contenían sino carne seca agusanada. Después de esto siguieron su camino, avistando al "Pirabebé" que llevaba á remolque una goleta, en dirección á la Asunción. El vaporcito no esperaba visitas de esta clase, y carecía de leña, que era el único combustible que tenían los vapores paraguayos, desde que empezó el bloqueo. Se vio obligado para hacer vapor y poder escapar de la persecución, á echar al fuego la obra muerta del buque y todos los baúles de la tripulación, viéndose obligado igualmente á echar á pique la goleta (que los brasileros pretenden haber tomado y echado á pique); pero logró escaparse á tiempo, poniéndose del otro lado de la Asunción. Cuando los tres encorazados llegaron á la vista de la Asunción (22 de febrero) rompieron el fuego inmediatamente; pero no llegaron bastante cerca para hacer daño al

arsenal, que en ese tiempo trabajaba con toda actividad, porque habiendo mostrado cierta intención de aproximarse, el "Criollo" los saludó con sus tiros; aunque estos no pegaron en su blanco, fue lo bastante para hacerlos volver aguas abajo. Lanzaron sobre el pueblo como 60 bombas. En su camino aguas abajo volvieron á detenerse en Monte Lindo, donde no se veía ni un gato, pero sin embargo hicieron varios tiros á metralla, sobre el bosque, continuando después su marcha á Tayí. Cuando bajaron, Núñez les puso una emboscada de dos cañones y algunos hombres de infantería, logrando causarles algunas averías.

Los aliados tenían que transportar por tierra á Tayí todo cuanto necesitaban para los encorazados, desde municiones hasta provisiones. Tenían que pagar 10 libras esterlinas por el transporte de cada bala de 150 y 32 por el flete de cada tonelada carbón.

En la misma mañana en que los encorazados forzaron el paso de Humaitá, Caxías con 800 hombres atacó el reducto Cierva. Su objeto, según su propia confesión, era cortar la guarnición del Laurel, lo que prueba que no conocía la topografía del terreno, á pesar de que su ejército ocupaba hacía largo tiempo aquellos alrededores. No existía comunicación posible entre el Laurel y Cierva, á no ser dando vuelta por Humaitá o por Tayí.

Al rayar el día, Caxías lanzó su primer ataque encabezado por los famosos "fusiles de aguja". Estos no hicieron gran cosa porque los paraguayos estaban parapetados y lanzaban á boca de jarro á los asaltantes una granizada tal de granadas y metralla, que los soldados armados con aquellos célebres fusiles, que eran la esperanza de los brasileros, fueron rechazados y completamente dispersados. Inmediatamente fueron reemplazados por otra columna de ataque, y ésta, así como la tercera y la cuarta, tuvieron igual suerte que la primera. Mientras se retiraba la cuarta columna, se oyó la voz de un soldado paraguayo, que avisaba á su jefe que la munición estaba agotada, lo que animó á los brasileros á rehacerse y volver al ataque. Mientras hacían esto, el mayor Olabarrieta se retiró con sus soldados embarcándose en el "Tacuarí" y el "Ygurei" que estaban próximos y lo habían auxiliado con sus fuegos. Estos vapores, después de cambiar algunos tiros con los brasileros, bajaron hasta Humaitá donde desembarcaron sus tropas.

Los brasileros perdieron cerca de 1,200 hombres entre muertos y heridos y los paraguayos cerca de 150 y 9 plazas de artillería.

La defensa fue heroica, porque los brasileros llegaron hasta la contra escarpa y muchos cayeron en el foso.

Después del rechazo del tercer ataque, López recibió un telegrama de Olabarrieta diciéndole lo que había sucedido, y al recibir noticia de la caída del reducto, determinó volver á tomarlo; Olabarrieta fue reforzado en Humaitá, para llevar á cabo esta operación. Sin embargo, esta idea fue abandonada antes de ponerse en ejecución. Habiendo sabido que el "Alagoas" se hallaba solo entre Timbó y Humaitá, López determinó enviar sus dos vapores para apoderarse de él. Mientras se hacían los preparativos, llegó la noticia de que el buque había pasado el Timbó.

En estas circunstancias, López decidió retirarse por el Chaco con la mayor parte de su ejército y la artillería que pudiera llevar.

A consecuencia de esta determinación, se retiró á Humaitá toda la artillería de las trincheras, dejando solamente seis piezas de campaña en Curupayty, una en el Sauce y doce en la distancia que mediaba entre el Ángulo y Humaitá. En el Espinillo quedó un batallón, y algunas guardias en otros puntos de las trincheras. Los dos vapores prestaron en esta ocasión importantes servicios, haciendo el transporte de las fuerzas desde Humaitá al Timbó. Lo primero que se embarcó fueron los depósitos particulares de López, después transportaron el cañón Whitworth de 32 y el cañón Krupp; en seguida, las piezas de á 8 pulgadas, y por último, todo cuanto había desde un enfermo hasta un cañón de campaña. Se enviaron al puerto de Humaitá grandes cantidades de pólvora y municiones, para ser transportadas al Chaco. El 25 de mayo voló un inmenso montón, lo que fue una verdadera pérdida para López porque la pólvora empezaba á escasear.

Habiendo sido enviado por López al Tebicuary, para examinar la posición y dar parte del resultado de mi trabajo, informé que inmediatamente podía levantarse una batería en Monte Lindo, para ocupar sin pérdida de tiempo la artillería ociosa; pero agregaba que sería mucho más útil levantarla en la boca del Tebicuary, porque allí podría impedir la entrada á este río, al menos á los buques de madera; sin embargo, la realización de esta obra requería mucho más tiempo que la primera.

Encontré que el terreno al norte del Tebicuary, hasta una distancia de 10 leguas del Río Paraguay, estaba separado del interior por esteros de más de una legua de anchura, que unían el Tebicuary á la gran laguna Ipoa, que

corre paralela con el Paraguay hasta la latitud de Villeta. En estas diez leguas del Tebicuary había cuatro pasos; no obstante, el agua era profunda y para pasarlo se necesitaban botes. Sin embargo, no era difícil hacer un desembarque en muchos puntos situados entre los pasos. Como los caminos estaban muy malos y no había caballos, no habría sido posible enviar refuerzos á ningún punto dado. No podíamos temer que el enemigo nos flanquease, pero la línea era muy estensa y por consiguiente poco segura.

Cuando López recibió este informe, determinó inmediatamente levantar la batería en Monte Lindo, y me envió nuevamente para trazarla y presenciar la construcción de las plataformas.

El viaje por el Chaco era muy fatigoso. Había varios riachos que solo podían pasarse en "pelota" porque los puentes no estaban concluidos todavía. Los miserables caballos de los paraguayos apenas podían andar al tranco, y empleamos veinte y cinco horas en recorrer las diez y siete leguas, marchando sin parar. En cada posta se perdía media hora para mudar de caballos.

López sabía perfectamente que si llegaba á apoderarse de un encorazado, y lo tripulaba con sus propios hombres, daría cuenta de toda la escuadra brasilera arrojándola de sus aguas; así pues, su mayor ambición era tomar uno de estos buques, y durante largo tiempo hizo enseñar á nadar, y remar en canoas, á un cuerpo escojido, con el objeto de abordarlos.

Entre Curupayty y Humaitá se hallaban siete encorazados, dos de los cuales, el "Herval" y el "Cabral", formaban la vanguardia y se hallaban situados á cierta distancia de los otros. En la noche del 1° de marzo estos buques fueron repentinamente asaltados por los paraguayos en canoas. Las canoas eran 24 y cada una de ellas llevaba 12 hombres, armados principalmente con sables, y llevando además granadas de mano y cohetes, para arrojarlos adentro de los encorazados. Las canoas estaban unidas de á dos, por una cuerda de 20 yardas de largo, de manera que, remando en dirección al buque, cuando la cuerda se encontraba con la proa, las canoas por su propio movimiento se plegaban contra los costados del buque. La espedición era mandada por el capitán Xenes, ayudante de López. La noche era muy oscura y no fueron sentidos hasta el momento en que abordaron el buque. Varias canoas se desviaron á causa de la fuerza de la corriente, y en vez de acercarse á los encorazados atacados, fueron llevadas aguas abajo y

recojidas por los buques enemigos. Al apercibirse de lo que pasaba, los brasileros se encerraron en sus torres, y desde ellas empezaron á hacer fuego de metralla sobre los paraguayos que estaban sobre cubierta.

Dos encorazados más vinieron en su auxilio y rompieron contra los asaltantes un tremendo fuego de metralla y granadas, que les produjo un horrible estrago. Los paraguayos consiguieron agarrar al gefe de la división de encorazados y algunos de sus tripulantes, antes que pudiesen encerrarse, los mataron.

Hicieron también algún daño con sus granadas de mano, y estaban á punto de posesionarse del "Cabral", pero en el momento en que lograban penetrar en él, se presentaron los otros encorazados y salvaron este buque barriendo la cubierta con su metralla.

Los paraguayos perdieron más de 200 hombres, quedando sobre la cubierta de los buques como cien cadáveres; los brasileros tuvieron una baja de 40 hombres. El capitán Xenes perdió un ojo, y muchos oficiales fueron muertos. Los brasileros hicieron fuego sobre los paraguayos que se salvaban á nado, dirijiéndose á la costa.

En la tarde del dos de marzo, López, habiendo dejado sus órdenes á los jenerales Barrios, Resquín y Bruguez, se dirijió de Paso-Pucú á Humaitá después de anochecer, y permaneció allí hasta media noche, dando sus instrucciones al gefe de la fortaleza, y embarcándose en seguida en un bote con M. Linch; todo su séquito lo siguió en canoas y se dirijieron á remo hasta Timbó, á donde llegaron en la madrugada del día siguiente. El río estaba tan crecido que los botes lograron entrar bastante en la costa; los cañones en Timbó estaban colocados en una isleta formada por la plataforma, sobre la cual se hallaba también la munición envuelta en cueros. Un encorazado estaba fondeado en el Laurel, á la vista de la pieza que ocupaba la izquierda de la batería, pero no se apercibió de nada.

El 21 de marzo, Caxías ordenó que se atacaran las líneas paraguayas del Sauce y del Espinillo. El primer punto estaba defendido por 100 hombres y una pieza de artillería, y fue asaltada por el jeneral Argollo que lo tomó después de una hora de combate, perdiendo 260 hombres. Los paraguayos perdieron 20 hombres y una pieza de artillería, retirándose el resto á Paso-Pucú.

El jeneral Osorio atacó el Espinillo con su división, pero fue rechazado

después de haber llegado casi hasta la contra-escarpa. Los arjentinos hicieron también una demostración contra el Ángulo.

Al día siguiente (22), todas las antiguas líneas, incluyendo Curupayty, fueron evacuadas por los paraguayos que llevaron consigo toda su artillería á Humaitá, único punto que les quedaba entonces, en aquella parte del país.

Dos encorazados forzaron el mismo día la batería de Timbó y se colocaron entre esta posición y Humaitá, haciendo en estremo difícil la comunicación de estos dos puntos, porque el camino por tierra era casi intransitable. Encontraron al Ygurei en medio del río y lo echaron á pique, salvándose su tripulación por el Chaco. El "Tacuary" se hallaba en el riacho "Guaycurú", desembarcando su artillería, operación que logró terminar bajo el fuego de los encorazados, siendo en seguida echado á pique por los paraguayos. Los encorazados situados entre Timbó y Humaitá, tenían cortadas sus comunicaciones con el resto de las fuerzas aliadas, y enviaban sus partes dentro de botellas tapadas, que dejaban llevar aguas abajo por la corriente, y eran recojidas por la escuadra debajo de Humaitá, cuando no eran detenidas en este punto.

Los jenerales Barrios, Bruguez y Resquín pasaron el río frente á Humaitá, y teniendo que seguir el camino de la costa, se presentaban á menudo á la vista de los encorazados, que los saludaban entonces con sus cañones. Marcharon sin descanso hasta alcanzar á López. Humaitá quedó aislada de las demás posiciones paraguayas y confiada únicamente á sus gefes.

CAPÍTULO XX

La marcha por el Chaco. – Baterías en Fortín. – López se establece sobre el Tebicuary. – Evacuación de Matto Grosso.

El mariscal López llegó á Timbó el 3 de marzo de 1868, y siguió inmediatamente hasta 2 _ millas más arriba, donde permaneció todo el día, acordando grados á los oficiales que debían permanecer en Humaitá y en Timbó y dando instrucciones á los gefes. El coronel Martínez, uno de sus ayudantes favoritos, recibió en esta ocasión su grado de coronel y fue enviado á Humaitá como segundo del coronel Alen, que era el jefe principal, siendo nombrados para los puestos de tercer y cuarto gefe, los capitanes de marina Cabral y Gill, con los grados de tenientes coroneles.

Todos los caballos fueron dejados en Humaitá, pero con la intención de transportarlos en seguida, y de las postas del camino se reunió una tropilla para el servicio del séquito de López. Ya hemos dicho en otra ocasión lo que eran estas caballadas.

En el mismo día, después de anochecer, partimos para Monte Lindo. El camino cruzaba por muchos montes y en algunas partes por profundos pantanos. López lo hizo casi todo á caballo, porque llevaba los suyos particulares; sus carruajes y sus carros de provisiones eran tirados también por buenos animales. Cenamos en la primera posta, que se llama "Zanjita". López invitó á su mesa á muchos oficiales. Después continuamos nuestra marcha y aquella noche dormimos sobre la orilla del Bermejo, doce millas distantes de Timbó, adonde llegamos á la una de la mañana; pero hubo muchos que solo nos alcanzaron una ó dos horas después, á causa de sus malos caballos. Tuvimos que atravesar varias profundas lagunas, sobre las cuales se habían empezado á echar puentes, pero que no estaban concluidos todavía. Algunos de estos se hacían arrojando mucha leña sobre vigas colocadas en el agua, y una vez que aquella tenía bastante altura, se la cubría con una capa de tierra. Uno de estos puentes, que no estaba todavía concluido, nos produjo gran diversión, porque al pasar, las patas de los caballos se metían en la leña, como en una trampa, lo que ocasionó que muchos jinetes y caballos se cayeran al agua. López hizo colocar su hamaca en una casa, pero nosotros nos envolvimos en nuestros ponchos y dormimos profundamente hasta el amanecer, en que no tuvimos más desayuno que el mate; sin embargo, algunos que estaban en la gracia del cuerpo médico, lograron una famosa sopa de arroz. Después de esto atravesamos el Bermejo, que es un río tortuoso y cuya agua es muy roja, á causa del color de la arcilla que forma su lecho. Es muy profundo y tiene una anchura de cerca de 200 yardas, con una corriente muy rápida. Su costa es muy baja y cubierta de montes; su desagüe en el Paraná se conoce á muchas millas de distancia por el color de su agua, que sigue el costado derecho del río Paraguay. Lo atravesamos por medio de canoas, que llevaban á sus costados tres caballos á nado, y en seguida subi-

mos lentamente una pendiente á través de los montes hasta encontrarnos nuevamente sobre el nivel jeneral del Chaco. Todo este territorio, escepto los valles de los diferentes ríos, parece enteramente llano. En seguida atravesamos un monte de una legua, por medio de pantanos cuya profundidad llegaba á tres pies. Uno de los carruajes de López se empantanó, y casi todo el séquito tuvo que tirar con sus caballos, para sacarlo. Mi pobre jaca se empantanó también, y me vi forzado á andar á pie por aquellos barriales, arriándola por delante, viéndome por último obligado á picanearla con mi espada para que caminara; pero ni esto me sirvió y tuve que recorrer á pie otra legua de pantanos, hasta llegar á la posta próxima, donde conseguí otro caballo y envié á buscar mi silla. Allí me encontré con López y su familia, que dormían la siesta bajo algunos árboles. Tuvimos asado, y en este punto me alcanzó mi caballo, con tres más de López; este caballo había sido transportado por un vapor al día siguiente de nuestra salida de Humaitá, con permiso especial de López, de manera que ahora me hallaba bien montado. Por la tarde, continuamos la marcha y comimos en la posta Timbó; la comida estaba ya preparada, porque los cocineros con sus utensilios se habían adelantado. Apenas concluida la comida, seguimos nuestra marcha y llegamos al Paso Palenque, donde alcanzamos una división del ejército que marchaba en la misma dirección. El puente para pasar este arroyo no estaba concluido, y López se hizo construir una cabaña con ramas de árboles, mientras nosotros dormíamos en el pasto. Las tropas tuvieron que trabajar sin descanso para concluir el puente, porque López no podía atravesar el arroyo, y trabajaron en el agua toda la noche, con el mejor humor del mundo. Tan pronto como el puente pudo resistir el carruaje, López lo pasó arrastrado por hombres á pie, mientras los caballos pasaban á nado.

Después de andar dos millas á caballo, llegamos á Paso Puente, en donde se hallaban ya las cuatro primeras piezas de ocho pulgadas, listas para ser transportadas al otro lado del río. López se detuvo y bromeó un rato con los soldados, diciéndoles que deseaba ver si tiraban bien, y que se esperaría hasta que las transportasen. Los soldados estaban entusiasmados y tiraban de muy buena gana, terminando la operación en muy poco tiempo; las piezas eran muy pesadas y rodaban muy difícilmente sobre aquellos puentes elásticos.

En seguida recorrimos varias leguas de montes de bambús, después atravesamos en canoas el Paso Ramírez y comimos allí, dando de comer á

los caballos hojas del Pindó, palma muy alta y sin espinas. Estas hojas gustan mucho á los caballos, y son tan nutritivas como el maíz. Después de comer continuamos nuestro camino; los que podían siguieron al lado de López, que se puso á galopar hasta llegar á Seibo, que distaba cuatro millas de Monte Lindo. López permaneció allí por un rato, buscando un lugar para acampar, y después partimos para Monte Lindo, adonde llegamos al anochecer. En este punto, casi todos encontramos una casa en qué dormir.

Al día siguiente, tres encorazados subieron á hacer un reconocimiento y López se volvió al Seibo. Se había dado principio á la batería Monte Lindo, pero los soldados taparon la obra con ramas, y no habiendo sospechado nada los brasileros, se volvieron algunas horas después.

López estableció entonces su cuartel jeneral en una isleta circular formada de árboles y las tropas que habían llegado de Paso Pucú, acamparon todas á su alrededor.

Hay razón para creer que en esta época, López tenía la intención de marcharse á Bolivia por el Chaco y desde allí dirijirse á Europa. No mandó ninguna fuerza al otro lado del río para defender la línea del Tebicuary; hizo traer caballos de la otra costa á su campamento de Seibo, y también bajar de la Asunción cinco carros cargados de pesos fuertes. Las piezas pesadas fueron colocadas en Monte Lindo, y durante algunos días no quiso saber nada sobre su traslación al Tebicuary.

Mientras estaba en Seibo, López hizo traer secretamente á su hermano Benigno, asegurado con una barra de grillos y lo puso en prisión bajo custodia. José Berjes, ministro de relaciones estranjeras y Saturnino Bedoya, tesorero, se hallaban en Seibo, y figuraban en las listas negras, pero no estaban presos. Algunos días después resolvió remover la batería á la embocadura del Tebicuary y me encargó de la ejecución de esta órden.

La desembocadura del Tebicuary en el Paraguay tiene cerca de 500 yardas, y el Paraguay, en el mismo punto, mide justamente 330. Su punto de unión forma un ángulo de 60 grados al Norte del Tebicuary que, por una estensión de 2,000 yardas Paraguay arriba, y 200 Tebicuary arriba, forma una isla de tierra sólida, llamada "Fortín". Esta isla á causa de los carrizales solo es accesible por un punto del lado de tierra, y en él se hallaban estacionadas muchas canoas para un caso necesario.

Fortín, como Curupayty y Humaitá, presenta una superficie cóncava sobre una curva del Paraguay, que á una distancia de mil yardas hace otra

curva en sentido inverso. Todo el terreno que lo rodea, tanto del lado del Tebicuary como del Paraguay, es un verdadero carrizal, de manera que era materialmente imposible que enemigo alguno hubiera podido levantar en tierra baterías para hostilizar á Fortín. Cuando el río estaba crecido llegaba hasta una yarda del nivel jeneral de la isla, y en las grandes crecientes es enteramente inundada por el agua.

Cuando fui allí por primera vez, toda la isla estaba cubierta por un pasto alto, fuerte y florecido llamado "Aguararuguay" que tenía más de seis pies de altura; dejé sin cortar una ancha faja de estas plantas sobre la costa, para evitar que el enemigo viera nuestras obras, en caso que los encorazados llegaran antes que estuvieran colocadas las piezas. Después de trazar la obra volví á donde estaba López y le presenté un croquis de lo que había mandado hacer. Me hizo volver nuevamente para concluir las obras lo más pronto posible, ordenándome que esa misma noche se retirasen dos piezas de 8 pulgadas de las que estaban en Monte Lindo y se trasladasen inmediatamente al Tebicuary. Tenía órden de pedir al coronel Núñez, que estaba en el Tebicuary, tantos hombres cuantos necesitara. Solo pude obtener 200, de los cuales 80 eran hombres y los demás muchachos. La madera para las plataformas fue cortada en los montes situados algo más arriba del Tebicuary, porque no la había más próxima: fue preciso levantarla á 3 pies de altura, para garantirla de una inundación. A fuerza de relevar los hombres con tino, pude colocar en tres días, cuatro piezas de 8 pulgadas, prontas para hacer fuego. En todo este tiempo no había cerrado un ojo y los párpados se me caían contra mi voluntad. Resultó que no había necesidad de tanta prisa, porque los encorazados no se presentaron hasta después de terminadas las baterías; la que estaba en la embocadura del Tebicuary montaba 7 piezas de 8 pulgadas y 2 de calibre de 32, y la otra situada 2,000 yardas Paraguay arriba, en la misma isla, estaba artillada con 2 piezas de 8 pulgadas y 3 de calibre 32. Obtuve también dos de mis obuses rayados de 32 y los coloqué en una batería aparte, enfrente del Tebicuary, para el caso en que el enemigo quisiera hacer un desembarque.

Cuando estuvieron concluidas las baterías, los trabajadores fueron enviados á otra parte y el batallón 18, fuerte de 300 hombres, vino á guarnecer la isla; todo estaba bajo mis inmediatas órdenes, teniendo al teniente Ávalos por segundo. Éste se hallaba siempre presente, porque yo tenía que recorrer las diferentes posiciones, trazar obras ó dar parte sobre ellas.

Cuando todas las piezas estuvieron en posición vinieron por la tarde cuatro encorazados, que fondearon á la vista de la batería. La bombardearon toda la noche, sin causarle daño y por la mañana levantaron anclas y se acercaron para reconocerla.

La batería en la boca del Tebicuary fue construida de manera que sus piezas batieran á la vez este río y el Paraguay, porque no había bastante artillería para tener baterías independientes. Debido á esta circunstancia y á la forma del terreno, la batería podía ser enfilada desde el río Paraguay, pero entre las piezas había traveses para protejerlas. Así pues, en la dirección del Paraguay abajo, solo una pieza, la que estaba en la punta, podía hacer fuego.

Un monitor se acercó á cien varas del punto y combatió esta pieza, limitándose á hacer fuego de metralla sobre la guarnición que estaba sumamente espuesta porque no tenía parapeto; le contestamos dos balas sólidas, que causaron muy poco efecto sobre el monitor. El eje de esta pieza, saltó dos veces, cayéndose todas las gualderas y fue necesario colocarla de nuevo en su posición con ayuda de las palancas. Los otros vapores anduvieron de un punto á otro, pero son se acercaron á la batería y después de una hora se volvieron á Tayí.

Unos cuantos días después se presentaron nuevamente, y anclando á la vista de las baterías, empezaron á bombardearlas. Entonces empecé á arrojarles una ó dos bombas por hora é inmediatamente se ocultaron tras de la curva del río. Sin embargo, allí no les fue mejor, pues por suerte, nuestras bombas caían á menudo sobre la cubierta de los buques, y entonces se retiraron del todo.

Se estableció un telégrafo á San Fernando, donde se hallaba López, punto que distaba cuatro leguas de Fortín.

Como la materia necesaria para hacer los cartuchos de cualquier clase que fueran, era sumamente escasa, tuvimos que curtir la membrana interior del ganado que comíamos; esta producía una especie de becerro del espesor del papel de estraza, con lo que se hacían escelentes cartuchos.

Aquí, como en Curupayty, se daba una medida de maíz por cada bala ó ponchada de cascos de bombas, que se remitían á la fundición de la Asunción.

Una vez cayó en la puerta de un polvorín una de las bombas de 68 que tiraban los encorazados, y en lugar de rebotar se detuvo allí y esplotó. La

puerta estaba abierta y los cartuchos fueron cubiertos por la tierra que removió la esplosión, y sin embargo no produjo otro daño.

El ganado escaseaba en el Tebicuary, y todo animal que se tendía para morir de puro flaco, se le despenaba y se lo comía.

Por ciertas murmuraciones al oído, comprendí que algo estraordinario pasaba en San Fernando, y que había allí mucha jente engrillada. Yo tenía un cuarto en el cuartel jeneral de López, y de vez en cuando solía quedarme allí; pero solo veía dos oficiales y dos sacerdotes que iban y venían durante todo el día, al parecer, con informes. Por cerca de 15 días antes del 24 de julio, es decir, antes del natalicio de López, éste me decía continuamente que los encorazados forzarían las baterías en ese día, lo que efectivamente sucedió. Llegaron en la tarde del 23, y el 24 el "Bahía", con un monitor amarrado á su costado de estribor, y el "Silvado" pasaron aguas arriba á todo vapor. El río era profundo en toda su anchura, pero el canal se hallaba próximo a la batería. Les acerté algunas balas á gran distancia, reservando en seguida mi fuego para asegurarme de que una bala de cada pieza pegase perpendicularmente sobre las chapas; para esto coloqué los cañones enteramente rectos á su frente, de manera que cada uno hiciera fuego sobre el vapor en el momento de pasar. Al principio, los encorazados parecían venir á lo largo del canal, pero cuando llegaron muy cerca de las piezas, cambiaron de rumbo, como si intentaran dirijirse al lado del Chaco, inmediatamente di mayor elevación á las punterías entonces volvieron al canal, dándonos justamente el tiempo suficiente para poner los cañones en línea recta con el punto por donde debían cruzar. Pasaron á distancia de 18 yardas de las piezas, recibiendo todas sus balas con gran éxito. La mayor parte de éstas estallaron en mil pedazos, pero hicieron muchísimo daño y nosotros recojimos un fragmento de las chapas del "Bahía", de diez pulgadas de largo, que había saltado á tierra por la fuerza del golpe. Mientras pasaban las baterías, tres individuos sacaron la cabeza por la torre del "Bahía", y uno de ellos saludó con un pañuelo y gritó alguna cosa. Apenas habían pasado mandé á López un telegrama, avisándole el número de encorazados que había forzado la batería, y procedía á escribirle otro despacho con detalles, cuando recibí un telegrama suyo, diciéndome: "¿Qué señal hizo el primer encorazado al pasar la batería?". El telegrafista le había informado ya del incidente. Entonces le escribí dándole todos los pormenores y diciéndole que se corría entre la

tropa que el hombre de la señal era el desertor Recalde. A propósito de esto me escribió una terrible maldición contra los traidores, agregando que se *asombraba de que los hubieran dejado pasar en silencio, permitiéndoles abrir sus inmundas bocas, contra los patriotas honrados que peleaban por su patria.* Le escribí de nuevo diciéndole que todos habían echado *sapos y culebras* contra ellos, lo que era efectivamente cierto; entonces volvió á contestarme que *por fin estaba satisfecho de mi esplicación.* Me consideraba enteramente responsable de que Recalde hubiera sacado la cabeza por una ventana del buque. Sin embargo, se manifestó contento por el daño causado á los encorazados, uno de los cuales pasó casi todo el día cerca de Monte Lindo, reparando sus averías. Los otros dos bombardearon á los vapores paraguayos que se hallaban en el riacho Recodo, donde cargaban y descargaban constantemente. No eran visibles desde el río Paraguay y el bombardeo no les causó avería alguna; á los vapores brasileros no se les ocurrió entrar al riacho para perseguirlos. Como era un día de gran fiesta, teníamos en Fortín una banda de música, y los soldados, por la tarde, tuvieron un baile, animado de vez en cuando por el bombardeo de los encorazados que habían quedado abajo. Repentinamente, el vijía avisó que el enemigo volvía. Venían á todo escape con la corriente a su favor, y con una velocidad tal que apenas tuvimos tiempo para aprontarnos á recibirlos; con todo, les acertamos una bala de cada pieza, casi á boca de jarro y perpendicularmente á las chapas. No se detuvieron un momento hasta que se hallaron cinco millas aguas abajo, donde hicieron alto por tres días para reparar sus averías antes de volver al Tayí.

Los encorazados volvieron varias veces á bombardear, pero no se atrevieron a pasar otra vez.

El santo de López, como de costumbre, fue celebrado con grandes fiestas, pero esta vez fueron más metódicamente arregladas que en otras ocasiones. Todas las mujeres vivían juntas, en aldeas edificadas ex profeso, y estaban bajo la superintendencia del gefe de policía. Tenían también sus *propias sarjentas* y estaban organizadas por divisiones. Cuando el gefe de alguna división del ejército quería dar un baile, sacaba permiso de Resquín, el que ordenaba al gefe de policía enviara el número necesario de mujeres. Éste ordenaba entonces que tales y cuales sarjentas, se presentasen al baile con sus respectivas divisiones. Jeneralmente, enviaba un par de damajuanas de caña, dándoles de yapa una vaca para el banquete.

Tan pronto como las baterías de Fortín fueron terminadas, López atravesó el río Paraguay y acampó en San Fernando, casa perteneciente á una estancia del gobierno, situada á cuatro millas de Fortín y una del paso de Tebicuary.

Todo el territorio incluido entre el río Paraguay, el Tebicuary, la laguna Ypoa y Angostura, es enteramente llano, pantanoso y atravesado por muchos esteros. A lo largo de los ríos Paraguay y Tebicuary, se estiende además del carrizal un monte angosto, cuya anchura varía entre una y tres millas (también pantanoso) y por el cual corre el camino real; pero, al otro lado de esta faja, el país es completamente llano, sin un solo árbol, ni una sola colina por una estensión de muchas leguas. Parece un Océano. En uno ó dos lugares una palma solitaria señala á los viajeros el camino. Todo este estenso terreno, es como se comprenderá inhabitable, por ser escesivamentre húmero, pero es considerado escelente para la cría de ganado. A lo largo del camino real hay algunas casas construidas en terrenitos apenas algo más elevados que el nivel jeneral del país, pero en las grandes lluvias aún estos quedan sumerjidos. San Fernando está edificado sobre un terrenito seco, de cerca de 30 yardas cuadradas, y el ejército fuerte de 8,000 hombres tuvo que acampar en este lodazal. Sin embargo, fue inmediatamente desecado, y como por encanto se levantaron cabañas, de manera que en el momento se formó un a aldea. López mandó construir para él, una casa con corredores. Hizo venir del arsenal al señor Carlos Thompson, para que estableciera allí sus talleres, sus hornos, etc., para componer los cañones ó cualquier otra cosa que fuera necesario.

Se establecieron telégrafos á Recodo (puerto de los vapores paraguayos) á Paso Portillo (Tebicuary arriba) á Fortín y al Paso del Tebicuary. El telégrafo de Monte Lindo á la Asunción estaba siempre en constante movimiento y los despachos pasaban el Paraguay en canoas, entre el Recodo y Monte Lindo.

Cerca de la casa de López se edificó una pequeña iglesia octógona, bastante bonita, porque repentinamente le entró una verdadera furia por meterse en la iglesia, y asistía á ella todos los días, sin faltar ninguno, permaneciendo varias horas encerrado en ella.

Durante todo este tiempo parece que cometía los más horribles asesinatos, haciendo matanzas en masa, con pretesto de una supuesta conspira-

ción contra su persona. Se dijo después que los conspiradores debían haber sido protejidos por el enemigo, tanto con su ejército como con su escuadra, el 24 de julio, lo que esplica los despachos que López me envió en esa fecha. De este asunto hablaré en otro lugar, pero mencionaré otras dos cosas relativas á él. Mi habitación en el cuartel jeneral de López estaba continua á la del jeneral Bruguez y éramos amigos íntimos. Una tarde al volver de fortín, entré á saludarlo y encontré que todo lo que tenía en el cuarto había desaparecido, habiendo en su lugar otros objetos. Estaba en el cuarto un muchacho, á quien pregunté por Bruguez; no sabía de él, entonces le dije si había cambiado de habitación. –"Sí", -¿A dónde? –"No sé". En el acto, comprendí que algo le sucedía y no hice más preguntas; las hechas eran ya una indiscreción. Al día siguiente, comí con López. Barrios, Bruguez y el Obispo lo acompañaban siempre á la mesa, pero Bruguez no estaba presente. Un hijito de López preguntó dónde estaba, y todos le respondieron con sonrisa: *se ha ido*. Después supe que había sido muerto á bayonetazos.

Unos cuantos días después, Barrios fue arrestado en su casa, y á causa de esto trató de suicidarse cortándose el pescuezo, pero no lo consiguió. Todo esto pasaba en un profundo secreto.

Mientras sucedían estas cosas, el vice-presidente recibió órden de presentarse, y su posición era crítica, aunque López le vio varias ocasiones. Sin embargo, esta vez escapó porque López le permitió volver á la capital. La madre de López bajó de la Asunción para verle, probablemente con el objeto de rogarle por la vida de sus dos hijos que estaban engrillados, y por la de sus dos hijas que estaban encarceladas. Antes había estado ya en Paso Pucú, después de la batalla del 24 de mayo, y se susurró había ido á rogar á su hijo, abandonara la guerra abrumadora que sostenía contra poderes mucho más formidables que el suyo, retirándose á Europa. Pero no tenía influencia alguna sobre su ánimo.

M. Washburn lo visitó también en San Fernando, pero no fue bien recibido. M. Cuverbille, cónsul francés, fue por el contrario muy festejado durante su permanencia en San Fernando.

La vanguardia en el Tebicuary estaba bajo las órdenes del teniente coronel Rolón, y acampada en la estancia "Yacaré", como cuatro millas al Sud del Paso de Tebicuary; el país hasta el Pilar era constantemente recorrido por partidas de caballería.

El 8 de junio, el enemigo mandó su primer reconocimiento sobre el Tebicuary; la fuerza llegaría á 3,000 hombres. Su misión era averiguar la posición de López y su ejército. Llegaron hasta el "Yacaré", arroyo angosto pero profundo que desagua en el Tebicuary, y empezaron á atravesarlo. Cuando acabó de pasar un rejimiento, el mayor Rojas con 200 hombres de caballería, se lanzó sobre él y lo acuchilló, matando muchos hombres y tomando sus armas. Los demás se volvieron inmediatamente á Tayú-cué.

Una fuerza de 400 hombres se hallaba estacionada en Paso Portillo para defenderlo, y había además una guardia en paso Recalde, algunas leguas arriba del Tebicuary.

López organizó sus vapores para atacar á los encorazados, dado el caso que algunos de estos presentara la oportunidad.

Los vapores, cuando no hacían la carrera, se metían en el riacho Recodo, y sus palos y verjas se cubrían de ramas verdes, para que no fuera fácil distinguirlos de las selvas que los rodeaban. Estaban munidos de ganchos de abordaje y cohetes para lanzarlos adentro de las troneras del enemigo.

Matto-Grosso fue completamente evacuado y los vapores y tropas que allí habían se trasladaron al Tebicuary, quedando solamente un escuadrón de caballería sobre el río Apa. Cuatrocientos hombres de caballería, 100 infantes y 4 piezas de artillería que quedaban en la Encarnación, fueron reconcentrados con escepción de un escuadrón de caballería que quedó de guardia en aquel punto, y que más tarde se apoderó en el Paraná de un buque de vela perteneciente á los brasileros y lo echó á pique.

En el Tebicuary, López formó el cuerpo de "Bogabantes", compuesto de hombres escojidos, á quienes se enseñaba á remar canoas, con la idea de abordar á los encorazados.

CAPÍTULO XXI

Sitio de Humaitá

Circumbalación de Humaitá. – Defensa de los paraguayos en el Chaco. – Ataque sobre los encorazados en Tayí. – Batalla de Acayuazó. – Evacuación de Humaitá. – Encarnizados combates en el Chaco. – Rendición del resto de la ex guarnición de Humaitá. – Evacuación del Chaco.

Los aliados se posesionaron de Paso Pucú en el momento en que fue evacuado y sus trasportes subieron entonces á Curupayty, en donde desembarcaban sus provisiones, evitando el largo rodeo que hacían antes por Itapirú. Estrecharon el cerco, ocupando los brasileros desde Cierva hasta el Espinillo y los arjentinos desde este punto á Paso Pucú. Aprovecharon toda su artillería hasta las piezas de 68, colocándola frente á Humaitá para bombardear la plaza. Causaron algunos perjuicios, pero ninguno era bastante importante para influir en la rendición de la posición.

Humaitá estaba guarnecida con 3,000 hombres y defendida por 200 piezas de artillería (entre las cuales había 6 a 8 pulgadas), incluso las baterías del río.

Había grandes depósitos de maíz y de almidón, y gran cantidad de aguardiente, vino, conservas, etc., que no hubo tiempo para remover. Había también algunas ovejas y vacas y una gran cantidad de charque. Se pasaron igualmente algunas vacas del Chaco, durante la noche, porque los encorazados se hallaban entre Timbó y Humaitá.

Como se ve, todavía quedaba á la guarnición de Humaitá un camino, aunque difícil, por el cual podía abastecerse, y los aliados resolvieron cortar esta última comunicación.

Con este objeto, el jeneral Rivas recibió órden de atravesar el riachuelo de "Oro" con 1,200 arjentinos; debiendo encontrarse en aquel punto con 2,500 brasileros, que desembarcarían cerca de Timbó, y se abrirían paso por las selvas hasta incorporarse con él, formando de esta manera una línea á través de la península y cortando completamente su comunicación.

Rivas partió el 30 de abril y tuvo que hacerse camino por entre las sel-

vas, el 2 de mayo fue atacado por un pequeño cuerpo de paraguayos, que atravesó de Humaitá con ese objeto; al que rechazó.

El mismo día, Caballero que estaba en Timbó, atacó á los brasileros que marchaban á incorporarse á Rivas causándoles una pérdida de 300 hombres entre muertos y heridos. El 3 de mayo, los dos cuerpos se amalgamaron bajo las órdenes del jeneral Rivas y comenzaron á levantar un reducto sobre la marjen del río Paraguay en un lugar llamado Anday. Este reducto tenía su frente protejido por un estero intransitable y solo era atacable por sus flancos que se apoyaban en el río Paraguay. Mientras se hacía esto, la lejión voluntarios, perteneciente al ejército arjentino, que debía hacer un reconocimiento á una guardia paraguaya que huyó con el objeto de hacer caer al enemigo en una emboscada formada por 200 hombres, que los atacó por el flanco y por la retaguardia, aniquilándolos completamente. Su gefe fue el único que volvió para contar el cuento al jeneral Rivas, y los soldados extraviados que entraron después fueron distribuidos entre los otros batallones, y los oficiales enviados á Buenos Ayres arrestados por cobardía.

Al día siguiente, Caballero con 4 batallones de infantería y dos rejimientos de caballería desmontados, atacó el reducto Anday, por el flanco más próximo á Timbó, que estaba defendido por brasileros. Los paraguayos fueron rechazados, con pérdida de 300 hombres entre muertos y heridos. Los brasileros perdieron 80 hombres. Después de este ataque, Rivas fue dejado relativamente tranquilo.

Algunos mensajeros lograron pasar entre Humaitá y Timbó, pero otros fueron tomados con sus despachos.

Se descubrió que la laguna que protejía el frente del reducto Anday, comunicaba con el riacho de Oro, y las provisiones empezaron á llevarse en botes. Esta laguna se llamaba "Yberá" ó "agua reluciente".

El 11 de abril, los aliados hicieron un reconocimiento sobre Humaitá, pero no descubrieron nada sobre el estado de debilidad en que se hallaba la plaza, cuya trinchera de 15,000 yardas solo tenía una guarnición de 3,000 hombres. Habría sido muy fácil tomarla asaltándola de noche.

Hacían grandes aprestos para el asalto, preparando gabiones, sacos de arena, faginas y escaleras. Sin embargo, esta idea fue abandonada porque se calculaba que la plaza tendría que rendirse pronto. Frecuentemente se dirijían cartas á los gefes de Humaitá, aconsejándoles se rindieran, pero estas no eran recibidas ni había indicios de que la plaza se entregara.

A fines de junio, López empezó á temer por Humaitá y meditó diversos planes para socorrerlo. Sin embargo, Rivas estaba tan sólidamente fortificado, que toda tentativa habría sido inútil; y entonces determinó tentar otro ataque sobre un encorazado, que en el caso de haberlo tomado habría resuelto el problema.

Al norte de Timbó había solamente dos encorazados, á saber: el "Barroso" y el "Río Grande" y ambos estaban bajo la protección de los cañones de Tayí. Se mandaron al río Bermejo 24 canoas, y allí fueron tripuladas con diez hombres cada una, llevando á demás oficiales de marina y maquinistas para manejar los vapores en caso de que fueran tomados. Partieron en dos divisiones, compuesta cada una de 12 canoas, las que debían atacar á los encorazados, simultáneamente si fuera posible.

Salieron del Bermejo en la tarde del 9 de julio, y navegaron aguas abajo llegando á media noche á los encorazados, sin ser sentidos.

La división que debía atacar al "Río Grande" logró su objeto, pero la destinada al "Barroso", pasó de largo dejándolo libre. El capitán del "Río Grande" estaba sobre cubierta con una parte de su tripulación; casi todos los que lo acompañaban fueron muertos por los paraguayos, encerrándose el resto en la casamata. Los cañones del Tayí rompieron entonces el fuego sobre los asaltantes, y aproximándose el "Barroso" los ametralló de tal manera que la mayor parte fue muerta ó quedó prisionera. De la otra división de canoas, algunas llegaron á Timbó y otras, arrastradas por la corriente hasta más abajo, fueron recojidas por los encorazados.

Las provisiones de Humaitá empezaban á escasear, y sus gefes comprendían evidentemente que pronto se verían obligados á evacuarla. El coronel Alen, temiendo sin duda el castigo que le haría sufrir López si abandonaba la plaza sin órdenes, quiso suicidarse con un revólver. Sin embargo, sólo consiguió herirse gravemente, y el mando en gefe recayó en el coronel Martínez.

Frente á Humaitá existía un reducto defendido con algunas piezas de artillería, y habiendo visto los encorazados algunas canoas que cruzaban el río, dieron parte á Caxías que los paraguayos evacuaban la plaza. Al recibir estas noticias, Caxías hizo todos los preparativos con el objeto de atacarla al día siguiente, 15 de julio, para tener la gloria de tomarla por la fuerza.

El jeneral Osorio, con 12,000 hombres, mandaba el ataque contra el frente de San Solano, y los arjentinos estaban ya listos par atacar por otro punto. Al

amanecer, Osorio condujo gallardamente sus tropas, y con su caballería llegó hasta el abatís, que era insignificante y se ocupó en destruirlo. Sin embargo, la artillería paraguaya reservando sus fuegos para cuando el enemigo estuviera muy próximo, hizo un estrago tal con sus metrallas y racimos, que los brasileros pusieron pies en polvorosa, completamente derrotados. Osorio pidió refuerzos á Caxías, pero este se los negó. Le mataron su caballo y tres de sus ayudantes cayeron á su lado. No se hizo más tentativa de asalto. Los brasileros tuvieron 3,000 hombres fuera de combate y los paraguayos solo 47.

Con el objeto de hostilizar al jeneral Rivas, que era diariamente bombardeado con muy buen éxito y de hacer insostenible su posición, los paraguayos avanzaron desde Timbó por medio de reductos. El más próximo á Rivas estaba situado en el mismo camino de Timbó á Anday, quizá á media distancia entre ambos, y se llamaba el "Reducto Corá". Su guarnición consistía en un batallón de infantería y 200 hombres de caballería desmontados.

El 18 de julio, el jeneral Rivas determinó atacarlo, y encomendó la empresa á los coroneles Martínez de Hoz y Campos, con sus batallones y algunos brasileros. Estos últimos dieron vuelta inmediatamente, pero los arjentinos llegaron hasta el abatís, de donde se vieron obligados á retirarse; los 200 hombres de caballería desmontados, fueron lanzados sobre ellos y los acuchillaron. Los dos coroneles cayeron prisioneros y quedaron en el campo 400 arjentinos.

Los paraguayos siguieron hasta Anday, donde fueron cargados y rechazados por el jeneral Rivas.

El abanderado de uno de los batallones arjentinos fue muerto, pero salvó la bandera arrojándola al río, donde fue recojida por un encorazado.

Este combate fue llamado batalla de Acáyuasá, nombre del lugar donde cayeron prisioneros los coroneles. López condecoró á todos los que tomar parte en este encuentro con una cruz de Malta en plata.

Las provisiones de Humaitá estaban casi agotadas y era necesario evacuarlo. Tenían treinta canoas y en ellas transportaron al Chaco, en la noche del 23 de julio, todos los heridos y las mujeres. El 24 (natalicio de López) hubo bailes y música para engañar al enemigo; y durante esa noche atravesó toda la guarnición; las bandas de música permanecieron hasta el último para continuar tocando. El enemigo no sospechó nada hasta el día siguiente á las 12, en que hizo un renacimiento y tomó posesión de Humaitá.

El 21, tres encorazados forzaron las baterías de Humaitá, pasando aguas arriba á incorporarse con la escuadra situada ya al norte de la plaza; eran el "Cabral", el "Silvado" y el "Pianhy". El pasaje de las tropas no fue sentido por la escuadra y se efectuó sin la menor hostilidad.

Una vez en el Chaco, los paraguayos llevaron sus canoas por tierra, hasta la laguna Verá, que tenían que atravesar para llegar á Timbó, porque Rivas con sus tropas y fortificaciones ocupaba el camino de la costa. El jeneral Caballero con las fuerzas de Timbó, aguardaba á las de Humaitá al otro lado de la laguna, y su retaguardia era protejida por el reducto situado frente á Humaitá, mandado por el teniente coronel Vallovera. Para llegar á la laguna Verá, partiendo de este reducto, era necesario atravesar muchos esteros; la angosta lengua de tierra, que separaba la laguna del reducto, se llama Isla Poí. Todo el terreno está cubierto de arboleda, de manera que los combatientes rara vez podían verse.

Los gefes de Humaitá empezaron inmediatamente á pasar en las canoas á las mujeres y á los heridos, teniendo que atravesar bajo un fuego tremendo. Tan luego como los aliados se cercioraron de lo que sucedía, reforzaron al jeneral Rivas, elevando su división hasta 10,000 hombres. Enviaron también á la laguna Verá 60 botes y algunos de ellos armados con cañones, para cortar la retirada á los paraguayos. Los encorazados estaban colocados de tal manera, que con sus fuegos podían barrer la Isla Poí, y se mandó al Oeste de la laguna una fuerza con alguna artillería. Todas estas columnas mantenían un fuego terrible, tanto de rifle como de cañón; 2,000 rifleros y once piezas de artillería, relevados por órden, hacían fuego día y noche sobre los paraguayos. En una semana arrojaron sobre ellos 10,000 bombas.

A pesar de que la laguna estaba ocupada por los botes del enemigo, las canoas paraguayas la pasaban de noche, y cada vez que lo hacían, travaban un combate brazo á brazo con los tripulantes de los botes. Como es consiguiente, muchos hombres fueron muertos ó heridos, y muchas canoas sumerjidas por la artillería, que les hacía fuego hasta que llegaban á la doble línea de botes de guardia. Cuando las canoas, habiendo salvado de esta tremenda prueba, llegaban al otro lado de la laguna, los remeros lanzaban un alarido de placer, y desembarcando sus pasajeros volvían en busca de otros, pasando de nuevo a través de aquel infierno de fuego.

El 28, los brasileros atacaron á Martínez, pero fueron rechazados con pérdidas; tenía algunas piezas rayadas de á 3, pero la munición se le había

agotado y se vio obligado á romper los fusiles de los muertos para hacer metrallas con sus fragmentos. Una noche hubo un alboroto entre los brasileros, causado por un batallón que al volver de su facción se encontró con otro. Se creyeron enemigos y se fusilaron por largo rato, quedando cien hombres tendidos en el campo.

Por último, todas las canoas paraguayas fueron sumerjidas ó tomadas y el único camino para Timbó era el que cerraba el fuerte y la división del jeneral Rivas. Dos mil quinientos hombres habían atravesado de Humaitá y de estos 1,200 habían tratado de vadear la laguna Verá, consiguiéndolo cerca de 1,000, aunque muchos de ellos llegaron heridos. El coronel Alen, en una camilla, fue transportado entre los primeros que pasaron, quedándose los otros tres gefes hasta el último momento. Todos los soldados al dejar á Humaitá, habían llevado consigo un pequeño saco de maíz, pero esta provisión se concluyó muy pronto y tuvieron que comerse dos ó tres caballos que habían llevado consigo.

El 2 de agosto, el jeneral Rivas envió una nota al coronel Martínez intimándole rendición; la bandera de parlamente fue recibida á balazos; sin embargo, dos días después se repitió la intimación. Esta vez, Martínez convino en tener una entrevista con Rivas, que tuvo lugar el 5 y concluyó por la rendición de los restos de la guarnición de Humaitá, conservando los oficiales sus espadas. El coronel Martínez estaba tan débil por falta de alimentos, que apenas podía hablar, y 200 de sus soldados habían caído á tierra muertos de hambre. La mayor parte de ellos no habían comido nada hacía cuatro días.

Después de este ejemplo sin igual de lealtad á López, estos hombres fueron todos declarados traidores por haberse rendido; y la esposa del coronel Martínez, que había vivido en el cuartel jeneral con M. Linch, durante toda la guerra, fue encarcelada, frecuentemente castigada y por último bárbaramente fusilada.

Los infelices hambrientos fueron alimentados y conducidos á Humaitá. Su número era: 4 gefes, 95 oficiales, y 1,200 soldados, de los cuales 300 estaban heridos. Los aliados tomaron también 5 cañones y 800 fusiles. En Humaitá, sus trofeos consistieron en 144 cañones de hierro, de los cuales 8 eran de 8 pulgadas, y uno reventado de 150; 36 piezas de bronce, una de ellas de 130 de calibre; 600 fusiles y 400 bayonetas.

El fuego de Humaitá se oía distintamente en el Tebicuary, y durante la noche se veía el reflejo de los fogonazos de las piezas pesadas; todo el mundo comprendía que algo sucedía por aquella parte.

Cuando López supo la evacuación de Humaitá, mandó decir á todos los gefes de división que él había dejado en la plaza provisiones suficientes hasta el mes de octubre, pero que los gefes no habían cuidado bastante de su reparto; añadiendo que aún cuando se había visto obligado á ordenar su evacuación, esta no perjudicaría en nada sus planes ulteriores. Inmediatamente mandó desalojar el Timbó, ordenando que pasara antes que todo la artillería pesada. Cuando Caballero perdió toda esperanza de que salvaran más hombres, á través de la laguna Verá, marchó con sus soldados y los de Humaitá hasta Monte Lindo, y se reunió con López en el Tebicuary, llevando consigo toda su artillería y municiones. Los aliados quedaron solos en las vecindades de Humaitá, en donde descansaron por tres semanas, después de haber empleado 13 meses en sitiar y reducir á Humaitá, que era la posición más débil de todas las que habían sostenido los paraguayos.

CAPÍTULO XXII

López abandona el Tebicuary y se fortifica en Angostura y Pikysyry. – Los aliados se establecen en Palmas.

Tan luego como cayó Humaitá, López pensó también retirarse del Tebicuary, y ordenó que se levantase un plano del territorio vecino al Estero Poi, situado tres leguas más ó menos al Sud de Villeta. El Estero Poi es parecido al Bellaco, y no es otra cosa que un brazo del inmenso estero llamado laguna Ypoá, que une á esta con el río. Solo puede atravesarse por el camino real de Humaitá á la Asunción, y allí tiene de ancho casi una legua y una profundidad de cerca de 4 pies. La primera idea de López fue fortificar el lado Norte de este estero; pero habiendo tenido después noticias más exactas sobre el terreno me mandó á mediados de agosto para que examinara, hiciera un croquis é informara sobre las ventajas que presentaría el Pikysyry como posición defensiva. Este punto está situado una legua al Norte del Estero Poi.

El Pikysyry es el desagüe más septentrional de la laguna Ypoá, de la que arranca en la forma de un ancho estero, disminuyendo poco á poco á medida que se aproxima al río Paraguay y reduciéndose á una angosta corriente al entrar en las selvas, que en este lugar tienen cerca de 2,000 yardas de anchura, y desagüa en el Paraguay por Angostura, donde tiene cerca de 20 yardas de ancho y una gran profundidad. Es también el límite de los terrenos bajos que empiezan en el Tebicuary y que, con raras escepciones, son sumamente húmedos. Por cerca de dos leguas al Sud del Pikysyry el terreno está cubierto por selvas y montes de palmas, pudiendo decirse que es absolutamente intransitable por todas partes, con la sola escepción del camino real, que es también pésimo.

Puede decirse que inmediatamente al Norte de Pikysyry empieza recién la parte habitable del Paraguay, pues en la orilla de aquel arroyo tienen su nacimiento las primeras colinas. Para defender el Pikysyry era necesario establecer una línea de seis millas, porque en esa estensión podía ser atravesado aunque con gran dificultad, siendo el camino real el único punto por donde pudiera esperarse el enemigo. La posición no era franqueable á menos de dar la vuelta por Misiones ó por el Chaco, en cuyo caso podía ser atacada por la retaguardia. Angostura era el único lugar en una estensión de muchas leguas donde pudiera establecerse una batería sobre el río, porque presentaba nuevamente una barranca cóncava, en forma de herradura, y la fortificación podía construirse de modo que sirviera para flanquear las línea se tierra; cierto es que el río tenía seiscientas yardas de anchura, pero esto era irremediable.

En esta posición, el ejército se hallaría también mucho más próximo á la base de sus recursos, y los parientes de los soldados podían llevarles mandioca, naranjas, etc., lo que influiría mucho sobre su salud, y por consiguiente sobre el vigor de la tropa.

En consecuencia, di á López parte de todo esto, opinando que el Pikysyry era una posición infinitamente superior al Tebicuary. Entonces me envió á Fortín para preparar el desalojo del punto, dejando las baterías al cargo del mayor Moreno, y llevando conmigo al teniente Ávalos. Las piezas de la batería menor debían ser embarcadas inmediatamente y transportadas á Angostura. Fui nuevamente enviado al Pikysyry para trazar las baterías y dar al teniente Pereira, que debía mandar allí temporalmente, las instrucciones relativas á los trabajos.

Cuando volví á dar parte del principio de las obras, fui promovido del rango de mayor al de teniente coronel, y López me obsequió con una espada; en la misma tarde me despachó de nuevo, para mandar las tropas que debían ser enviadas á aquel punto, trazar su campamento, colocar la artillería, terminar la traza de las trincheras y baterías, apremiar su conclusión, pedir al ministro de la guerra todo cuanto fuera necesario y, en fin, tener listos todos los preparativos para cuando él llegara, porque creía venir trayendo al enemigo en su persecución. El mayor Caballero fue enviado como mi segundo.

Todos los medios de transporte, terrestres y marítimos, fueron puestos en juego, y las tropas y la artillería llegaban continuamente, tanto por el río como por los caminos de tierra. Se traían también grandes cantidades de munición, pero no había donde colocarla y nos veníamos obligados á dejarlas al aire libre. Llegó un momento en que la marjen del río estaba cubierta de depósitos de toda clase.

Fue necesario desmontar los árboles tanto para despejar el frente de las baterías y trincheras, como para abrir una picada entre ellos.

Derribar este monte, cortando los árboles á una altura tal que sus troncos no pudieran servir de abrigo á los rifleros enemigos, era un trabajo verdaderamente diabólico, pero en cambio, nos proporcionaba excelente abatís.

El gran cañón "Criollo" fue traído de la Asunción, en vapor, y colocado en la batería de la izquierda; toda la guarnición de aquella plaza y su artillería fue también traída á Angostura.

El 26, López abandonó á San Fernando, marchando lentamente por tierra con la vanguardia, dejando la retaguardia al mando del coronel Rivarola, encargado también de la evacuación definitiva.

El mismo día en que López se movió, la vanguardia aliada bajo las órdenes del Barón del Triunfo atravesó el Yacaré, después de sostener algunas guerrillas con las guardias paraguayas.

El 28, atacaron y tomaron un pequeño reducto con tres piezas, que defendía el paso del río, justamente en el momento en que era abandonado por el último soldado de la guarnición, que se había puesto en marcha para pasar el Tebicuary en botes, operación que efectuaron con muy poca pérdida.

Entretanto, tres encorazados habían subido el río, y después de un reconocimiento minucioso del paraje, encontraron que solamente quedaban tres piezas viejas de 32, pues las demás habían sido transportadas á Angostura; sus lugares estaban vacíos, pero no lo parecían, porque se había colocado en lugar de las piezas las tapas de cuero con que se cubrían jeneralmente. El batallón 18 permanecía todavía en Fortín, con el suficiente número de artilleros para el manejo de las tres piezas; los encorazados se acercaron á la costa cuando les fue posible y, rodeando la batería, tanto por el Tebicuary como por el Paraguay, rompieron sus fuegos con metralla. Sin embargo, los soldados estaban perfectamente á cubierto mientras no manejaban las piezas y sus pérdidas fueron muy pocas; se limitaron á hacer fuego sobre los encorazados cuando estos acababan de disparar sus cañones, teniendo tiempo suficiente para volver á cargar antes que se les hiciera fuego nuevamente.

Esto se prolongó desde el 26 hasta el 28, en que Moreno recibió órden de retirarse; y arrojando al río sus tres piezas, se marchó durante la noche. Los encorazados se sorprendieron muchísimo cuando se cercioraron, en la mañana siguiente, que sus huéspedes habían desaparecido. Caxías debió comprender entonces que López tenía la intención de fortificarse en un punto más al norte de la costa; pero estaba tan entusiasmado con la caída de Humaitá y la evacuación del Tebicuary, que no se le ocurrió mandar la escuadra aguas arriba, para ver lo que pasaba é impedir que se levantaran en la costa nuevas baterías.

Por consiguiente, continuamos nuestras obras con toda tranquilidad, y por cierto que el trabajo era bien penoso. El tiempo era malísimo, y como no había podido desecarse el terreno, el barro en la batería era tan profundo que habría podido desaparecer en él una pieza de 8 pulgadas. Este barro era tan pegajoso que su contacto con las cuerdas y aparejos las ponía como jabonadas, y se resbalaban de las manos de los soldados que, como es consiguiente, no podían hacer la fuerza necesaria. Además, á causa de permanecer constantemente en el barro con los pies desnudos, los tenían materialmente despedazados.

López llegó á principios de setiembre, y se acuarteló en Cumbaryty, alta colina que distaba del río y de las trincheras como 4 millas; inmediatamente hizo construir una inmensa casa en Ita-Ivaté, colina situada á dos

millas á retaguardia de las trincheras y á cuatro del río. Desde este punto se descubría el país por una estensión de muchas leguas.

Con el objeto de protejer el puerto de Angostura para que nuestros vapores cargasen y descargasen, hasta que la batería fuera forzada por los encorazados, esta fue dividida en dos secciones separadas por una distancia de 700 yardas, llamadas baterías de la izquierda y de la derecha. Los encorazados no podían ver lo que pasaba en la batería de la derecha, en donde se hallaba el puerto, á no ser que se colocaran en frente á la batería de la izquierda. El "Silvado" subió solo y pasó las baterías sufriendo un daño considerable, porque el "Criollo" le puso una bala de acero en su línea de agua. Media hora después volvió aguas abajo y recibió otra bala de 150 en el mismo lugar. Desde aquel día, subían casi diariamente algunos encorazados y bombardeaban á Angostura, retirándose después de varias horas á su fondeadero de Palmas, que no era visible.

Entretanto, el ejército aliado marcha hacia el Norte y el 23 de setiembre llegó su vanguardia á Surubí, arroyo que distaba dos leguas de Pikysyry. En este punto, López les había preparado una emboscada de 200 hombres de caballería y cien de infantería, que se habían ocultado al Norte del Surubí; aquellos desprendieron varias guerrillas al otro lado del río, con el objeto de atacar al enemigo, lo que en efecto lograron; y cuando una fuerza considerable pasó el arroyo, los paraguayos cayeron sobre ella y la acuchillaron; muchos hombres se ahogaron en él, porque era muy profundo, y un batallón brasilero fue aniquilado completamente. El cuerpo principal del ejército llegó al día siguiente y acampó en Palmas, que era una barranca situada sobre el río, rodeada por un pequeño espacio de terreno seco, de manera que todo el ejército quedó metido en el barco.

Los aliados hicieron varios reconocimientos de las líneas del Pikysyry, pero encontrándolas demasiado fuertes para ser atacadas abandonaron la idea. El agua del Pikysyry había sido estancada en dos parajes, de manera que en el camino real tenía más de seis pies de profundidad. El total de piezas con que contábamos pasaba de 100, incluyendo las de Angostura, donde había 8 piezas de 8 pulgadas, una de 150, dos lisas de 32 y el único Whitworth de 32 que teníamos y había sido tomado en Tuyuty.

El ejército paraguayo estaba fraccionado en cinco divisiones, á saber: la que guarnecía las baterías de Angostura, que tenía mil yardas de trinchera y

estaba bajo mi mando; la de la derecha, mandada por el coronel Hermosa; la del centro por el coronel González; la de Timbó (llamada así porque estaba guarnecida por las fuerzas que estuvieron en Timbó) por el coronel Montiel, y la de la izquierda por el coronel Rivarola. El ejército constaba entonces con 10,000 hombres, de los cuales la mayor parte era muchachos. En la retirada del Tebicuary se habían perdido grandes cantidades de toda clase de municiones; ninguna de las piezas tenía cien tiros de dotación y muchas no contaban más que 20 ó 30. La mayor parte de la infantería sólo tenía de 60 á 100 tiros. Toda la pólvora y las balas que existían en los depósitos de la capital fueron traídas, y bastaban apenas para una dotación de 100 tiros por cañón, y para la infantería, 24 paquetes de 10 tiros, que era el número que debía recibir cada soldado, y llevar en dos cajas de cuero colgadas al pescuezo, de manera que en caso de una marcha repentina, tuvieran bastante munición. Como las bandas de música de los rejimientos habían sido completamente destruidas, todos los músicos del ejército, que quedaban, fueron reunidos, y con los instrumentos que se encontraron, divididos en cinco bandas, para las cuatro divisiones. Sus instrumentos estaban horriblemente abollados y desacordes; yo tuve que abolir la mía y mandar á los músicos á trabajar en los fosos, porque su música era verdaderamente insoportable.

Para que no se espusieran los artilleros que servían las piezas, hice construir unas cureñas altas y jiratorias, que elevaban las piezas sobre el nivel de las cabezas de los artilleros, de manera que se pudo construir un alto parapeto que cubría todo el servicio de la pieza, escepto al artillero que servía el fogón. Estas cureñas vencían también la dificultad causada por la salida del eje, pues siendo las piezas livianas y usadas con doble carga, su retroceso era muy violento. Monté de esta manera 6 piezas de 8 pulgadas, y la de 150, y sirvieron admirablemente, pues su manejo era más fácil que el de las antiguas. Después que los encorazados pasaron la batería, no pude obtener que se me remitieran otras de la Asunción, porque la comunicación por el río estaba cortada.

CAPÍTULO XXIII

Los aliados se preparan para activar las operaciones. – Camino por el Chaco. – Los encorazados pasan á Angostura. – Buques de Guerra neutrales. – López forma una reserva.

Cuando Caxías abandonó la idea de atacar por el frente las trincheras paraguayas de Pikysyry, concibió el proyecto de hacer un camino por el chaco, desde frente de Palmas hasta el de Villeta, con el objeto de pasar el río Paraguay y maniobrar sobre la retaguardia de López, y al efecto comisionó al jeneral Argolho para esplorar el Chaco y hacer el camino. Se dio principio á esta obra el 11 de octubre.

El primero de octubre, antes de amanecer, cuatro encorazados forzaron las baterías de Angostura, recibiendo casi tantas averías, como si lo hubieran efectuado de día. Todas las tardes colocaba la artillería de manera que pudiera hacer una descarga jeneral, porque siempre que lo habíamos hecho nos había dado buen resultado. Cada bala que pegaba en un encorazado, producía un fogonazo. Era muy difícil ver á los vapores en la oscuridad, porque el espeso bosque que poblaba la orilla del Chaco, á nuestro frente, arrojaba sobre el río una profunda sombra, y los buques buscaban siempre esta protección. Algunas veces solo los presumíamos, por el reflejo de sus chimeneas en el agua. El mismo día, después de salir el sol, subieron otros ocho encorazados para practicar un reconocimiento, y tras de ellos, la "Belmonte", cañonera de madera, con el almirante á su bordo; pero apenas se mostró al otro lado de la punta de Itapirú, cuando le metimos una bala Whitworth de 150 en su línea de agua, lo que la hizo retirarse sobre la marcha.

Los encorazados que habían subido para reconocer las márjenes del río, acompañados por un pequeño monitor, penetraron en el Buey Muerto, al Norte de Angostura, y salieron por frente á Villeta. El Buey Muerto es un brazo del río Paraguay, formado por una gran isla, y los brasileros habían ignorado hasta entonces que fuera navegable. Estos encorazados anclaron al Norte de Angostura, tras del promontorio que forma allí el Chaco. Entonces, envié 20 hombres, bajo las órdenes del teniente Fleitas, para hostilizar con sus rifles la tripulación de estos buques; este puso una emboscada para

batir á una partida que bajó a buscar leña, cayó sobre ella y les mató como 20 hombres; los paraguayos sólo perdieron dos. Se abrió en la noche un pequeño foso para protejer á los rifleros, y como hacían fuego sobre todos los que asomaban en las cubiertas, los encorazados se movieron aguas arriba.

El 8 de octubre, un encorazado pasó de noche por las baterías á todo escape, y el 10, otros dos, las pasaron aguas arriba, también á escape, y amarrado uno al otro. Para nosotros era una diversión espléndida plantar una balsa á estos vapores, cuando pasaban de noche. Solían ocultar todas las luces y cuando iban aguas abajo marchaban solamente con la fuerza de la corriente; pero apenas comprendían que habían sido descubiertos marchaban á todo vapor. El 12, ocho encorazados subieron de día y cinco forzaron las baterías. En estos pasajes perdía siempre algunos hombres, porque aunque las balas no perforaban las corazas, hacían saltar por el interior un gran número de astillas. El 22 de noviembre, á las dos de la mañana, el "Brasil" pasó aguas abajo y volvió el 26 con otros dos encorazados, llevando á estribor una lancha á vapor y un pontón cargado de provisiones. Esta vez, el "Brasil" quedó muy mal parado, porque recibió 31 balas, de las cuales 5 fueron de 150; su gefe y el piloto, tres oficiales y algunos hombres de la tripulación fueron muertos. Los vapores subieron hasta Villeta, para reparar sus averías en la costa del Chaco; cuando llegaron allí empezaron á sacar las astillas y á arrojarlas al río. Las vimos pasar aguas abajo durante cuatro ó cinco horas seguidas, y entre estas astillas venían pedazos de puertas y otros objetos interiores, que demostraban que las corazas habían sido perforadas.

Durante este tiempo llegaron diferentes buques de guerra, neutrales, con el objeto de negociar la libertad de sus respectivos connacionales. El primero que llegó fue el vapor norteamericano "Wasp" á mediados de setiembre, para embarcar al honorable M. Washburn, ministro de los Estados Unidos, que hacía largo tiempo había presentado su renuncia. Solicitó y se le concedió permiso para pasar por Angostura, y subió hasta Villeta, donde debía esperar á M. Washburn. Después de una demora de varios días, se lo mandaron aguas abajo, a bordo del "Pirabebé" y se embarcó en la "Wasp", siendo esta acompañada por el "Pirabebé", con bandera de tregua, hasta los encorazados, desde donde se volvió. M. Washburn una vez a bordo de la "Wasp" mandó á López una nota que si la hubiera recibido á tiempo, habría tenido por efecto que se me mandara la órden de hacer fuego sobre el vapor norteamericano; pero de este asunto hablaremos en otro lugar.

El 30 de setiembre, subieron y fondearon debajo de Angostura tres buques de las marinas inglesa, francesa é italiana. Cada uno pasó una nota á López y por la noche se retiraron á la punta de Itapirú, desde donde sus luces eran visibles para la batería. Imajinando los brasileros que nosotros creeríamos que no se tentaría nada por la proximidad de los buques neutrales, y que estaríamos dormidos, varios encorazados subieron aquella misma noche, sin duda para que su almirante se jactara al día siguiente, como si hubiera hecho una gran hazaña. Sin embargo, ni en esta ni en ninguna otra ocasión, nos pillaron dormidos.

El buque inglés era la cañonera "Linnet" que traía á su bordo á M. Gould, que volvía nuevamente para tratar de salvar á los súbditos ingleses. Pasó una nota á López, declarando el objeto de su misión y recibió una contestación, en que se le decía que podría abrir comunicaciones con el ministro de relaciones esteriores, y que López se complacería en verlo, si quisiera pasar á su cuartel jeneral. Esto probaba que López no tenía otra intención que embrollar una larga correspondencia que no tendría resultado alguno, y comprendiéndolo M. Gould se volvió de nuevo, porque no hubiera sido digno de su parte, después de tan repetidas farsas, entrar en una larga y estéril correspondencia.

El "Beacon", buque de S.M.B., mandado por el capitán Parsons, fue enviado aguas arriba y llegó el 4 de noviembre con el objeto de sacar del país á los ingleses. Cuando López supo la llegada del capitán inglés, se encolerizó mucho y casi le despidió sin atenderle. Sin embargo, le permitió visitar su cuartel jeneral; pero en vez de tratarle con la marcada política y urbanidad que desplegaba con los capitanes franceses é italianos, se limitó á ofrecerle su casa, y dio órdenes para que se permitiera al capitán Parsons, visitar cualquier punto del campamento. Le invitó también á comer un pedazo de *plum-pudding*, confeccionado por la mano de M. Linch, diciéndole además que podía hablar á todos los súbditos británicos pero que ninguno quería salir del país. Sin embargo, había *embotellado* á los pocos ingleses que estaban en el campamento, y no permitió que hablara con él, sino uno solo, y aún ese mismo al alcance de su oído. Todo estaba arreglado de manera que el capitán Parsons creyera que había tenido libertad para ver y oír todo cuanto quisiera.

Solo permitió que sacara al Dr. Fox y una docena de mujeres y niños ingleses. El marido de una de estas mujeres tuvo permiso para acompañarla

a bordo del "Beacon", pudiendo permanecer allí hasta media noche. Era un mecánico, que por la muerte sucesiva de los principales hombres del arsenal, había llegado á ser su gefe y ganaba un gran sueldo. Este individuo no quería salir del país y dijo al capitán Parsons que ninguno de los ingleses deseaba partir.

Cuando subió el "Beacon", en vez de fondear á la distancia, como lo habían hecho los otros navíos neutrales, navegó lentamente en dirección á la batería; viendo esto, desperté á mi segundo, el teniente coronel Carrillo, que dormía la siesta profundamente y le dijo que un vapor inglés se aproximaba, que él conocía las órdenes con respecto á todos los buques que pasasen la batería y que delegaba el mando en él, por el momento; pero que en el instante en que se disparara un tiro sobre un buque de S.M.B. me consideraría como separado del servicio del Paraguay (Decir esto era una cosa sumamente peligrosa en el Paraguay). Carrillo se enderezó de un salto, medio dormido todavía, y corriendo á la batería empezó á pasar el escobillón por una pieza en el momento mismo en que el "Beacon" anclaba casi debajo de la fortificación. En aquel instante, recibí un despacho de López, quien podía ver lo que pasaba en el río desde el cuartel jeneral, diciendo que estaba sorprendido de que yo hubiera permitido que aquel vapor se avanzara tanto y agregando que le hiciera fuego si intentaba pasar la batería. Entregué el despacho á Carrillo y contesté á López diciéndole lo que había hecho.

Cuando el capitán Parsons se embarcaba, fue tan amable que me mandó decir que desearía verme. Inmediatamente telegrafié á López pidiéndole permiso; me contestó: "envíe la escusa que le parezca"; y por consiguiente tuve que mandarle decir que estaba ocupado y que no podía ir. En el mismo día, pero más tarde, uno de los oficiales del "Beacon" que esperaba en un bote bajo la batería, me envió su tarjeta y yo le mandé á López dos telegramas, porque no me contestó el primero. Me ordenó contestara "que era demasiado tarde".

Aunque todo lo que iba y venía pasaba por mis manos, una palabra cambiada con estos caballeros me habría costado la vida.

Durante los meses de octubre y noviembre, los vapores franceses é italianos iban y venían diariamente, entre Palmas y Angostura, y sus gefes visitaban frecuentemente á López en su cuartel jeneral.

Por último, el buque italiano sacó del país cincuenta y dos mujeres y criaturas, y el francés, un número menor, y también á M. Libertat, canciller

del Consulado francés, que había sido encarcelado y engrillado por la imaginaria conspiración contra López, habiéndole hecho confesar en el tormento que por su complicidad había recibido 4,000 duros de los gefes de la conspiración. El canciller me fue consignado junto con sus papeles, con órden de entregarle al capitán francés, como prisionero, lo que ejecuté. Algunos de estos vapores cargaron una cantidad de cajas muy pesadas, cada una de las cuales no podía ser levantada sino por 6 ú 8 hombres. Probablemente contenían una parte de las joyas de las señoras, que habían sido robadas en el año 68, así como un número inmenso de patacones.

El 3 de diciembre, el vapor norteamericano "Wasp" se presentó de nuevo, izando una bandera de Almirante y otra de Ministro. El nuevo ministro era el jeneral Mac-Mahon, que venía á reemplazar á Mr. Washburn, á quien había encontrado en Río Janeiro. Como M. Washburn había recibido algunas injurias al dejar el Paraguay –entre otras, el haber arrebatado de su lado á dos miembros de su legación, que iban á embarcarse con él, y haberlos encarcelado mandándolos después á ser juzgados en el ejército–, se resolvió que el almirante Davis subiera con una escuadra de navíos de guerra, y exijiera la entrega de estos prisioneros, y que no se desembarcase el jeneral Mac-Mahon hasta que no fueran entregados. En la mañana del mismo día en que llegó la "Wasp", el capitán Kirkland, fue al cuartel jeneral de López y convino con él recibir esa tarde al almirante, en la Angostura. La reunión tuvo lugar en mi casa, desplegando López una amabilidad tan grande que hechizó al almirante Davis, á quien "hizo creer que Mastermann y Bliss, los dos presos exijidos, eran verdaderamente culpables de una horrible conspiración. Dijo al almirante que él *por su parte deseaba entregarlos, pero que los Tribunales del país no querían hacerlo*. Sin embargo, el almirante Davis traía consigo algunos serios argumentos, bajo la forma de piezas de 11 pulgadas, las que hubiera empleado de una manera más persuasiva que los brasileros las suyas; por consiguiente, en la noche del 10 de noviembre, Mastermann y Bliss me fueron consignados con órdenes de entregarlos al capitán Kirkland como presos. La ejecución de esta órden me causó mucho placer, porque sabía que se trataba de una horrible farsa. Como es de suponerse, no pude ver ni al almirante Davis ni al capitán Kirkland, para decirles mi opinión sobre el crimen de estos hombres. El jeneral Mac-Mahon desembarcó el 12, dirijiéndose luego al cuartel jeneral de López, donde permaneció algún tiempo.

Mientras los buques neutrales estaban ocupados en estas negociaciones, los encorazados brasileros se les acercaron varias veces y los insultaron, al punto de hacer fuego sobre la batería á través de la proa del vapor italiano. La cañonera inglesa fue la única respetada.

Entretanto, el camino del Chaco seguía construyéndose. Era una obra hecha casi en su totalidad de palmas, colocadas transversalmente unas al lado de otras, en un suelo fangosos y sujeto á inundaciones cuando crecía el río; fue también necesario construir varios puentes. Todo este terreno, como el resto del Chaco, es completamente llano. Una milla más o menos debajo de Villeta, desagua en el Paraguay un arroyo del Chaco, llamado "Aguaray". La boca de este arroyo es tan estrecha que apenas admite un vaporcito de ruedas, pero más adentro se ensancha y divide en varios brazos, uno de los cuales corre en dirección á Palmas, pero no es navegable hasta aquel punto. La lancha á vapor que los brasileros pasaron por Angostura, era para emplearla en la navegación del "Aguaray", y les prestó muy buenos servicios, haciendo el transporte de provisiones, etc., primero para los encorazados y después para todo el ejército.

El camino construido por los brasileros seguía el costado oriental de este arroyo y al mismo tiempo que lo hacían colocaban un telégrafo. A lo largo del camino se establecieron cuatro campamentos ó guardias de dos batallones cada una, y se levantó un reducto en un monte en su estremidad norte. Nosotros teníamos en el Chaco una fuerza que variaba de cien á ochocientos soldados, pero el terrero era tan entre-cortado por esteros, que era casi imposible que más de dos ó tres hombres pudieran dirijirse juntos sobre un punto cualquiera. Sin embargo, estas fuerzas tuvieron dos encuentros con el enemigo, causándose ambas partes pérdidas insignificantes.

Al principio, López no creyó que los brasileros tuvieran efectivamente la idea de marchar por el Chaco, creyendo que solo se trataba de una diversión, contribuyendo á este error las partes de nuestros espías, que nos informaban diariamente de que los aliados marchaban en el día de Palmas en dirección á Villeta, y se volvían de noche. Pero por último, no nos quedó duda de su intención, y López mandó construir una trinchera alrededor de Villeta en donde esperábamos verles desembarcar; los encorazados bombardeaban esta posición sin cesar. Se formó también una columna volante, que sería de reserva y que consistía de la mayor parte del ejército, no dejando en la trinchera sino la tropa absolutamente necesaria y la mayor parte de la artillería. Tuve que enviar á esta reserva cinco de mis batallones, quedándome solamente con uno y unos cuantos contingentes pertenecientes á otros batallones. La reserva estaba acampada cerca del cuartel jeneral de López; de manera que él mismo podía enviarla al primer aviso; á cualquier punto que fuera amenazado.

El estado sanitario de los soldados había mejorado mucho desde su llegada á Pikysyry, por el cambio de alimentos y porque sus parientes venían constantemente trayéndoles carros cargados de naranjas, mandioca, etc.

CAPÍTULO XXIV

Conclusión de la Guerra

Los brasileros desembarcan en San Antonio. – Batallas de Itororó y de Avay. – Toma de la trinchera de Pikysyry. – Combate de siete días en Itavaté, que terminó con la derrota de López, la destrucción de su ejército y la capitulación de Angostura.

A fines de noviembre, todo el ejército brasilero, fuerte de 32,000 hombres, había pasado al Chaco, efectuándolo también Caxías el 27. Los brasileros se embarcaron en sus encorazados y el 5 de diciembre desembarcaron, no en Villeta como se esperaba, sino en San Antonio, aldea situada cuatro leguas más arriba. Una pequeña fuerza los había esperado en Villeta, y en la tarde del 5, López envió su reserva compuesta de 5,000 hombres y 12 piezas, á las órdenes del jeneral Caballero para defender el paso del Itororó, llevando por segundo gefe al coronel Serrano. Este arroyo es profundo y angosto, y para atravesarlo, yendo de Villeta á San Antonio, es necesario pasar por el puente; todo el terreno está cubierto por isletas de bosque, y en una de éstas, muy próxima al puente, se ocultaron los paraguayos después de marchar toda la noche.

A la mañana siguiente, el puente fue atacado por los brasileros. Osorio con la tercera división de su ejército, hizo un rodeo por caminos casi imprac-

ticables para tomar á los paraguayos por la retaguardia, mientras el jeneral Argolho los atacaba de frente; sin embargo, no pudo llegar á tiempo á causa del mal estado del camino. El jeneral Argolho llevó el ataque con la 2ª división, dejando de reserva á la 1ª; después de sufrir un terrible fuego de la artillería paraguaya mandada por el mayor Moreno, atravesó el puente pero fue inmediatamente cargado y rechazado por Caballero. Entonces se trabó un obstinado combate á arma blanca, y el puente tres veces perdido y retomado otras tantas, quedó por último en poder de los paraguayos. Caxías se adelantó en el acto con la 1ª división, con la cual, reunida á la 2ª atacó y tomó el puente y seis de las piezas que lo defendían, retirándose los paraguayos con las otras seis. Los brasileros perdieron más de tres mil hombres entre muertos y heridos; entre los primeros se hallaba uno de sus mejores oficiales, el coronel Fernando Machado, y entre los heridos, los jenerales Argolho y Gurjao. Los paraguayos tuvieron mil doscientos hombres fuera de combate y perdieron seis piezas. Cuando López recibió las noticias de la batalla, me mandó un telegrama diciéndome que después de cinco horas de un obstinado combate, Caballero había quedado dueño del campo de batalla y ordenándome empavezara la batería en celebración de la victoria.

Los encorazados nos visitaban todavía diariamente, pero parecían tener un gran miedo de ponérsenos á tiro, solían subir, pasar Itapirú y esconderse tras de de la punta del Chaco en frente de Angostura, bombardeándonos desde allí; una vez que otra se mostraban al otro lado de ese punto, que distaba como 1,000 yardas y en estos casos les acertábamos casi siempre, porque habíamos calculado la distancia con bastante exactitud. Uno de los encorazados, sin embargo, había tenido la suerte de que nunca le acertáramos una sola bala, y era el único cuyo comandante se mostraba acompañado de otro oficial, ambos de chaleco blanco, y solían permanecer sobre sus casamatas, mientras les hacíamos fuego. Estos oficiales acabaron del modo siguiente. La noche del ocho de diciembre, con el objeto de atraer á los encorazados más cerca de la batería, tapé la izquierda de ella con ramas de árboles, para ocultarla enteramente al enemigo. Para complemento de nuestra dicha, se susurraba en la escuadra que Angostura había sido evacuada y en la misma noche, el gefe envió un oficial de confianza que volvió y dio parte de haber llegado hasta la misma batería y que no había en ella ni hombres ni cañones (Supe esto por los apuntes privados de un oficial que mandaba

temporariamente uno de los encorazados, y que fue tomado en una espedición que mandé la Chaco algo después). A la mañana siguiente, el monitor y los *chalecos blancos* subieron á reconocer; la batería no tenía bandera izada y no quise izarla. Vinieron un poco más cerca que de costumbre y después de examinar con sus anteojos por un rato, y hacer algunos tiros de metralla, se retiraron. Entonces, tomé mi caballo y fui á ver á López al cuartel jeneral; acababa de llegar allí, cuando vi que todas las piezas de la batería hacían fuego. Los encorazados que se habían vuelto, habían dado parte de la evacuación de la batería de la izquierda y habían recibido órden de pasarla y de marchar á reconocer la de la derecha; el "Mariz-e-Barros", que era el de los chalecos blancos, tomó la delantera y al pasar la batería los dos oficiales volaron en mil pedazos. El buque recibió también muchas averías. El monitor se retiró lo más pronto posible; pero el "Mariz-e-Barros" pasó también la batería de la derecha, no pudiendo (así lo dice el diario privado á que me he referido) dar vuelta á tiempo para retroceder.

Durante todo este tiempo, el ejército arjentino, que había permanecido en Palmas, hacía ruido en los montes todas las noches, pera hacernos temer un ataque á todas horas; y á veces solían tocar los turututús, música que había sido iniciada por nuestros soldados. De vez en cuando, subía algún bote á remo, bogando lo más silenciosamente posible, pero siempre lo sentíamos y con uno ó dos tiros lo espantábamos.

Después de la batalla de Itororó, los brasileros continuaron su marcha y acamparon en Ypané, antigua casucha sobre el río Paraguay, en donde la escuadra desembarcó la artillería y caballería que estaba en el Chaco; y el 11 de diciembre marcharon de nuevo hacia el Sud, teniendo que batirse nuevamente en Avay, arroyo que cruzaba el camino y estaba en poder de los paraguayos; estos habían sido reforzados por López con 6 piezas y alguna tropa, formando un total de 4,000 hombres y 12 piezas. El jeneral Caballero mandaba á los paraguayos en este combate, en que todos se batieron como leones. Se sostuvieron durante cuatro horas, en medio de un terrible aguacero, contra los asaltos continuos de los brasileros, hasta que la caballería los rodeó y atacó por todos lados. Entonces fueron completamente acuchillados, y apenas se salvó un solo hombre. El jeneral Caballero fue arrancado de su caballo y le quitaron el poncho y las espuelas de plata, pero no fue reconocido por el enemigo y al día siguiente se presentó á López. Los coroneles

Serrano y González fueron tomados prisioneros, y en jeneral, todos los que no murieron quedaron en poder del enemigo.

Es verdaderamente singular que los brasileros tuvieran tan poca vijilancia con sus prisioneros, pues varios oficiales superiores se escaparon uno ó dos días después, presentándose á López. Entre estos se hallaban: el mayor Moreno, gefe de la artillería, el mayor Mongelós, etc. Los que se presentaron harían un total como de 200 hombres. Los brasileros tomaron las 12 piezas, 700 prisioneros sanos y 500 heridos. Tomaron también 300 mujeres pertenecientes al ejército paraguayo, y no los trataron bien.

A pesar de esto, las pérdidas de los brasileros fueron mayores que las de los paraguayos, pues tuvieron cerca de 4,000 hombres fuera de combate y al jeneral Osorio muy mal herido.

Entonces, acamparon sobre las alturas de Villeta, á la vista de Angostura, aunque á cuatro millas de distancia.

Al día siguiente de esta batalla, López me avisó que no le había ido muy bien el día anterior, pero que el enemigo había sufrido tanto que los jenerales solo habían podido contener su ejército, asegurándole que el jeneral Caballero había sido muerto.

López se apercibió entonces de que iba á ser atacado por la retaguardia, y por indicación mía se dio principio á una trinchera, que partía de Angostura en dirección al cuartel jeneral, para defender la posición del lado de Villeta. Esta trinchera era flanqueada por la batería de la derecha, así como la antigua era flanqueada por la de la izquierda. Sin embargo, era evidente que no teníamos los hombres suficientes para ejecutar una obra tan grande, y se dio principio á una estrella, en la loma, que distaba 2,000 yardas de Angostura, destinada para servir de eslabón á una cadena de fuertes; pero el enemigo no dio tiempo ni para esto. López, por consiguiente, juntó todos los hombres que pudo, reuniendo cerca de 3,000 en su cuartel jeneral, adonde mandó también una cantidad de cañones, incluso el Whitworth de 32. Se abrió un foso de dos pies de ancho, por dos de profundidad, amontonando la tierra al frente, de manera que sentándose en el borde interior del foso, los soldados quedaban algo cubiertos contra las balas de rifle. Esta trinchera estaba guarnecida con todas sus tropas, quedando solamente de reserva su escolta, que estaba muy bien montada; la caballería estaba colocada alrededor de ella. Con el objeto de que su casa no quedara á tiro de rifle, el radio de

la trinchera era tan estenso, que su frente quedaba muy débilmente defendido: no hubo tiempo para concluir este foso. Su retaguardia en dirección de Cerro León estaba completamente descubierta y no había hombres para defenderla. Sin embargo, esto no importaba nada, tratándose de un jeneral como Caxías, que indudablemente descubriría cual era el punto más fuerte para atacarlo. Si López hubiera economizado sus soldados para defenderse en Ita-Ivaté, en vez de mandarlos á pelear en campo abierto, hubiera podido destruir al ejército brasilero en este mes.

Toda la trinchera de Pikysyry quedó defendida por 1,500 hombres, compuestos en su mayor parte de inválidos y muchachos, y artillada con piezas de diferente calibre. Convertí cada una de las baterías en un pequeño reducto, haciendo á su alrededor una trinchera de construcción peculiar, para que los soldados que la defendían no sufriesen por la metralla enemiga y pudieran hacer fuego con la suya por arriba de las cabezas.

No hubo tiempo para hacer una defensa más fuerte. Hice también colocar en postes algunas cadenas de fierro, para detener la caballería en caso que nos quisiera atacar, porque nuestra trinchera podía ser saltada por un caballo. En la noche del 16, dos encorazados pasaron las baterías aguas abajo á todo escape y el 19 pasaron cinco aguas arriba, llevando consigo pontones cargados, lo que hacía un total de 12 encorazados arriba y 6 abajo, además de 17 buques de madera que no entraron en acción. Los encorazados situados al norte y al sud de las baterías nos favorecían con sus inútiles bombardeos, que hasta la fecha solo nos habían costado en Angostura, la pérdida de un oficial y diez soldados muertos, y un oficial y diez soldados heridos. Sin embargo, durante los últimos días las pérdidas eran mayores porque estábamos más amontonados.

El 17 de diciembre, la caballería brasilera hizo un reconocimiento de nuestras posiciones, pero sin avanzar lo bastante para ver cosa alguna. Sorprendieron el rejimiento 45 de caballería paraguaya y lo destruyeron completamente, escapándose solamente el gefe y uno ó dos hombres.

Se decía que el Emperador había ordenado á Caxías que arriesgara hasta el último hombre, para dar una solución inmediata á la guerra. Levantando su campamento de Villeta y embarcando todas las tiendas durante el día anterior, el ejército brasilero, fuerte de 25,000 hombres, se puso en marcha dividido en dos columnas, en la mañana del 21 de diciembre, y después de

reconocer el frente de las posiciones de López en Ita-Ivaté; tomó posición frente al punto más fuerte de esta línea y acampó para comer, mientras Menna Barreto, con la caballería, algunas piezas y unos pocos infantes, tomaba por la retaguardia las trincheras de Pikysyry, barriéndola de enemigos, matando como 700 hombres y tomando 200 prisioneros, casi todos heridos, á más de toda la artillería que defendía la línea hasta una milla de Angostura, donde hizo alto. Muchos de los derrotados y algunas mujeres se refujiaron en Angostura, se hallaba completamente cortada de López; el camino de Palmas estaba ya libre, de manera que el enemigo podía recibir lo necesario para su abasto. Algunos de los paraguayos derrotados en la izquierda de la trinchera de Pikysyry lograron incorporarse á López y le reforzaron. A las tres de la tarde, los brasileros atacaron el cuartel jeneral de López, y después de un combate que duró tres horas se apoderaron de 14 piezas de artillería, incluso el Whitworth de 32. Se habían introducido también por otra parte y casi llegado á la casa de López, pero su escolta los cargó y los rechazó. Las pérdidas brasileras eran inmensas, porque habían elejido para su ataque los únicos dos desfiladeros que existían frente á las líneas de López, en vez de hacer un rodeo, en cuyo caso podrían haberlo atacado, en la formación que se les hubiera ocurrido, tanto más cuanto que la tela de sus infantes era tal que bastaba un puñado de paraguayos para derrotar un sinnúmero de ellos. López perdió en este día no solamente las fuerzas que defendían las trincheras de Pikysyry, sino también la mayor parte de las que tenía en Ita-Ivaté. Los brasileros perdieron 3,500 hombres entre muertos y heridos, hallándose entre los últimos el barón del Triunfo. López mandó bajar los pocos hombres que tenía en Cerro León y Caapucú, y al día siguiente escribió una carta dirijida, tanto á mí como á mi segundo, siendo esta la primera órden impartida á Angostura que no viniera dirijida esclusivamente á mí; en ella nos ordenaba que en esa misma noche nos abriéramos paso á través del ejército aliado, y nos reuniéramos con él en Ita-Ivaté. La carta fue entregada á un teniente Roman, y López lo despachó en su propio caballo, atropelló a todo escape las líneas enemigas, consiguiendo llegar hasta dos mil yardas de Angostura; pero viéndose allí rodeado por el enemigo, retrocedió tan rápidamente como había venido, y se salvó de entre ellos logrando llegar á media noche al cuartel jeneral de López. En la noche siguiente fue enviado de nuevo, y se despachó además un duplicado de la órden con otro oficial;

después de dar vueltas por diferentes caminos, ambos llegaron á Angostura, en la mañana siguiente. Mientras empezábamos los preparativos para la marcha, llegó otro mensajero con una contra-órden, en la que López nos decía: "La situación ha cambiado, me sostengo bien, y el enemigo solo puede atacarme débilmente, pues está completamente desmoralizado. Ustedes deben sostenerse á todo trance, si esta órden llega á tiempo. El principal inconveniente que sufre el enemigo es el inmenso número de heridos que tiene y que no puede atender, porque el camino que ha abierto por nuestras trincheras apenas le permite transportar sus heridos de distinción. Así pues, la órden de ayer no se pondrá en ejecución, sino en un caso estremo, que creo no llegará porque espero poder llevarles pronto provisiones".

El 22 y el 23 fueron empleados por los brasileros en hacer día y noche fuego de rifle sobre el cuartel jeneral de López y por los arjentinos en avanzar y reunirse con Caxías, que hizo venir de Palmas su artillería de campaña. El 23 llegó de Cerro León un batallón paraguayo, fuerte de 500 hombres, y el 25 llegaron nuevos refuerzos de Caapucú, á saber, un batallón de infantería y un rejimiento de caballería. El batallón 40, así como el famoso batallón de rifleros, había sido completamente aniquilado el 21; y los refuerzos fueron divididos en cuatro batallones; uno de los cuales fue llamado de nuevo el 40. Los marineros de los vapores fueron también desembarcados, no dejándose á bordo sino el número suficiente de hombres para manejarlos. Casi todos los artilleros habían perecido el 21 y López puso en libertad al capitán Saguier, que había sido atormentado en la prisión, por complicidad en la supuesta conspiración, desde la época en que el jeneral Bruguez fue muerto á bayonetazos, y lo envió á mandar la artillería.

En la mañana del 25, López recibió una intimación firmada por los jenerales aliados, á la que dio la siguiente contestación:

(Copia).

Cuartel jeneral en Pikysyry, diciembre 24 de 1868.
(A las tres de la tarde).

El Mariscal Presidente de la República del Paraguay debiera quizá dispensarse de dar una contestación escrita á SS.EE. los señores jenerales en

gefe de los Ejércitos Aliados, en la lucha con la Nación que preside, por el tono y lenguaje inusitado é inconveniente al honor militar y á la magistratura suprema, con que SS.EE. han creído llegada la oportunidad de hacer, con la intimación de deponer las armas en el término de doce horas, para terminar así una lucha prolongada, amenazando echar sobre mi cabeza la sangre ya derramada, y que aún tiene que derramarse si no me prestase á la deposición de las armas, responsabilizando mi persona para ante mi patria, las naciones que VV.EE. representan y el mundo civilizado; empero, quiero imponerme el deber de hacerlo, rindiendo así holocausto á esa misma sangre jenerosamente vertida por parte de los míos y de los que los combaten, así como el sentimiento de religión, de humanidad y civilización que VV.EE. invocan en su intimación. Estos mismos sentimientos son precisamente los que me han movido, ha más de dos años, para sobreponerme á toda la descortesía oficial con que ha sido tratado en esta guerra el elejido de mi patria. Buscaba entonces, en Yataity-Corá, en una conferencia con el Exmo. Sr. General en Gefe de los Ejércitos Aliados y Presidente de la República Arjentina, Brigadier Jeneral Don Bartolomé Mitre, la reconciliación de cuatro Estados soberanos de la América del Sud, que ya habían principado á destruirse de una manera notable, y sin embargo, mi iniciativa, mi afanoso empeño, no encontró otra contestación que el desprecio y el silencio por parte de los gobiernos aliados y nuevas y sangrientas batallas por parte de sus representantes armados como VV.EE. se califican. Desde entonces, vi más claro la tendencia de la guerra de los aliados sobre la existencia de la República del Paraguay, y deplorando la sangre vertida en tantos años de lucha, he debido callarme, y poniendo la suerte de mi patria y de sus jenerosos hijos en las manos del Dios de las naciones, combatí á sus enemigos con la lealtad y conciencia que lo he hecho, y estoy todavía dispuesto á continuar combatiendo hasta que ese mismo Dios y nuestras armas decidan de la suerte definitiva de la causa. VV.EE. tienen á bien noticiarme el conocimiento que tienen de los recursos de que actualmente pueda disponer, creyendo que yo también puedo tenerlo de la fuerza numérica, y esos recursos nunca han impuesto á la abnegación y bravura del soldado paraguayo, que se bate con la resolución del ciudadano honrado y del hombre cristiano que abre una ancha tumba en su patria, antes que verla ni siquiera humillada. VV.EE. han tenido á bien recordarme que la sangre derramada en "Ytororó" y "Avay"

debiera determinarme á evitar aquella que fue derramada el 21 del corriente; pero VV.EE. olvidarán, sin duda, que esas mismas acciones pudieran de antemano demostrarles cuan cierto es todo lo que pondero en la abnegación de mis compatriotas, y que cada gota de sangre que cae en la tierra es una nueva obligación para los que sobreviven. ¿Y ante un ejemplo semejante, mi pobre cabeza puede arredrarse de la amenaza tan poco caballeresca, permítaseme decirlo, que VV.EE. han creído en su deber notificarme? VV.EE. no tienen el derecho de acusarme para ante la República del Paraguay, mi patria, porque la he defendido, la defiendo y la defenderé todavía.

Ella me impuso ese deber y yo me glorifico de cumplirlo hasta la última estremidad, que en los demás, legando á las historias mis hechos, solo á mi Dios debo cuenta. Y si, sangre ha de correr todavía, él tomará cuenta á aquel sobre quien haya pesado la responsabilidad. Yo por mi parte estoy hasta ahora dispuesto á tratar de la terminación de la guerra sobre bases igualmente honorables para todos los belijerantes, pro no estoy dispuesto á oír una intimación de deposición de armas.

Así, á mi vez, é invitando á VV.EE. á tratar de la paz, creo cumplir un deber imperioso con la religión, la humanidad y la civilización por una parte, y lo que debo al grito unísono que acabo de oír de mis jenerales, gefes, oficiales y tropa á quienes he comunicado la intimación de VV.EE. y lo que debo á mi propio honor y propio nombre. Pido á VV.EE. disculpa de no citar la fecha y hora de la notificación, no habiéndolas traído y fue recibida en mis líneas á las siete y media de esta mañana.

Dios guarde á VV.EE. muchos años.

Firmado –

FRANCISCO S. LÓPEZ.

Campamento en la Loma Cumbarity, diciembre 25 de 1868.

Cuando empezó el combate en Ita-Ivaté, López abandonó su casa y levantó una tienda en los montes, como una milla á retaguardia. Sin embargo, mientras el enemigo atacaba, permaneció á caballo protegido por las espesas murallas de tapia de su casa. Su escolta se mantenía á corta distancia, pero lejos de estar cubierta como él, estaba espuesta al fuego del enemigo, y sus hombres caían heridos ó muertos, unos tras otros. De vez en cuan-

do, López los mandaba á pelear, diciéndoles simplemente "váyanse á pelear". Los más prudentes tenían buen cuidado de volver pronto, pero la mayor parte sucumbieron. El coronel Toledo, anciano de cerca de 70 años, gefe de la escolta del gobierno desde tiempo inmemorial, fue mandado á pelear, armado de una lanza, y algunos minutos después trajeron su cadáver. Casi toda la escolta y sus oficiales superiores fueron muertos ó gravemente heridos. A los heridos que volvían del combate y que pasaban por delante de López, éste los saludaba y les preguntaba por sus heridas. Ellos se enorgullecían de este interés y contestaban siempre "no es nada", "pues, entonces –les respondía– vuelvan á pelear otra vez: á ver, den á ese hombre un trago de caña". El soldado habría vuelto mil veces lleno de contento, aunque tuviera la mano ó la pierna inutilizada. Recayó esclusivamente sobre las mujeres el cuidado de los enfermos y heridos, y el trabajo de enterrar á los muertos, porque no había absolutamente hombres disponibles. Las balas de rifle no cesaron un momento ni de día ni de noche, desde el 21 hasta el 27 de diciembre, y los heridos así como los combatientes, estaban espuestos á este fuego.

El jeneral Mac Mahon, ministro de los Estados Unidos, permaneció durante todo este tiempo en el cuartel jeneral, y él, así como los Sres. Burrel y Valpy, injenieros civiles, estuvieron también espuestos al fuego hasta el 23, en que López los mandó a Piribebuy, punto adonde se había removido la sede del gobierno. El jeneral Mac Mahon llevó consigo á los hijos de López, quedándose M. Linch con él. López hizo una donación de sus propiedades, nombrando por su albacea al jeneral Mac Mahon y encargándole sus hijos, como puede verse en estos curiosos documentos tomados por los aliados el 27 de diciembre.

Señor Mayor Jeneral Mac Mahon, Ministro de los Estados Unidos de América.

Pikysyry, diciembre 23.

Mi distinguido señor:

Como el representante de una nación amiga, y en precaución de cuanto pudiera suceder, me permito confiar á su cuidado, aquí adjunto, un docu-

mento de donación por el cual transfiero á Da. Elisa Linch todos mis intereses particulares de cualquier clase que sean.

Yo le ruego tenga la bondad de guardar ese documento en su poder hasta tanto que pueda entregarlo con seguridad á dicha señora, ó devolvérmelo en cualquier contingencia imprevista que pudiera impedirme volver á entenderme con V. á este respecto.

Me permitiré, además, rogarle desde ahora quiera hacer cuanto esté en su poder para llevarse á efecto las disposiciones prevenidas en dicho documento, agradeciéndole de antemano cuanto en tal sentido pueda hacer en obsequio de su muy atento servidor.

FRANCISCO S. LÓPEZ.

(Codicilo)

El infrascrito Mariscal Presidente de la República del Paraguay, por el presente documento declaro formal y solemnemente que, agradecido á los servicios de la señora Da. Elisa A. Linch, hago en su favor donación pura y perfecta de todos mis bienes, derechos y acciones personales, y es mi voluntad que esta disposición sea fiel y legalmente cumplida. Para todo lo cual firmo con testigos en el cuartel jeneral de Pikysyry á los veintitrés días del mes de diciembre de mil ochocientos sesenta y ocho.

FRANCISCO S. LÓPEZ.

El otro es una carta al jeneral Mac Mahon recomendándole á sus hijos, especialmente al menor, Leopoldo, que tenía como tres años de edad.

El 25 de diciembre por la mañana muy temprano los brasileros rompieron un furioso bombardeo con 46 piezas. Este fue el cañoneo más nutrido de toda la guerra y dio por resultado partir el asta de la bandera del cuartel jeneral y una viga de la casa de López. Como siempre, las espoletas estaban mal calculadas y el aire estaba lleno de bombas que esplotaban en su trayectoria; se lanzaron también muchos cohetes. Después de este bombardeo, los

brasileros volvieron al ataque y fueron nuevamente rechazados, aunque á López no le quedaban más que seis piezas que no estuvieran desmontadas. La munición estaba también casi toda agotada. En la misma tarde, viendo López alguna caballería á su retaguardia mandó combatirla con su regimiento de dragones, que hasta entonces había sufrido muy poco; al principio repelieron á los brasileros, pero pronto fueron rodeados por grandes masas de su caballería y completamente aniquilados, volviendo solamente como unos 50 hombres adonde estaba López que los observaba, pero que no tenía tropas para enviar en su protección. Entre tanto la fusilería no cesaba. Las fuerzas de López quedaron reducidas apenas á 1,000 hombres, mientras que á los brasileros no les quedaban 20,000 hombres sanos de los 32,000 que tenían al principio de diciembre. Los arjentinos no habían entrado todavía en acción y estaban destinados á dar á López el golpe de gracia.

En la mañana del 27, después de otro bombardeo, los aliados se adelantaron sobre las líneas de López, yendo los arjentinos á la cabeza del ataque; los pocos paraguayos que quedaban, hicieron una resistencia desesperada y pelearon individualmente contra batallones enteros, hasta que no quedó uno solo. Toda la artillería estaba desmontada y las dos otras piezas que todavía hacían fuego estaban colocadas sobre montones de tierra. Los heridos que pudieron, y como unos doscientos á trescientos hombres sanos, se refujiaron en las selvas situadas á retaguardia de la casa de López, pero fueron luego rodeados por el enemigo y en más ó menos tiempo cayeron todos en su poder. López, por su parte, apenas vio el avance de los aliados se retiró, con uno ó dos hombres, en dirección a Cerro León, por una picada que había hecho practicar en la selva. Partió tan apresuradamente que dejó á M. Linch abandonada á su suerte, y ésta anduvo entre las balas buscándole por todos lados. Pero ella también logró escaparse y reunirse con él, lo mismo que los jenerales Resquín y Caballero y algunos hombres de caballería que estaban todavía montados y sanos. Todos los bagajes de López fueron tomados; sus carruajes, ropas, documentos, sombreros, el famoso poncho con franja de oro, y aún algunas de sus esclavas, cayeron junto con los bagajes. Algunos afortunados prisioneros fueron salvados por el rápido avance de los aliados, pues López había hecho volver un ayudante con órden de que los fusilaran, y éste cayó en poder de los asaltantes. Había hecho fusilar el 25 á su hermano Benigno, al obispo, á Berjes, al coronel Alen, á la

esposa del coronel Martínez y al jeneral Barrios. A sus hermanas Inocencia y Rafaela les había mandado á Cerro León, después de haberlas hecho azotar repetidas veces con los soldados, y haberse alimentado por varios meses con un cuero de vaca.

López nunca se había espuesto al fuego durante toda la guerra, hasta estos últimos días, y aún en ellos, apenas si puede decirse que se espuso, porque siempre estaba ó fuera de tiro ó protejido por la espesa muralla de tapia de su casa. Durante los últimos días de diciembre, juró por repetidas veces á las tropas que permanecería y vencería, ó perecería con ellas en aquel lugar. Así fue que cuando partió, casi sin oler la pólvora, los soldados, aunque tan acostumbrados á creer bien hecho todo lo que hacía, se sentían disgustados y he oído á muchos de los que cayeron prisioneros hablar sobre su cobardía.

En la órden del día, Caxías declara que López en su retirada, "solo iba acompañado por 90 hombres y que de estos únicamente 25 llegaron con él á Cerro León". Si esto no es enteramente exacto, poco le falta para serlo; y sabiéndolo, ¿por qué razón Caxías, jeneral en gefe del ejército aliado en guerra, *no con la nación paraguaya sino con su gobierno*, y teniendo 8,000 hombres de caballería admirablemente montados y enteramente desocupados, no persiguió á López, á quien podía haber tomado sin perder un solo hombre?¿Fue por imbecilidad, ó por el deseo de sacar más dinero de la proveeduría del ejército? ¿Fue un pretesto para mantener permanente un ejército brasilero en el Paraguay, ó existía una intelijencia secreta entre Caxías y López? ¿O lo hizo para dar á López el tiempo necesario para reunir hasta el último paraguayo con el objeto de esterminarlos *en guerra civilizada*? De cualquiera manera que se considere la cuestión, el marqués de Caxías es responsable de todas las vidas que se han perdido en el Paraguay, desde diciembre de 1868, y de todos los sufrimientos de hombres, mujeres y niños que continúan en poder de López.

Angostura era entonces el único punto que quedaba en poder de los paraguayos. Antes de que los brasileros marcharan sobre Ita-Ivaté, pensando que pudiesen cortarme las comunicaciones (aunque por supuesto no me atreví á decirlo, pues la suposición de que el enemigo fuera capaz de hacerlo era un crimen que se pagaba con la vida) pedí á López que me suministrara provisiones, y me contestó que pidiera al jeneral Resquín lo que necesitara.

Sin embargo, apenas pude obtener raciones de carne para tres días y doce pequeños sacos de maíz. La guarnición de las dos baterías consistía en tres gefes, 50 oficiales y 684 soldados, de los cuales 320 eran artilleros, y teníamos solo 90 cargas para cada pieza. Después de la toma de las trincheras de **Pikysyry tuvimos un aumento de 3 gefes, 61 oficiales y 685 soldados; la mayor parte inválidos ó muchachos. Además de estos recibimos 13 oficiales** y 408 hombres todos mal heridos, á quienes tuvimos que acomodar en el cuartel, y como 500 mujeres; de manera que en vez de 700 bocas, tuve que proveer á 2,400, lo que logré hacer por unos cuantos días, distribuyéndoles una ración muy corta. Toda esta jente estaba muy agrupada, y por consiguiente, sufría mucho con el bombardeo de los brasileros. El 22 y el 23 adelanté algunas descubiertas con el objeto de recojer á los heridos que encontrasen por las trincheras de Pikysyry, volvieron trayendo varios y también algunos fusiles; todo estaba pronto para rechazar un asalto, que hubiera costado á los aliados algunos miles de hombres, á lo que se agrega que entonces López habría lanzado sobre su retaguardia alguna fuerza, así fue que no dieron un solo paso.

Viendo que no había esperanza de recibir provisiones por el momento, determiné tomarlas. Con este propósito reuní todos los hombres sanos, escepto los artilleros, de los que también agregué 50, formando el todo una fuerza de 500 hombres; todos los demás estaban inutilizados. Envié esta fuerza al Chaco, durante la noche, bajo las órdenes de los capitanes Fretes y López y del teniente Fleitas, en tres divisiones, de las cuales una debía marchar en dirección á Itapirú, otra en dirección á Villeta y la tercera directamente al centro del camino del enemigo en el Chaco. La 1ª y la 2ª debían enseguida converjer sobre la del centro, que podía servir de reserva á las dos. Esto se efectuó y las tres divisiones se encontraron cerca del "Araguay", en donde una de ellas había tomado 5 botes con 120 cajones de vino de Burdeos y también un baúl, perteneciente al comandante provisorio del encorazado "Brasil", que contenía su *diario* hasta el 21, y un sinnúmero de artículos diversos, tales como espadas, sextantes, etc. El teniente Fleitas había tomado 27 mulas y 3 caballos que hizo pasar inmediatamente. Se tomaron 4 prisioneros, quienes declararon que los brasileros habían evacuado el Chaco la noche anterior. Por consiguiente, no pudimos encontrar provisiones en esa dirección, pero las mulas nos sirvieron para obtenerlas en otra

parte. La tropa hizo pedazos los cajones de vino con la culata de los fusiles y muchos hombres se emborracharon. Envié á López parte de los apuntes encontrados, por medio de un espía, que haciendo un largo rodeo por las selvas llegó sano y salvo.

Fue pues necesario probar algún otro medio para obtener provisiones; reuniendo todos los hombres hábiles, incluso 50 artilleros, con sable, me encontré con una fuerza de 550 hombres, de los cuales la noche del 26 envié 100 fusileros y 3 piecitas de campaña, bajo las órdenes del mayor Orihuela, dos millas en dirección de Pikysyry, para efectuar una diversión y para que hicieran tanto ruido como pudieran, mientras el capitán Ortiz con los 450 hombres restantes, de los cuales 60 iban montados en mulas, caía silenciosa y rápidamente sobre un gran potrero, situado á medio camino de Villeta, en donde por medio de los espías sabía que el enemigo guardaba de noche algún ganado. El proyecto tuvo un completo éxito: una pequeña fuerza del enemigo con tres piezas, hizo fuego á gran distancia sobre el mayor Orihuela, mientras Ortiz seguía su camino, pasando por una guardia á cuyo fuego no contestó y arrió todo el ganado del potrero. A su vuelta, lo cargó un rejimiento de caballería enemiga, pero fue inmediatamente rechazado y tuvo que contentarse con presenciar la retirada de Ortiz con la hacienda. Perdió solamente un hombre herido, y el mayor Orihuela solo tuvo un estraviado. Nuestros alimentos estaban enteramente agotados y este hallazgo nos reanimó. El ganado fue encerrado dentro de las cadenas, y contando en la mañana siguiente resultaron 248 vacas y 14 caballos.

Cuando el alambre telegráfico fue cortado, arreglé con López un telégrafo de banderas, para comunicarnos. En la noche del 26, víspera de su derrota, López nos escribió diciendo: *Por aquí todo va bien y no hay por qué temer; el enemigo está en su última agonía y desesperado, y lo que más le molesta es la imposibilidad de moverse, con el gran número de heridos que tiene.* En Angostura no se sabía nada de la derrota de López. A causa de los numerosos montes, no era visible para nosotros, sino su casa, y con el telescopio veíamos frente de ésta una carpa que indudablemente no se hallaría allí, si López no se hubiera marchado. Sin embargo, nadie habría ni aún insinuado la posibilidad de una derrota de López, y en realidad, no sabíamos nada.

El 28, el ejército aliado marchó de Ita-Ivaté con su artillería y tomó posición con el objeto de atacarnos, mientras los encorazados nos bombardea-

ban continuamente desde arriba y abajo de las baterías; por la tarde enviaron un parlamentario con un despacho. Les contesté que no podía recibirlo, pero que podían enviarlo á López, cuyo cuartel jeneral estaba próximo. En el mismo momento, un monitor de la escuadra izó bandera de parlamento y vino aguas abajo lentamente. Le gritamos que se parase y despaché el capitán Ortiz en un pequeño bote para ver lo que quería. Sin embargo, el encorazado se adelantaba siempre; le hice un tiro sin bala y entonces avanzó rápida y directamente sobre la batería. En consecuencia, ordené á Ortiz que volviera y rompí el fuego sobre el monitor con las piezas de ocho pulgadas; este nos dio la popa con su bandera de parlamento. Estando ya muy avanzada la noche, escribí á la mañana siguiente una protesta y la mandé con bandera de parlamento á los jenerales aliados.

A sus Excelencias los Sres. Jenerales del Ejército Aliado en guerra con la República del Paraguay.

Ayer como á las cinco y media, pasado meridiano, levantó ancla un monitor de la escuadra, arriba de las baterías de la Angostura, y bajó *á son de camalote*, llevando izada una bandera parlamentaria. Al acercarse á la batería se le gritó varias veces que fondease, y se le hizo seña al mismo efecto con un pañuelo blanco de la batería. Salieron también dos oficiales en una pequeña lancha á recibir al parlamento. No obstante, todo esto siguió el monitor aguas abajo y marchaba ya á fuerza de máquina, cuando con un tiro de cañón en cartucho vano se le intimó que quedase. Como tampoco hizo caso de este aviso, sino se venía acercando más á fuerza de vapor á la batería, cuando estuvo en frente de ella tuvimos que hacer fuego á bala, cuando dio vuelta y se marchó aguas arriba. Protestamos enérgicamente contra este abuso de la bandera de parlamento, echando toda la responsabilidad sobre el comandante del monitor, quien quiso aprovecharse del uso de esa bandera, sin respetar las leyes que debían hacer inviolable.

Rogamos á VV.EE. que si tuviesen alguna respuesta que dar á esta comunicación, la dirijan al Cuartel General para las ulterioridades.

Dios guarde á VV.EE.

Firmados –

Jorge Thompson – Lucas Carrillo.

Angostura, diciembre 29 de 1868.

Los oficiales que llevaron esta carta fueron presentados á todos los jenerales aliados, los que les dijeron que el abuso sería investigado, y castigado el comandante del monitor. Los jenerales aprovecharon también de la oportunidad para enviar un mensaje verbal; diciendo que López había sido derrotado, y perdido totalmente su ejército, etc.; que no podríamos recibir auxilios suyos, y que toda resistencia sería un derramamiento de sangre inútil; agregando que si no capitulábamos ese día, se daría principio al ataque en la mañana siguiente; que si lo deseábamos, podíamos enviar á examinar el cuartel jeneral de López. Los oficiales me trajeron también una carta privada de un inglés que había sido testigo de todo lo que había pasado en Ita-Ivaté y que había caído prisionero el 27, en la que me decía el verdadero estado de las cosas. Así pues, determiné enviar una comisión á Ita-Ivaté, y despaché cinco oficiales con una carta para los jenerales aliados, diciéndoles que al hacer esto no dudábamos de su buena fe.

La comisión volvió á una hora avanzada de la tarde y nos informó que había visto á nuestros heridos y les había hablado, y que las tropas de López habían sido completamente derrotadas. Comprendí, pues, que no se podía esperar auxilio alguno de él. Solo teníamos 90 tiros por pieza, que en caso de ataque no hubieran durado más de dos horas; nuestras provisiones solo nos alcanzarían para diez días; teníamos solamente 800 hombres en estado de pelear y estábamos rodeados por la escuadra en el río, y por 20,000 hombres en tierra. La posición, pues, eran enteramente insostenible, reuní á los gefes, á los oficiales y por último á la tropa, y les hice comprender la situación, dejándoles juzgar si no sería preferible capitular salvando sus vidas, que podrían alguna vez ser útiles á su país, más bien que perecer todos allí, matando sin duda un gran número de enemigos, pero con la seguridad de no salvar un solo hombre. Con escepción de un oficial (el teniente Fleitas) todos quisieron capitular, y escribimos y enviamos la siguiente nota:

A SS.EE. los Jenerales del Ejército Aliado en guerra contra la República del Paraguay.

"Habiendo considerado bien la proposición de VV.EE. y habiendo consultado á los gefes y oficiales de esta guarnición, hemos resuelto evacuar á Angostura, con tal que lo hagamos con todos los honores de la guerra, conservando cada uno el rango que ahora tenga, á sus ayudantes, asistentes, etc., garantizando que las tropas depositarán sus armas en un lugar conveniente, sin que por eso se estienda esta condición á los gefes y oficiales, quienes conservarán las suyas.

VV.EE. garantirán a cada uno la libertad de elejir el lugar de su residencia.

Dios guarde á VV.EE.

Jorge Thompson – Lucas Carrillo.

Angostura, 30 de diciembre de 1868.

Acto continuo recibimos la siguiente contestación:

Cuartel Jeneral frente á la Angostura
Diciembre 30 de 1868

A los Sres. Jorge Thompson y Lucas Carrillo, comandantes de las fortificaciones de la Angostura.

Los abajo firmados responden á la comunicación de los señores Thompson y Carrillo del modo siguiente:

Que teniendo en vista evitar efusión inútil de sangre atacando á viva fuerza la fortificación de la Angostura no tuvieron inconvenientes en prorrogar hasta hoy al romper el día el plazo de seis horas que ayer marcaron para la rendición.

Que los infrascritos garanten á los que forman la guarnición de la Angostura la conservación de los grados militares que actualmente tengan, así como sus ayudantes y asistentes.

Que consienten igualmente en que los gefes y oficiales de la guarnición de la Angostura puedan conservar sus espadas bajo palabra de honor de no servirse de ellas contra los aliados en la presente guerra.

Que, finalmente, conceden los honores de la guerra á los soldados de la guarnición de la Angostura, para que saliendo con sus armas las vengan á

depositar en el lugar que les sea señalado al efecto por indicación de los abajo firmados ó de su órden.

Firmados –

Marqués de Caxías.
Juan A. Gelly y Obes.
Enrique Castro.

Salimos á las doce del día, y la tropa, después de entregar las armas, fue dividida en tres partes, para ser racionadas por los ejércitos aliados hasta que pudieran disponer de sus personas. Caxías me ofreció enviarme á Buenos Ayres ó á Inglaterra. Rehusé su oferta, pues tenía bastante dinero en el bolsillo para pagar mi pasaje hasta Buenos Ayres. En seguida partí par Itá-Ivaté, en donde encontré 700 de nuestros heridos en solo la casa de López; sus heridas no habían sido curadas todavía. El terreno estaba aún cubierto de cadáveres en diferentes períodos de descomposición. Obtuve permiso de Caxías para enviar algunos estudiantes de medicina que tenía conmigo en Angostura, con el objeto de asistir á los heridos, y á petición mía, el jeneral Gelly y Obes envió 25 hombres para ayudarlos. Entonces acampé con varios de mis soldados bajo algunos naranjos próximos a Angostura, durante dos días, partiendo en seguida para Villeta, en donde fui muy bondadosamente recibido por el capitán Haukes, del cracker de S.M.B., con quien fui á la Asunción, donde permanecí dos días a bordo, haciendo una visita al pueblo abandonado, que en aquel momento era saqueado por los brasileros. Las casas parecían como si estuvieran habitadas, todos los muebles y todos los objetos estaban en sus mismos sitios. En seguida partí para Buenos Ayres, donde me encontré con un bondadoso hermano, y otra vez bajo su techo esperimenté las comodidades de la civilización, después de una residencia de 11 años en el Paraguay, en cuyos últimos cuatro años había sufrido grandes miserias.

Sin embargo, los aliados estaban resueltos á no concluir la guerra todavía, y en vez de enviar su caballería en persecución de López, marcharon á la Asunción, que fue ocupada y saqueada por los brasileros; los arjentinos se portaron de una manera más digna, acampando á cierta distancia de la población.

Los recursos de López á principios de 1869, consistían en 6,000 heridos en los hospitales de la cordillera, sucesión de colinas poco elevadas, situadas á 40 ó 50 millas de la Asunción y 6 de la línea del ferro-carril. Tenía cerca de 12 piezas de campaña, carecía de fusiles y de municiones y conservaba cinco vaporcitos, que había introducido en el riacho Manduvirá. Los brasileros han permitido de intento que muchos de sus prisioneros volvieran á engrosar sus filas, porque están resueltos á no dejar vivos paraguayos de ningún sexo ni edad; y cuando López haya reunido tantos hombres como le sea posible juntar, lo combatirán de nuevo y luego le darán tiempo para reunir otra miserable fuerza.

López, durante toda la guerra, ha obrado bajo el impulso del orgullo personal, de la ambición y la avaricia, y no ha podido ocultar estos móviles. Los aliados, por el contrario, mientras profesaban la mayor humanidad han esterminado bajo la capa de la guerra civilizada, la nación paraguaya, y jamás han tratado de apoderarse de López, que era el pretendido objeto de su guerra.

Después de haber cantado un Te-Deum en la Asunción, Caxías declaró concluida la guerra y sin permiso de su gobierno partió para el Brasil, donde fue hecho duque por el emperador.

La terminación de la guerra paraguaya depende ahora enteramente del estado de la despensa de López, y terminará cuando éste haya consumido sus vinos y golosinas, porque entonces creerá que ya ha hecho bastante por la gloria.

CAPÍTULO XXV

Supuesta conspiración. – Atrocidades de López.

Llego a un punto difícil, pero que no puedo pasar en silencio. Conozco muy poco respecto á este asunto, y creo que todos estarán casi en el mismo caso, porque los verdugos y las víctimas han corrido la misma suerte, con escepción de algunos afortunados que han logrado escapar, y que se espera publiquen todo cuanto sepan al respecto.

Empezaré con el asunto de M. Washburn, ministro de los Estados Unidos en el Paraguay, que arroja sobre los sucesos más luz que otros. Al llegar á Buenos Ayres, en setiembre de 1868, M. Washburn dirijió a M. Stuart, ministro inglés en la República Arjentina, la siguiente nota:

Buenos Ayres, setiembre 24 de 1868.
A S.E. el Honorable Ministro Plenipotenciario de...

Siento tener que informar á V.E. que cuando salí del Paraguay el 12 del corriente, casi todos los estranjeros de ese país, incluso varios de sus paisanos, estaban en la cárcel, y como yo soy la única persona, fuera del alcance del presidente López, que tenga conocimiento alguno personal de su situación, me parece que es de mi deber comunicar toda información que posea, á los representantes de los diferentes gobiernos estranjeros, para que, sabiendo la condición de sus desgraciados compatriotas, puedan adoptar las medidas que les parezcan más propias para liberarlos de su terrible actuación. Sino se adopta alguna pronta medida de acción, puede que no quede ninguno que refiera el caso de su desgracia y de su ruina...

Para dar pues una idea de aquella situación y de los peligros y horrores á que están sometidos ó espuestos todos los estranjeros de aquel país, me propongo hacer una breve narración de los acontecimientos que han tenido lugar desde el 21 de febrero último. En la tarde de ese día, al volver de un paseo de caza de patos, supe que varios encorazados brasileros habían pasado Humaitá, y venían en viaje para la capital. Al llegar á mi casa, supe que el ministro de negocios estranjeros, José Berjes, me había pedido urjentemente que lo visitase en su despacho. Fui inmediatamente allí y me dijo entonces el ministro que, habiendo pasado la escuadra brasilera Humaitá y estando ya á mitad del camino para la Asunción, el gobierno había ordenado la evacuación de la ciudad y la había declarado un punto militar. También dijo que la capital se trasladaba á Luque, una pequeña aldea á diez millas de la Asunción, y que me había invitado á que le hiciese una visita, para que se me preparasen las comodidades de la casa que elijiese en ó cerca de Luque.

Contesté que, aunque todos obedeciesen la órden de evacuación, yo no la obedecería ciertamente. Mi Legación era en ese momento el territorio de

los Estados Unidos, y yo permanecería en él, dando la protección que podía ofrecer mi casa y mi bandera, á cuentos quisiesen valerse de ella. También le dije al Sr. Berjes que el gobierno no tenía derecho para obligar á los estranjeros á abandonar sus casas y sus propiedades, que si ellos querían quedarse y defenderlas, esponiéndose á las probabilidades de un bombardeo de la ciudad, estaban en su derecho para hacerlo.

Él era de una opinión enteramente opuesta, y al volver á mi casa la encontré llena de jente, que esperaban ansiosos de saber si yo permanecería en la capital ó no. Les dije que me quedaría, y muchos más de los que podía alojar en mi caso me pidieron permiso para quedar dentro del edificio de la Legación. Les contesté que no podía albergar á todos, pero que si querían depositar sus objetos de valor en mi casa, los recibiría, pero corriendo el riesgo por cuenta de ellos, y que no daría recibo por nada. La misma tarde y el día siguiente, la jente se agolpaba en gran número, con sus baúles y cajas (varias de fierro), todo lo que se depositó en las piezas de la Legación. El día siguiente, multitud de personas huían de la ciudad, espantadas y llenas de terror, *no por temor de los brasileros, sino de un enemigo peor*, y á eso de anochecer, varios ingleses vinieron á mi casa y me pidieron les permitiera ocupar con sus familias algunas de las piezas desocupadas á espaldas de la Legación. Como todos eran empleados del gobierno, les indiqué que sería más prudente consiguiesen permiso de las autoridades para hacerlo. En consecuencia pidieron y obtuvieron el permiso, y á la mañana siguiente vinieron con sus familias, 21 personas por todo y se albergaron en la Legación. La mañana siguiente, el Dr. Antonino de las Carreras, que fue en un tiempo el gefe del gobierno oriental, y un enemigo acérrimo de los brasileros, temiendo que si cayese en manos de los aliados, sería tratado como lo fue Leandro Gómez después de la toma de Paysandú, vino á mi casa y pidió alojamiento.

Lo acompañaban Francisco Rodríguez Larreta, quien fue al Paraguay como Secretario de la Legación con el Dr. Vázquez Sagastume, ministro oriental residente en 1862; yo los recibí de la manera más cordial y permanecieron conmigo hasta el 13 de julio. En esa época todos creíamos que la guerra estaba virtualmente concluida, y que dentro de muy pocos días la Asunción estaría en poder de los brasileros. *Tal era el deseo universal de todos, paraguayos y estranjeros*. El día 24, los encorazados se acercaron á la Asunción

que estaba defendida por un pequeño fuerte que no tenía sino una pieza sin suficiente calibre para dañar á monitores ó encorazados, y está tan mal montada, según se me informó después, que no podía cargarse ni bajarse lo suficiente para poder hacer daño alguno.

Al aproximarse los brasileros á este fuerte, empezaron á hacer fuego sobre él, pero sin hacerle mal alguno. El fuerte contestó con media docena de tiros, á unos treinta y cinco ó cuarenta de los encorazados, cuando estos últimos, por razones que no me he podido esplicar, dieron vuelta y se retiraron. Ningún daño sufrió el fuerte y muy poco la ciudad. Una bala pegó en el nuevo palacio del presidente, pero el daño sufrido fue insignificante. Entonces supusimos que los encorazados volverían pronto reforzados, pero pasaba semana tras semana y más de un mes y nada podíamos saber de lo que sucedía en el teatro de la guerra. Suponiendo que López estaba encerrado dentro de sus trincheras alrededor de Humaitá, y que le sería imposible el escapar con alguna parte considerable de su ejército, creímos que la duración de la guerra era solo cuestión de tiempo, unos días más ó menos. Así siguieron las cosas allí, hasta que el 1° de abril supimos por primera vez que López había abandonado Paso Pucú y había llegado y pasado el Tebicuary con la mayor parte de su ejército. De esta manera, parecía postergarse indefinidamente el término de la guerra. Nuestra situación en la Asunción era en estremo desagradable, y era imposible obtener muchas cosas que en cualquiera otra parte se consideran necesidades de la vida.

La ciudad estaba completamente abandonada: solamente se daba permiso par que entrase más ó menos jente á veces, para sacar lo que no pudieron llevar en su primer susto y en la prisa de los primeros momentos. Algunos incidentes ocurrieron que demostraban que el gobierno, ó más bien dicho López, porque López es el gobierno, no aprobaba el que yo tuviese tanta jente hospedada en mi Legación, y por consiguiente, todos los que no habían sido reconocidos como pertenecientes á ella, no consideraban prudente salir á la calle. Pero considerando la época y las circunstancias, pasábamos el tiempo más agradablemente de lo que podía esperarse; Carreras y Rodríguez eran los caballeros más agradables é inteligentes, y el Sr. Bliss era una enciclopedia de saber sobre casi cualquier asunto. Nuestro sirviente paraguayo nos conseguía toda la carne, mandioca, maíz, pollos y huevos que precisábamos, y algunas veces un pato ó un pavo, también se conseguía la caña del país á doble precio del mejor coñac Martell.

Pero cada día parecía aumentarse la tristeza y angustia en el país. Casi nunca se presentaba una persona en mi casa para llevarse algo de lo depositado allí, que no tuviese que contar de otros estranjeros que habían sido arrestados y llevados con grillos al cuartel jeneral del presidente en San Fernando. Lo que esto significaba, nadie podía adivinarlo; había *algún misterio temible* en ello. Finalmente, el 1° de mayo recibí noticia que el buque de los Estados Unidos "Wasp" había subido hasta Curupayty para llevarme, y estaba detenido por la escuadra aliada; yo sabía que López no deseaba que saliese del Paraguay, porque él como todos, querían que yo permaneciese allí. Los estranjeros de todas las naciones ansiaban muy especialmente que yo esperase hasta el desenlace de la guerra, y muchas de la mejor clase de paraguayas, las que tenían más que perder, me importunaban fuertemente para que me quedase y les proporcionase la protección de mi bandera en el último apuro. Entre estas, *la madre del presidente* era la más solícita. Yo les contesté á todas que no las abandonaría, que sufriría privaciones y pérdidas para ofrecerles cualquiera clase de protección que estuviera en mi poder, y que si no venía algún sucesor á ocupar mi puesto, sin órdenes terminantes de mi gobierno, me sostendría hasta el último á su lado. También sabía, ó al menos no dudaba, que si yo hubiese propuesto el retirarme, y hubiese pedido á López los medios para conducirme hasta atravesar las líneas de los aliados y embarcarme en el "Wasp", *él no hubiera accedido á mi solicitud.*

Le escribí por consiguiente al comandante de la "Wasp" que si él no subía más arriba de la escuadra, mi familia no podía embarcarse en su vapor, y le instaba fuertemente á que *forzase* el bloqueo. Mi principal objeto era sacar á mi esposa é hijo del país y si el "Wasp" pasaba una vez las líneas militares, yo podía ir ó dejar de ir, con el permiso ó favor de S.E. el mariscal López ó sin él, si cuando llegase el vapor fuese mi deber el hacerlo así. Yo estaba dispuesto sin embargo á quedarme, porque sabía que si me retiraba, me llevaría la esperanza de centenares ó millares de personas.

Todos parecían estar persuadidos de que en cualquier apuro, mi casa y mi persona serían sagradas. Yo no participaba en un todo de esta opinión, pues sin embargo creía que si pudiese sacar á mi familia habría aventajado eso, y entonces sería un deber mío quedarme. Con este objeto bajé á San Fernando, á ver al presidente López y conferenciar con él respecto al pasaje del "Wasp" más arriba de la escuadra brasilera.

Lo encontré muy reservado, aunque evidentemente deseaba que el "Wasp" pasase, y antes de despedirme para regresar á la Asunción prometióme mandar mi carta al capitán Kirkland, bajo bandera de parlamento, y me dio cartas para adjuntar bajo mi cubierta á sus comandantes en Humaitá y Curupayty para que permitiesen pasase el "Wasp" sin ser molestado. En mis conversaciones con López, se mostró muy desagradado de que hubiera yo admitido tantas personas dentro de mi casa. Habiéndose despachado mi comunicación volví á la Asunción. El "Wasp", sin embargo, no subió en ese entonces más arriba de la escuadra, y quedamos todos en la duda de si algo vendría á salvarnos antes que fuese demasiado tarde.

Los arrestos de estranjeros continuaban, mas, con qué objeto y por qué ofensas nadie podía imajinarlo. Las pocas personas que yo vi, estaban más asustadas y desconfiadas que nunca. Nada, sin embargo, de injusticia ocurrió hasta que el 16 de junio fuimos sorprendidos con la aparición del cónsul portugués, José María Lehite Pereira y su esposa, quienes vinieron á pedir la protección de mi casa y de mi bandera. En cuanto á los acontecimientos que siguieron á esto, me refiero por toda información á la correspondencia ya publicada. En primer lugar, el gobierno deseaba saber si el mencionado Lehite Pereira estaba en mi casa. Contesté afirmativamente, pero negué al gobierno el derecho de averiguarme respecto á las personas que estaban en mi Legación, y de que si sabía ó sospechaba que existiese allí alguna persona perjudicial, debía formularse cargo especial de su ofensa, antes que estuviese yo en la obligación de despedirle.

Pasaron más de dos semanas después de la primera vez que se le vino á buscar antes que se repitiese, y en el entretanto, todos alimentamos la esperanza de que ya no sería molestado. Toda su ofensa, en cuanto pude entonces saber, ó sé hoy, era el crimen, que entre jente civilizada se consideraría venial, sino meritorio, de gastar todo su dinero, y todo el que pudo obtener prestado, para aliviar á los prisioneros que caían en manos de López, confiando en que ellos ó sus respectivos gobiernos se lo reembolsarían después de la guerra. La mañana que vino á mi casa, sin embargo, había recibido aviso de que ya *no se respetaría su carácter consular*, y como antes se le había advertido de que López no estaba bien dispuesto hacia él, consideró el retiro de su exequatur como un crimen, preludio de su prisión, grillos y hambre, y en su consecuencia, huyó con su familia á la Legación de los Esta-

dos Unidos, confiado en encontrar albergue y protección. Se le acordó sin hesitar un momento, aunque consideré que por parte suya era un paso *poco cuerdo é imprudente*. El once de julio desvaneciese el sueño de seguridad con el recibo de la carta del ministro de negocios estranjeros, D. Gumersindo Benítez, en la que el gobierno exijía se despidiese al día siguiente no solamente al Sr. Lehite Pereira, sino todos los que estaban en mi casa, que no pertenecían á la Legación. Pereira y los ingleses salieron por consiguiente, aunque á todos les dije que "yo no los despedía, y que si querían quedarse podían hacerlo, y que jamás entregaría á ninguno de ellos hasta que no se formulase un cargo especial contra ellos". Todos pensaron que sería mejor irse, y los ingleses me pidieron fuese á ver al coronel Fernández, el comandante militar en la Asunción, ofreciendo ellos volver á su trabajo en el arsenal, y deseando saber los puntos adonde serían mandadas las mujeres y las criaturas.

La casa fue rodeada por cuarenta vijilantes de policía, y los ingleses temían ser inmediatamente llevados á la cárcel.

Fernández, sin embargo, me dio su palabra de honor que la policía no los molestaría, sino que serían bien tratados, y dijo que se volverían á tomar los hombres en servicio, á condición de hacer nuevos contratos. Los hombres habían hecho ese ofrecimiento solamente porque creían que era mejor servir á estar presos... Salieron pues de la Legación á la tarde, y fueron mandados á la estación del ferro-carril, *á donde se les trató miserablemente, á pesar de haber Fernández dado su palabra de honor de que serían bien tratados*. Permanecieron en ese estado durante una semana, cuando *desaparecieron*, y no sé lo que ha sido de ellos. He oído que las mujeres y criaturas se mandaron á una aldea de remisión llamada San Lorenzo, y que los hombres, como á la mayor parte de los estranjeros en el Paraguay, se les había llevado *con grillos* al cuartel jeneral del ejército. Lehite Pereira se fue de mi casa como á las cinco del mismo día, y fue tomado preso *en el acto de salir á la calle*. De su suerte ulterior nada sé. El mismo día escribí una carta á Benítez, anunciándole que el cónsul portugués y los ingleses habían abandonado la Legación voluntariamente, pero como ningún cargo se había hecho contra Carreras ó Rodríguez y ellos preferían permanecer en la Legación, y como tal era también mi deseo, suponía que no se pondría ningún inconveniente á ello.

Al salir el sol, sin embargo al día siguiente, recibí otra carta aún más urjente, pidiendo que abandonasen mi casa á eso de la una del día. Sin em-

bargo, ningún cargo especial se hacía contra ellos, y les dije que podían irse ó quedarse como mejor les conviniese, pero que tenían la protección de la casa y de mi bandera hasta que los tomasen por la fuerza, ó hasta que les hiciesen el cargo de algún crimen especial. Ambos contestaron que si quería prometerles quedarme en el país hasta la terminación de la guerra, no se entregarían, siendo imposible que les formulasen ningún cargo especial, y que no creían que López se atreviese á sacarlos de la Legación empleando la fuerza.

Pero no podía prometer de quedarme hasta el fin de la guerra, y ellos entonces dijeron que era mejor salir de una vez, antes de esasperar á López quedándose, cuando era más probable que al fin habían de caer en sus *crueles garras*. De acuerdo con esto, salieron el 13 de julio á las doce del día, pero no antes de haberles mostrado la carta que escribía á Benítez, en la cual esponía mis razones para creer que el gobierno podía tener nada de serio contra ellos, y que en cuanto á Rodríguez, aunque así fuese, no tenía derecho para tocarle, puesto que gozaba de inmunidades diplomáticas.

Mandé esta carta á Benítez en la misma tarde, y como todo los que no pertenecían á la Legación ya la habían abandonado, creía que podría gozar de una triste tranquilidad. Antes que llegase la noche, sin embargo, vino una nueva carta, pidiendo que también entregase dos miembros de mi Legación, P.C. Bliss y G.F. Mastermann, cuyos nombres con ese carácter habían sido enviados desde mucho tiempo atrás al ministerio de relaciones esteriores.

A esto me opuso como podrá vd. verlo por la correspondencia publicada, y, defendiéndome y maniobrando del mejor modo que me fue posible, diciendo algunas cosas halagüeñas de López, los pude conservar á mi lado hasta mi partida definitiva.

Admito que intencionalmente prolongué la correspondencia con la esperanza de salvar estas dos personas. Sin embargo, fueron arrestadas en momentos que me acompañaban al vapor cuando dejamos la Legación, habiendo sido arrancados por la fuerza de mi lado, y puede suponerse cual ha sido la suerte que han corrido por lo que voy á relatar más adelante.

Quiera Dios que nadie esperimente la poca seguridad de los últimos dos meses y medio de mi vida en el Paraguay. Tener que ver hombres con quienes uno ha tenido la más íntima relación durante meses, con quienes

una ha discutido cuestiones de política é historia día á día, cambiando la monotonía de los días con el juego de billar, y de las noches con el juego de whist, y saber que estos mismos hombres con quienes uno hablaba sobre la situación podrían dentro de una hora estar *engrillados y fusilados* dentro de veinte y cuatro, ciertamente me concederá V.E. que esto sea suficiente para convertir en febril é inquieto el sueño de un hombre de valor, y para uno que como yo no tiene semejantes pretensiones, tal situación no era aparente para proporcionarse descanso. Ninguna palabra parecida á traición ó conspiración se había oído en mi casa. ¿Cuál era el pensamiento de López? ¿Era acaso el *esterminar* todos los extranjeros *para que ninguno de ellos quedase para contar la historia de sus delitos? ¿Tratábase de borrar el recuerdo de sus crímenes?*

Si esto, el ministro no estaba más seguro que los otros miembros de la Legación. Pero como Bliss y Mastermann no fueron tomados sino algunas semanas después de la partida de Carreras y de Rodríguez, gradualmente permanecimos en un estado más normal. La conducta de las personas acusadas en tiempo de la revolución francesa, cuya inconsiderada alegría ante la muerte parece increíble, no nos sorprendía entonces; lo observamos muchas veces, pero sea dicho en honor de Bliss y Mastermann, aunque no en el mío, puesto que no me consideraba bajo un riesgo tan grande como el que ellos corrían, nos burlábamos de los peligros que nos rodeaban y hablábamos, hacíamos bromas y nos reíamos como si no tuviéramos nada que temer. Llegado á este punto, debo hacer observar que desde el tiempo en que Lehite Pereira llegó á mi casa, estuvo siempre circunvalada por doce policianos cuando menos, y que frecuentemente mirando á la calle he contado más de ese número de un lado solamente. Probablemente unos cincuenta hombres que sin eso hubieran estado en el ejército, se ocuparon de día y de noche en vijilarme, así como á los miembros de mi Legación. Entretanto no sabíamos nada de lo que pasaba. Con escepción de los cónsules, que por acaso venían de Luque nadie vino á mi casa y mis criados paraguayos si llegaban á saber algo, temían revelarlo. Supe sin embargo que el tiempo en que el gran desalojo tuvo lugar en mi casa, *el hermano del presidente, Venancio López, fue engrillado* y llevado al cuartel jeneral del ejército. Su otro hermano, Benigno, había sido llevado aguas abajo, mucho antes, y cuando visité á S.E. en San Fernando al principio de mayo, *D. Benigno y el ministro de relaciones esteriores, Berjes*, estaban incomunicados, como lo estaban también el *cuñado del presidente*, Saturnino Bedoya.

El anciano vice-presidente Sánchez, que antes había estado preso, obtuvo permiso para dejar su casa; pero ni él ni ningún paraguayo se atrevió a acercarse á mí, *ni á ser visto en mi compañía.*

Por algún tiempo, temíamos que la intención de López fuera *degollar á todos los estranjeros*, no sabiendo entonces que *ningún paraguayo* hubiese sido arrestado. Si fueron arrestados, esto se hizo de un modo tan silencioso, que podíamos haber sabido ó no haber sabido nada por espacio de semanas ó meses. Pero mientras que los ingleses que habían estado en la Legación se hallaban detenidos en la estación del ferro-carril, el tren llegó una noche á las doce, lleno de presos. Los ingleses no podían ver nada, porque la *luz* no era permitida en la estación, pero el *ruido de las cadenas, de los suspiros y los quejidos* de los presos, en momentos que se les *obligaba* á bajar de los wagones y se les *arrastraba* hacia las orillas del río, se oían muy distantemente. Los embarcaron á todos antes de amanecer, en un vapor, para San Fernando. Pocos días después supe que todos estos presos eran paraguayos, que, casi todos los habitantes de la nueva capital, *los jueces, los empleados, contadores*, todos en una palabra, salvo el gefe de policía, Sanabria, hombre eminentemente conocido por su *brutalidad*, Benítez y el vice-presidente, fueron las solas personas que quedaron allí, con algunos policianos y soldados que había, una noche tan intensa y de un color tan fúnebre sobre la ciudad, *que las mujeres y los niños apenas se atrevían á salir de sus casas* y si lo hacían, era con temor, como si acabasen de experimentar el sacudimiento de un terremoto, y presintiesen que otro iba á tener lugar. Por más de cincuenta años el país ha sido *la galería de un Dionisio*. Fue siempre la conducta de Francia y de Antonio López, que todo lo que se decía llegase á oídos *del Supremo*.

Pero en los peores días de Francia, el gobierno fue *paternal y suave comparado con lo que ha sido bajo este joven López*. Ha habido jente arrastrada á la cárcel no solo por haberse espresado del modo más inocente, y por no haber denunciado lo que habían oído, sino también por no haber revelado *lo que nunca habían oído*. Era un deber el constituirse cada uno *espía de todos los demás, ¡y desgraciado* de aquel cuyos oídos no recojiesen cada palabra emitida en presencia!

El arresto de todos los magistrados civiles indicaba que no eran solo los extranjeros los que se habían hecho sospechosos á López. Pero por qué todo esto se hacía, nadie en mi casa, como lo creo firmemente hasta ahora, lo

sabía. La correspondencia que se ha publicado, sin embargo, mostrará que á eso del 18 ó 20 de julio, el gobierno sospechó, ó hizo como si tuviera sospecha de una conspiración; alegando que el ex ministro Berjes era un traidor y estaba en connivencia con el enemigo, y que bajo mi sello oficial había transmitido la correspondencia entre los conspiradores. Debo referir á V.E. á la correspondencia publicada, para mostrar cómo intentaron mezclarme con la conspiración; ó a lo menos, como instruido de que una revolución se tramaba. Al principio, parecía que estaban tan seguros de comprometerme, que empezaron á publicar la correspondencia, pero después de haber recibido mi carta de 11 agosto, en la cual demostré tantas contradicciones en las declaraciones hechas por el acusado –probablemente bajo la *impresión de la tortura*– suspendieron toda publicación. Pero no estaba en el carácter de López mostrar magnanimidad, ni aún justicia, reconociendo que había caído en error por falsas deposiciones. Hombres que lo conocen estarían dispuestos más bien á acreditarle de un valor común que de magnanimidad, y nunca se le tachó de eso (el valor), sino en el *Semanario* del cual él mismo es el verdadero editor. Durante toda esta guerra, *López nunca se ha espuesto personalmente*; en ninguna ocasión ha estado en el momento de la acción, y mientras permaneció en Paso Pucú tenía un inmenso *sótano* ó mas bien dicho casa, con paredes de barro de más de 20 pies de ancho, de donde no salía por semanas enteras; y al mismo tiempo que su diario estaba lleno Ad Nuasarn con relaciones del *gran López*, llevando, con *valor intrépido*, sus legiones á la victoria; él estaba sentado *temblando y tiritando* en su sótano, temiendo aventurarse, por recelo de que alguna bala le tocase.

En una ocasión, hará de esto como dos años, mientras iba con su obispo y su estado mayor, una bomba cayó á una distancia de *media milla* más o menos de su Excelencia. Inmediatamente, el *valiente* López se dio vuelto y se puso á correr como una oveja asustada, con su estado mayor, incluso el obispo, tras de él, dejando caer este último el *sombrero* mientras corría todo asustado siguiendo á su gefe. Este es el *único* caso conocido en que haya estado espuesto personalmente; no tiene ni el mérito vulgar del valor personal, ni *ningún* otro.

Su firmeza llevada hasta la obstinación es el resultado del *miedo personal*. Muchas personas, sus compatriotas mismos que han escapado de su poder, y cuyas familias han sido *torturadas ó perseguidas á muerte*, le han es-

crito amenazándolo de matarlo si alguna vez se encuentran en su presencia; así pues, él no se atreve á tratar con el enemigo, pues tantos han jurado perseguirlo, que no ha de hallar un asilo en el mundo entero, si llega á encontrarse sin un ejército entre él y sus enemigos; sabe que el país está perdido y arruinado; no tiene marina y, en mi opinión, no posee más de una quinta parte de las fuerzas de tierra de sus enemigos.

Por qué razón estos últimos no lo atacan y ponen un término á la guerra, no lo comprendo; pero no lo hacen y la guerra puede durar por largo tiempo.

López ha dicho recientemente que se vería pronto forzado á abandonar el litoral, y entonces se retiraría hacia las montañas, arreando consigo estranjeros y paraguayos. En ese caso, al paso que han procedido los aliados durante estos dos últimos años, se pasará mucho tiempo antes que pueda presentar á sus enemigos un frente de batalla tan fuerte como el que tuvo cuando estos desembarcaron en el Tebicuary, es decir, un solo hombre para guardar el telégrafo.

No fue, sin embargo, antes de agosto que supe que además de la conspiración contra el gobierno, había tenido lugar un robo en el tesoro público.

Detalles sobre este robo nunca pude obtenerlos, ni tampoco pude tener conocimiento de los referentes á la conspiración.

Se dijo en una de las cartas de Benítez que el Sr. Bliss, uno de los miembros de mi legación, había firmado un papel con otras personas, en el que se comprometían á asesinar al presidente López. Sé que esto es falso, ó á lo menos no me cabe duda que lo es, y los provoqué á que diesen á luz ese documento, pero nunca lo hicieron. No me dieron nunca ningún dato sobre el modo de cómo debía tener lugar la conspiración, ni de cómo la revolución se debía llevar á cabo, y creo hasta el día de hoy que nada de esto se intentó. Las declaraciones de los presos no prueban nada sino las "horribles crueldades de López", porque se sabe que emplea la tortura sin ningún miramiento, carga sus presos con pesados grillos algunas veces en número de 2, 3 y 4 barras, y además los hace *azotar hasta que espiran*, si no dan el testimonio que les piden.

La única esplicación que pueda dar en cuanto al robo del tesoro es la siguiente: desde que López entró al poder, nunca ha tenido un tenedor de

libros competente en su administración, y es probable que no ha sabido hasta muy recientemente el dinero que le dejaron sus antecesores.

Desde ese momento ha ido gastando en grande escala, y probablemente ninguna cuenta exacta se ha guardado jamás de lo que se ha pagado por su órden.

Después de la evacuación de la ciudad en febrero, tuvo tal vez oportunidad de contar su dinero y encontró que había practicado un desfalco en su tesoro. Este descubrimiento no se hizo probablemente sino después de algunos meses que tuvo lugar el traslado á Luque. En el mes de junio supimos que todos esos estranjeros que habían ganado algún dinero en los últimos años, y con probabilidad lo tenían en sus casas, fueron arrestados y enviados aguas abajo. Entre ellos se encontraban ingleses, franceses, italianos, españoles, alemanes y portugueses. El plan de López parece haber sido conseguir este dinero, y entonces por *amenazas y torturas* forzarlos a confesar que eran conspiradores ó ladrones del tesoro público. En vista de estas confesiones serán muy probablemente ejecutados, obedeciendo al principio prudente de los ladrones de camino ú otros asesinos que: "Los muertos no hablan". De cómo López piensa escaparse con el dinero que se ha procurado de este modo, no lo sé. Tal vez crea que alguna cañonera de nación neutral lo tome á su bordo con el importe de sus saqueos en el último momento. Pero por la presente declaro *que el dinero que se ha procurado no le pertenece.*

Es propiedad de ciudadanos pertenecientes á naciones que pueden rescatarlo y restituirlo á sus verdaderos dueños.

V.E. como el mundo entero, estrañará probablemente que López, siendo el hombre que he descrito, sea servido con tanta fidelidad y valor.

Esto sucede enteramente por causa del *miedo*, y salvo la escepción de unos cuantos que se prestan voluntariamente á ser instrumentos de sus crueldades, COMO SU QUERIDA, *su Obispo, Luis Caminos, Sanabria* y unos cuantos otros que han mostrado gran *ardor* en ejecutar sus proyectos sanguinarios, no hay hombre, mujer ó niño *no esceptuando aún ni á su madre, hermanas y hermanos* que no darían gracias á dios si lo llevase á otro mundo adonde sus acciones recibiesen una recompensa más adecuada.

¿Por qué pelean entonces los paraguayos con tanto valor?

No es porque tienen un valor superior ni por devoción á López. Que son valientes y sufridos no se puede negar. Pero la razón porque pelean de

un modo desesperado es que, según el sistema de disciplina que les ha inculcado López, *hay siempre más peligro en seguir que en marchar adelante.* No tiene confianza en sus tropas y siempre parece obrar bajo la impresión de que desertarían si encontrasen oportunidad de hacerlo. Es en consecuencia de esto que, al entrar en pelea, lanza su primera línea con órden de pelear hasta morir. Un poco más atrás coloca fuerzas en número más pequeño, con órden de hacer fuego sobre todo soldado que trate de huir ó de desertar. Detrás de estos se encuentran otros todavía con órden de hacer fuego sobre aquel que no mata al que está delante y no pelea hasta la muerte y detrás de esos hay aún otros con iguales instrucciones hasta que al fin todos los hilos se encuentran juntos en manos de López.

Si á pesar de todas estas precauciones un puesto es tomado por el enemigo, los desgraciados oficiales que sobreviven *son pasados por las armas* y los soldados *diezmados*.

Con este sistema ha perdido lo menos cien mil hombres, probablemente más que los brasileros, y sin embargo este sistema que no ha dejado ni *seis mil hombres* en estado de pelear *en todo el país* ha contenido de tres á seis veces igual número de fuerzas de los aliados.

El país, sin embargo, se halla completamente escaso de hombres; todo lo que es arar, plantar y sembrar, se hace con mujeres; matan á los animales, preparan la carne para las carnicerías y hacen todos los otros trabajos que jeneralmente son hechos por hombres.

Hay muchas mujeres también en el ejército para hacer el trabajo de los hombres, y de este modo puede descansar la tropa; pero creo que á ninguna se le obliga á llevar las armas.

Las primeras noticias que probablemente recibiremos de López serán que se ha retirado él con todo su ejército á las montañas, y que ha arreado con cuanta mujer, hombre y lo que encuentre en su camino.

Si el "Wasp" hubiera llegado un mes más tarde, no dudo que me hubiera visto forzado á hacer lo mismo. Hasta el último momento López trepidó en ponerme preso ó dejarme ir, *no quiere que nadie viva después de él para contar sus crueldades al mundo*, y de todos aquellos cuyas declaraciones se ven en las correspondencias últimamente publicadas, *ni á uno solo se le permitirá escapar á ninguna de aquellas antes quienes tales declaraciones se hicieron*, porque una vez fuera del alcance de López, declararían que nunca las hicieron ó que las habían hecho bajo la tortura.

Desde que he llegado á esta ciudad, he visto una carta que fue traída por el "Wasp" evidentemente dictada por López en la cual se da algunos detalles sobre la naturaleza de la trama ó conspiración.

Este es el primer informe que trata de la clase de conspiración que se **había descubierto, y lo absurdo de todo el asunto me convence más que *nunca jamás ha existido tal trama ó conspiración.***

¿Cuánto tiempo durará esta guerra?

Hace más de un año y medio que pienso que López no se puede sostener por más de dos meses, pero no tenía idea del modo lento de proceder de alguna jente cuando se resuelven firmemente á no pelear.

Con la esperanza que la guerra se acabaría pronto, permanecí un año más de lo que era mi intención contra mis intereses, y sufriendo grandes disgustos.

Creí que en la catástrofe final podría ser de gran utilidad, particularmente á los estranjeros, y si la Asunción se hubiese tomado en febrero cuando los encorazados llegaron hasta ese punto, como creímos que así sucedería, indudablemente hubiera podido salvar la vida de muchos que ahora nunca volverán á ver á su patria otra vez. Pero cuando todos ellos habían sido muertos ó encarcelados, y que nadie ni hijo del país ni estranjero, se atrevía á acercarse á mi casa, y que me encontraba sin poder para auxiliar á nadie, creí que había llegado el momento de obedecer á las órdenes de mi gobierno y regresar á los Estados Unidos.

Su muy respetuoso y obediente servidor.

Carlos A. Washburn.

Además, M. Washburn, una vez que se encontró a bordo del "Wasp", dirijió á López la siguiente nota:

Vapor de los Estados Unidos "Wasp" frente á la Angostura Río Paraguay, setiembre 12 de 1869.

A S.E. el Mariscal López, Presidente del Paraguay.

Señor:

Cuando el capitán Kirkland estaba para dejar este buque ayer para ir á despedirse de V.E., yo le di un memorándum de ciertas cosas, sobre las cua-

les le pedí llamara su atención. El capitán Kirkland me informó que al llegar á su cuartel jeneral advirtió que había omitido llevar consigo ese memorándum, y que en consecuencia no le era posible cumplir completamente con mi demanda, no habiéndole dado un breve repaso á aquel papel. En consecuencia, me tomo la libertad en el momento de mi partida, de desviarme de los usos diplomáticos mandando una nota personal dirijida á V.E.

En el memorándum le indicaba que podría mostrar á V.E. una carta del jeneral Vebb, nuestro ministro en Río, de la cual aparecía que é casi había llegado á una ruptura con aquel gobierno, por razón de haberse negado á permitir que este buque pasase más arriba de la escuadra. Esto es lo que él había hecho bajo su sola responsabilidad, sin esperar órdenes del gobierno de los Estados Unidos, el cual al saber esta ofensa, habrá tomado sin duda medidas más enérjicas para hacer efectivos sus derechos y librar á su ministro de la más espantosa posición. Esa carta que V.E. vio prueba cuanta verdad había en la declaración del ministro de negocios estranjeros de V.E. José Berjes, cuando aseguraba que yo estaba en coalición con el jeneral Vebb, é interesado y pagado por los brasileros.

Tengo en mi poder varias cartas para el Dr. Carreras, las cuales yo pedí al capitán Kirkland que entregara, pero lo cual rechazó hacer, á menos que yo las abriera, receloso de que él también fuese acusado de ser conductor de correspondencias á traidores.

Sin embargo, yo incluyo las cartas, pues no creo que haya en ellas nada de traición, ni creo tampoco que ninguna correspondencia traidora jamás haya pasado por mis manos para nadie.

En efecto, *no creo que haya jamás habido ninguna conspiración*. Las declaraciones de Berjes, de los dos hermanos de V.E. Venancio y Benigno, y del señor Urdapilleta, según se han dado en las notas de sus dos últimos ministros de V.E. por lo que toca ellas implicarme en haber tenido cualquier conocimiento de una conspiración son *enteramente falsas y usted bien sabe esto, y usted sabe que ninguno de ellos querría confirmar ó afirmar la declaración que se les imputa, si estuvieran fuera del poder de usted*, pues lo negaría *in totum* y declararían que nunca lo habían hecho, ó que si lo habían hecho, sería BAJO LA TORTURA. Declaraciones de ese jénero debía usted saber que no tendrán ningún peso fuera del Paraguay, ni una palabra de ellas será creída, y que todas ellas pueden ser negadas por ellos, y que usted tendría no solamente

que matar á todas las personas que *las han hecho*, sino también á todos los que las han arrancado por la fuerza.

Antes de dejar finalmente el Paraguay, es de mi deber hacer una solemne protesta contra la prisión de aquellos dos miembros de mi Legación, Porter Cornelius Bliss y Jorje J. Mastermann; su prisión en la calle cuando ellos iban en mi compañía de la legación para pasar á bordo del vapor, fue tan grosera violación de las leyes de las naciones como habría sido su aprehensión en mi misma casa. Fue un acto no solamente contra mi gobierno, sino *contra todos los poderes civilizados*, y coloca al Paraguay FUERA DEL GREMIO *(pale)* DE LAS NACIONES y por ese acto usted será mirado COMO ENEMIGO COMÚN negando lealtad á las leyes de las naciones.

Usted también será considerado *como un enemigo común* por haberse apoderado, *tomando presos con grillos á casi todos los estranjeros en el Paraguay* y después de haber entrado á sus casas y *sacado de ellas su dinero* bajo el *miserable* pretesto de que hallando de menos en su tesoro, que usted suponían aquellos que tenían cualquier dinero en el país debían en consecuencia habérselo robado á su gobierno.

Su amenaza al capitán Kirkland á su llegada de que V. me conservaría preso en el país, sería debidamente representada á mi gobierno y solo debo confirmar en su respuesta que si V.E. hubiese hecho tal cosa, mi gobierno le habría perseguido á V.E. no solamente al *través de toda América del Sud, sino también al través de Europa.*

Su obediente servidor firmado.

Carlos A. Washburn.

Mr. Washburn y el ministro de relaciones esteriores del Paraguay sostuvieron una larga correspondencia; pero antes que terminara, el mismo ministro Benítez, fue llevado al ejército y fusilado como tantos otros.

Entre los documentos de López, tomados en Ita-Ivaté en diciembre de 1868 había un diario que contenía las listas de las ejecuciones, etc., etc., relativas á esta supuesta conspiración. Esta lista ha sido publicada y la tengo en mi poder; no puede dudarse de su autenticidad y exactitud. Empieza el 19 de junio y termina el 14 de diciembre, pero aún después hubo ejecuciones que no están asentadas en el diario. Constan en ella los nombres de todos

los individuos, y si no fuera tan larga la insertaría aquí.

Damos, sin embargo, el siguiente estracto:

Estranjeros ejecutados	107	
Id. Muertos en la cárcel	113	220
Paraguayos ejecutados	176	
Id. Muertos en la prisión	88	264
Ejecutados el 22 de agosto, sin Nacionalidad espresada		85
Muertos en el camino de San Fernando á Pikysyry		27
Total de víctimas hasta 14 de diciembre		596

Esta lista incluye solamente á aquellos que se dice tuvieron parte en la conspiración. Dos de los que están incluidos en los fusilados, dice la misma lista, murieron un momento antes de la ejecución. Cinco figuran como muertos á bayoneta y uno como lanceado. Entre los que se dice murieron en la prisión, se encuentra doña María Jesús de Egusquiza. Entre las víctimas figuran tres ingleses –uno de ellos era un comerciante llamado Stara y otro Mr. Watts, que se condujo bizarramente en la batalla del Riachuelo. En este documento, M. Libertat, canciller francés que fue sacada por la cañonera francesa figura como enviado á la capital.

Los que no querían confesar eran atormentados con el cepo colombiano; muchos eran muertos castigándolos con lazo, á otros los apaleaban hasta que morían, y á muchos les machacaban las manos á martillazos. Sobre todas estas atrocidades se guardaba el más profundo silencio, aunque todo el mundo sabía más ó menos que se hacían en grande escala. Los que figuran en la lista, como muertos en la cárcel, murieron en la tortura ó de sus efectos; y los que se dice haber muerto en el camino de San Fernando á Pikysyry eran prisioneros que se cansaban y que no pudiendo seguir adelante (la marcha era de cerca de 120 millas), eran llevados al monte y bayoneteados.

En esta lista figuran muchos franceses é italianos, y sin embargo tenían cónsules que continuamente visitaban á López y á M. Linch en el cuarte jeneral. La conducta de estos caballeros ha sido verdaderamente inexplicable, por no decir otra cosa.

Después de dejar á Angostura, me encontré con un capitán que había caído prisionero el 27 y que me dijo que él mismo había mandado el 21 una compañía, que había ejecutado al jeneral Barrios, al obispo, á Benigno López, al coronel Alen, a la esposa del coronel Martínez y á algunos otros. Estas ejecuciones tuvieron lugar en presencia de las hermanas de López, que habían sido horriblemente castigadas, sin que nadie supiera por qué causa, y enviadas en seguida al interior. Durante uno de los últimos días en Ita-Ivaté, cuando todavía sobrevivían algunos pocos presos, López pasó á caballo por donde estaban, y dos de ellos, Mr. Treuenfeldt, director del telégrafo, y M. Taylor, maestro albañil, inglés, le suplicaron que los soltara; fingió sorprenderse estraordinariamente de que estuvieran presos y ordenó que los pusieran en libertad. Vi á ambos después; eran unos verdaderos esqueletos con la piel sobre los huesos y ni uno ni otro tenían la más remota idea de la causa de su prisión. El capitán Saguier, que se había distinguido mucho en las batallas de Curuzú y Curupayty fue preso y atormentado, porque habiendo sido nombrado inquisidor y enviado á interrogar á algunos de los prisioneros no los encontró culpables y lo dijo públicamente; á causa de esto fue encarcelado con ellos, y gracias á una excelente constitución sobrevivió hasta que el 22 de diciembre lo puso en libertad para mandar la artillería, pero fue herido en el mismo día.

No hay duda que el objeto de López, al cometer estos crímenes, era apoderarse de todo el dinero público y privado que existía en el país; y al mismo tiempo, aprovecharse de la oportunidad para acabar con todas aquellas personas á quienes no quería bien.

El robo de la tesorería era absolutamente imposible en el Paraguay, escepto para López, á causa de los innumerables sistemas de espionaje, siempre en actividad, sobre todo en aquel departamento. Después de ordenar que todo el dinero público fuera depositado en sus propias cajas, hizo llevar al ejército y asesinar á todos los que tenían algo que ver con la tesorería, las oficinas públicas, y con toda la mayordomía de su casa particular, de manera que en el día de hoy, nadie, escepto él, sabe donde se encuentra la tesorería paraguaya. Todos los comerciantes, ó individuos de cualquiera clase ó profesión que tenían dinero fueron tratados de la misma manera, y su dinero y papeles robados por los ajentes de López, y probablemente enterrados en lugares que él solo conoce.

Mr. Stark tenía en su poder el dinero de muchos individuos además del suyo. Todo fue robado, hasta algunas pocas monedas que tenía su esposa en el bolsillo.

Gran parte del dinero, así obtenido, fue sin duda sacado del país por los buques neutrales de guerra que visitaron la Angostura á fines de 1868. Sin embargo, ni los buques ingleses ni de los Estados Unidos hicieron transacciones de este jénero.

Entre los presos atormentados figuraban muchas señoras, además de las mismas hermanas de López. Su madre le hizo otra visita en Ita-Ivaté, probablemente para interceder por sus hijos, pero parece que no prestó la más mínima atención á sus ruegos.

CAPÍTULO XXVI

Carácter personal de López.

Francisco Solano López es un hombre muy corpulento, y que tendrá, más ó menos, cuarenta y cinco años de edad. Es bajo pero tiene una presencia airosa. En Inglaterra pasaría por trigueño, pero tiene casi el mismo color de los españoles en jeneral; su cabello es negro y sus pies y manos pequeños. Cuando está alegre es bien parecido, y sus maneras y conversaciones muy agradables. Por el contrario, cuando está de mal humor, toma un aspecto sumamente sombrío. Es muy cuidadoso de su persona, amante del lujo militar, sobre todo en su escolta, y al caminar se contonea de una manera peculiar. Sus piernas son cortas, con una curba decidida hacia atrás. Se sienta bien á caballo y cuando joven era buen jinete. Sin embargo, hoy le es tan difícil montar como apearse. Es de hábitos indolentes; á veces permanecía sentado muchas horas seguidas hablando sin cesar, y otras hacía igual cosa caminando, pero limitando sus paseos á cien ó doscientas varas.

Quiere locamente á los hijos de Mme. Linch, pero absolutamente nada á los muy numerosos que tiene con otras mujeres. No es capaz de abrigar sentimientos amistosos por nadie, pues ha fusilado á casi todos sus favoritos que durante largos años habían sido sus únicos compañeros. Es un gran

fumador y un gran gastrónomo; come enormemente; después de comer cuando está de buen humor, suele cantar una cancioncita. Tiene una espléndida bodega de los más esquisitos vinos de Burdeos, á los cuales es muy aficionado, y que nadie sino él bebía en su mesa, sin esceptuar á Mme. Linch ni al Obispo; sus convidados comían con vino de clase inferior. Cuando estaba en Paso Pucú, durante varios meses, solía jugar á las damas todo el santo día con el Obispo. Éste se levantaba mucho más temprano que él, y solía ir á esperar durante muchas horas en el corredor de López, con el sombrero en la mano. Cuando López salía, el Obispo se le acercaba humildemente y, como temeroso, le hacía un profundo saludo, al que López contestaba con un movimiento de cabeza sin quitarse el sombrero. López habla el francés perfectamente y conversaba siempre en ese idioma con Mme. Linch que fue educada en Francia. Conoce muy poco el inglés, pero muy bien el español, que es la lengua oficial del país; sin embargo, á los oficiales, á los soldados y aún a mí mismo, hablaba siempre en guaraní. El guaraní es una encantadora y espresiva lengua, aunque ha sacado muchas palabras del español para espresar cosas que los indíjenas no conocían.

López es un buen orador, y posee especialmente esa clase de elocuencia, propia para inspirar á los soldados una ciega confianza en él y en sí mismos, aumentada por un profundo desprecio del enemigo. Raras veces hacía ó decía nada que pudiera disgustar al pueblo, encargando á Resquín de todo lo que pudiera serle desagradable. No permitía que nadie dijera un chiste en su presencia, aunque él era muy aficionado á decirlos; es muy exijente en lo que respecta á su dignidad, y obligaba hasta á sus hermanos á que le llamaran "Vuestra Excelencia"; tiene una voluntad de fierro, un orgullo excesivo, y contramanda de muy mala gana cualquiera órden que haya impartido. Cuando quiere, es muy suave y caballero, y capaz de engañar hasta á un diplomático y hacerle creer lo que le dé la gana.

Jamás siente la pérdida de sus mejores oficiales y soldados, á no ser considerados bajo el punto de vista del elemento material. Tenía el mayor cuidado en ocultar el sitio en donde él se encontraba, y con este objeto abolió los cascos de bronce de su guardia, así como su bandera, y trataba siempre de ocultar á este cuerpo. No permitía que a sus guardias les acompañasen, ni que los centinelas le presentasen armas, en las tres ó cuatro ocasiones en que visitó una parte del ejército, por temor de ser visto y reconocido por

el enemigo. También dejó de usar su favorito poncho punzó, bordado de oro, cambió su kepi por un sombrero de paja, y dio vuelta al revés su pellón bordado en oro. Todas las mañanas tenía su caballo ensillado y sus carruajes listos antes de rayar el día, para estar pronto á la fuga, si acaso el enemigo penetrara por algún punto de sus líneas.

A principios de la guerra raras veces bebía, á no ser en la mesa, pero últimamente adquirió la costumbre de menudear las copas de oporto durante el día; contrajo esta habitud algún tiempo antes de dar principio á sus últimas atrocidades, y sin duda contribuyó mucho para hacerle cruel. Sin embargo, durante este período estaba aparentemente de buen humor. En San Fernando solía salir con sus hijos á pescar en una laguna próxima al cuartel jeneral.

La siguiente historia que me fue narrada por un testigo ocular, dará una idea de su "justicia sumaria". Durante los últimos días de diciembre, un cabo de su escolta se presentó á caballo al mayordomo de López y le pidió un trago de caña. El mayordomo, que era oficial, le preguntó para qué quería caña, y agregó: ¡vete a pelear! Esta respuesta incomodó al cabo, y le hizo decir esta impertinencia: –Sí, hablar es muy fácil; estamos rodeados por el enemigo y pronto ha de concluir con nosotros-. Después de alguna resistencia, el oficial lo bajó del caballo y tomándole por el pescuezo lo llevó a la carpa de López, que en esos momentos estaba almorzando. El oficial espuso a López lo que había pasado, y cuando hubo concluido, éste le dijo: –Sáquelo afuera y mátelo. El oficial sacó al hombre fuera de la tienda, y le partió la cabeza de un hachazo, sin que éste intentara la menor resistencia.

Su desconfianza de todo el mundo se manifiesta por las siguientes ocurrencias:

En agosto de 1866, un yankee, M. Manlove, se presentó en nuestras avanzadas y fue llevado al cuartel jeneral. Declaró que había venido para hacer negocio con López, pero este no lo quiso ver. Al fin, por medio de un tercero, dijo á López que teniendo á su disposición tres buques en las Indias Occidentales, admirablemente adaptados para el corso, había venido á pedirle patente de corsario, para hostilizar al comercio brasilero. López pretendió creer que no era más que un espía y no quería saber nada de él, manteniéndolo preso durante algún tiempo. Al fin le soltó y Mme. Linch solía enviarle regalos de cerveza, etc. Sin embargo, al fin, lo hizo venir al

ejército y lo fusiló como conspirador. En julio de 1867, el mayor Von Versen, oficial distinguido de la escolta prusiana, se presentó en nuestras avanzadas. Era enviado por el gobierno prusiano para observar la guerra desde el campo paraguayo. Cuando llegó á Rio Janeiro, los brasileros lo arrestaron, creyendo ó pretendiendo creer que iba al Paraguay como oficial superior del ejército de López. El ministro prusiano logró su libertad y pasó á Buenos Ayres. Allí fue nuevamente arrestado y después de una larga negociación a su favor, fue puesto en libertad á condición de no ir al Paraguay, hasta después de hacer un viaje á Chile, lo que formaba también una parte de su programa. A consecuencia de esto, partió á través de las Pampas para Chile, llegó allí, volvió y fue al Paraguay, habiendo recorrido cerca de tres mil millas, á caballo para cumplir con su promesa. Dejó sus papeles en su balija en Corrientes, en casa de un ajente de López, que solía comunicarse con su gobierno por medio de los indios del Chaco, y que debía enviar inmediatamente la balija á López. Llegando al campamento aliado compró el mejor caballo que pudo encontrar y en una mañana fugó, logrando entrar en las líneas paraguayas. Allí le ataron los brazos, le quitaron su caballo y su ropa y le trataron como si fuera espía; pero aunque sus papeles no fueron hallados, López se convenció al fin que realmente era lo que él se decía, y le dio libertad para pasear, pero solamente alrededor de su rancho. Sin embargo, en la retirada por el Chaco, fue acollarado y tuvo que hacer la marcha á pie, y lo mismo le sucedió desde Tebicuary hasta Pikysyry, permaneciendo siempre entre los presos.

Afortunadamente, al terminar la guerra no había muerto y se salvó.

CAPÍTULO XXVII

Notas sobre la Injeniería.

Debo comenzar este capítulo, declarando que al principio de la guerra no tenía más conocimientos sobre la injeniería y la artillería, que aquellos que pude encontrar en algunos libros que logré obtener en el Paraguay y que estudié con motivo de la campaña. Las principales obras que tuve á la

mano fueron: "Fortificaciones de campaña" por Macaulay, "Documentos profesionales" del Cuerpo de Injenieros Reales, y varios libros sobre artillería. El coronel Wisner, húngaro, era el injeniero en gefe del ejército paraguayo, pero estuvo muy enfermo durante toda la guerra y no pudo atender á nada, de manera que todo el peso del trabajo recayó sobre mí.

Después de algunos esperimentos sobre diferentes modos de levantar planos, adopté el siguiente, que me dio buen resultado, tanto por su rapidez como por su exactitud. Hice un cuaderno de varios pliegos de papel de oficio y lo coloqué en una cartera de su mismo tamaño. Abriendo luego el cuaderno por el centro, calqué todas las hojas, marcando cada cinco grados con un goniómetro circular. Cuando empezaba á bosquejar en una pájina, anotaba en cada punto el número de grados que le correspondía; después de calcular la dirección jeneral, que seguiría mi bosquejo, tiraba las líneas Norte, Sud, Este y Oeste. Doblaba una cuartilla de papel de oficio, hasta reducirla á cerca de una pulgada de anchura, y en su borde marcaba mi escala. Después de establecer en el papel mi punto de partida, para que el bosquejo no se apartara de él, determinaba con un compás prismático de bolsillo, la dirección de todos los objetos que podía ver, y calculaba estas direcciones aplicando mi escala de papel en la dirección debida, indicada por los puntos marcados: moviéndola en seguida con mucho cuidado, en dirección paralela á mi punto en el papel, tiraba una línea; en seguida calculaba la distancia que determinaba por medio de la escala, y muchas veces yendo por un camino y volviendo por otro, he encontrado las diferencias mucho menores de lo que había creído. De esta manera, levanté los planos de una gran parte del Bellaco, de todo el terreno entre el Tebicuary y el Pilar del Río Tebicuary, del país que se estiende al norte de él, y de sus alrededores. Levanté un plano trigonométrico muy detallado del terreno que se estiende á 10 ó 12 millas de Paso Pucú, en cualquier dirección, y medí á cadena el camino que corre al norte del Tebicuary. Levanté también otro plano trigonométrico del Río Paraguay desde Curupayty hasta su desembocadura en el Paraná.

Con escepción de las antiguas baterías de Humaitá, que fueron revestidas de ladrillo, todas nuestras defensas consistían en fortificaciones de tierra, revestidas con adobones de césped, ó con tejidos de rama. La traza más jeneralmente usada eran las líneas continuas como puede verse en los pla-

nos. El terreno en jeneral es tan irregular, que era imposible dar á las obras una forma definida; pero se hacían redientes para flanquear los aproches, que solo eran accesibles por los pasos, frente á los cuales se construían siempre ángulos reentrantes. Los cañones se colocaban en ángulos salientes, de manera que estuvieran más afuera que la línea de la trinchera en que estaba la infantería, que por consiguiente los flanqueaba con sus fuegos. Las piezas estaban todas montadas á barbeta para dar el mayor espacio posible á su acción. Los paraguayos no tenían mucha infantería y confiaban sobre todo en su artillería, para un caso de ataque.

El perfil de casi todas las fortificaciones era parecido; el foso tenía por lo jeneral 12 pies de anchura y 6 de profundidad, con una inclinación de 3 1. No se hacía jamás berma, pero la inclinación esterior del parapeto y de la escarpa la suplía, pues la tierra era en jeneral bastante fuerte para permitirlo. La inclinación esterior estaba revestida con césped, y teniendo el mismo declive que la escarpa era mucho más difícil de trepar que si hubiera tenido berma. Se construía jeneralmente con césped una banqueta de 12 á 18 pulgadas de altura. En lugares espuestos al bombardeo se hacían más altos los parapetos, y además, se proteja á los soldados abriendo un pequeño foso á retaguardia de la banquera, en el que podían sentarse. En Curupayty, el bombardeo era tan continuo que fue necesario hacer galpones de cueros, sobre este foso y banqueta, como se verá en el plano 5°.

El césped del Paraguay es mucho más sólido que el inglés, y cuanto más gruesos se cortaban los adobones, tanto mejor era el revestimiento; aunque el mejor que teníamos se hacía con mimbres. En las baterías de Fortín, en el Tebicuary, revestí con mimbre algunos traveses de 12 pies de altura, que tenían muy poca inclinación, y entretejí estos mimbres con una enredadera llamada Usüpó, que adquiere un tamaño de muchas yardas y un espesor de cerca de 3 8 de pulgada. Torciendo tres ó cuatro vástagos se hacía de ellos un cordel, y con él se formaban los canastos, y muchas veces nos servían para sujetarlos á las estacas. Esta enredadera tiene la propiedad de no podrirse bajo la tierra y es sumamente útil. Hacía un revestimiento bonito y tan excelente, que cuando le acertaban una bomba Whitworth de 150, no sufrían más daño que la abertura que abría el proyectil en el canasto, dejando apenas rastro de su pasaje. El césped, por lo contrario, sufría muchísimo. En Angostura, como no se podía obtener esta enredadera, fue necesario re-

vestir las obras con zarzos construidos de cañas flexibles. Este revestimiento no era tan bueno como el anterior, pero sin embargo era superior al césped.

En los planos 6 y 7 se verá la manera de montar nuestras piezas de 8 pulgadas. La primera figura representa el sistema antiguo, el que espone necesariamente la guarnición cuando no hay troneras. Este defecto se agrava por estar el eje al fin, en vez de estar en el centro de la corredera; fue pues necesario montar nuestras piezas de manera que pudieran hacer fuego en cualquier dirección, ya frente al frente ó á la retaguardia. En la trinchera de la derecha, como se verá en el plano, la poca infantería de la guarnición tenía que mantenerse de pie en caso de un ataque por tierra y las piezas debían hacer fuego á metralla y racimos, por sobre sus cabezas, que eran defendidas por el parapeto. El montaje de las piezas de la batería de la izquierda, servía para protejer casi completamente la dotación que las manejaba, y eran mucho más fáciles de mover por estar colocadas sobre cilindros. Por la inclinación dada á las correderas, se adelantaba la pieza con más facilidad, con la ventaja de no forzar la culata. El montón de tierra que cubría los polvorines, servía también de parapeto por el lado de tierra y la dotación de cada pieza quedaba de este modo protejida por todos lados. En caso de un ataque por tierra, las piezas harían fuego por encima de los polvorines, cuyas puertas estaban al lado opuesto de los cañones, y la batería misma estaba protejida por un foso profundo, enfilado por una pieza de 32, colocada en el ángulo reentrante. Esta pieza de 32 y también la pieza izquierda en la batería, estaban cubiertas del fuego de la escuadra por un espaldón, porque era de suma importancia que no fueran desmontadas en la acción. Todas las piezas de la batería tenían una tronera pequeña y profunda, para poder hacer fuego casi perpendicular sobre los encorazados, en el caso de que tratasen de cubrirse pasando cerca de la elevada barranca del río. Entre los depósitos y el foso, había otro menor, en el cual se depositaban cureñas, cordajes, etc.

Con el objeto de cerrar la navegación del río á los encorazados, hice construir y estender á través del río, en Fortín, una cadena hecha con pedazos de una madera llamada Timbó (que flota); cada trozo tenía seis varas de largo y 18 pulgadas de ancho, unidos por ganchos como para formar una especie de cadena. No teníamos fierro bastante fuerte para hacer estos ganchos y los manufacturamos con los rails del ferro-carril divididos en dos. La

cadena tenía de largo una cuarta parte más que la anchura del río, y sus cabezas se aseguraban en 4 fuertes estacas metidas en la tierra. Cuando estaba en posición presentaba una forma curva, como puede verse en el plano 3°. Por su propio peso estaba casi toda bajo el agua, y los brasileros hubieran podido hacerle fuego por largo tiempo, con poca probabilidad de hacerle daño. Si hubieran subido á vapor contra ella, no la hubieran podido romper, porque poco á poco, hubieran tenido que detenerse por la forma que tomaba la cadena, y ningún bote pequeño habría podido acercársele, porque á causa de la corriente, estaba en un continuo movimiento vertical, que su gran peso hacía muy peligroso á las pequeñas embarcaciones. Al principio las estremidades de los pedazos de madera no estaban aseguradas con anillos de fierro, y algunos de ellos se partieron por los agujeros. Entonces, mandé la cadena á la Asunción y le hice poner anillos de fierro en las estremidades; pero á su vuelta, por la estupidez de los conductores, y la oscuridad de la noche, pasó la batería antes de saber nosotros que estaba en camino y yendo aguas abajo se perdió. Aunque los encorazados estaban á tiro de la batería no la vieron pasar y probablemente habrá ido á parar á alguna ensenada, para asombro de los indios.

APÉNDICE

PROTESTA DEL GOBIERNO PARAGUAYO CONTRA LA INTERVENCIÓN DEL BRASIL EN LA BANDA ORIENTAL

NUM. 1

Asunción, agosto 30 de 1864.

El abajo firmado, ministro secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Esteriores, ha recibido órden del Exmo. Sr. Presidente de la República para dirijir á V.E. esta comunicación con el motivo que pasa á esponer.

El abajo firmado ha recibido de S.E. el Sr. Vasquez Sagastume, ministro residente de la República Oriental del Uruguay, una nota que con fecha 25 de este mes le ha dirijido de órden de su gobierno, acompañando copia de la última correspondencia cambiada entre el gobierno oriental y S.E. el consejero Saraiva, ministro plenipotenciario de S.M. el Emperador del Brasil en misión especial cerca de aquella República, constante de tres notas que se registran bajo las fechas de 4, 9 y 10 del presente mes.

El importante é inesperado contenido de esas comunicaciones ha llamado seriamente la atención del gobierno del abajo firmado, por el interés que le inspira el arreglo de las dificultades en que lucha el pueblo oriental, á cuya suerte no le es permitido ser indiferente, y por el mérito que puede

tener para este gobierno la apreciación de los motivos que pudiera haber consejado tan violenta solución.

La moderación y previsión que caracterizan la política del gobierno imperial, autorizaron al del Paraguay á esperar una solución diferente en sus reclamaciones con el gobierno oriental; esta confianza era tanto más fundada cuanto que S.E. el Sr. Consejero Saraiva y hasta el mismo gabinete imperial al declinar la mediación ofrecida por este gobierno para el arreglo amistoso de esas mismas reclamaciones á solicitud del gobierno oriental, calificaron como sin objeto por el curso amigable de las mencionadas cuestiones.

El gobierno del abajo firmado respeta los derechos que son inherentes á todos los gobiernos para el arreglo de sus diferencias ó reclamaciones, una vez denegada la satisfacción y justicia, sin prescindir del derecho de apreciar por si el modo de efectuarlo, ó el alcance que puede tener sobre el destino de todos los que tienen intereses legítimos en sus resultados.

La exigencia hecha al gobierno oriental por S.E. el Sr. Consejero Saraiva en sus notas de 4 y 10 de este mes, de satisfacer á sus reclamaciones dentro del improrrogable término de seis días bajo la amenaza de usar de represalias, en caso contrario con las fuerzas imperiales de mar y tierra reunidas de antemano sobre las fronteras de la República Oriental y de aumentar la gravedad de las medidas de la actitud asumida, lo que significa una próxima ocupación de alguna parte de aquel territorio, cuando su gobierno no se niega á atender y satisfacer las reclamaciones presentadas, como consta de la nota de S.E. el ministro de relaciones esteriores del 9 de este mes.

Este es uno de los casos en que el gobierno del abajo firmado no puede prescindir del derecho que lo asiste á apreciar este modo de efectuar la satisfacción de las reclamaciones del Gobierno de S.E., porque su alcance puede venir á ejercer consecuencias sobre los intereses lejítimos de la República del Paraguay pudiera tener en sus resultados.

Penosa ha sido la impresión que ha dejado en el ánimo del gobierno del abajo firmado la alternativa del ultimatum consignado en la nota de S.E. el Sr. Consejero Saraiva de 4 y 10 de este mes al gobierno oriental, exijiéndole un imposible por el obstáculo que pone la situación interna de esa República, y para cuya remoción no han sido bastantes ni el prestijio de SS.EE. los señores Trotón, Elizalde y Saraiva ni el concurso ni la abnegación del gobierno oriental.

No menos penosa ha sido para el gobierno del abajo firmado la negativa de S.E. el consejero Saraiva á la proposición del arbitraje que le fue hecha por parte del gobierno oriental, mucho más cuando este principio había servido de base al gabinete imperial en sus reclamaciones con el gobierno de S.M.B.

El gobierno de la República del Paraguay deplora profundamente que el de S.E. haya creído oportuno separarse en esta ocasión de la política de moderación en que debía confiar ahora más que nunca, después de su adhesión á las estipulaciones del Congreso de París, pero no puede mirar con indiferencia ni menos consentir que en ejecución de la alternativa del *Ultimátum* imperial, las fuerzas brasileras ya sean navales o terrestres, ocupen parte del territorio de la República Oriental del Uruguay ni temporaria ni permanentemente, y S.E. el Sr. Presidente de la República ha ordenado el abajo firmado declare á V.E. como representante de S.M. el Emperador del Brasil; que el Gobierno de la República del Paraguay considerará cualquier ocupación del territorio oriental por fuerzas imperiales por los motivos consignados en el ultimátum del 4 de este mes, intimado al gobierno oriental por el ministro plenipotenciario del emperador, en misión especial cerca de aquel gobierno, como atentatorio al equilibrio de los Estados del Plata, que interesa á la República del Paraguay como garantía de su seguridad, paz y prosperidad, y que protesta de la manera más solemne contra tal acto, descargándose desde luego de toda la responsabilidad de las ulterioridades de la presente declaración.

Habiendo así cumplido las órdenes Exmo. Señor Presidente de la República, el abajo firmado aprovecha esta ocasión para saludar á V.E. con su consideración muy distinguida.

José Berjes.

A S.E. Sr. César Salvan Vianna de Lima, ministro residente de S.M. el Emperador del Brasil, etc., etc.

Núm. 2

TRATADO DE LA TRIPLE ALIANZA

Firmado el 1° de mayo de 1864 entre los Plenipotenciarios del Uruguay, Brasil y la República Arjentina, tomado de los papeles presentados á la Cámara de los Comunes por órden de S.M.B., en cumplimiento de su mensaje de 2 de marzo.

TEXTO:

El Gobierno de la República Oriental del Uruguay, el Gobierno de S.M. el Emperador del Brasil, y el Gobierno de la República Arjentina:

Estos dos últimos, encontrándose actualmente en guerra con el gobierno del Paraguay por haberle sido declarada de hecho por este gobierno, y el primero en estado de hostilidad, y amenazado en su seguridad interna por dicho gobierno, injuriando la República, tratados solemnes, usos internacionales de las naciones civilizadas, y cometiendo actos injustificables después de haber perturbado las relaciones con sus vecinos por los más abusivos y agresivos procedimientos.

Persuadidos que la paz, seguridad y bienestar de sus respectivas naciones es imposible mientras exista el actual gobierno del Paraguay, y que es de una imperiosa necesidad, exijida por los más grandes intereses que aquel gobierno desaparezca, respetando la soberanía, independencia é integridad territorial de la República del Paraguay.

Han resuelto con este objeto, celebrar un Tratado de Alianza ofensiva y defensiva; y al efecto han nombrado sus plenipotenciarios á saber:

Su Escelencia el Gobernador provisorio de la República Oriental á S.E. el Dr. D. Carlos Castro, Ministro de Relaciones Esteriores, S.E. el Emperador del Brasil á S.E. el Dr. D.F. Octaviano de Almeira Rosa, consejero, diputado á la A.G.L. y oficial de la Orden Imperial de la Rosa; S.E. el Presidente de la República Arjentina, á S.E. el Dr. D. Rufino de Elizalde, su Ministro Secretario de Relaciones Esteriores. Quienes habiendo canjeado sus respectivas credenciales que encontraron en buena y debida forma, convinieron lo siguiente:

Art. 1°. La República Oriental del Uruguay, S.M. el Emperador del Brasil, y la República Arjentina, se unen en alianza ofensiva y defensiva en la guerra provocada por el gobierno del Paraguay.

Art. 2°. Los aliados concurrirán con todos los medios que puedan disponer por tierra ó por los ríos, según lo crean conveniente.

Art. 3°. Las operaciones de la guerra, principiando en el territorio de la República Arjentina, ó en una parte del territorio paraguayo lindando con la misma, el mando en Gefe y la dirección de las armas aliadas permanecerán confiados al Presidente de la República Arjentina, Jeneral en Gefe de su Ejército, Brigadier Jeneral D. Bartolomé Mitre.

Las fuerzas marítimas de los aliados estarán bajo el inmediato mando del Vice Almirante Vizconde de Tamandaré, Comandante en Gefe de la Escuadra de S.M. el Emperador del Brasil.

La fuerza de tierra de la República Oriental del Uruguay, una división de las fuerzas arjentinas, y otra de las fuerzas brasileras que serán designadas por sus respectivos gefes superiores, formarán un ejército bajo las órdenes inmediatas del Gobernador Provisorio de la República Oriental, Brigadier General D. Venancio Flores.

Las fuerzas de tierra de S.M. el Emperador del Brasil formarán un ejército, bajo las inmediatas órdenes de su Jeneral en gefe y Brigadier Manuel Luis Osorio.

Sin embargo de que las altas partes contratantes han convenido en no cambiar el campo de las operaciones de guerra, con todo, con el objeto de resguardar los derechos soberanos de las tres naciones, han convenido, desde ahora en el principio de la reciprocidad del mando en Gefe cuando las operaciones hubiesen de hacerse en territorio oriental y brasilero.

Art. 4°. El órden militar interno y la economía de las tropas aliadas dependerán únicamente de sus respectivos gefes.

Los gastos viturios, municiones de guerra, armas, vestuarios, equipos y medios de transporte de las tropas aliadas serán por cuenta de sus respectivos Estados.

Art. 5°. Las altas partes contratantes se darán mutuamente la asistencia ó elementos que tengan y que las otras requieran en la forma que se estipule sobre el particular.

Art. 6°. Los aliados se comprometen solamente á no dejar sus armas sino por mutuo acuerdo hasta tanto que hayan concluido con el presente

gobierno del Paraguay, ni tratar con el enemigo separadamente, ni formar ningún tratado de paz, tregua, armisticio ó convención cualquiera para poner fin ó suspender la guerra á menos de haber un perfecto acuerdo de todos.

Art. 7°. No siendo la guerra contra el pueblo del Paraguay, sino contra su gobierno, los aliados podrían admitir una lejión paraguaya de todos los ciudadanos de esta nación que quieran concurrir á vencer á dicho gobierno y la abastecerán con todos los elementos que necesite, en la forma y bajo las condiciones que se establecerán.

Art. 8°. Los aliados se obligan además á respetar la independencia, soberanía é integridad territorial del Paraguay. En consecuencia, el pueblo paraguayo podrá elejir su gobierno y darse las instituciones que le convengan, no incorporándose ni pretendiendo protectorado á ninguno de los aliados como consecuencia de esta guerra.

Art. 9°. La independencia, soberanía é integridad territorial de la República del Paraguay, será garantida colectivamente en conformidad con el precedente artículo, por las altas partes contratantes, por el período de cinco años.

Art. 10. Queda establecido por las altas partes contratantes que las escepciones, privilejios ó concesiones que puedan obtenerse del gobierno del Paraguay serán comunes y gratuitas, ó á título gratuito, y con la misma compensación, si son condicionales.

Art. 11. Cuando haya desaparecido el gobierno del Paraguay, los aliados procederán á hacer los necesarios arreglos con la autoridad que se constituya para asegurar la libre navegación de los Ríos Paraná y Paraguay, de tal manera que las reglas ó las leyes de aquella República, no obstruyan ni embaracen, ni impidan el tránsito ni navegación directa de los buques mercantes ó de guerra de los Estados aliados que se dirijan á sus respectivos territorios y dominios que no pertenezcan al Paraguay; y de que tengan las convenientes garantías para la efectividad de los arreglos, bajo la base de tales reglas de policía fluvial, aunque hechas para los dos ríos, así como el Río Uruguay serán establecidos de común acuerdo entre los aliados, y otros Estados limítrofes por el término que se estipule sobre esto por los dichos aliados, aceptada la invitación hecha á aquellos.

Art. 12. Los aliados se reservan á sí mismos consertar las medidas más

a propósito con el objeto de garantir la paz con la República del Paraguay después de la caída del presente gobierno.

Art. 13. Los aliados nombrarán oportunamente los plenipotenciarios para celebrar los arreglos, convenciones ó tratados que han de hacerse con el gobierno que se estableciere en el Paraguay.

Art. 14. Los aliados exijirán de este gobierno el pago de los gastos de la guerra, que han sido obligados á aceptar, así como la reparación, indemnización de los daños y perjuicios causados á las propiedades públicas, y privadas y personas y ciudadanos sin espresa declaración de guerra, y por los daños y perjuicios cometidos subsecuentemente con violación de los principios que rijen las leyes de la guerra. Del mismo modo, la República Oriental del Uruguay exijirá una indemnización proporcionada á los daños y perjuicios causados por el gobierno del Paraguay, por la guerra en que ha sido forzado á entrar en defensa de su seguridad amenazada por aquel gobierno.

Art. 15. En una convención especial se determinará el modo y forma de liquidación y pago procedente de las mencionadas causas.

Art. 16. Con el objeto de evitar discusiones y guerras que puedan ocasionar las cuestiones sobre límites, queda establecido que los aliados exijirán del gobierno del Paraguay que en el tratado de límites con sus respectivos gobiernos se guarden las siguientes bases:

1. La República Arjentina se dividirá de la República del Paraguay por los Ríos Paraná y Paraguay hasta la concurrencia de los límites del Imperio del Brasil, siendo este sobre la marjen derecha del Río Paraguay, la Bahía Negra.

2. El Imperio del Brasil se dividirá de la República del Paraguay sobre el lado del Paraná, por el primer río más abajo del Salto de las Siete Caídas, el cual según el reciente mapa de Manchez, es el Ygurei, y de la boca del Ygurei siguiendo su curso arriba hasta alcanzar sus vertientes.

3. En el lado de la orilla izquierda del Paraguay por el Río Apa, desde su embocadura hasta sus nacientes.

4. En el interior de la cumbre de las montañas de Macaraya las vertientes al Este pertenecen al Brasil y las del Oeste al Paraguay, trazándose líneas derechas en cuanto sea posible de la dicha montaña á las vertientes del Apa y del Ygurei.

Art. 17. Los aliados se garanten recíprocamente unos á otros el fiel cumplimiento del arreglo, arreglos y tratados que se establezcan en el Paraguay, en virtud del cual es convenido sobre el presente tratado de alianza que él siempre permanecerá en plena fuerza y vigor, á fin de que estas estipulaciones sean respetadas y ejecutadas por la República del Paraguay:

1. Con el objeto de obtener este resultado ellos convienen que: en el caso que una de las altas partes contratantes esté imposibilitada para obtener del gobierno del Paraguay el cumplimiento de lo que es convenido, ó que este gobierno pretenda anular las estipulaciones ajustadas con los aliados, las otras emplearán activamente los esfuerzos á fin de que sean respetadas.

2. Si estos esfuerzos fuesen inútiles, los aliados concurrirán con todos sus medios á fin de hacer efectiva la ejecución de lo que está estipulado.

Art. 18. Este tratado quedará secreto hasta que el objeto principal de la alianza se haya obtenido.

Art. 19. Las estipulaciones de este tratado que no requieran autorización lejislativa para su ratificación, empezarán á tener efecto tan pronto como ellas sean aprobadas por sus respectivos gobiernos, y las otras desde el canje de las ratificaciones, las cuales tendrán lugar dentro del término de 40 días contados desde la fecha de dicho tratado, ó más pronto si fuera posible, haciéndose estas en la ciudad de Buenos Ayres.

El testimonio de lo cual los abajo firmados, plenipotenciarios de S.E. el gobernador provisorio de la República Oriental del Uruguay, de S.M. Emperador del Brasil, y de S.E. el Presidente de la República Arjentina en virtud de nuestros plenos poderes, firmamos este tratado poniéndole nuestros sellos, en la ciudad de Buenos Ayres el 1° de mayo, en el año de Nuestro Señor 1865.
(firmados)

Carlos de Castro.

F. Octaviano de Almeida Rosa.

Rufino de Elizalde.

PROTOCOLO

Sus escelencias, los Plenipotenciarios de la República Arjentina, de la República Oriental del Uruguay, y de S.M. el Emperador del Brasil, reunidos en el Ministerio de Relaciones Esteriores convinieron:

1. En cumplimiento del tratado de la alianza de esta fecha, las fortificaciones de Humaitá serán demolidas y que no se permitirá que otras ú otra de aquella naturaleza se levante impidiendo la fiel ejecución del tratado.
2. Que siendo una de las medidas necesarias para garantir la paz con el gobierno que se establezca, no dejarle armas ó elementos de guerra, todos aquellos que se encuentren serán divididos por iguales partes entre los aliados.
3. Que los trofeos y botín que puedan ser tomados al enemigo serán divididos entre los aliados por el que haga la captura.
4. Que los gefes que manden los ejércitos aliados concertarán las medidas para llevar á efecto lo que se estipula. Y ellos firmaron el presente en Buenos Ayres el 1° de mayo de 1865.
(firmados)

Carlos de Castro.

Rufino de Elizalde.

F. Octaviano da Almeida Rosa.

Núm. 3

A consecuencia de algunas adulteraciones publicadas por Caxías en una órden del día, le dirijí la siguiente carta:

Buenos Ayres, enero 28 de 1869.

Acabo de leer en un diario publicado en esta ciudad, la órden del día de V.E. núm. 272, fecha 11 de corriente, dando detalles de los últimos aconteci-

mientos de la guerra del Paraguay; y no encontrando exacta la relación de los acontecimientos que precedieron á la evacuación de Angostura, de que yo era gefe, me tomo la libertad de llamar la atención de V.E. sobre las inexactitudes á que me refiero, á saber: que es inexacto que la nota del 29 de diciembre ppdo., que en unión al Sr. Carrillo, segundo gefe de dicho punto, dirijí á los jenerales del ejército aliado, contuviera frivolidades, pues ella se limitaba á informar á V.E. de un abuso de la bandera de parlamento, cometido por un buque de la escuadra brasilera, y á protestar contra ese hecho; también es inexacto que los que llevaban la bandera de tregua y que se presentaron en el Cuartel Jeneral de V.E. el 30 de diciembre, eran portadores de una declaración firmada por los gefes de Angostura, diciendo que estaban dispuestos á rendirse y esperando que la jenerosidad de los jenerales aliados, permitiera á los oficiales conservar sus espadas, insignias, etc.

Soy de V.E. humilde y obediente servidor.

J. Thompson.

En el momento de zarpar de Buenos Ayres para Inglaterra, supe por buen conducto que en vez de observar los términos de la capitulación de Angostura, los brasileros obligaban á los soldados á tomar servicio en sus filas; y al llegar á Río Janeiro envié la siguiente carta al ministro de guerra del Imperio.

A S.E. el Ministro de la Guerra, Barón de Muritiba.

Río Janeiro, marzo 12 de 1859.

Tengo el honor de dirijirme á V.E. con el objeto de comunicarle que he sabido por varios paraguayos venidos de la Asunción, que muchos de los soldados que capitularon en la Angostura, de la cual era yo gefe, han sido obligados á tomar servicio en las filas aliadas, y que otros han sido embarcados para esta ciudad sin ser consultada su voluntad.

Como estos hechos son contrarios á las estipulaciones de la capitulación, y á la palabra misma del marqués de Caxías y del gefe de Estado Mayor, me dirijo á V.E. para rogarle, averigüe la verdad de esto y remedie esta

falta, que quizá haya tenido por causa la ausencia del marqués de Caxías del teatro de la guerra.

J. Thompson.

Núm. 4

Los siguientes documentos demuestran cual era todo el proceso para la condenación y ejecución de desertores en el ejército paraguayo.

Declaración tomada al soldado Ruidias, del batallón 45, sobre su deserción:

Dice: que hace cerca de 16 días dejó el hospital en donde se hallaba enfermo de diarrea y de fiebre, y que fue á su casa en Qündi, con pretesto de haber recibido licencia, á causa de su enfermedad, y que al día siguiente le llevaron al cuartel de su distrito, de donde fue remitido ayer á este campamento.

Dice también no tenía motivo para desertar.

Por esta razón el desertor está engrillado en este campamento.

Hilario Márco.

Pikysyry, octubre 1° de 1868

Pikysyry, octubre 2 de 1868.

Por Orden Suprema, el soldado Norberto Ruidias, desertor del batallón 45, que fue tomado en el distrito de Qündi, 16 días después de su deserción, debe ser fusilado.

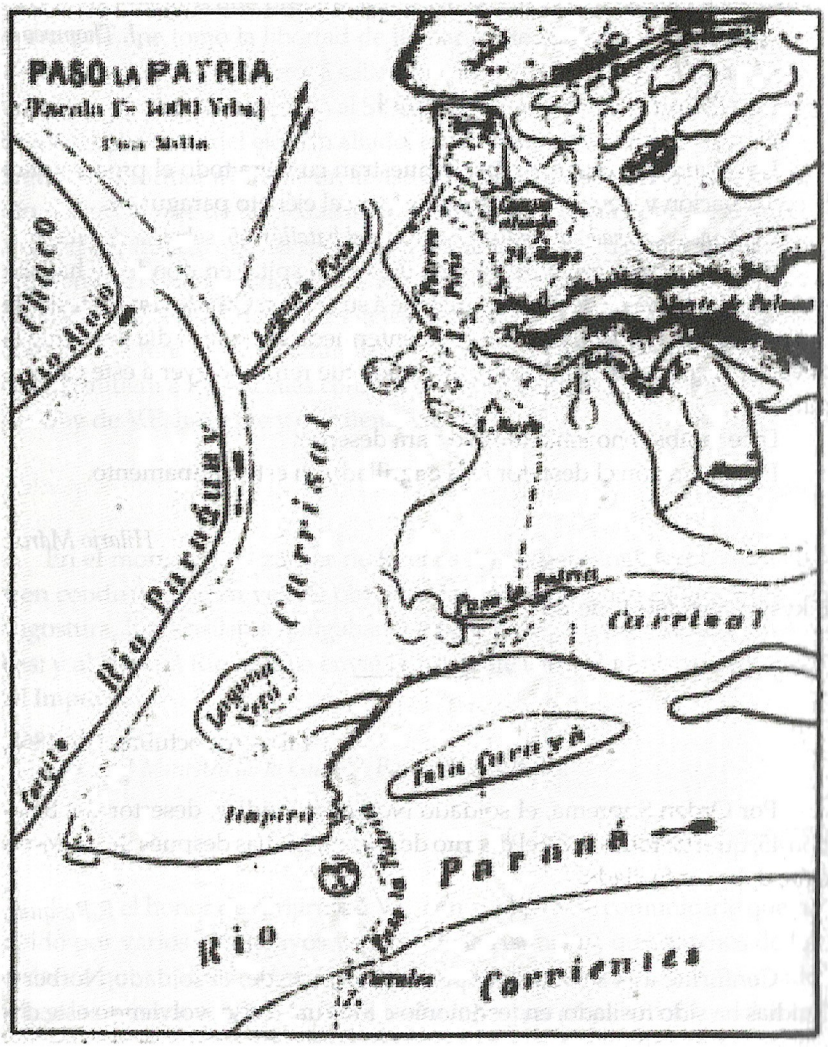
F. Resquín.

Conforme á la sentencia suprema que procede, el soldado Norberto Ruidias ha sido fusilado, en testimonio de lo cual firmo, volviendo este documento bajo sello.

González.

Campamento de Pikysyry, octubre 2 de 1868.

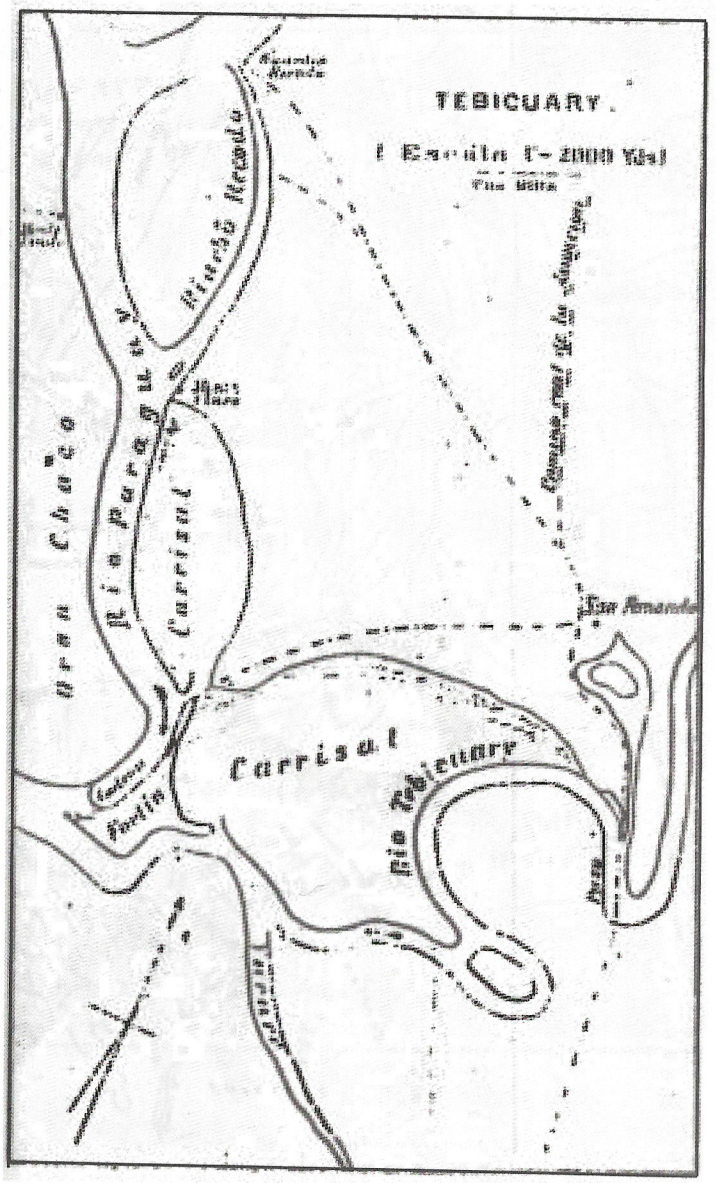
Plano I



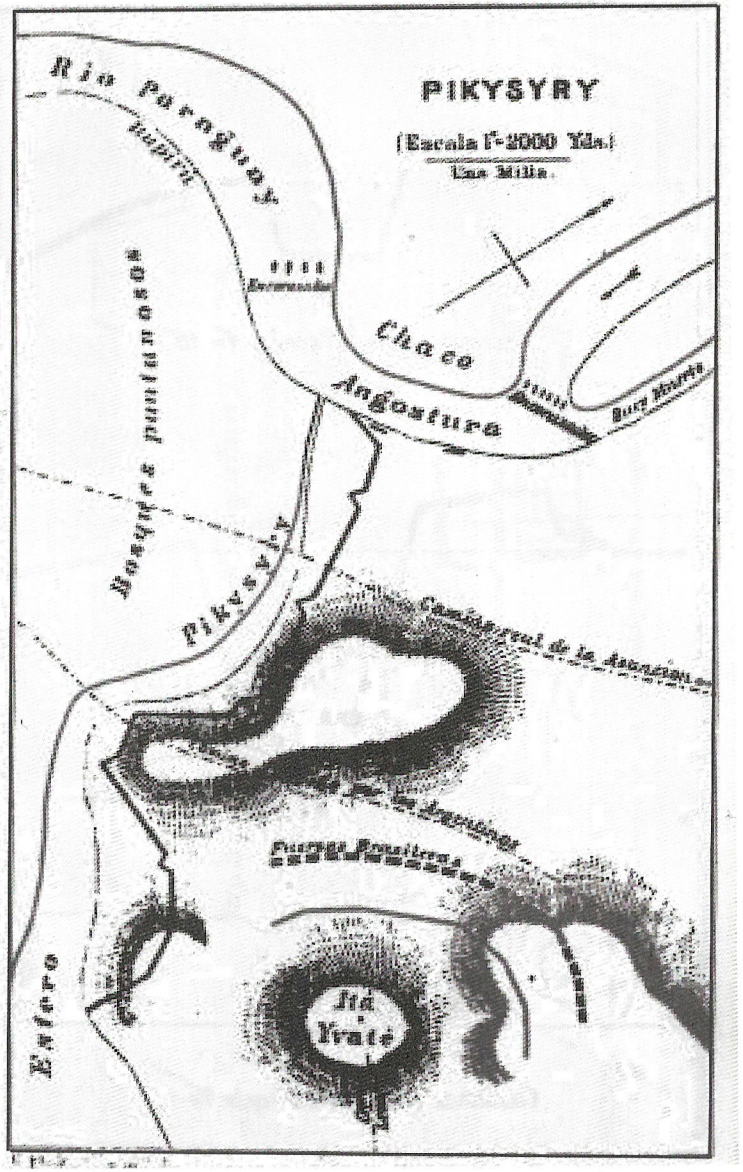
Plano II



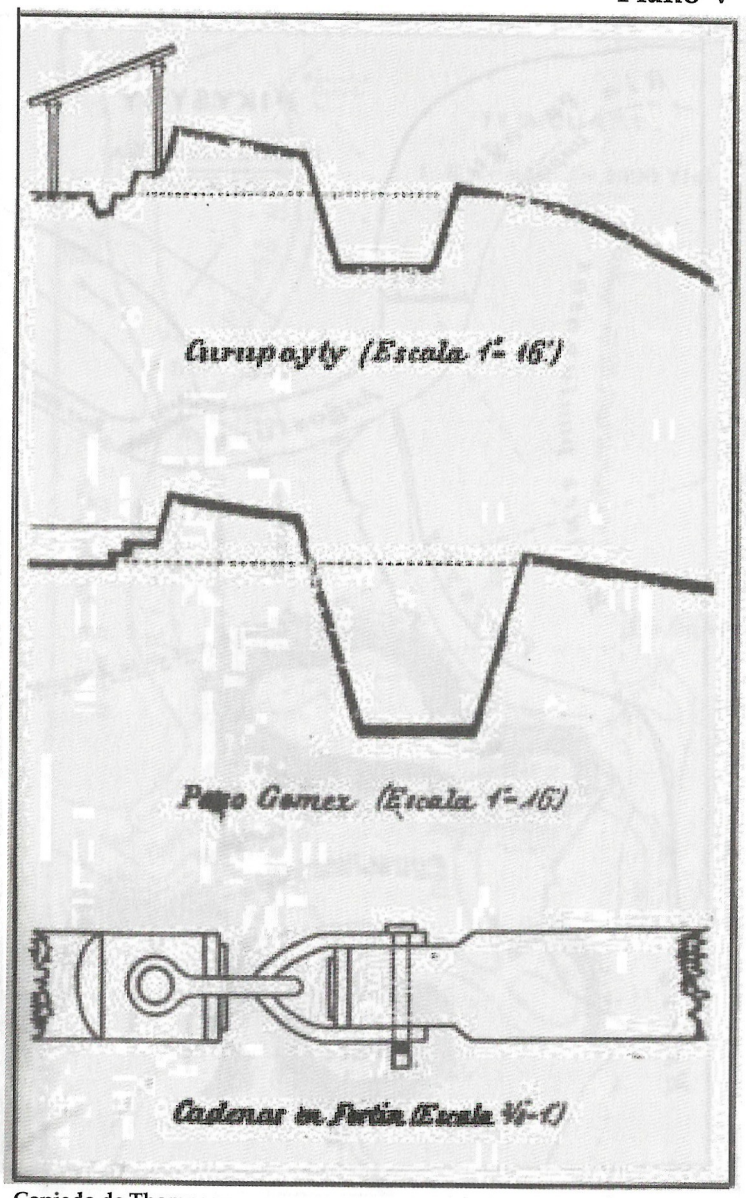
Plano III



Plano IV

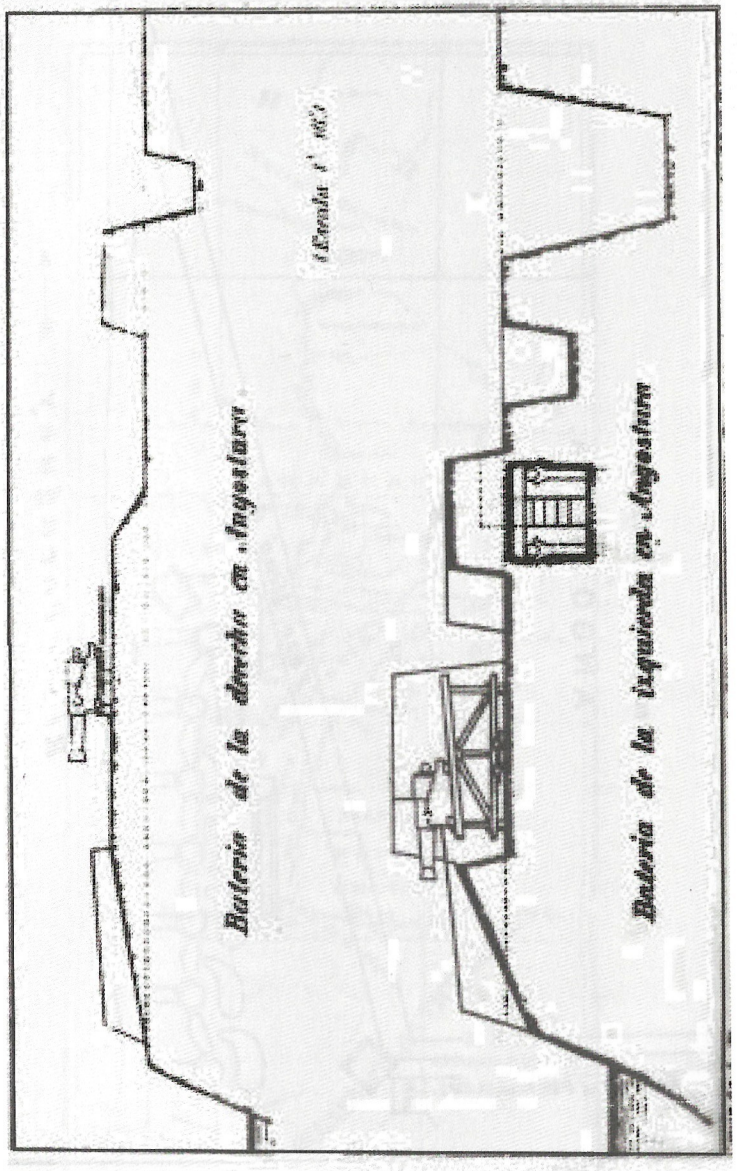


Plano V



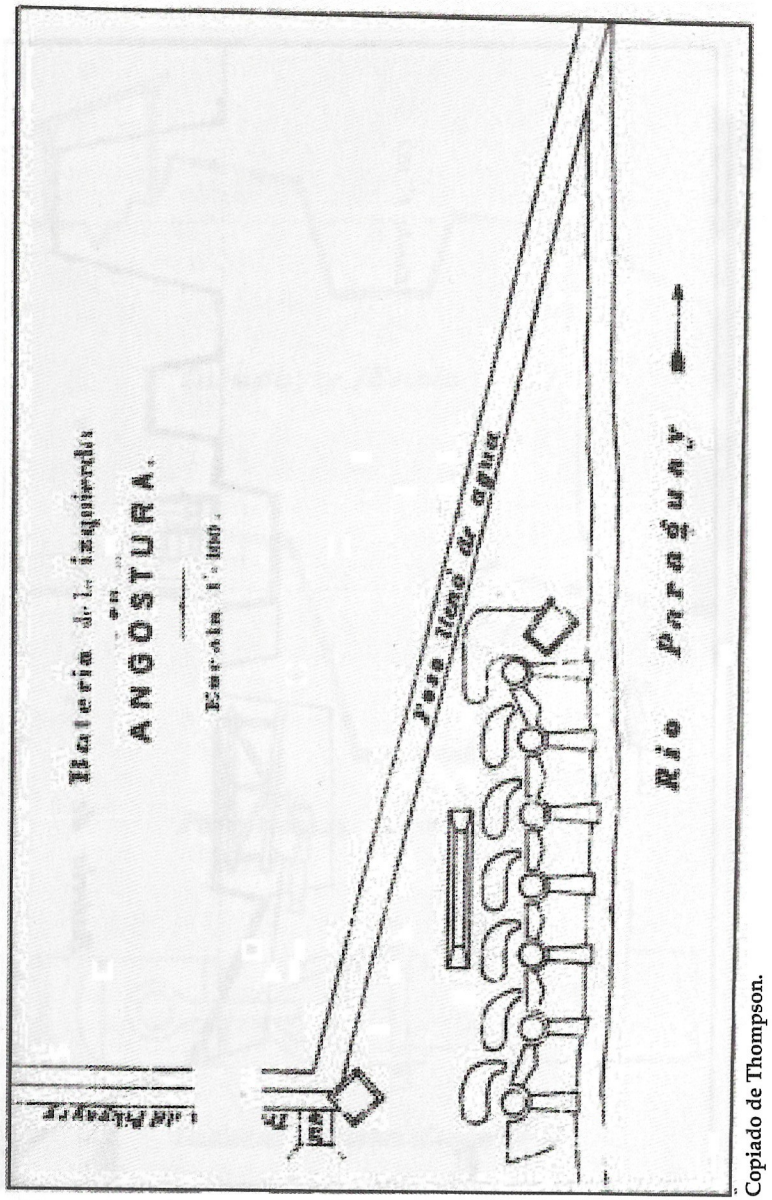
Copiado de Thompson.

Plano VI



Copiado de Thompson.

Plano VII



Copiado de Thompson.

Plano VIII



ÍNDICE

Prólogo 7
Aclaración 13
Prefacio 15

CAPÍTULO I
Observaciones generales sobre los poderes belijerantes y bosquejo de la historia del Paraguay hasta el principio de la guerra 17
CAPÍTULO II
Causas que produjeron la guerra del Paraguay. – Principio de la misma por López II contra el Brasil 29
CAPÍTULO III
Espedición a Matto-Grosso 41
CAPÍTULO IV
Principio de la guerra contra la República Arjentina por López II. – Tratado Secreto de la Triple Alianza 48
CAPÍTULO V
El ejército paraguayo y sus recursos generales. – Las fuerzas de los aliados 65
CAPÍTULO VI
Principio de la Campaña en Corrientes. – El Jeneral Urquiza .. 70
CAPÍTULO VII
Batalla del Riachuelo. – López deja la Asunción para venir al Teatro de la Guerra. – Prisión del Jeneral Robles. – Continuación de la campaña en Corrientes 80

CAPÍTULO VIII
Campaña del Uruguay. – Los aliados abren las operaciones. – Evacuación de Corrientes por el ejército paraguayo 91
CAPÍTULO IX
López se prepara á recibir á los aliados en el Paraguay. – Recriminaciones entre López y Mitre. – Los aliados llegan á la marjen correntina del Paso de la Patria. – Malones de los paraguayos á Corrientes 101
CAPÍTULO X
Los aliados invaden al Paraguay. – Operaciones preliminares. – El combate del Banco. – Evacuación del Paso de la Patria 118
CAPÍTULO XI
Batallas del 2 y 24 de Mayo. – Destrucción del ejército paraguayo 128
CAPÍTULO XII
Paralización de las operaciones. – La escuadra brasilera. – Descripción de Curupayty. – Porto Alegre refuerza á los aliados. López se reanima. – Batalla de Yatayti Corá y del Sauce 140
CAPÍTULO XIII
La escuadra brasilera. – Toma de Curuzú. – Entrevista de López y Mitre. – Derrota de los aliados en Curupayty. – Paralización de las operaciones 150
CAPÍTULO XIV
Inacción de los aliados. – El cólera. – La artillería de Whitworth. – Los antiguos cañones lisos. – Muerte del jeneral Díaz. – Manufacturas en el Paraguay. – Aniquilamiento de la espedición brasilera en Matto-Grosso ... 164
CAPÍTULO XV
Los aliados marchan á Tuyucué. – Los encorazados pasan la batería de Curupayty 186
CAPÍTULO XVI
Proposiciones de la Paz. – Mediaciones de M. Gould y de M. Washburn 190

CAPÍTULO XVII
Los aliados tratan de sitiar á Humaitá. Descripción del terreno alrededor de Humaitá. – Combate por el convoy. – Batallas de Isla Tayí, Tatayiba y Guardia Tayi. – Bloqueo é incendio del campamento aliado en Tuyutí 194
CAPÍTULO XVIII
López concentra sus fuerzas en el Paso Pucú y establece el campamento y batería de Timbó. – Mitre deja el mando en manos de Caxías. – Muerte del jeneral Flores 207
CAPÍTULO XIX
Los encorazados pasan Humaitá. – Toma del Reducto Cierva. – Evacuación y bombardeo de la Asunción. – Los encorazados atacados por canoas. – López se retira del Chaco. – Ataque á las líneas paraguayas en el Espinillo y en el Sauce. – Evacuación de las mismas por los paraguayos 213
CAPÍTULO XX
La marcha por el Chaco. – Baterías en Fortín. – López se establece sobre el Tebicuary. – Evacuación de Matto-Grosso ... 220
CAPÍTULO XXI
Sitio de Humaitá. Circumbalación de Humaitá. – Defensa de los paraguayos en el Chaco. – Ataque sobre los encorazados en Tayí. – Batalla de Acayuazó. – Evacuación de Humaitá. – Encarnizados combates en el Chaco. – Rendición del resto de la ex guarnición de Humaitá. – Evacuación del Chaco 231
CAPÍTULO XXII
López abandona el Tebicuary y se fortifica en Angostura y Pikysyry. – Los aliados se establecen en Palmas 237
CAPÍTULO XXIII
Los aliados se preparan para activar las operaciones. – Camino por el Chaco. – Los encorazados pasan á Angostura. – Buques de Guerra neutrales. – López forma una reserva 243

CAPÍTULO XXIV
Conclusión de la Guerra
Los brasileros desembarcan en San Antonio. – Batallas de Itororó y de Avay. – Toma de la trinchera de Pikysyry. – Combate de siete días en Itavaté, que terminó con la derrota de López, la destrucción de su ejército y la capitulación de Angostura 249
CAPÍTULO XXV
Supuesta conspiración. – Atrocidades de López 268
CAPÍTULO XXVI
Carácter personal de López 287
CAPÍTULO XXVII
Notas sobre la Injeniería 290
APÉNDICE
Protesta del Gobierno Paraguayo contra la intervención del Brasil en la Banda Oriental 295
Tratado de la Triple Alianza 298
Varios documentos 303
Mapas 306

George Thompson, ingeniero inglés, fue quizás el más brillante de los técnicos contratados por el gobierno de López. Las trincheras de Curupayty fueron construidas por soldados al mando de Bernardino Caballero y bajo la dirección técnica de Thompson.

Más tarde le tocó a Thompson levantar las fortificaciones de Pikysyry y Lomas Valentinas (junto con el austro-húngaro Wisner) y, aunque estas fueron rebasadas por el enemigo, lo fueron a un altísimo precio.

Capturado en 1868, Thompson escribió este vibrante relato de la guerra del setenta, obra fundamental y poco conocida, con la particularidad de ser una de las pocas escritas por un actor del lado paraguayo.

Editorial Servilibro pone al alcance de los lectores una pieza clave para el estudio de nuestra historia.

ISBN 978999-53-0-173-6

9 789953 017365